El
Lamento
de las
Sirenas
Olivia Ortiz

El lamento de las sirenas

Olivia Ortiz

Derechos de autor © 2023 ISBN: 9781073799060

El lamento de las sirenas
Autor: Olivia Ortiz
Diseño de portada: Edward Sosa
Corrección y edición realizada por Olivia Ortiz, Edward Sosa Copyright © 2023
ISBN: 9781073799060
Todos los derechos reservados. Queda prohibida la copia parcial o total de esta obra sin la autorización del autor. Para más información sobre la obra y el autor visita Facebook e Instagram: El Mundo De Livioli

Quien con monstruos lucha cuide de no convertirse a su vez en monstruo. Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Epígrafe
Primera parte
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
1
2
3
4
5
6
7
8
9

10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
1
2
Agradecimientos

1997

Una pequeña canoa flotaba sobre la apacible laguna de Champayán aquel verano de 1997. Los rayos del sol penetraron la fresca y cristalina agua, a su vez que las olas se dibujaban una sobre otra.

Miguel Fraga sostenía una caña de pesca, mientras su pequeño hijo, Julio, se encargaba de pasarle la carnada que se hallaba dentro de una desgastada caja de metal.

—¿Puedo intentar? —inquirió el chiquillo de mejillas rosadas y cabello caoba.

—Ya pronto —respondió Miguel.

—Eso dijiste hace una hora —Resopló y, fastidiado, colocó una mano bajo su mentón.

La mirada de Julio se perdió en el islote que se perfilaba a poca distancia de ellos; algunos nenúfares sobrenadaban alrededor de éste. A la lejanía, las conversaciones de las personas almorzando en algunos restaurantes cercanos a la laguna llegaban como murmullos que el viento arrastraba por encima del agua. Las risas de los niños correteando en el parque, o balanceándose en los columpios, eran cantos etéreos para los oídos de Miguel y Julio.

—¿Ya puedo intentar? —preguntó una vez más el niño.

—Eres demasiado debilucho. Yo llevo horas tratando, imagínate tú.

—Entonces, ¿para qué me has traído contigo?

—Para que me pases la carnada, ahora deja de quejarte.

Julio apretó los labios, se cruzó de brazos, e hizo un mohín a modo de enojo.

—Ya tengo algo… creo que por fin he pescado algo. ¡Es grande! —exclamó con emoción, al momento que giraba con velocidad la manivela del carrete.

—¿De verdad? ¡No lo sueltes pá!

—¡Ya lo tengo!

Cuando Miguel se colocó de pie y observó por debajo de la canoa, su mirada se horrorizó, dejando caer el carrete de sus manos. El pequeño Julio vio a su padre inmovilizado y se dispuso a acercarse; mas el hombre lo empujó para que se quedase en su sitio.

—¿Qué sucede pá? —preguntó desconcertado.

Miguel continuó quieto, sus labios temblaron, sus ojos se mantuvieron abiertos y la rigidez de su cuerpo le impidió cualquier movimiento.

El abundante cabello negro de lo que aparentaba ser una mujer sobresalía del agua, cubriéndole el rostro por completo; su pálida

mano golpeaba la canoa al mismo tiempo que se movía al ritmo del oleaje de la laguna.

—Carajo… —murmuró el hombre.

Julio se levantó nuevamente de su sitio y se aproximó a la borda de la canoa, sin importarle lo que su padre pudiese decir. Al mirar el cuerpo flotando, un grito de pavor estalló desde su interior y se extendió hasta tocar el firmamento.

Esa misma tarde, nueve cuerpos fueron hallados por la policía junto al islote. Nueve mujeres desconocidas de rostros joviales, que no se calculaban por encima de los veinte años de edad; despojadas de sus ropas y olvidadas en la profundidad de la laguna, con signos evidentes de la tortura que las había silenciado en el abismo.

Pequeños pétalos de centenares de nenúfares se adherían a sus pálidas y gélidas pieles.

Docenas de personas se asomaron desde el otro lado de la laguna, algunas con binoculares tratando de indagar más sobre lo que había sucedido; sin embargo, la policía se había encargado ya de acordonar el muelle, evitando el paso de cualquier canoa o embarcación que no fuese de índole policíaco.

El comandante Marcos Godoy pisó el islote. Frente a él se encontraban cinco cuerpos descubiertos, y cuatro dentro de diferentes bolsas de óbito.

—¿Saben si alguna ha sido reportada como desaparecida?

Arturo se apresuró a responder. Tenía el uniforme perfectamente alisado y una tabla de notas entre las manos.

—Al parecer sí; una de ellas coincide con la descripción de una chica desaparecida hace un par de meses. Creo que fue durante una fiesta de San Valentín. Lo mejor será llamar a los padres, ellos podrían reconocerla.

—No, todavía no. Nada de esto pinta bien, lo mejor será ser discretos.

—¿Y qué hay del señor Miguel? Él y su hijo hallaron uno de los cuerpos. La prensa querrá saber que sucedió aquí.

Marcos se restregó el rostro, pasó saliva y se inclinó a observar uno de los cadáveres que yacía sobre la maleza.

—No debe tener más de diecinueve años —susurró.

—¿Qué hacemos? —preguntó con insistencia.

—Yo me haré cargo.

La seriedad marcó el rostro del comandante Godoy. Los cuerpos fueron retirados al caer el sol; el cielo era un lienzo de una tonalidad azul sucio, la luna estaba escondida tras las nubes y el calor de aquel verano se había vuelto agobiante.

Los cuerpos fueron arrastrados a través del fango y depositados en

diversas canoas; posteriormente fueron llevados hasta el muelle y, sin dar oportunidad a la prensa, se ingresaron a los vehículos del servicio médico forense, para después desaparecer de allí como si nunca hubiesen estado.

El escenario se hizo siniestro y dio paso a una incertidumbre que asfixió más que el mismo calor.

Los periódicos fechados el 23 de agosto de 1997 titularon el caso como: «El misterio de las sirenas de la laguna de Champayán».

Conforme pasaron los días, las notas se hicieron repetitivas y la información escasa, porque nadie debía saber más de lo que se debía saber. El silencio sepultó los cuerpos aún más, y la historia se llenó de leyendas urbanas mezcladas con verdades que nunca nadie quiso confirmar.

Primera parte
Nenúfares

1

Altamira, Tamaulipas, 2 de noviembre de 1999

Centenas de nenúfares parecían danzar al ritmo del dócil oleaje de la laguna de Champayán. Sobre el agua se veían reflejadas las mortecinas luces de los alrededores. La luna brillaba esplendorosa, y las nubes parecían pinceladas despreocupadas en el lienzo oscuro y perfecto de aquel día de muertos.

Alrededor de cincuenta altares acompañaban los caminos que daban forma al parque. Personas vestidas con elegantes atuendos en representación de La Catrina se movían entre la multitud. Los vestidos de diversos colores en tonalidades oscuras se ondeaban ante el despreocupado andar de las mujeres. Los hombres, erguidos y orgullosos, se paseaban con los rostros maquillados (mitad humano, mitad la muerte).

Algunos exponentes lucían atuendos típicos de la región. Se movían nerviosos tratando de ensayar su participación en la exposición de altares, mientras las muchachillas eran retocadas por sus madres y amigas.

Todos querían ganar el cheque de diez mil pesos, que se acompañaba de un viaje al Estado de México para representar a su estado en el «Concurso nacional de altares».

El aroma herbáceo y fresco del cempasúchil, que adornaba los altares y alrededores, penetró las fosas nasales de Aarón Alarcón. El olor le recordó las manzanas verdes que solía robarse cuando niño de aquel árbol que se encontraba en el huerto de su antiguo vecino, el viejo Lorenzo.

Por un instante recordó aquellos tiempos junto a su hermano Abraham. Ambos corriendo descalzos, sintiendo el barro entre los dedos de sus pies, mientras volaban libres, escalaban árboles, reían a carcajadas y comían manzanas con las manos sucias.

—Aarón, ¿qué has venido a hacer por aquí? Se nota que hace falta comida en casa, ¿eh? —la sonrisa burlesca de Pablo Quintanar acompañó su satírico comentario.

Su tan característico aroma a hierbabuena llegó a la nariz de Aarón. Aquel perfume resultaba inconfundible, pues solía sentirse a metros de distancia.

—Hola —frunció los labios con una clara expresión de incomodidad—. ¿También hace falta comida en tu casa? ¿O por qué estás aquí?

—No, para nada, mi amigo. Yo estoy aquí porque el colegio de mi

hijo está participando en el festival de altares.

—¿Y la cámara? —señaló.

—No seas estúpido, Aarón, voy a fotografiarlo —obvió, dando una fuerte palmada en el hombro a Aarón.

—Ya veo. —fingió interés.

—¿Y qué? Supongo que el gordo Graciani te ha enviado a cubrir las notas menos importantes.

—Así es.

—Por favor… el gordo debe tener a cien periodistas o fotógrafos dispuestos a hacer esto, ¿por qué enviarte a ti? Deberías exigir más, hermano, pero tomas todas las sobras de los demás. ¿Quién no quiso venir esta vez?

—¿Eso importa? Ya estoy aquí… Además, no es tan malo —apartó la mirada e intentó enfocar un par de altares con la cámara fotográfica.

—Vamos, Aarón, eres un buen periodista, tienes talento. Leí tu artículo sobre «El robo a la casa de bolsa» y debo admitir que me sorprendió. Te he ofrecido trabajar para mí en mi periódico, ¿qué sigues haciendo con esos mediocres?

—Supongo que el amarillismo no es lo mío.

—¡Ja! —rió en alto el corpulento hombre.

—*Ahora, recibamos a la ganadora del premio "El canto del Cenzontle"* —la voz del presentador se escuchó a través del micrófono.

A mitad del parque se encontraba armado un escenario adornado con papel picado de diversos colores, con un mural de La Catrina a las espaldas de éste. Dicho mural relucía con la tonalidad de las luces que constantemente bajaban y subían de intensidad.

—Vamos, Aarón, tú sabes que la gente compra lo que quiere ver. Nosotros solo alteramos un poco la realidad, así funciona este negocio. Yo podría dejar que fluya toda tu creatividad.

Aarón negó con la cabeza, apartó la mirada del hombre y la dirigió al escenario.

Una joven con vestido campero había cogido el micrófono. Levantó el rostro en dirección a su público, y luego comenzó a cantar. Su dulce voz envolvió a todas las personas, acarició la laguna y enamoró a las estrellas de la noche.

—Entonces, ¿aceptas mi oferta? —susurró Pablo al oído de Aarón.

—Creo que paso de ella.

Aarón hizo un acercamiento y enfocó la lente al rostro de la joven.

Unas mejillas rojas, unos labios cereza y una piel morena eran lo único que necesitaba aquella dama para encantar a los presentes. El sonido acústico de la guitarra adornó su voz, e hizo del escenario algo mágico.

—No volveré a insistir —dijo Pablo.

—Descuida, no me molesta —sonrió con ironía.

Pablo entornó los ojos, y pasaron unos minutos antes de que se perdiera entre la multitud apartándose totalmente de Aarón.

Pablo Quintanar había consagrado toda su vida al «Diario El Mundo». Ante los ojos de Aarón, era un hombre mentiroso y manipulador, además de un cretino que siempre buscaba dogmatizar sus ideas por encima de las ideas de otros. A menudo se pavoneaba con su robusto cuerpo, su redondo rostro y esa cabeza rapada que, totalmente lisa, no dejaba un solo cabello a la vista.

—*Un aplauso para Alejandra García, por su tan exquisita interpretación de "La llorona"*.

Una ovación se escuchó y perduró varios minutos; Aarón sonrió y capturó varias fotografías en un solo momento.

A empujones, se hizo camino hacia el escenario, llegó hasta la joven Alejandra, e intentó tomarle unas cuantas fotos antes de hablarle.

—Señorita —dijo Aarón con una cálida sonrisa.

—Hola, ¿usted es…? —inquirió de forma educada.

—Mi nombre es Aarón Alarcón, trabajo para el «Diario El Buscador», me gustaría tomarle unas cuantas fotografías, y también, que me contara un poco sobre usted, pues parece que tenemos una celebridad por aquí.

—No, para nada —comentó con timidez—. Pero le agradezco el cumplido. ¿Le parece si nos acercamos a la laguna para las fotografías? He leído su periódico, debo decir que lo compro más por el horóscopo que por las noticias, pero será agradable ver mi rostro por ahí.

—Claro, por mi está bien.

—De acuerdo, permítame un momento.

La joven se viró hacia la mujer que se encontraba tras de ella, la cual tenía una bolsa en la mano donde podían transparentarse unas cuantas prendas de vestir. Un pantalón, quizás; un par de zapatos y un abrigo que después le entregó a su hija para cubrirla del frío viento que golpeaba cerca de la laguna.

—¡Me tomarán unas fotografías! —vociferó la chica.

La música folclórica hizo difícil la conversación entre ambas. Aarón se apartó del escenario, pues el sonido vibraba demasiado y hacía que su corazón latiera apresuradamente.

—¡¿Quién?! —gritó la mujer.

—¡Él! —señaló.

Aarón hizo un viene y va con la mano, e incluso enseñó la cámara fotográfica a la mujer. Era una cámara YASHICA K1000 que lo había acompañado desde su ingreso al diario El Buscador, siendo un obsequio hecho por su esposa durante una navidad.

Alejandra corrió hacia Aarón, se echó encima el abrigo y se abrazó a sí misma.

—¿Le parece junto al muelle? —inquirió Alejandra.

—Me parece bien.

Ambos caminaron hasta el lugar, la chica se colocó las manos en la cintura y sonrió con amplitud.

—¿Así?

—Perfecto.

—¿Puedo hablarle de *tú*?

—Sí, claro —asintió, y revisó los ajustes de la cámara pensando en hacer la mejor fotografía posible.

Alejandra se mordió los labios y se acercó a la laguna. Se posicionó a mitad del muelle, abrió los brazos y miró hacia la luna al momento que Aarón preparaba la cámara para otra fotografía.

—¿Qué edad tienes? —curioseó ella.

—¿Cómo? —elevó las cejas.

—¿Qué edad tienes?

—¿No debería ser yo el de las preguntas?

—Pues estás muy silencioso —sonrió con picardía—. ¿Me dirás tu edad?

—Te doblo la edad, eso tenlo por seguro.

—¿Tanto así? —pausó, resopló y continuó— No se nota. ¿Eres casado?

Aarón se contuvo de reír, y con una sonrisa divertida ante tal situación, continuó:

—Mejor dime, ¿desde qué edad cantas?

—Desde los nueve años.

—¡Vaya! Eso sí es talento.

—Gracias —externó, y luego se colocó de perfil ante la cámara.

—¿Qué edad tienes ahora?

—Quince años, aunque algunos dicen que me veo mayor —comentó con astucia.

—A mí me parece todo lo contrario.

La sonrisa de la chica desapareció. Aarón bajó la cámara, y concentrado, realizó unos cuantos ajustes al dispositivo para poder continuar. Luego extendió la conversación.

—Creo que con éstas será suficiente. Te verás muy bien en todas, te felicito.

—Gracias… —dijo acercándose sigilosamente—. Entonces… ¿eres casado?

Un gritó apagó la escena. Aarón frunció el ceño, y viró el rostro hacia el otro lado de la laguna.

Una pareja había rentado una canoa durante el festival de altares.

Habían remado a las orillas del islote, y recostados en el interior de la canoa, se besaban con intensa pasión.

Las manos del chico se deslizaron con agilidad por debajo de la remera de ella. Acariciando sus redondos senos, fue recorriendo su cuello con su humedecida lengua.

La respiración de la chica se hizo pesada ante cada caricia; sin embargo, sus ojos no tardaron en abrirse abruptamente. Extasiada todavía, se detuvo tratando de controlar la situación; de inmediato se apartó de él, y la canoa se balanceó con brusquedad al momento que ella se situaba en uno de los travesaños.

—¿Qué pasa? —preguntó el joven con la respiración entrecortada.

—No sé si quiero hacerlo.

—¿Qué? No me jodas, Andrea. Siempre me haces lo mismo —renegó sentándose frente a ella.

—No es eso, pero sabes lo difícil que es para mí.

—No, no tengo ni puta idea de lo difícil que es para ti. Y ya me cansé de esta situación.

—Si me amaras, comprenderías que no es tan fácil.

—Deja el maldito drama, siempre me jodes con lo mismo.

—Quiero irme... —pausó con la voz apagada y los ojos anegados.

—No empieces a llorar.

Andrea apartó la mirada y observó el reflejo de la luna en el agua; cerca del islote no tardó en vislumbrar un bulto que ante cada golpe de ola se zigzagueaba.

—¿Qué es eso? —inquirió extrañada.

—¿Qué cosa? —preguntó malhumorado.

—Eso que está en la orilla.

La joven se levantó, cogió uno de los remos, y con el extremo de este, tocó el bulto.

—Ay, por Dios… —balbuceó.

—¿Qué?

—¡Por Dios! —gritó aterrada.

—¡Carajo! ¡Es un puto cuerpo!

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —chilló soltando el remo.

El remo cayó al agua y se perdió entre la oscuridad de esta.

Ante los reflejos de la luna, el rostro del cuerpo se ensombreció. Una serie de moretones hacía irreconocible el rostro de lo que parecía ser una mujer; la piel estaba agrietada y llena de laceraciones por doquier, y una masa de sangre se apelmazaba en la nuca, sangre que ni la misma laguna había conseguido lavar.

Cuando Aarón reaccionó ante los gritos, Alejandra ya había regresado con su madre.

La música se silenció, y los presentes se fueron arremolinando a las

orillas de la laguna.

Algunos preguntaban qué había sucedido, mientras los vigilantes de la zona se embarcaban con canoas hacia el islote.

—¿Qué ocurre? —se apresuró Pablo.

Con la cámara en las manos, había llegado velozmente hasta el muelle.

—No tengo idea —dijo Aarón sin dejar de mirar el islote.

—¡Una joven! ¡Una joven está muerta! —gritó un hombre horrorizado.

—¿Qué…? —soltó desconcertado Aarón.

—Joder —externó Pablo.

—¡No se acerquen! —indicó uno de los vigilantes que había aguardado a sus compañeros en el muelle.

Las figuras de las canoas se fueron perfilando cada vez más cerca, hasta llegar a los pies del muelle. Con ayuda de dos hombres el cuerpo fue sacado del agua.

—¡Háganse a un lado! —ordenó el jefe de vigilancia.

—Ésto sí es noticia —susurró Pablo, con una emoción que a Aarón le resultó repulsiva.

—No entiendo cómo puedes —reprochó indignado.

—¿De qué hablas? No me digas que no quieres una imagen de esto, mañana será sensación.

—Sí, pero no de la clase de imágenes que tú buscas. ¿Dónde quedó el respeto a la integridad de las personas?

—¡Carajo! Este mundo fue hecho para depredadores; si decides ser el pececillo, las pirañas no tardarán en devorarte.

Pablo se alejó de Aarón y avanzó hasta la zona que habían delimitado los vigilantes. Con la cámara comenzó a sacar fotografías; mas le fue difícil enfocar el cuerpo de la chica. Fue entonces cuando se aproximó a uno de los hombres y dijo:

—Ernesto, déjame pasar. Esto es oro puro.

—No puedo hacer eso, la policía no debe tardar en llegar —respondió preocupado.

—Todos ya saben lo que pasó aquí. Solo mira a tu alrededor.

Ernesto se relamió los labios y examinó el entorno.

En efecto, las personas miraban desde el parque, la mayoría sin llegar al muelle, con rostros llenos de consternación y temor.

—Te daré algo de lo que obtenga por esta nota —murmuró Pablo.

—Vale, pero que sean rápidas.

Pablo atravesó la zona delimitada y comenzó a tomar fotografías a diestra y siniestra.

Aarón miró tal situación con desaprobación y, sin pasar de la línea límite, tomó cuantas fotografías pudo de la escena.

Cuando la policía arribó, Pablo Quintanar se alejó del lugar, se

aproximó a Aarón y ambos observaron desde la lejanía cómo el cuerpo era sacado del sitio.

—Esto apenas empieza —comentó Pablo.

—¿De qué hablas? —indagó preocupado Aarón.

Sin dar respuesta, el hombre apagó la cámara.

Ambos miraron el siniestro escenario, y por un momento, escucharon a la laguna lamentándose por la pérdida, pues el sonido de las olas claramente parecía estar sollozando.

Las personas volvieron al festival, y llenas de incertidumbre y miedo, retomaron la noche de los muertos.

2

Aarón ingresó al apartamento número *9* del tercer piso en aquel edificio al sur de la ciudad. La puerta chirrió tras abrirse; estaba descuadrada y necesitaba mantenimiento. El sueldo de Aarón no lo había podido cubrir, pues al igual que Samanta siendo secretaria, él no conseguía ganar lo suficiente.

El hombre arrojó las llaves sobre la consola de entrada y colgó su abrigo en el perchero, al igual que la mochila con su cámara dentro.

Avanzó unos cuantos pasos por el corredor y se detuvo frente al altar que esa misma mañana Samanta había hecho. La fotografía del padre de Sam estaba ahí. Había sido un hombre de aspecto nórdico, con la frente amplia y las cejas pobladas. Seguido a ese retrato, se encontraba el de Abraham parado sobre una vieja y olvidada locomotora.

Aarón sujetó la fotografía, la observó por unos minutos y su mirada se apagó al ver el jovial rostro de su hermano; sus ojos se cristalizaron y su expresión dejó la angustia para dar paso a la melancolía. Pasó el pulgar por encima de la imagen y se detuvo junto a la sonrisa de Abraham.

La locomotora estaba corroída por el paso de las lluvias, la humedad y el calor. De las ventanas sobresalía la maleza acrecentada y unas ramas enredadas, todo dibujándose en una sola imagen con diferentes tonos apagados de color sepia.

Aarón y Abraham no habían sido tan diferentes cuando niños, habían tenido en común varias cosas: el color de ojos marrón; el cabello oscuro, que era ondulado en Abraham mientras que en Aarón era lacio y abundante; las cejas pobladas, que en Aarón siempre habían estado delimitadas, a diferencia de las irregulares cejas de Abraham; la piel, apiñonada en ambos, pero con unas pecas que únicamente caracterizaron a Abraham, y la sonrisa, aquella sonrisa que Abraham había tenido y que Valeria había heredado, una sonrisa genuina, llena de luz y esperanza.

La sonrisa de la fotografía hizo retroceder a Aarón en el tiempo, a cada una de las noches que había dormido en el establo de los abuelos, al norte de una villa en Ensenada (Baja California). Ambos niños durmiendo en un establo, juntando dos catres y mirando el cielo bañado en estrellas a través de una hendidura en el techo de paja. Una noche iluminada por la luna, alejada del ruido de la ciudad y acompañada por el sonido de la naturaleza: árboles, viento y el eco de los grillos.

«¿Qué habrá más allá?» preguntó Abraham mirando hacia el cielo.

Los recuerdos de Aarón se hicieron prontos con los diálogos dichos en aquel entonces. Miró una vez más la noche, y se resignó a la idea de solo ver a su hermano a través de los sucesos que transitaban en su memoria, pues ese era el único camino para poder visitarlo.

«No lo sé, pero estoy seguro que un día lo averiguarás» respondió un pequeño Aarón, aludiendo al hecho de que Abraham anhelase ser astronauta.

«Sí… y después te lo contaré para que puedas hacer una película de ello. Serás un gran cineasta, Aarón».

El pequeño Aarón cerró los ojos y se quedó dormido, pues la sola presencia de su hermano mayor lo hizo sentirse seguro.

Aarón dejó la fotografía nuevamente en el altar. Samanta se asomó por el corredor y encendió la luz de éste.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

Aarón se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, y asintió con una nostálgica sonrisa.

Samanta se aproximó a la pequeña mesa donde se hallaban las fotografías acompañadas de dulces y un pan al centro.

—Me habías dicho que le gustaba mucho comer de éstos —comentó mientras cogía una golosina de tamarindo y posteriormente se la metía a la boca.

—Sí, gracias.

Samanta acarició el cansado rostro de su esposo, sintió bajo su mano la barba que había comenzado a crecer en la cara de él. Se acercó, lo abrazó por la cintura, se colocó de puntas y lo besó en los labios.

Aarón cerró los ojos y correspondió al abrazo. El anillo que llevaba Samanta en el dedo anular rozó la piel del hombre. Liso y dorado, con el nombre de ambos escrito en la parte interna, junto con la fecha de su boda: «09 de marzo de 1992».

—¿Ya cenaste algo? —preguntó ella.

—No, hoy ha sido un día difícil.

—Vamos, te prepararé algo —le sujetó la mano.

Ambos caminaron por el pasillo hasta llegar a la cocina. Aarón se sentó en el comedor mientras la mujer rompía unos huevos en la sartén.

—¿Cómo estuvo la exposición de altares?

—Bien —acortó, luego vertió un poco de agua de melón dentro de un vaso.

—¿Qué sucede, Aarón?

—Nada, estoy bien. Solo estoy cansado.

—¿Es por Abraham?

Aarón se mordió los labios. A su vez, Samanta sirvió los huevos en un plato y luego lo llevó a Aarón.

—¿Es por eso? —insistió ella.

Aarón paseó el tenedor por todo el plato sin comer aún. Samanta acarició la mano de su esposo y le dijo:

—Sé cómo te sientes en estas fechas, a veces yo también recuerdo a mi padre… lo extraño mucho, ¿sabes? Pero debes saber que, Vale y yo te amamos.

—Yo también las amo. Extraño a Abraham, ver su fotografía me trae recuerdos… sin embargo, no todos son buenos, hay unos que desearía no tenerlos en mi cabeza. Pero supongo que así será siempre… ya debería acostumbrarme.

—Nadie se acostumbra a perder a los que ama. A veces, desearía echar el tiempo atrás y haber abrazado a mi padre más fuerte la última vez.

Aarón caviló unos segundos, y después se levantó de la silla.

—Será mejor que me vaya a dormir.

—Está bien, iré en un momento.

Aarón abandonó la cocina, y con ello, la presencia de Samanta.

El apartamento no era muy grande, tenía una sala poco espaciosa, un pequeño comedor y un estrecho pasillo que conducía a dos habitaciones y a un baño.

Aarón avanzó por el corredor, se detuvo frente a la habitación de su hija, se asomó por la puerta y vio un bulto sobre la cama que subía y bajaba. Era Valeria durmiendo profundamente, con las luces apagadas y el aire del ventilador de techo circulando.

Aarón continuó su paso y llegó hasta su habitación, se quitó los zapatos y caminó hacia la puerta corrediza que llevaba al pequeño balcón. Se sujetó del barandal y presenció la noche devorando la ciudad.

—¿Papá? —escuchó tras de sí.

Al virar, vio en la puerta la pequeña silueta de su hija. Se hallaba de pie con el cabello revuelto, un pijama con estampado de *Baby Sinclair* y unas pantuflas en forma de patas de dinosaurio, mientras se estrujaba los ojos con una mano.

—¿Qué sucede Vale? —preguntó preocupado.

—Tuve una pesadilla, ¿puedo dormir con ustedes?

—¿Qué soñaste?

—*Freddy Krueger*.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué habrá sido? —comentó con una sutil sonrisa.

La niña de seis años ingresó a la habitación, y con una sonrisa traviesa, respondió:

—No lo sé… porque no la vi completa.

—Ajá.

—¿Puedo dormir aquí?

—Sí, puedes dormir aquí.

Valeria corrió y se lanzó sobre la cama. Aarón se sentó junto a ella, a lo que la chiquilla acomodó su cabeza sobre el regazo de su padre.

—Cuéntame una historia.

—Bien, ¿cuál quieres escuchar?

—*El pescador y su alma.*

—De acuerdo… ¿cómo puedo empezar?

—«Había una vez…» —propuso la niña.

—Bien, entonces: Había una vez, un pescador que se había enamorado de una hermosa sirena. Una tarde, mientras pescaba con su red, escuchó el canto de una sirena a la orilla del mar. Hipnotizado por éste, se condujo hasta el sitio y lanzó la red sobre la sirena. Al atraparla, ella le suplicó que la liberase, pero las palabras de él se hicieron claras y le dio una única condición para dejarla marchar: que ella regresara a cantarle todos los días. Así fue que, a partir de ese día, la sirena acudió todas las tardes a ese lugar para que el pescador se deleitase con su voz… sin embargo, con el tiempo el pescador se enamoró de ella...

Samanta se aproximó a la habitación y escuchó la voz de su esposo y la risa de su hija. Se colocó junto a la puerta y observó con ternura la escena.

—…entonces le pidió a la sirena que se quedase con él, pero ella se negó. El pescador le suplicó, y ella le propuso que estaría con él, sólo si renunciaba a su alma humana.

Los ojos de Valeria se cerraron, las manos de Aarón continuaron llenando de caricias el fino cabello de su hija, hasta que se percató de los sutiles ronquidos que ella comenzó a emitir.

—Está enamorada de ese cuento —comentó Samanta.

Aarón la vio entrar a la habitación y respondió:

—Sí, Abraham también amaba esa historia.

—Ella tiene mucho de él, ¿no crees?

—Creo que él la habría amado.

—Estoy segura de eso —sonrió.

Samanta se acostó a un lado de la cama y Aarón se acomodó junto a ella. A los pies de ambos continuó dormida Valeria.

Aarón sintió la apacible respiración de su esposa. Sus ojos se clavaron en el techo de la habitación y en cómo las luces del exterior alumbraban éste.

El hombre conectó las sombras que se dibujaron en el cielo raso, le dio la forma de diferentes rostros que a lo largo de su vida lo habían acompañado y después armó la cola de una sirena que se enlazó a la figura de un pescador. La idea se desintegró dando paso a una sombra más siniestra: el cuerpo de una mujer en medio de la laguna, con el

agua sangrando y suplicando justicia.

Aarón cerró los ojos hasta quedarse dormido. Su respiración se sincronizó con la de Samanta, y la noche sobrevivió por más tiempo.

3

La radio de la cocina se encontraba encendida; apenas audible se reproducía en una estación local *Hoy que no estás* cantada por *Alejandro Sanz*.

Samanta había encendido la radio mientras preparaba unos huevos revueltos con salchicha picada. Llevaba encima un delantal celeste y el cabello en una coleta.

Valeria se hallaba sentada en el comedor, mirando en su pequeño televisor portátil (a blanco y negro) su tan amada serie de Dinosaurios, con un tazón lleno de *Choco Krispis* acompañados de leche y un muñeco de *Baby Sinclair* sentado sobre la mesa.

—¿Solo piensas comer eso? —inquirió Samanta con las manos en la cintura.

—Sí, ¿por qué? —respondió la niña con la boca atiborrada de cereal.

—Eso no te nutrirá nada. Necesitas comida de verdad.

—Es comida de verdad —unió el entrecejo.

—No, señorita. Vas a comer huevo.

—No, si no fuese comida real, entonces, ¿por qué la compra papá?

—¿Qué sucede? —preguntó Aarón a la vez que aparecía en la cocina.

—Tus compras de comida —reprochó Samanta.

—¿*Mis qué*? —dijo riendo.

—No quiere comer comida real.

—¡Es comida real! —protestó la chiquilla sin dejar de mirar el televisor.

—Como sea —entornó los ojos Samanta, y luego siguió—, ¿te sirvo de comer?

—Sí, aunque… —pausó, miró su reloj y añadió— no creo que me dé tiempo.

Samanta caminó hacia la estufa, cogió la sartén y colocó un poco de huevo en un plato.

—Aquí tienes —dijo al dejar el plato junto a Aarón.

El hombre se sentó en una silla junto a su hija, y posteriormente Samanta ocupó su lugar en la mesa.

—¿Qué harás hoy? —formuló Aarón.

—Llevaré a Vale al colegio y después me iré al trabajo, ¿por qué?

—¿Puedes ir a revelarme unas fotografías?

—Claro, ¿las necesitas hoy? —Bebió un poco de jugo de naranja.

—No, en realidad son las que le tomé a la joven cantante de la exposición de altares. Primero tengo que escribir la nota que publicaré

con ellas, pero quiero tenerlas preparadas.

—Entiendo, entonces saliendo de la oficina pasaré a dejarlas.

—Gracias.

—Valeria, date prisa que debemos irnos ya —indicó Samanta, se levantó de su asiento y caminó hacia la meseta donde se hallaba el correo del día.

Valeria se colocó de pie y avanzó hacia su mochila con *Baby Sinclair* en las manos.

—¡Oh! No. No irá —señaló Sam.

—¿Por qué no? —chilló la niña.

—Porque los juguetes no van al colegio —dijo cogiendo el muñeco.

—Pero él no es un juguete.

—Ya dije, Vale. Déjalo en la habitación y lávate los dientes que ya nos vamos.

—Por eso no le agradas a *Baby Sinclair* —comentó sujetando el muñeco nuevamente.

—Pues ni modo.

Valeria arrastró los pies y caminó rumbo a su recámara. Aarón rió ante tal situación y luego apresuró el alimento que quedaba en su plato.

—Por cierto, mira la nota —señaló la mujer dejando el periódico frente a su esposo.

Aarón frunció los labios y leyó: «Macabro hallazgo en la laguna».

—Anoche estuviste allí, ¿no es así? —preocupó ella.

Aarón guardó silencio por un momento, y sin mover los ojos del artículo pasó saliva.

Las fotografías resultaban demasiado explícitas, y el rostro de la víctima apenas era cubierto por una distorsión demasiado insulsa para cualquiera que pudiese reconocer el cuerpo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —insistió Sam.

—No quería preocuparte.

—Ah, ¿no? Pues demasiado tarde, querido, me siento muy preocupada. Y sobre todo por ti, el medio en el que te mueves es demasiado peligroso.

Aarón movió la cabeza hacia atrás, entornó los ojos y resopló.

—Sam, ya te he dicho que no me pasará nada. Es mi trabajo y no voy a dejarlo. Además, siempre tengo cuidado con lo que publico.

—Si yo fuera familiar de esa chica, le quemaría las manos a ese pelón para que no volviese a escribir nada.

Aarón emitió el sonido de una risa incompleta, Samanta siguió hablando al respecto.

—No tiene respeto por nada, ni por las víctimas ni por la sociedad.

—¿Qué esperabas de un periódico tan amarillista?

—Tú me dijiste que me suscribiera para recibirlo todos los días,

según querías saber de cada cosa que ese pelón horroroso escribe.

Aarón comenzó a reír; se levantó del comedor, y al abrazar a la mujer, terminó por depositarle un beso en los labios.

—Te amo.

—Promete que me contarás todo lo que pase, tú y yo siempre nos hemos tenido confianza, lo sabes.

Samanta suavizó la mirada, y con ternura acarició la frente de su esposo hasta perder sus dedos en donde nacía el cabello de este.

—Lo prometo, siempre voy a contarte todo. No más secretos.

—Bien —sonrió con mesura.

Valeria llegó hasta sus padres con la mochila sobre los hombros. Su madre la había peinado con una trenza que sujetaba todo su cabello, su boca olía al dentífrico de Tutti Frutti que Aarón le había comprado y su ropa estaba impregnada por su suave perfume de vainilla.

—¿Lista? —preguntó Sam, a lo que Valeria asintió— Bien, nos vamos. Te veo más tarde.

Aarón besó a su esposa y recibió con los brazos abiertos a su pequeña hija.

—Te quiero, pá.

—Yo también, princesa. Te veo más tarde.

—No olvides que hoy tenemos la cena con mi madre, es su cumpleaños.

—¡Maldición! Lo había olvidado.

—Pues ya te lo recordé —añadió Samanta.

—Bien, entonces más tarde vengo por ustedes.

Ambas se despidieron del hombre y salieron del apartamento. Aarón las miró partir antes de tomar su mochila e irse también.

Al llegar a las oficinas del trabajo, Aarón aparcó su pequeño CHEVY rojo; cogió sus cosas, descendió del auto y caminó hacia la entrada principal.

En un muro de piedra que formaba parte de la fachada, se podía leer en letras de hormigón pintadas de azul: «Diario El Buscador».

A su paso, el hombre saludó a unos cuantos compañeros que, al igual que él, se encontraban entrando a las oficinas. Algunos vestían de manera formal y otros de forma más informal. Aarón siempre mezclaba ambos aspectos: no se sentía tan serio como para usar traje y corbata, ni tan joven como para vestir a la moda de aquel entonces. Él solo era un hombre simplón de treinta y tres años, delgado y bastante común.

—Llegas tarde —bromeó Sergio cuando vio a Aarón ingresando.

—Solo cinco minutos —externó él.

Sergio llevaba laborando en el periódico ya dos años, era un joven que en su momento había sido practicante, pero era hasta ese tiempo

que por fin se había unido a la nómina de manera formal.

Tenía el cabello cobrizo, y unos ojos saltones que a veces se iban uno contra otro dejando a la vista su condición de estrabismo.

—¿Y qué haremos hoy, Lic.? —inquirió el chico con entusiasmo.

Aarón no detuvo su andar y atravesó la recepción.

El edificio era pequeño a comparación de otras construcciones dedicadas al periodismo. Antes había pertenecido a unos hermanos originarios de Chile, quienes habían hecho de aquel lugar un cinema; sin embargo, años después de su fracaso, un empresario mexicano (Enrique Castro) había adquirido el sitio a mitad de precio, y con su afán de hacerle la competencia a diario El Mundo, había decidido convertirlo en un periódico.

Aarón nunca había conocido a Enrique, únicamente sabía de él por una fotografía enmarcada en la oficina de Graciani. Federico Graciani era el editor en jefe y el único al que realmente importaba satisfacer.

—Tengo unas cuantas notas que escribir y unos artículos pendientes por corregir.

—¿Entonces no haremos periodismo callejero? —preguntó Sergio.

—Hoy no —negó Aarón.

El hombre siguió su camino dejando a Sergio de lado, ingresó al área donde los cubículos formaban una especie de laberinto, y se integró al suyo. Era un pequeño sitio con paneles divisorios rodeándolo, donde, una vez sentado, fácilmente podía estirar el cuello y mirar al resto de sus compañeros trabajar.

Alicia se hallaba en el cubículo de la derecha. No era raro para Aarón llegar y escuchar a bajo volumen la música de *Los Ángeles Azules*, proviniendo de la pequeña radiograbadora de la mujer. En el cubículo izquierdo se encontraba Edgar, un hombre con un escritorio extremadamente ordenado y con bolígrafos de diferentes colores.

En el cubículo de atrás, Sonia, una joven que había ingresado como recomendada del mismo Enrique Castro. A diferencia de lo que ella habría creído en su momento, no había tenido un trato preferencial, pues Graciani nunca se había distinguido por dar tratos preferenciales. La chica no hablaba con nadie, y siempre que pasaba junto a los demás, seguía su camino erguida y con su tan notoria mirada de desdén.

—¿Ya la viste? Siempre tan presumida —murmuró Alicia al ver pasar a Sonia.

Su cabeza se asomaba por encima del cubículo, mientras Aarón dejaba sus pertenencias sobre el estrecho escritorio.

—Siempre ha sido así, no sé por qué te sorprendes.

—¿Sabías que va a renunciar? —continuó la mujer.

—¿En serio? —fingió interés.

—Eso dicen. Bueno ya sabes, me llevo con Ana de recepción, y ella

sabe todos los chismes de aquí. Así que hace unos días me dijo que Sonia iba a renunciar: según la mocosa, esto no es para ella. Que porque Graciani solo la manda por café y tortas. ¿Pues qué más quiere? Sino sabe hacer nada, solo se dedica a maquillarse y a perder el tiempo.

Aarón tamborileó los dedos, y pensativo observó todos los papeles que tenía de frente.

—Pero, en fin. ¿Cómo te fue en la exposición de altares?

—¿Ah? —balbuceó mirando a la mujer.

—La exposición de altares, ¿cómo te fue?

—Bien, en realidad lo de siempre.

—¿En serio? Yo escuché que encontraron un cuerpo, tú estuviste allí. Cuéntame cómo estuvo eso.

—Pues… —pausó.

Federico Graciani caminó en dirección a los cubículos, tenía el rostro serio y los labios apretados. Señaló sutilmente con la cabeza a Aarón y luego la movió hacia su oficina. Aarón comprendió que debía seguirlo.

—Ahora vuelvo —comentó a Alicia.

—Me cuentas todo —externó ella.

Aarón caminó con mesura tras de Graciani, y este a su vez permaneció en silencio al atravesar todo el lugar. Aarón extrajo de su bolsillo su gafete, y luego se lo colocó.

—Adelante.

Aarón tragó saliva, y como acto reflejo, sus manos comenzaron a sudar.

Graciani cerró la puerta y se sentó frente a Aarón.

—Quiero que me expliques esto —dijo arrojando el periódico de El Mundo frente al hombre.

—No entiendo —humedeció sus labios.

—Estabas allí, ¿no es así?

—Sí, señor —se rascó la nariz.

—¿Y entonces?

Aarón hizo un mohín con los hombros sin comprender. Graciani corrió las cortinas que estaban a sus espaldas, y comenzó a girar nerviosamente en su asiento.

—¿Entonces? ¡Por Dios! Aarón, apenas me creo que no me trajeras una sola fotografía de esto. Un cadáver en medio de la laguna de Champayán es encontrado en pleno día de muertos, ¿no te parece noticia?

—Sí, señor. Y tengo unas fotografías del suceso.

—¿Y entonces? ¿Dónde carajos están?

—No eran tan explícitas… —bajó la cabeza.

—Lo que no entiendo, es cómo el maldito pelón estuvo presente.

Logró obtener fotografías tan acertadas, y tú no.

—Lo siento.

—Aarón… —hizo una pausa y se rascó la cabeza— sé que eres un buen periodista, pero nada te cuesta ser un poco amarillista, a veces la situación lo amerita. ¿Me entiendes?

—Sí, señor.

—Quiero que trabajes en este caso. Quiero saber quién demonios es la chica, y quiero saber qué hay detrás de esto. Si lo haces, podríamos tener un buen acuerdo tú y yo. No quiero que el maldito pelón se nos adelante. Ese tipo busca cualquier oportunidad para sacar jugo de la situación, es como una asquerosa sanguijuela.

—Lo haré, voy a averiguar todo lo que pueda.

—Bien, porque tengo un amigo en una editorial, podría conseguirte algo allí.

La mirada de Aarón brilló, y una sutil sonrisa se asomó en sus labios.

—¿Publicar…?

—Me habías dicho que querías escribir un libro. Si me traes una nota que venda miles de copias, puedo conseguirte ese contrato.

—¿En serio?

—Yo no miento. Tú tienes potencial, solo te falta ser menos *decente* —marcó guiñándole el ojo.

—Bien, entonces trabajaré en esto.

—Hazlo. Ya puedes irte.

Aarón asintió con la cabeza, se levantó y abandonó la oficina.

Caminó rumbo a su cubículo, y una vez allí se dejó caer en la acojinada silla. Posicionó las manos tras la nuca, observó el cielo raso, a las luces blancas y limpias, y luego bajó la mirada hasta el retrato que se encontraba a centímetros de su bote de bolígrafos, un bote en forma de conejo que Valeria le había hecho en el colegio como regalo del día del padre. Aarón meditó unos minutos antes de coger el portarretrato y mirar a su familia:

Samanta, con sus finos cabellos castaños, un rostro en forma de corazón, y una nariz respingada con un pequeño lunar aislado en su mejilla izquierda. Valeria, con una sonrisa enorme que dejaba a la vista sus grandes dientes frontales, y una pequeña nariz que asimilaba un botón al centro de su cara.

A veces pensaba en lo mucho que le hubiese gustado que ellas hubieran conocido a sus abuelos y a su hermano más allá de las imágenes.

Aarón dejó el retrato en su sitio, y luego comenzó a escribir.

4

Aarón empujó la puerta del apartamento. El molesto chirrido indicó a Samanta que su esposo había llegado. La mujer se asomó por el pasillo; llevaba un vestido color esmeralda, y con dificultad trataba de abrocharse uno de los pendientes.

—¡Vaya! Te ves hermosa —expresó Aarón seguido de un suspiro.

Samanta le sonrió sonrojada, aún no conseguía controlar aquel efecto que él tenía sobre ella.

—¿Estás listo?

—Sí, aunque admito que desearía poder descansar un poco.

Valeria corrió hasta ellos, y con entusiasmo abrazó a su padre. El hombre la cargó y enseguida depositó un beso en su mejilla.

—Mírate, hoy sí te peinaste —bromeó Aarón.

—Mamá me obligó.

—Por cierto, señorita, usted y yo tenemos un acuerdo —comentó Samanta con una mirada acusatoria.

—No, yo no recuerdo nada de eso —apartó la mirada.

—Ah, ¿sí? ¿qué clase de acuerdo tienen? —arqueó la ceja el hombre.

El maullido de un pequeño gato de color negro hizo a Aarón mirar en dirección al suelo. Con sus patitas peludas, el felino fue acercándose a la familia. No tenía más de tres meses y, al caminar, se balanceaba de manera graciosa. Su oscuro pelaje únicamente dejaba a la vista sus brillantes y enormes ojos azules.

Aarón bajó a Valeria, luego se inclinó hacia el animal y comenzó a acariciarlo mientras este se restregaba en su pierna.

—Así que *éste* es el acuerdo —dijo mirando a Samanta.

—Yo no lo quiero aquí, se lo dije a ella.

—No es justo, mamá —rezongó la niña.

—Te lo dije, Valeria. No quiero gatos callejeros. ¿Puedes creerlo? —se dirigió a su esposo— Lo vio en una caja junto al colegio y pensó que era buena idea traerlo aquí. El apartamento es pequeño, ese animal no podrá estar cómodo aquí. Además, necesita comer y hacer sus necesidades.

—Pero, mamá… yo limpiaré su popó.

—No, ya te dije que no.

—¿Y qué propones hacer con él? —preguntó Aarón al momento que abrazaba y acariciaba al gato.

—Llevarlo a un refugio.

Samanta se alisó el vestido, cogió su bolso y comenzó a avanzar hacia la puerta.

—Ya es tarde, es hora de irnos.

Aarón entregó el felino a la niña, Valeria le dio un beso en la cabeza, y con los ojos tristes miró a su padre.

—Se quedará, déjamelo a mí —prometió el hombre guiñándole el ojo.

—¿En serio?

—Sí.

Valeria sonrió ampliamente, miró con ternura al pequeño gato y le dijo:

—¿Ves, Robbie? Te dije que no tendrías que irte.

—¿Robbie? —curioseó Aarón.

—Sí, como *Robbie Sinclair* —sonrió, y posteriormente depositó al gato en el suelo.

—Bien, entonces tenemos que comprarle croquetas a Robbie.

—Sí, y un arenero —sugirió con entusiasmo Valeria.

—Es hora de irnos —apresuró Samanta.

La familia no tardó en abandonar el apartamento. Robbie se había quedado dentro observando uno de los rincones de la casa, con la mirada centrada en una diminuta araña que había descendido despreocupadamente hasta el suelo, a la cual el gato no tardaría en cazar y engullir.

Cuando llegaron a la residencia de la madre de Samanta, Aarón aparcó el CHEVY a un costado de otro auto que se hallaba justo en la entrada. Samanta humedeció sus labios y comentó:

—Ya está aquí Andrés.

—Qué interesante —expresó no muy convencido Aarón.

—Por favor, no empiecen a hablar de trabajo, eso nunca acaba bien.

—Yo no soy el que empieza.

—Pero sí el que decide continuar.

Samanta observó a su esposo de forma acusatoria, a lo que Aarón entornó los ojos, y finalmente dijo:

—Está bien, no hablaré de trabajo.

Samanta bajó del auto, y luego le siguió Aarón con Valeria sujetando su mano.

Subieron las escaleras de la entrada, y en menos de un minuto ya se hallaban dentro.

—Sami, me alegra tanto que hayas venido —externó la anciana al ver a su hija.

—Mamá, felicidades. Te trajimos esto —entregó una caja envuelta con un papel marrón y un enorme moño rosado.

—¿Qué será? —preguntó la abuela con una sonrisa al momento que sacudía la caja.

—Un bolso rosa, mami Lola —dijo Valeria.

—Vale, se supone que es sorpresa —reprochó Samanta.

—¡Oh! Vamos, no hay problema —dijo la anciana.

La mujer, de cabello totalmente blanco, labios finos y aparentemente fruncidos, llevaba una mascada de seda que tenía un aroma a chicle que Valeria disfrutaba al abrazarla.

—Feliz cumpleaños, mami Lola.

—Gracias, mi amor —expresó con encanto la anciana.

—Felicidades —formuló Aarón después de que su esposa e hija habían tomado rumbo a la sala.

—Gracias, hijo. Espero disfruten de la cena.

—Hemos traído este pay. Lo compramos cuando veníamos de camino, la panadería que los vende es buena —detalló, y a su vez entregó un plato de aluminio a la mujer.

—Ya lo probaremos.

Aarón avanzó hasta la sala, y después se sentó en el sillón junto a su esposa.

La residencia de la abuela Lola no había cambiado en lo más mínimo, si acaso la pintura retocada; pero cada detalle seguía intacto, pues tras la muerte de su esposo así lo había decidido la anciana.

La sala era el espacio más grande de la casa, con dos sillones encontrándose de frente y una silla mecedora donde solía sentarse el padre de Sam a mirar el televisor. La marcaban la existencia de muchas fotografías adheridas a la pared, tanto de Samanta como de Andrés y de Olga (la hermana mayor de Samanta, quien vivía en Tijuana desde hacía varios años). Entre las fotografías, había una en que se podía ver a Sam graduándose del bachiller, y en otra a Andrés con una enorme sonrisa junto a sus padres, mientras sostenía su certificado de secundaria. Más y más retratos se veían con la familia que alguna vez habían sido. De vacaciones, festejando el cumpleaños de alguno de los miembros, una que otra fotografía de un día casual; todas ocupando un sitio, sea en la pared, junto al televisor o sobre alguna pequeña mesa.

El dulce rostro de Sam había cambiado muy poco a comparación del rostro de Andrés. Samanta conservaba su menuda figura y su delgada complexión, a diferencia de Andrés, quien con los años había aumentado unos kilos, por lo que comúnmente se dejaba crecer la barba para ocultar su flácida papada.

—¿Cómo va el periódico? —formuló Andrés y al momento le tendió la mano a Aarón.

—Bien, todo bien —asintió moviendo la cabeza de manera exagerada.

Ambos hombres extendieron el incómodo silencio. Su relación no podía considerarse mala, aunque tampoco habían coincidido en ser

amigos o algo parecido.

—Ya pronto estará la carne —anunció Carla.

—Qué bueno, porque estoy hambriento —externó Andrés con una sonrisa y mirando a los presentes.

Aarón presionó los labios, Samanta le regresó el gesto positivo a su hermano, y la pequeña Valeria optó por sentarse frente al televisor.

—Tienen que probar la ensalada rusa que hizo Carla, está deliciosa —comentó la abuela Lola.

—La ensalada rusa es mi especialidad, ¿verdad, amor? —dijo la mujer con una sonrisa.

Andrés se aproximó a su esposa, quien se encontraba depositando un enorme tazón en el centro de la mesa. La abrazó por la cintura, besó su mejilla y acarició su abultado vientre.

—Y esperemos que esta pequeña también aprenda a hacer la famosa ensalada —expresó el hombre.

—Por cierto, ¿cuántos meses llevas? —inquirió Samanta al momento que acomodaba los cubiertos en el comedor.

—Seis meses.

—¿Y ya han pensado en el nombre de la niña?

—No, aún no. Tenemos un par de nombres en mente, pero Andrés y yo todavía no logramos ponernos de acuerdo.

—Por favor, no dejes que Andrés lo elija —bromeó Samanta.

—Lo sé, aquí entre nos, tiene gustos horribles —susurró Carla entre risas.

—Te escuché decir eso —puntualizó Andrés mientras tomaba asiento.

—La pequeña Valeria pronto tendrá una prima con quien jugar, ¿cierto, Vale? —añadió la abuela Lola—. Ven a comer, cariño, ya está lista la carne.

—¡Soy un dinosaurio! —gritó Valeria y pronto aterrizó contra su padre, quien una vez localizado junto a Samanta, abrazó a su pequeña hija y la sentó a su lado.

—La próxima navidad, entre Valeria y su prima harán de este sitio un terremoto —dijo Carla y comenzó a servir su famosa ensalada rusa.

—¡Vaya que sí! —expresó Samanta.

—Por cierto, Olga vendrá al nacimiento de la pequeña —comentó la abuela Lola.

—¡Eso es increíble! Tiene tiempo que no la veo —añadió una vez más Samanta.

—Sí, estamos entusiasmados de volver a verla —externó Carla.

—¿Por qué estás tan callado, Aarón? —preguntó la abuela.

—No, para nada. Disculpen, solo estoy algo cansado por el trabajo.

—Escribir artículos debe ser agotador —comentó Andrés con cierto tono irónico.

—Aunque no lo parezca lo es —respondió Aarón con la mandíbula endurecida.

—Claro que lo es. Escribir es muy agotador, se requiere de gran paciencia para revisar el texto, no estar conforme, querer quitar o añadir. Más por aquí, menos por allá… es más complicado de lo que parece —extendió la abuela Lola.

—Tienes toda la razón, mamá. Y mi querido Aarón es un gran periodista —añadió Samanta mirando con orgullo a su esposo.

Aarón le regaló una disimulada sonrisa a Samanta, aunque en su rostro se notaba que no le agradaba mucho la idea de compartir la mesa con Andrés; no lo odiaba, pero tampoco era su persona favorita.

—Supe que estuviste presente durante el hallazgo de la laguna —señaló Andrés, quien acto seguido picó un trozo de carne y se lo llevó a la boca.

—Algo así… —dijo en bajo Aarón.

Valeria llenó la cuchara de ensalada y la llevó directo a la boca de su muñeco *Baby Sinclair*.

—Vale, no hagas eso —frunció el entrecejo Samanta.

—Pero tiene hambre —protestó la niña.

—La chica que hallaron, ¿saben quién era? —curioseó Aarón.

—Al parecer no, yo no estoy llevando el caso. Lo lleva el comandante Godoy, en realidad soy ajeno a lo relacionado a eso.

—Pero supongo que has escuchado algo al respecto.

—Ya, pero no tanto como para poder responder a las interrogantes que se han estado haciendo.

—¿Entonces? ¿Qué es lo que sabes?

—¡Ja! ¿Qué es lo que sabes tú? Te veo muy curioso por el caso.

—Solo es eso, curiosidad. Después de todo soy periodista.

—Eso mismo… —Señaló con el tenedor. —Eres periodista, y eso no me conviene a mí. Lo que sea que diga, puede ser utilizado en mi contra.

—Me encantó la ensalada, Carla. Tienes que enseñarme a prepararla —externó Samanta.

—Claro, con gusto lo haré. Cuando vengas a la casa puedo enseñarte varias recetas que seguro a Vale le encantarán.

—He visto que le has echado trozos de mango, nunca la había probado así —añadió Samanta.

—El mango le da un sabor diferente, como un toque especial.

—¿Y la carne? ¿Qué les ha parecido la carne? —preguntó la abuela.

—¡Riquísiiima! —exclamó Valeria.

—¿Y a *Baby Sinclair* le gustó?

—Sí, abue.

La mesa por un momento pareció dividirse entre la charla de

Andrés y Aarón, las conversaciones de la abuela Lola, Carla y Samanta, y las infantiles e inocentes opiniones de Valeria.

—¿En tu contra? ¿A caso consideras que soy como Pablo Quintanar? ¿Cuándo me has visto escribir alguna nota amarillista? —inquirió Aarón con cierto rastro de indignación.

—Bien, no lo has hecho, pero seguro no tardarás en corromperte por el mundo en el que te mueves.

—Nunca escribiría algo amarillista, me considero un profesional. Y trato de escribir únicamente cosas verídicas. Es solo que… estuve presente ese día y me quedaron muchas dudas.

—Como a todos. Nadie sabe quién es la chica. El agua está haciendo difícil determinar el tiempo que llevaba de muerta, el agua se lleva todo.

Aarón plegó la frente, y pensativo, miró su plato casi vacío; había estado comiendo sin ser consciente de la cantidad. Unas pequeñas gotas de jugo amarillento se agrupaban a las orillas del vaso de cristal, y en el fondo de este se podían ver los rastros de la pulpa de la naranja.

—¿Quién quiere postre? —preguntó la abuela.

—Yo quiero, pero creo que voy a reventar —comentó Valeria.

—¿Cómo no? Si te has comido varios filetes de carne. ¿Y la ensalada? ¿Por qué no has comido ensalada? —dijo Samanta.

—Los dinosaurios comen carne. Ensalada no.

—Pero usted, señorita, no es un dinosaurio —puntualizó Samanta.

—Estoy en proceso de convertirme en uno.

—Un dinosaurio muy voraz, ¿cierto? —añadió Carla.

—¿Quieres postre? —preguntó Samanta a Aarón.

—No, gracias —tajó con seriedad.

La abuela se levantó en compañía de Carla, ambas caminaron hacia la cocina, y sin mucha demora regresaron al comedor con unos pequeños platos y una gran tarta de manzana.

—Quiero una gran rebana de eso —señaló Valeria.

—Pensé que los dinosaurios solo comían carne —dijo Samanta.

—Estoy en proceso, todavía no soy uno —unió las cejas la niña.

—Con permiso, ahora vuelvo —dijo Aarón levantándose de su asiento.

—¿Estás bien? —preguntó Samanta preocupada.

—Sí, es solo que tengo un poco de acidez estomacal.

—¿Seguro?

Ella sabía que él mentía, podía leerlo en su rostro, en la expresión de sus ojos, en sus labios fruncidos, en su frente perlada y en la mandíbula apretada.

Aarón caminó hacia el baño, giró la perilla, entró al pequeño cuartito bajo las escaleras y cerró la puerta. Se lavó las manos un par

de veces, se miró al espejo y delimitó su cansado rostro, acompañado de ojeras y de una cicatriz en la ceja que se había hecho cuando niño.

Las risas de Abraham aterrizaron en su memoria. En lo más profundo de su mente estaban ambos jugando en la vieja locomotora, correteando entre los arbustos, brincando por encima de un empolvado sillón abandonado a un costado de las vías del tren. De repente Abraham se había quedado quieto, para luego echarse en el césped a mirar las nubes del cielo.

Aarón se detuvo y no tardó en recostarse junto a su hermano mayor. Fue allí cuando Abraham se percató de una pequeña línea de sangre formándose por encima de los vellos de la ceja izquierda de su pequeño hermano.

«¿Qué te sucedió?» preguntaría Abraham.

«¿Dónde?»

«Espera, no te muevas…»

Abraham tocó la herida, Aarón chilló.

«¡Duele!»

«No es tan grave, con un poco de alcohol estarás bien.»

La sonrisa de Abraham le dio confianza a Aarón; después de todo, no quería parecer un llorón frente a su hermano mayor.

Un golpeteo se escuchó del otro lado de la puerta del baño, seguido de la voz de Samanta:

—¿Estás bien?

—Sí, ya voy.

Aarón cerró la llave del lavamanos, se secó con un trozo de papel higiénico y luego abrió.

—¿Qué te sucede? —averiguó con cierto tono de preocupación.

Aarón no quería admitirlo, pero tras haber presenciado el hallazgo de la chica del lago, había tenido muy presente la muerte de su hermano. El agua y él no se llevaban del todo bien desde aquel entonces.

—Nada… es solo que, me siento cansado.

—¿Quieres que nos vayamos ya?

—No, amor. Termina de pasarla bien con tu madre.

—Pero si tú estás cansado, será mejor irnos.

—No, yo estoy bien, me recostaré en la sala.

—¿Seguro?

—Claro.

—Bien.

Samanta depositó un beso en los labios de su esposo, se alejó de él y regresó con su madre y cuñada.

Aarón caminó abatido hacia la sala y se sentó en el viejo sillón del abuelo, mientras Valeria se encontraba sentada en la alfombra frente

al antiguo televisor, mirando *Los Picapiedra* con su *Baby Sinclair* a un costado.

—Suéltalo —dijo Andrés al momento que se dejaba caer sobre el sofá a poca distancia de Aarón.

—¿Qué cosa? —miró sin ánimos a su cuñado.

—Lo que quieres saber sobre la chica del lago.

—No estoy obsesionado con eso, si es lo que piensas.

—Vamos, Aarón, a ti no te importa lo que yo piense. Nunca nos hemos llevado bien, convivimos porque eres el esposo de mi hermana. Pero sabes que no eres la clase de tipo con el que me sentaría a tomar unas cervezas mientras veo un partido de fútbol.

—Porque tú lo quieres así, por mí no habría problema en ello.

—Bien, entonces por caridad, esta noche te haré un favor. ¿Qué quieres saber de esa chica? Y lo más importante, ¿por qué?

Aarón, visiblemente cambiado, se inclinó hacia adelante, apoyó con firmeza los pies sobre el suelo y reposó las manos en cada rodilla.

—Graciani me dijo que si escribo una buena nota para El Buscador, me dará la oportunidad de contactar con una editorial y publicar un libro. Eso podría ayudarnos económicamente a tu hermana y a mí; quiero encontrar un mejor colegio para Vale y prepararme para su futuro. Algún día quiero que vaya a la universidad y que tenga éxito en lo que sea que elija. Y no quiero limitarla por no tener suficiente dinero. Tú pronto serás padre, y sabrás lo que un padre es capaz de hacer por amor a su hija.

Aarón observó a su pequeña hija de espaldas, su cabeza se movía lado a lado mientras repetía los diálogos de *Pedro Picapiedra*.

—Quiero que se llame Sofía —interrumpió Andrés—, aunque Carla quiere que le pongamos el nombre de su madre.

—¿Cuál es ese? —preguntó curioso Aarón, mas sus ojos apuntaban todavía hacia Valeria.

—Eva —sonrió Andrés.

—¿Eva? Me gusta más Sofía.

—Díselo a Carla, necesito otra opinión que me respalde.

—Se lo diré.

Aarón hizo una mueca que asemejó la sonrisa que solía regalar en la calle a los indigentes, cuando estos pedían monedas y él no tenía para darles, y únicamente se limitaba a asentir con la cabeza y decir: «Lo siento».

—Dicen que no era de aquí —comenzó Andrés.

Aarón desvió la mirada hacia él.

—Tenía diecisiete años… ¿puedes creerlo? Diecisiete años, aunque todavía se lo están debatiendo, quizá sea un año menor… o un año mayor, pero no deja de ser una niña.

—¿Pero no era de aquí? —plegó la frente.

—No, tiene rasgos asiáticos; podría tratarse de alguna inmigrante ilegal. Nadie la ha reportado, no hay indicios de familia, conocidos, es como si la hubiese expulsado la tierra. Es triste, ¿no crees? Morir y ni siquiera tener un entierro digno; y súmale que la forma en la que murió fue muy violenta.

—¿Fue violada?

—No lo saben… aunque más bien creo que no han querido decirlo.

—Necesito averiguar más.

—No es el primer cuerpo, Aarón —enserió.

—Sí, he escuchado de eso.

—¿Qué has escuchado?

—Que en más de una ocasión se han encontrado cuerpos en la laguna. De mujeres en su mayoría… y uno que otro alcoholizado que cae y se ahoga.

—¿Mujeres? Yo diría niñas. Casi todas son menores de edad, la mayoría no pasa de los diecisiete años.

Aarón tensó la mandíbula, pasó saliva y entrelazó las manos.

—¿Y la policía qué ha hecho al respecto? ¿Ya se logró aclarar algún caso?

—No, casi ninguno. No estoy involucrado de lleno en esto, mi departamento se vincula, pero no soy el encargado de esos casos. Como te dije, es Marcos Godoy quien los lleva.

—Pero puedes conseguir información, ¿cierto?

—Puedo tratar, aunque será arriesgado.

—¿Por qué?

—Cuando la policía se vuelve celosa ante determinados casos, es porque esconden información… éste es uno de *esos casos* —puntualizó Andrés.

—Te refieres a que… ¿es terreno peligroso?

—Es más que eso, hay algo turbio allí. Te estás metiendo a la boca del lobo, hay aguas que es mejor no agitar.

—Pero si todo saliera a la luz, eso ayudaría a que las familias de las víctimas tuvieran justicia.

—Este es el mundo real, Aarón, la justicia no existe. Y las chicas que han muerto son en su mayoría de clase social baja, ¿crees que el gobierno quiere invertir en algo así?

Aarón caviló, y luego añadió:

—Consígueme información, sólo eso. No te voy a vincular en nada, ni diré que fuiste tú. Por favor.

—Es hora de irnos —anunció Samanta.

Valeria ya se había quedado dormida sobre la alfombra, tenía a *Baby Sinclair* sujetado con fuerza de la pata derecha, mientras en el televisor se escuchaba el *Himno Nacional Mexicano*.

Aarón se aproximó a su hija, la levantó con delicadeza y acomodó

su cabeza sobre su hombro; sujetó a *Baby Sinclair* con la otra mano procurando que sus movimientos no despertaran a Valeria de su placentero sueño.

Samanta se despidió de Carla y de su madre. Andrés se aproximó a Aarón, de modo que solo él pudiese escucharlo, y dijo:

—Te llamaré mañana durante el transcurso del día. Lo que pueda investigar te lo haré saber.

—Gracias.

—Y ten cuidado con lo que escribas.

—Seré meticuloso.

—No basta con ser meticuloso, lo sabes.

Aarón asintió con la cabeza y Andrés caminó hacia su esposa.

Samanta no tardó en despedirse de su familia, para luego abandonar la casa de su madre.

Al llegar al auto, Aarón acomodó a Valeria en el asiento trasero, aseguró las puertas y ocupó el asiento del conductor. Samanta le sonrió una vez dentro del vehículo. Andrés se despidió con un viene y va desde el otro lado de la calle, y entonces ambas familias tomaron sus respectivos caminos.

5

La biblioteca que solía visitar Aarón era la más discreta y apartada de la ciudad. Aarón gozaba del silencio que podía respirarse en aquel sitio; se encontraba junto a un amplio lote baldío con la maleza acrecentada, el cual tenía una serie de arbustos a las orillas de donde surgían jazmines que desprendían un suave y fresco aroma durante las tardes, haciéndose más intenso por las noches. Cada que Aarón bajaba de su auto dejándolo a un costado de la biblioteca, recorría el filo del lote e inhalaba profundamente, embriagándose del aroma.

Del otro lado de la biblioteca se encontraba un extenso y polvoso campo de fútbol, el cual era ocupado por las tardes por unos cuantos aficionados que vivían en una cercana zona rural. Y justamente frente a ella, un largo muro de concreto, donde se apreciaba una serie de grafitis, o lo que algunos jóvenes llamaban: «Arte Urbano». Un pingüino fumando un cigarrillo de mariguana, dos ranas copulando, y el anuncio de una banda grupera (a la cual casi nadie conocía) que llegaría a mediados del próximo mes.

Aarón atravesó las viejas puertas de madera de la biblioteca. El arco quedaba por encima de su cabeza con varios metros de distancia. Eran alrededor de cincuenta estanterías gigantescas repletas de libros. El eco estaba atrapado entre las paredes del lugar, junto al aroma a páginas viejas y a madera siendo devorada por las termitas. Diez mesas acomodadas al azar, con dos sillas a cada lado y unos cuantos periódicos apilados en las esquinas conformaban la zona central, junto con un pequeño escritorio en la entrada, donde se sentaba la señora Cayetana mientras leía una revista de chismes y se engullía unos cuantos *Cheetos*.

Aarón conocía a la mujer de años atrás. Cayetana había visto infinidad de veces a diversos jóvenes ocupar y dejar la vacante de bibliotecario. Una y otra vez un rostro nuevo cada semana; uno que otro duraba un mes o dos a lo mucho, pero casi nadie podía llevar el ritmo de trabajar en aquel sitio. El sueldo era una «mierda» como ella misma decía, y los horarios una «joda», como ella repetía. Así y todo, ella gozaba de estar allí, ya que en casa nadie la esperaba, nadie más que aquel viejo panzón que era su casero para cobrarle la renta. Vivía sola, jamás se había casado ni había tenido hijos.

Aarón había escuchado su historia unas mil veces, sin embargo, nunca había indagado nada al respecto; solo se limitaba a imaginarse la desolada casa de Cayetana.

—Buenas tardes, Caye —saludó Aarón.

—Tenía varios días sin verte —dijo lamiéndose su anaranjado dedo

pulgar.

—Sí, he tenido mucho trabajo. Aunque hoy necesito recurrir a ti.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—Necesito periódicos, por lo menos todos los que tengas desde 1994 hasta la fecha actual. ¿Podrás?

—Yo creo que sí, tengo incluso unos de 1992, podrían servirte.

—Me parece perfecto.

—Bien, déjame decirle a Brandon.

—¿Brandon? —sonrió— ¿Es el nuevo?

—Sí, ya ves. Un día es Ofelia, luego Ana, Federico… y hoy le tocó a Brandon —comentó a modo de broma.

—No duran mucho, ¿verdad?

—No. La última chica creí que duraría más, pero solo estuvo dos meses y dijo *Adiós*.

—¿Y qué tal Brandon?

—Eh… más o menos, es servicial el chico, aunque medio torpe.

—Entiendo, esperemos que dure un poco más.

—Esperemos que sí —añadió antes de vociferar—, ¡Brandon!

Pronto un joven escuálido, con lentes y dientes prominentes, se aproximó a la entrada con un par de libros en las manos, y luego se detuvo frente a una chica que leía en una de las mesas junto a las estanterías.

—¡Ya voy! —anunció a Cayetana, provocando un eco por todo el lugar—. Aquí tiene el libro que necesitaba.

—Gracias —dijo la chica antes de sujetarlo.

Brandon se alejó y continuó su camino hasta llegar a Cayetana.

—Dígame.

—Necesito que ayudes al señor a encontrar unos periódicos.

—Claro —miró de reojo a Aarón, y sonrió mostrando sus enormes dientes y parte de sus rojizas encías.

—Ya sabes, están apilados en las esquinas; ten mucho cuidado, no quiero que se vayan a caer y se maltraten.

—No se preocupe.

—Bien. Ve con él, Aarón, te dará lo que necesites.

—Gracias, Cayetana.

Aarón avanzó tras el muchacho, atravesando el espacioso lugar hasta llegar a una de las esquinas más apartadas, donde les esperaba una pila de periódicos, acomodados por fechas y detenidos por unos tablones de madera.

—Aquí están —indicó Brandon con un pequeño silbido al pronunciar la “s”, pues sus prominentes dientes ocasionaban que no pudiera cerrar totalmente la mandíbula.

—Necesito de 1994 en adelante.

—¿1994? —frunció el ceño mientras miraba de reojo todos los

periódicos.

Brandon se inclinó, y poco a poco fue sacando cuidadosamente los periódicos de abajo hacia arriba.

—1° de enero de 1994… —dijo al momento de pasarlo a Aarón.

El hombre lo sujetó y leyó la fecha en la parte superior del gastado papel.

—02 de enero de 1994… —continuó.

Aarón cogió este último y lo colocó encima del que ya llevaba consigo.

—Si lo prefiere, puedo ir buscando los demás periódicos y llevárselos a su mesa.

—Me parece perfecto, te lo agradecería mucho.

Brandon sonrió con mesura, y Aarón se dio la vuelta para ocupar un sitio en una de las mesas.

Cuidadosamente desplegó el primer periódico, el papel se sentía áspero y el aroma a tinta era algo penetrante. Leyó la sección de deportes, después la sección de noticias: en su mayoría, los apartados profundizaban sobre el Levantamiento Zapatista, aquella rebelión de doce días que había tenido lugar en Chiapas.

Pasó hoja por hoja, pero ninguna reveló información relevante para su investigación. Aarón dejó de lado el 1° de enero y pasó al 2° de enero.

Brandon se aproximó al hombre con varios periódicos entre las manos.

—Le entrego el 8, 10, 13 de enero… y todos estos son del 15 al 31 de enero de 1994. No encontré los días 3, 4, 5, 6, 7, 9, 11, 12 y 14 de enero. Y todos estos son de febrero.

El cerro de periódicos ocupó gran parte de la mesa de Aarón. El hombre pasó los dedos por las hojas de la pila de papeles, se mordió los carrillos y habló:

—Ayúdame con 1997 y 1995. Esos años me interesan mucho.

—Bien, 1997 y 1995, enseguida —Brandon se dio la vuelta, y Aarón inició una exhaustiva revisión.

Los dedos del hombre se tiñeron de tinta oscura. Algunos periódicos se encontraban en muy mal estado, el desgastado papel se hallaba cuarteado en las esquinas, e incluso uno de que otro periódico estaba arreglado con cinta adhesiva.

Las horas se fueron consumiendo. Brandon iba y venía con periódicos entre sus flacuchos brazos; dejaba nuevo material para Aarón, y se retiraba con el que este ya había revisado.

La silla que había estado vacía frente a Aarón se hallaba ahora ocupada por una pila de periódicos; la mesa contenía otra parte de estos, y las luces que pendían del techo de la biblioteca ya se habían encendido para alumbrar cada rincón de la misma.

Los últimos rayos del sol se colaron por las puertas de madera. En el cielo se mezclaban colores azules y rojizos, y los dividía una extensa línea violeta. Las nubes jugaban una con otra ocultando el sol para dar paso a la luna. El viento entraba a ráfagas a la biblioteca, refrescando el ambiente con la brisa de otoño.

Aarón paseó los ojos sobre el día 15 de febrero de 1995, y fue cuando se encontró con la primera noticia que captó su atención.

San Valentín Sangriento

Un cuerpo fue hallado en la **Laguna de Champayán** durante el festival de **San Valentín**. Testigos afirman haber encontrado el cuerpo durante un concurso de remos…

Aarón se frotó el mentón y comenzó a leer cuidadosamente. Tras finalizar, colocó el periódico a un lado, planeando llevárselo a casa para indagar más al respecto. Echó un vistazo a unos cuantos diarios más antes de llegar al 23 de agosto de 1997, aquel verano en el que un pescador y su hijo habían hecho un espeluznante hallazgo.

Cuando llegó a esa nota, supo que algo vinculaba ambos descubrimientos; fue entonces que comenzó a plantearse la idea de añadir el tercero, aquél que le había estado robando el sueño durante los últimos días: la chica asiática de la laguna. No estaba sola, habían más.

—15 de febrero de 1995… —dijo pasando los dedos por encima de la fecha del periódico.

—23 de agosto de 1997… —puntualizó, cogiendo su libreta y anotando ambas fechas. Entonces escribió una más:

«2 de noviembre de 1999».

—¿Señor? ¿Necesita algo más? Es que ya pronto cerraremos —comentó Brandon.

Aarón miró de reojo al muchacho y cayó en cuenta de cómo la tarde se le había ido atrapado entre aquellas empolvadas y viejas estanterías.

—No, ya me iré. Solo me llevaré estos dos periódicos —señaló al momento que se levantaba de la silla.

—Está bien, lo anotaré en la lista.

—Sí, gracias.

Aarón agarró su cuaderno, una mochila que había llevado consigo y los dos periódicos con las fechas claves para su investigación.

Caminó hacia la salida, se despidió de Cayetana, y finalmente abandonó la biblioteca.

Mientras conducía a casa, dos relámpagos surcaron el cielo antes

de que la lluvia comenzara a bañar la ciudad. Aarón se aparcó junto a aquel restaurante japonés que se hallaba a unas cuantas cuadras de su apartamento, aquél mismo al que solía ir a comer con su esposa e hija los fines de semana después de una buena quincena.

Bajó del auto protegiéndose de la lluvia con ambos brazos. A paso acelerado ingresó al lugar; al abrir la puerta de cristal, la luz cálida y un clásico *Hōgaku* le recibieron. Se aproximó a la barra, y acto seguido ordenó dos rollos California y uno que iba relleno de camarón, el cual casi nunca conseguía pronunciar de manera correcta.

—¿Leíste mi nota? —escuchó Aarón a sus espaldas mientras esperaba su orden.

Claramente sin voltear, ya había identificado de quién se trataba.

—Por lo general, paso de leer cosas tan amarillistas —expuso.

Pablo Quintanar sonrió con cinismo. Pasó la lengua por los dientes, todavía podía sentir los rastros de ajonjolí enterrados en sus encías.

—No me negarás que ha sido una jodida obra maestra esa serie de fotografías. Es lo que la gente consume, solo les doy lo que quieren ver.

Pablo Quintanar había llevado a su esposa e hijo a cenar a aquel lugar. En una mesa apartada de la barra se hallaba el pequeño Quintanar sentado frente a su madre, coloreando con unos crayones el dibujo de un *ManekiNeko* que le había sido entregado por la mesera tras haber tomado su orden. La mujer esperaba a su esposo, e impaciente movía la cuchara de un pequeño tazón de soya que se hallaba al centro de la mesa.

—Exhibiste a esa pobre chica. ¿Te da orgullo eso?

—Necesitas aprender a moverte en este negocio, Aarón. El periodismo es un negocio, aunque trates de negarte a la idea.

—Las cosas salen mejor cuando realizas una investigación y escribes con fundamentos. No se trata de vender el morbo, sino de encontrar la verdad.

—Ajá…

Pablo pagó su cuenta, y antes de retirarse dio unas palmadas en el hombro de Aarón.

—Avísame cuando encuentres la verdad de lo que está ocurriendo con las chicas de la laguna.

—¿De qué hablas? —frunció el ceño.

—Tú y yo sabemos perfectamente que ese hallazgo no fue un simple *hallazgo*. Hay que sacarle provecho a la situación.

—¿Qué sabes de eso?

—¡Ja! ¿Crees que soy tan estúpido como para contarte lo que podría ser mi pase a ganarme la lotería? No, mi estimado.

Pablo se alejó de Aarón, y antes de que él consiguiese responderle, se viró para recoger su orden, que recién había sido depositada sobre

la barra. Cuando volvió para tratar de encontrar a Pablo, éste ya había abandonado el lugar con su familia.

Cuando Aarón llegó a su apartamento, abrió la puerta con cierta dificultad; cada vez estaba peor el chirrido. La cerró a sus espaldas, colocó la bolsa de sushi sobre la consola de entrada y se aproximó a una pequeña nota que se hallaba debajo de la contestadora.

«Fui con Valeria a visitar a mamá, llego más tarde. Te amo».

La contestadora marcaba un mensaje. Aarón abrió una de las cajas que contenía el sushi, y mientras engullía el primer rollo, oprimió el botón de la contestadora y escuchó:

—Estuve investigando unas cuantas cosas que podrían interesarte, llámame en cuanto llegues a casa, necesito entregarte algo.

Aarón se pasó el bocado, y remarcó el número de Andrés. Un ring fue suficiente para que del otro lado de la línea su cuñado contestase; era como si hubiese estado esperando su llamada.

—Ya llegué. ¿Qué tienes para mí?

—Estoy seguro que va a interesarte mucho, te veré en una hora. Sólo estoy terminando de revisar unas cosas y paso por allí.

—De acuerdo.

La llamada finalizó. Aarón se metió otro pedazo de rollo a la boca, se detuvo a mirar la nota que había escrito Samanta y leyó una vez más la frase: «Te amo».

Tras caminar a la sala, dejó caer los periódicos sobre la pequeña mesa de centro y abrió otro de los Box Lunch de sushi, pensando que tal vez Samanta y Valeria cenarían con la abuela; eso significaba que, si comía otro de los rollos, quizá Samanta no lo notaría del todo.

Sujetó los palillos que venían incluidos con la comida, tomó el primero rollo y lo llevó a su boca. Entonces empezó a releer la nota del 23 de agosto de 1997.

MACABRO HALLAZGO DE LAS SIRENAS DEL CHAMPAYÁN

Redacción. Un residente del área hace escalofriante hallazgo junto con su hijo. La tarde de ayer, 22 de agosto, el señor Miguel Fraga se encontraba pescando con su hijo menor en la **Laguna de Champayán**, cuando se encontraron con el cuerpo de una mujer, cuya identidad, hasta la hora de la impresión de este ejemplar, resulta desconocida. Al arribar la policía, el área fue acordonada, y finalmente se sacaron **nueve cuerpos** del agua. La policía no ha querido dar más información al respecto. Las edades e identidades de las víctimas continúan siendo un misterio, aunque se especula que podría tratarse de una **ola de homicidios**.

Junto a la breve nota, podía verse una fotografía de la laguna con

nueve bultos depositados en la orilla.

Aarón no pudo evitar cuestionarse sobre la extensión de aquella noticia. Eran tan corta que pasaba a ser insignificante en el periódico. No entendía el cómo un suceso de esa índole podía haber pasado tan desapercibido. El hombre terminó de masticar los restos de sushi antes de escuchar el claxon del auto de Andrés.

Aarón se apresuró a salir del apartamento y se colocó el impermeable, pues afuera ya llovía a cantaros. Salió del edificio y avanzó hasta el auto aparcado bajo un árbol.

Apenas Andrés bajó el cristal de la puertezuela, el viento golpeó su rostro y el rocío no tardó en humedecerle las mejillas.

—¡Diablos! —exclamó el hombre— No anunciaron que habría lluvia.

—Según iba a ser un día soleado —bromeó Aarón.

Su impermeable producía un sonido ante el constante golpe de las gotas de lluvia; el cabello del hombre se mojó y su rostro se empapó por completo.

—Mira, tengo esto para ti. Escóndelo bien, no quiero que se moje.

De la parte trasera del auto, Andrés obtuvo un sobre manila que se hallaba cerrado totalmente.

Aarón lo cogió y guardó por debajo de su impermeable amarillo.

—¿Qué información obtuviste? —se relamió las gotas que caían desde su cabello hasta sus labios.

—Dentro del sobre hay unas cuantas fotografías; te señalé las que puedes publicar, y las que no debes mostrar a nadie. Estoy confiándote mi pellejo y espero que no la cagues, porque de lo contrario mi empleo se irá a la mierda, ¿entiendes?

Aarón solo asintió sin dar respuesta, el otro hombre continuó hablando.

—Bien. Algunas declaraciones indican que podría tratarse de un asesino serial, sin embargo las fechas no cuadran para que sea solo una persona la que esté cometiendo estos crímenes, es por ello que me inclino más a pensar que se trata de una especie de organización. A las chicas las han llamado *Las sirenas de la laguna*, ¿puedes creerlo? Hay muchos cuerpos de los cuales no habla ni la prensa. Yo digo que podría ser trata de blancas incluso, pero no puedo afirmarlo. Hay demasiada información desaparecida, muchos datos inconclusos.

—Es decir, ¿cerraron los casos sin hallar al culpable?

—Es más que eso, no quisieron ni seguir tratando de *hallar al culpable*. Es como si solo hubiesen fingido investigar, sin hacerlo, ¿me captas?

—Es un circo montado… —puntualizó.

—Sí, no hay una investigación real. Solo son especulaciones que se han hecho, y lo que realmente sucede están tratando de ocultarlo.

Quizás esto va sobre drogas, narcotráfico, ya sabes… solo sé que es un terreno peligroso. Hay algo turbio, Aarón. Han desaparecido fotografías, testimonios, y hay algo más… y no sé cómo tomármelo.

La lluvia se hizo persistente y un estruendoso relámpago surco el cielo. Aarón sintió cómo sus manos se entumecían ante el frío viento que azotaba su cuerpo.

—Hay la declaración de un compañero de escuela de una de las chicas que se encuentra en el sobre que te di. Este chico dice haber visto un vídeo de la chica, un vídeo muy extraño.

—¿Qué tipo de vídeo? —frunció los labios.

—Un vídeo donde, al parecer, estaba siendo violada por varios tipos. Ya sabes, el mocoso seguramente compró unos cuantos vídeos porno, y se encontró con ese. Pero lo raro es que, después de esa declaración, no volvió a la fiscalía a corroborar su testimonio. Entonces todo quedó en un rumor.

—¿Y hace cuánto fue eso?

—No me acuerdo del todo, pero me parece que tiene alrededor de dos años. Ese día me dijeron que tomara su declaración, y justo cuando iba a empezar a recopilar sus datos, llegó otro sargento y me remplazó en la entrevista.

—No quisieron que tú escucharas.

—No, y no me sorprende. No es la primera vez que sucede algo así, y en esos casos es mejor no hacer preguntas. Ya sabes, es mejor irse —ladeó la cabeza.

—Entonces, podría tratarse de pornografía de menores y trata de blancas.

—Podría, aunque la gente está tan enferma que no lo sé con certeza. Aarón, llevo más de diez años trabajando para el Departamento de homicidios, he visto muchas cosas y por eso sé cuando te digo que esto no es bueno. ¿Seguro que deseas seguir con esta investigación?

—Sí.

—Solo presta atención: no publiques nada que te comprometa. Y no publiques las fotografías que te señalé, porque de esas solo la policía tiene conocimiento, ¿vale?

—Lo prometo, no lo haré. Gracias.

—Tengo que irme, si me entero de algo más te lo haré saber. Pero tenemos que vernos bajo mucha discreción, no quiero que me vinculen a esto.

Aarón asintió, Andrés subió el cristal de su auto, y después se marchó.

Aarón sintió el sobre bajo el impermeable; el papel tocó su pecho mientras los latidos de su corazón se aceleraban y su respiración se contraía. El abismo representaba un oxímoron para él, sabía que lo

conduciría a la tragedia, y aun así deseaba saltar.

6

Fernanda Araujo conducía su vehículo por la autopista principal. Las luces de su auto se veían reflejadas en la carretera, como si este fuese un extenso lago negro. Los limpiaparabrisas no dejaban de moverse lado a lado; la forma en la que empujaban el agua hizo recordar a Fernanda la historia de Moisés dividiendo el mar, aunque aquella lluvia de otoño parecía más densa que todo el Mar Rojo.

Condujo unas cuantas calles más antes de llegar a su residencia. Aparcó el auto a un costado del jardín de aquella casona que se destacaba en el lujoso vecindario. La mujer asió el paraguas que se hallaba asentado en el asiento del copiloto, abrió la puerta del vehículo y rápidamente abrió la sombrilla para protegerse. Aseguró las puertas, y con un botón activó la alarma, guardó las llaves dentro el bolsillo de su costoso abrigo CHANEL, y luego ingresó a la casona.

Algunos vecinos la llamaban «La casa blanca»; tenía un jardín perfectamente cuidado, unos rosales blancos que adornaban los costados de todo el terreno y una construcción al clásico estilo romano. Elegancia y pulcritud, eso emanaba aquella casa.

Fernanda ingresó a la mansión, cerró el paraguas y lo dejó en una esquina de la entrada. Se quitó el abrigo para después colgarlo en el perchero. Caminó a la cocina, cogió un vaso de la alacena y lo llenó de agua para después beberla.

Escuchó el silbido de la cafetera, y extrañada se aproximó a ésta para apagarla.

—¡Mónica! —vociferó.

Era raro que aquella mujer encargada de preparar los alimentos de la casa tuviese un descuido como ese, sin embargo Fernanda no se lo planteó tanto aquella noche. Aunque quizá si se hubiese asomado al jardín que se extendía por la parte trasera de la residencia, habría visto el cuerpo de la mujer, con dos disparos atravesándole el pecho mientras la lluvia lavaba su sangre.

Pero eso no sucedería, al menos no durante las primeras horas.

Fernanda dejó el vaso sobre la meseta, salió de la cocina, y por un momento se quedó apreciando el cuadro de su esposo: una enorme pintura (de 1.50 metros de largo x 1 metro de ancho) que el hombre había mandado a realizar y que había enmarcado en oro, colocándola justo frente a la puerta principal, donde la escalera se dividía en dos para llevar a los pasillos que dirigían a las habitaciones. Una pintura que, al verla, todo aquel que entrase a la mansión se percataría de su grandeza y poder.

Orgulloso, con la mirada fría, de labios finos, frente amplia y

cabello canoso, portando un costo traje importado de Alemania. Así era Itsván Faragó, un importante empresario, dueño de una cadena de hoteles que cada día se extendían más por todo el mundo; pero que para Fernanda era solo un avaricioso hombre con impotencia y mal carácter, con quien se había casado a los veinte años, y con quien había dormido durante los últimos doce.

La mujer resopló antes de subir las escaleras. Estaba cansada de su vida, de la ostentosidad y de las apariencias; sin embargo nunca había sido lo suficientemente valiente como para coger sus cosas y marcharse. Se había planteado aquella idea infinidad de veces, pero quizás en el fondo no odiaba tanto los lujos como ella creía, eran esos deseos que solo el dinero podía comprar.

—Parece que lloverá toda la noche —dijo al abrir la puerta de la habitación.

Y se detuvo al mirar el cuerpo inerte de su marido reposando sobre las sábanas blancas, que se habían teñido de color escarlata ante un disparo que había recibido en la frente.

En calzoncillos blancos, yacía con el abultado abdomen al descubierto, dejando ver una serie de vellos que cubría desde su pecho hasta su ombligo. Cualquiera habría dudado que aquel hombre pudiese ser Itsván Faragó, pero Fernanda lo conocía perfectamente, y para ella no había dudas.

La mirada de la mujer se horrorizó y su cuerpo se paralizó totalmente; no conseguía asimilar tal escena. La habitación que por años había compartido con aquel hombre ahora tenía el olor de la muerte impregnado en cada rincón.

Cuando la policía llegó a la escena, Fernanda se encontraba en shock sentada en el sofá de la sala. El servicio forense hizo su aparición después, convirtiendo la habitación en el atractivo principal de la noche. Dos cuerpos más fueron hallados en el jardín, el de Mónica (la cocinera) y uno de los miembros de seguridad que cuidaba la entrada principal.

Reporteros habían llegado a la residencia, esperando ansiosos a las afueras; todos deseaban tener la primicia de la muerte de Itsván Faragó. La lluvia no los había detenido, pues la curiosidad era más fuerte, y el morbo sin duda vendía lo suficiente como para estar allí.

Marcos Godoy se sentó frente a la mujer de rostro pálido y desencajado, pero aun así el hombre pudo ver la belleza que se escondía detrás del terror y la incertidumbre.

—Encontramos a Mónica, estaba en la parte trasera de la casa. Creemos que le dispararon después de que abriera la puerta, pues no hay indicios de que hayan forzado la cerradura. Al parecer no se llevaron nada, pero algo buscaban, ¿cree saber qué era?

—¿Qué? —divagó.

—Señora, la oficina de su marido estaba revuelta. Papeles regados, los libros rotos; es un desastre. Cualquier cosa que recuerde puede sernos de gran ayuda… —puntualizó Godoy.

—No lo sé. No tengo idea de nada…

—¿Dónde estaba usted antes de encontrar a su esposo?

—Fui a ver a mi madre, vive al otro lado de la ciudad. Estuve con ella todo el día.

—¿Sabe de alguien que tuviese alguna razón para lastimar a su esposo?

—No… no sé nada de eso.

Godoy asintió con la cabeza, y miró a la mujer con recelo.

—Bien, señora Araujo, ¿tenía usted problemas con su esposo?

—¿Qué? —plegó la frente— ¿Cree que yo lo asesiné?

—Jamás dije eso. Pero como sabrá, ante una situación como la acontecida, las primeras sospechas tienden a recaer en la pareja de la víctima.

—Acabo de encontrar el puto cuerpo de mi esposo, no estoy para estas estupideces —escupió con indignación.

—Yo solo cumplo con mi trabajo. No estoy diciendo que usted lo haya asesinado.

—Pues haga su puto trabajo como debe de ser, yo no lo asesiné. No sé quién lo hizo, ni porqué. Yo no tenía problemas con Itsván; no éramos la pareja del año, pero jamás lo hubiese lastimado.

—Bien —dijo, y acto seguido se levantó para caminar hacia la puerta principal.

Fernanda se quedó en el sofá mirando sus temblorosas manos, apenas conseguía situarse en aquella escena para comprender lo que acaba de suceder.

—La prensa está afuera, parecen una manada de lobos, es asqueroso —comentó el oficial Santiago (el fiel acompañante de Godoy).

—No les des nada. Estarán haciendo preguntas, lo mejor será ignorarlos por completo.

—¿Crees que la viuda sea la culpable? —murmuró Santiago.

Marcos Godoy desvió la mirada y la depositó, por un fragmento de segundo, en la melancólica escena de Fernanda llorando, casi al borde de la locura.

—No lo sé, no lo pondría en duda, pero me inclino a pensar que se trata de algún ajuste de cuentas.

—Te refieres a que el viejo andaba metido en algo chueco, ¿no?

—Exacto. Solo observa todo esto, los barandales de la puta escalera valen más que toda mi casa.

—Creo que solo los zapatos de ella son un año de mi sueldo —

bromeó el otro.

—Como sea, la estarán investigando, aunque eso ya no me corresponde a mí. Ya veremos qué pasa por aquí, pero lo más seguro es que me digan que le dé carpetazo, ya sabes.

—Sí, siempre sucede así.

—Larguémonos ya —dijo antes de salir de la casa.

Santiago entornó los ojos, y antes de partir se aproximó a Fernanda, le entregó una servilleta que llevaba en el bolsillo de su pantalón y le dijo:

—Lo lamento, señora. Haremos lo posible por encontrar a los responsables de todo esto.

Fernanda cogió el papel y se enjugó los ojos, luego asintió con la cabeza.

Santiago volvió a donde estaba Marcos Godoy, y antes de abandonar la residencia le murmuró:

—Espero que comparta algo de la herencia.

—Eres un pendejo —rió Godoy.

Y ambos salieron del lugar.

7

Samanta rodeó el cuello de su esposo y depositó un beso en su mejilla izquierda. Aarón se encontraba sentado en el sofá de la pequeña sala en el apartamento; frente a él se hallaban extendidos los periódicos y las fotografías que Andrés le había entregado. Ágilmente escondió las imágenes bajo el sobre en cuanto sintió la presencia de su esposa tras de sí.

—¿Qué haces? —preguntó con curiosidad.

—Nada, amor. Investigando unas cosas.

Samanta acarició la espalda de su esposo, paseó la mano por encima de sus hombros, y tras sentarse frente a él dijo:

—Últimamente estás muy misterioso.

—Estoy trabajando en algo que podría beneficiarnos económicamente.

—¿Y qué es eso? —descubrió la esquina de una fotografía.

Aarón cogió las imágenes y las guardó dentro del sobre, evitando así que ella las viese.

—¿Ya tenemos secretos? —unió el entrecejo.

—No, Sam. Es solo que es algo muy privado.

—¿Por qué? —insistió.

—Si hago esto, nos irá bien. Graciani me prometió conseguirme un contrato para una editorial, eso lo cambiaría todo. Podríamos pagar todas nuestras deudas, conseguir un mejor colegio para Vale… piénsalo.

—Eso suena bien. Pero no quiero que nuestra seguridad esté en riesgo.

—Sabes que jamás las podrían en riesgo, las amo, son mi familia. Cuido mucho lo que escribo.

—Bien… por cierto, me dieron un aumento. Pensaba que podríamos irnos de vacaciones, ¿qué te parece?

—Será mejor reparar la puerta —dijo con una sonrisa.

—Eso también está en la lista de cosas por pagar.

La mirada de Samanta se clavó en los ojos de su esposo, él le sujetó la mano y acarició su dedo anular donde se encontraba la sortija de casados.

—Solo confía en mí —pidió.

—Siempre lo he hecho, Aarón.

—Entonces no me hagas más preguntas, porque no podré responderlas todas.

—De acuerdo, no lo haré —dijo en tono serio. —¿Quieres un café?

—Sí, muy cargado, por favor. Será una larga noche.

Samanta se levantó y caminó en dirección a la cocina. Valeria se aproximó a la sala con un cuaderno y un lápiz entre las manos, el pequeño gato negro la siguió sigilosamente.

—¿Me ayudas?

—Claro, cariño, ¿qué necesitas? —respondió de modo amoroso.

—No entiendo esto —señaló extendiendo el cuaderno.

—Sumas y restas —comentó—. Veamos, ¿por dónde iniciar?

Valeria se sentó junto a su padre, y le entregó el lápiz para que él continuase con su explicación.

Un golpeteo en la puerta interrumpió la clase. Samanta volvió de la cocina y le dejó la taza de café a su esposo, después se dirigió a la entrada y atendió. Tras la puerta apareció Andrés, llevaba un impermeable que se quitó, no sin antes haber dejado rastros de agua por todo el corredor que conectaba los apartamentos del tercer piso.

—Buenas noches.

—Parece que la lluvia durará más días —comentó Samanta.

—Al parecer sí.

—Hola, Andrés —saludó Aarón.

—Hola.

—¡Tío! —exclamó Valeria con una gran sonrisa.

—Hola, princesa, ¿cómo estás? —dijo al momento que la abrazaba y levantaba para darle un beso en la mejilla.

—Papá me enseña a hacer sumas.

—¿Él sabe sumar? —soltó con sátira.

Aarón sonrió ante tal situación, y después Valeria caminó de regreso al sillón.

—¿Qué te trae por aquí? —indagó Samanta.

—Tengo una charla pendiente con Aarón.

Samanta miró a su esposo y después a su hermano, y sorprendida comentó:

—¿Charla? ¿ustedes dos? ¿de qué me perdí?

—Negocios —aclaró Andrés.

—Ahora entiendo. ¡Ja! Quién lo diría.

—Amor, ¿crees que puedas…? —comenzó Aarón, y con la cabeza apuntó hacia la habitación de Valeria.

Samanta entendió la indirecta, y sujetando el cuaderno de la pequeña, habló una vez más.

—Vale, ven conmigo, tenemos unas sumas pendientes.

—Pero papá me estaba explicando.

—Papá tiene cosas que hacer.

—Está bien… pero tío, cuando te vayas me llamarás, ¿verdad?

—Claro, princesa. Jamás me iría sin despedirme de ti.

—Sí —asintió la niña.

—Trae a Robbie contigo, no queremos que afile las uñas en el

sillón —indicó Samanta.

Valeria frunció los labios, levantó al gato y lo rodeó con sus pequeños brazos, y resignada caminó tras su madre.

—¿Viste las fotografías? —inquirió Andrés.

—Eso estaba haciendo, empecé por las que me señalaste que podía publicar.

—Bien. ¿Encontraste algo?

—Pues… recopilando datos, han sido doce cuerpos hallados en la laguna. Nueve reportados durante el año de 1997, y tres más en los últimos años. Estoy incluyendo a la chica que recién encontraron, pero son tantos casos que parecieran aislados.

Aarón abrió el sobre y colocó las fotografías sobre la mesa. Extendió alrededor de diez imágenes donde podían verse bultos depositados sobre el fango a las orillas de la laguna. En algunas fotografías se apreciaban los botes que solían rentarse para dar paseos, y en unas cuantas más se veían los rostros de las víctimas.

Predominaban los tonos oscuros y una calidad que no era del todo buena, pero que dejaban a la vista las caras angelicales corrompidas por la maldad del ser humano. Pieles desnudas arrugadas por el agua, sangre apelmazada en varias zonas de los cuerpos, uñas quebradizas, signos de tortura, hematomas, rostros que parecían desconocidos pero que seguramente tenían una familia. Todas las imágenes convergían para dar paso a un escenario triste y sombrío.

—Lo curioso es que la prensa solo habla de unos cuantos descubrimientos. He comparado la información que me diste con los periódicos que hallé, y son demasiadas las víctimas de las que no se habla, como si no hubiesen existido. No las nombran, no dicen cantidades, solo ocultan los números reales. Y no pienso que se trate de un asesino serial… sin embargo creo que encontré algo.

—¿Qué cosa? —elevó una ceja.

—Quiero que observes detenidamente esto y me digas qué es lo que piensas al respecto, porque a mí me hizo mucho ruido.

Aarón tomó una de las fotografías que se encontraba dentro del sobre y la pasó frente al rostro de Andrés.

Andrés asió la imagen y la observó a detalle.

—¿Ves el tatuaje? —señaló, al momento que colocaba el índice por encima de un pequeño símbolo que apenas era visible en la fotografía.

—¿Qué tiene? —unió el entrecejo.

—Es raro —añadió Aarón.

—Pero, ¿por qué es raro? Solo es un tatuaje.

—Eso pensaba yo, hasta que vi esto.

Aarón tomó otra fotografía y se la pasó a Andrés.

—Es el mismo tatuaje, ¿no crees que es extraño?

Andrés pasó saliva, humedeció sus labios e indagó:

—¿No es la misma chica?

El tatuaje se hallaba en la espalda baja de ambos cuerpos, cuyo rostro estaba cortado en las imágenes. Era una representación del árbol de la vida céltico, rodeado por las llamas de lo que aparentaba ser el sol. La imagen no era del todo clara, pero aun así lograba apreciarse el contorno del tatuaje.

Aarón continuó, mientras con un ademán intentaba delimitar el tatuaje.

—No. Una tiene un lunar en el muslo, si te fijas bien lo verás —señaló, luego siguió—, la otra no lo tiene; y apenas es visible, pero al parecer una tenía el cabello negro y la otra lo tenía rojo. Observa las pequeñas puntas que sobresalen en la esquina de la fotografía, ¿ves? Entonces, ¿por qué ambas tendrían el mismo tatuaje? Sería una coincidencia muy extraña, ¿no lo crees?

Andrés se restregó los ojos, y después apartó las fotografías de su rostro. Las depositó sobre la mesa, y nervioso se frotó las manos.

—Esto no es bueno, Aarón. No creo que sea una coincidencia, creo que se trata de algo más grande. Algunas organizaciones de trata de personas marcan a sus víctimas de esa manera. Y te diré que es verdad, no han estado reportando los números exactos de las mujeres halladas en la laguna. Esconden los números reales, pero son muchas más mujeres de las que piensas. No sé cuántas. Por otro lado, te traje algo que podría servirte. Contacté con una de las familias de una de las víctimas, este es el número.

Andrés extendió una pequeña tarjeta que luego Aarón cogió.

—Puedes ir a verlos, habla con ellos, quizá puedas obtener más información.

—Gracias, Andrés, esto me servirá mucho.

—Lo sé. Y con respecto al tatuaje, no lo había visto, en la imagen se ve algo borroso. Pero voy a investigar, lo que pueda encontrar te lo haré saber.

—Gracias.

—Aarón, sé que te lo he dicho varias veces, pero ten cuidado con lo piensas publicar.

—Tendré cuidado. Hicimos un trato, ¿no?

Andrés asintió y resopló, recargó su espalda en el sillón, y luego comentó:

—Hoy ha sido un día difícil, me ha tocado entrevistar a la viuda de Faragó.

—¿Faragó?

—Sí, el dueño de los hoteles Red River, fue asesinado hace dos días. Todo un caso, aunque seguramente estaba vinculado al narcotráfico. No me sorprende, muchos sujetos amasan su fortuna de esa manera, negocios turbios.

Aarón caviló unos minutos sin poder responder. Solo pensó en el rostro de Fernanda y en cómo los años la habrían cambiado.

Andrés suspiró, y tomando impulso se levantó del sillón.

—Bien, tengo que irme.

—Oye… ¿dijiste que Marcos Godoy era quien llevaba los casos de las chicas?

—Sí.

—¿Hay forma de hablar con él?

—¡Ja! —bufó— Es más fácil hablar con el gobernador. Ese sujeto no va a concederte ninguna entrevista, odia a la prensa.

—Ya, pero yo no soy la prensa.

—Sí, lo eres, mi amigo. Mejor deja que yo me haga cargo. Mientras más alejado estés de la policía, me será más fácil cuidarte el trasero.

Aarón sonrió, y por un momento Andrés compartió tal gesto con

él. Después de todo, pensó que quizá sí podrían tomarse unas cervezas y ver el fútbol uno de esos días.

8

Las ruedas del Audi rojo se deslizaron por la carretera, dejando atrás la vista del cementerio.

Fernanda condujo abatida durante todo el trayecto, con la mirada fija sobre el pavimento, viendo como el frente del auto devoraba la avenida. Muchas personas habían acudido al entierro, pero ninguna podía darle consuelo, se sentía culpable y liberada al mismo tiempo. Quería entender cómo podía estar pasándole algo así; quería llorar, pero no conseguía hacerlo; las lágrimas se habían agotado o quizá, solo quizá, no le nacía llorar porque, aunque odiaba admitirlo, una parte de ella se alegraba de aquella desgracia.

Durante todo el camino, Fernanda se debatió entre lo moralmente correcto y lo que ella estaba sintiendo.

Aparcó el vehículo frente a la casa y se detuvo a pensar antes de decidirse a bajar; no quería entrar, pero debía hacerlo. Las últimas noches había estado durmiendo en la habitación de huéspedes porque no conseguía conciliar el sueño en la recámara que había compartido con su marido.

La mujer ingresó a la residencia. La casa se sentía tan grande y sola que un golpe de melancolía la abofeteó de frente; subió las escaleras y llegó a la habitación.

Tras la muerte de Itsván no había vuelto a entrar a aquel sitio, se había convertido en un lugar ajeno que acumulaba recuerdos que a veces le parecían tan lejanos que terminaba por desconocerlos.

Fernanda entró a la habitación a paso lento, como quien cuida de no despertar al que duerme en la cama. La diferencia era que nadie dormía en aquella cama, y nadie volvería a dormir allí durante mucho tiempo.

Se dirigió al armario y cogió un poco de ropa; odiaba oler a cementerio, y lo único que podía imaginarse era a ella en la ducha mientras se lavaba los recuerdos… pero sus ojos eran insistentes y no deseaban olvidar nada. Miró de reojo la cama, y la imagen de las sábanas manchadas de sangre regresó a su memoria. Sacudió la cabeza para apartar las telarañas que terminaban nublando su juicio, y por fin pudo ver las sábanas limpias que la servidumbre había cambiado.

Volvió a mirar en el interior del armario, y se encontró con los trajes de su esposo. Pasó la yema de los dedos sobre la tela de éstos, uno a uno, como si con tocarlos la imagen de su esposo volviese a su mente. Cerró los ojos e intentó llorar, pero una vez más no pudo hacerlo; entonces cayó en cuenta de que la primera vez que había llorado había sido por miedo y no por dolor.

La mujer apartó las manos de los trajes de Itsván, observó detenidamente una caja que se encontraba al pie del armario, se inclinó y la sostuvo entre sus manos. Aquel pequeño baúl de los recuerdos atesoraba las videocintas que por mucho tiempo habían filmado ambos: días de campo, días de pesca, el día de su boda… todos ellos momentos que habían sido perfectamente confeccionados para ser enseñados a futuros hijos que pudiesen llegar a tener; hijos que vivirían en una burbuja creyendo en el perfecto matrimonio de sus padres; hijos que Fernanda nunca había querido tener, razón por la cual tomaba unas píldoras sin que Itsván tuviese noción de ello; aunque claro estaba, él ahora había muerto y jamás sabría la verdadera razón del por qué no había podido tener descendencia, asunto que él atribuía meramente a la mala suerte.

Fernanda salió de la habitación sin siquiera mirarla una última vez. Caminó a la recámara de huéspedes, la cual era mucho más pequeña que la suya, pero que a diferencia de la otra, le daba cierta paz y tranquilidad.

Dejó su ropa sobre la cama y sacó de la caja una de las videocintas. Se aproximó a la videocasetera, encendió el televisor e ingresó el casete con un solo empujón. Se sentó a la orilla de la cama, y acto seguido vio iniciar el vídeo.

La sonrisa de Itsván fue lo primero que develó la pantalla, al parecer acomodaba la videocámara para que pudiese filmar todo el escenario. Tras apartarse de la lente, Fernanda vislumbró que se trataba del viejo vídeo de pesca que habían hecho a un año de casados.

En el vídeo se podía ver a sí misma con unos años menos, una sonrisa radiante y una figura que muchas habrían envidiado en el pasado y presente. Claro que ella sabía lo hermosa que era, lo frágil e ingenua que podía verse, pero lo fría que podía llegar a ser.

Itsván corrió y levantó a la mujer, los pies de ella se elevaron sobre el suelo, y él comenzó a dar vueltas con ella como una feliz pareja de enamorados.

—Qué bien fingíamos… —susurró en el silencio de la habitación.

En otra escena Itsván encendió una parrilla, Fernanda le sonrió después de pellizcar el pescado recién asado, lo besó, y luego él bebió de una lata de cerveza. Ella recordó cómo odiaba besarlo con el sabor a alcohol en los labios.

Pero en el vídeo nada de eso se veía, todo era perfecto, asquerosamente idílico.

La escena se cortó de manera abrupta. Fernanda frunció el ceño pensando que quizá la cinta ya estaba demasiado vieja y tal vez algo dañada; se levantó de la cama con la intención de extraerla de la videocasetera, pero después de los pequeños saltos de la imagen, otro

vídeo apareció en escena.

La mujer se quedó parada frente a la pantalla. No recordaba que se hubiese filmado encima de aquella cinta, pero pensó que tal vez Itsván lo había hecho por error.

Dejó correr el vídeo, y entonces, frente a sus ojos apareció una chica sentada desnuda en una silla de madera, amarrada y con hematomas en las piernas y brazos. Tenía los cabellos húmedos cubriéndole parcialmente el rostro, sus tobillos se veían débiles, y aunque era poco visible, podía percibirse que bajo su trasero se hallaba un hoyo donde seguramente defecaba.

Una habitación con losetas blancas y paredes del mismo color, el color del cielo en aquel infierno.

Fernanda unió el entrecejo y negó con la cabeza sin comprender qué era lo que pasaba en la escena. Pero algo hacía que los vellos de la nuca se le erizaran, y el repentino grito de la joven le paralizó el corazón.

Alguien más entró a escena, un hombre de traje con una máscara de cuervo. La joven gritó en un idioma que Fernanda identificó como francés. Con voz desesperada pidió ayuda, pero eso solo provocó que unas risas en el fondo se escucharan, como si se tratara de un festín.

Las risas parecían provenir de la nada, pero seguramente solo eran personas detrás de la videocámara, rostros que no se veían pero que eran audibles.

El hombre de la máscara abofeteó a la chica con fuerza, haciendo que el rostro de ella se lanzara hacia un costado. Fuera de foco alguien pareció extenderle un mazo al hombre, quien tras cogerlo, caminó alrededor de la chica como un león apunto de comerse a su presa, y con un enérgico movimiento, asestó un golpe brutal en el cráneo de la joven.

Fernanda cerró los ojos y se cubrió la boca. En un intento desesperado por detener la cinta, desconectó el televisor y cayó al pie de la cama. Su cuerpo estaba temblando, y ella apenas podía ser consciente de tal reacción.

Su mente estaba nublada, había entrado justamente al vórtice de una pesadilla. Trató de despertar, y no pudo hacerlo: aquella era la realidad, aunque se negase a creerla.

Parpadeó varias veces, intentó comprender qué era lo que acaba de ver, mas no tuvo el valor de volver a encender el televisor y concluir con el vídeo.

Miró hacia la pequeña mesa de noche y asió el periódico que se encontraba encima de esta. Fue entonces cuando en el extremo de una nota se encontró con el nombre de:

«Aarón Alarcón»

A su mente vinieron infinidad de recuerdos, memorias que había

guardado con recelo en lo más profundo de su ser y que era momento de dejar salir. Cerró los ojos e inhaló profundamente, descansando la cabeza a un costado de la cama. Observó sus manos, y éstas seguían temblando.

9

Aquella tarde de noviembre Aarón se encontraba frente a la residencia de la familia Cárdenas. Había pasado la mañana al teléfono con la madre de Penélope (una de las muchas víctimas halladas en la laguna), siendo cuidadoso al hablar, tal y como Andrés se lo había advertido.

Durante aquella llamada, las palabras salieron de su voz con naturalidad, mas la voz de la mujer al otro lado de la línea se escuchó cansada y melancólica. Habían transcurrido varios años, pero aun así, tras haber escuchado el nombre de su hija, una luz se encendió en medio de la oscuridad y le dio la esperanza de obtener una respuesta. Sabía que su hija estaba muerta, había visto el cuerpo inerte sobre el fango, pero no sabía quién y porqué lo había hecho.

La incertidumbre resultaba más agobiante que la muerte, eso era lo que pensaba Aarón siempre.

Decidido, con una lista de preguntas en mente, Aarón bajó de su auto y caminó hacia la casa.

Era pequeña y con una fachada humilde. La pintura se encontraba cuarteada por la humedad y las repentinas sequías. La casa parecía haber sido roja en algún tiempo, pero después, algo por debajo de las capas carmín reveló que había sido color olivo años, muchos años atrás. El patio era lo bastante grande para construir otra habitación, pero en su lugar solo había polvo y un pequeño cerro de grava.

Aarón se detuvo a pocos pasos de la entrada y pensó en llamar desde allí, pero pronto una mujer de espalda ancha y brazos regordetes se asomó con un balde lleno de ropa.

—Buenos días, señora… ¿Cárdenas? —inquirió.

—Sí, soy yo.

La mujer dejó el balde sobre la tierra, se inclinó y sacó una camiseta de éste, la exprimió con ambas manos, y después la colgó con unas pinzas en el tendedero.

—¿Usted es Aarón?

—Sí… —dijo aproximándose a ella.

Extendió la mano con una disimulada sonrisa. La mujer se secó las manos en su delantal, luego sujetó la mano del hombre.

—Me dijo que era periodista, ¿no es así?

—Sí, señora.

—¿Y viene a hablarme de mi Penélope? —preguntó con un tono nostálgico.

Sus ojos se nublaron. Aarón pasó saliva, pues no deseaba lidiar con las lágrimas de la mujer.

—Sí. Me gustaría que me concediera unos minutos.

—¿Sabe? Hace tantos años que nadie la mencionaba. Cuando el caso se cerró, nadie jamás volvió a nombrarla. Ahora solo existe en las fotografías, en mi mente… y en todos aquellos que alguna vez la vieron sonreír. Le agradezco que la haya traído de vuelta.

—No quiero levantar falsas esperanzas, señora.

—¿Y entonces por qué está aquí?

Aarón se relamió los labios y pensó unos segundos antes de volver a hablar, mientras la mujer regresaba a tender el resto de las prendas.

—Cuando me concedió la entrevista, me planteé muchas cosas. Y le diré que este caso ha despertado mi interés. No sé quién pudo hacerlo… pero le aseguro que ella no está sola. Hay otras chicas vinculadas, y si logro saber qué las vincula, quizás encuentre la verdad que tanto anhela usted.

La mujer se detuvo, una lágrima corrió por su mejilla, y entonces dijo:

—¿Más chicas? ¿De qué está hablando?

—No solo su hija fue encontrada en esa laguna, hay más. Pero si lo prefiere, me gustaría hablar adentro, aquí no es muy seguro.

Ella asintió con la cabeza, caminó al interior de la casa y luego llamó a Aarón. Él la siguió, y en solo cuestión de minutos ambos se encontraron sentados el uno frente al otro, en torno a una pequeña mesa cercana a un televisor con un mantel de plástico color azul.

—¿Quiere un poco de limonada?

—Sí, gracias.

El pequeño comedor se compartía en una misma habitación con una angosta sala y una reducida cocina. El espacio para caminar al refrigerador era tan estrecho que, ante cada movimiento de la mujer, Aarón podía rozarle las caderas con el codo.

A un lado de la mesita se encontraba una ventana que dejaba entrar la luz del día en todo su esplendor; aquel ventanal era lo suficientemente grande para iluminar todo el interior de la casa.

La mujer depositó un jarrito de barro lleno de limonada frente al hombre. Aarón no tardó en beberle un poco; pasó el sabor por toda su boca, estaba fresca y olía bien.

—Ella era una chica muy noble, estudiosa y dedicada a lo suyo. Iba a ser la primera en la familia con un título… —recordó.

—Estudiaba Gastronomía, ¿no es así?

—Sí, le encantaba cocinar. Acababa de entrar a la universidad. Tenía dieciocho años… —hizo una pausa, un ardor en la nariz la detuvo y las palabras se anudaron en su garganta.

—Señora, ¿recuerda si había alguien con quien ella saliese?

—No, Peny no tenía novio, ella era muy reservada y tímida. No salía con nadie, la policía me preguntó lo mismo hace mucho tiempo.

—¿Y la policía qué más le dijo? ¿Encontraron algo?

—La policía nunca hizo nada… solo siguieron un estúpido protocolo, me preguntaron y se fueron, volvieron una semana después, y luego dejaron el caso… nadie volvió a mencionar a mi Peny. Supongo que así es esto, la vida de las personas se evalúa en base a la cantidad de dinero que tienen. Y mire… nosotras no teníamos mucho. La vida de Peny no valía nada para ellos.

Aarón pensó en decir: «Lo siento». Sin embargo, se planteó la idea de cuántas veces habría escuchado esa mujer aquella frase, y determinó que la lástima no era una opción en ese momento.

—Bien, entonces nunca salió con nadie, ¿cierto?

La señora Cárdenas frunció el ceño, miró hacia la ventana, y Aarón divagó en las fotografías que se encontraban a espaldas de ella. Todas eran de Penélope en diferentes edades, con rostro moreno y sonrisa ingenua.

—Había alguien… pero nunca me aclaró nada.

—¿Quién?

—Un joven que seguido iba a la taquería. Decía que siempre le llevaba rosas.

—¿Llegó a salir con él?

—No lo sé, creo que solo la acompañaba a la parada de autobuses.

—Bien… quiero enseñarle algo, pero me gustaría que mantuviera la calma y me responda.

—Sí, adelante.

Aarón extrajo una fotografía que se escondía entre las hojas de su cuaderno, esa misma en donde se apreciaba el tatuaje en la espalda de aquella chica sin rostro.

—¿Alguna vez vio este tatuaje en su hija?

La mujer detalló la imagen, pasó los dedos por encima del símbolo, se llevó una mano a la boca y suspiró profundamente.

—Una vez, llegó con un tatuaje… lo tenía en la espalda. Le pregunté cuándo y por qué se lo había hecho, pero solo se enojó y me dijo que ya era mayor de edad. Nunca habíamos discutido hasta ese día… después se volvió más reservada. Pero pensé que solo era por la edad que tenía… pensé que buscaba más independencia.

—Este tatuaje lo tienen las otras chicas que han sido encontradas. Quiero saber qué pasó, por eso necesito que recuerde cada detalle y me lo diga.

—Un día no llegó a dormir… no quise decirlo a la policía, porque siempre dicen que las chicas cuando desaparecen se van con sus novios y después regresan. Pero Penélope no era así. Ese día ella no llegó, y cuando amaneció apareció en la puerta, fue cuando traía ese maldito tatuaje.

—¿Alguna vez dijo cómo se llamaba el chico del restaurante?

—No, jamás lo hizo. ¿Cree que él tuvo algo que ver?

—No lo sé, pero cada detalle puede servirnos.

La mujer se levantó de la silla, avanzó hacia una de las fotografías de su hija, que se hallaba en la mesa junto al sillón, la cogió y regresó con Aarón.

—Fue encontrada en agosto del *97*… de todos los periódicos de Tamaulipas, solo uno la mencionó… con una nota de no más de diez líneas.

Los ojos de ella se anegaron de lágrimas. Aarón miró la fotografía de la chica, y la sonrisa ingenua en la imagen fue la que le dio el valor para encontrar las respuestas.

—Dieciocho años… solo dieciocho años.

—No puedo prometerle que encontraré al culpable, pero le juro que voy a intentarlo.

En medio de la nostalgia ella le sonrió, pero Aarón no tuvo la fortaleza para corresponder a tal acto, por lo que solo se limitó a mirarla.

Aarón se sentó frente a su escritorio en aquel estrecho cubículo de las oficinas El Buscador. Frente a él se encontraban ambas fotografías que develaban el tatuaje del árbol y el sol. Las observó con insistencia tratando de unir las piezas, pero solo consiguió anotar en su cuaderno:

«Penélope/Joven en el restaurante.»

—Ya me iré, hoy tengo mi primera clase de Salsa —dijo con emoción Alicia, al momento que asomaba su cabeza del lado derecho del cubículo—. ¿Y tú? ¿Te quedarás aquí hasta tarde?

—Sí, tengo unas cosas que terminar —respondió Aarón.

—Pues, te veo mañana.

—Descansa.

Alicia había sido la última en salir de las oficinas. Los cubículos se encontraban vacíos, y algunos cuadros que formaban el cielo raso brillaban para dar luz a cada rincón del sitio.

Aarón apartó las fotografías, y comenzó a revisar los periódicos y demás archivos que Andrés le había estado proporcionando aquellos últimos días.

—¿Ya tienes algo? —inquirió Graciani apenas se acercó a él.

—En eso estoy. He abierto una exhaustiva investigación sobre los casos de las chicas de la laguna.

—*Las sirenas de Champayán*. Algunos las llaman así, ya sabes… la prensa y sus encabezados —satirizó.

—Nosotros hemos hablado muy poco de ese tema. Deberíamos profundizar más, ¿no cree?

—Podrías escribir una nota para la próxima semana, sería un buen inicio antes de publicar lo fuerte, ¿qué te parece?

—Tengo algo, pero son solo especulaciones. Hasta el momento no creo que pueda concluir en una noticia verídica.

—No importa, será útil. Publica lo que tengas, y cuando consigas más información, la reúnes para hacer verídica tu noticia final. Recuerda que este tipo de situaciones causan revuelo, las personas quieren ser parte de una novela policiaca, y si tú puedes darles ese misterio, podríamos vender. Arma un hilo, una historia que semana a semana junte más piezas, como un juego a descifrar que acompañe al lector.

—Señor, esto no es juego. Necesito tener la información correcta antes de lanzar una especulación.

—Y yo necesito que me generes más ventas —sentenció.

—¿Y entonces? ¿Me está diciendo que publique lo que sea que tenga? ¿Aunque esté incompleto?

—Dime qué es lo que tienes.

—Bien… —Aarón rebuscó entre los papeles de su escritorio y enseñó las fotografías al hombre— Por el momento solo puedo creer que este tatuaje vincula a las víctimas, todas al parecer lo tenían.

—¿Todas las que han sido encontradas en la laguna?

—No, bueno, no puedo hacer una afirmación de esa magnitud, pero sí lo tenían varias víctimas.

—No te estoy entendiendo.

—De acuerdo. He estado investigando al respecto, y llegué a la conclusión de que, si bien no todas las muertes de esa laguna se vinculan, sí un determinado número de chicas. Mujeres, solo mujeres, jóvenes, demasiado diría yo. Todas aquellas con ese tatuaje fueron asesinadas por la misma persona o… personas.

—¿Personas? ¿Una organización de trata de blancas?

—Podría ser, no lo sé.

—Bien. Haz la nota —Hizo un mohín a modo despreocupado.

—¿Qué? Pero todavía no tengo nada.

—¿Te parece que eso es nada?

Graciani dejó las fotografías en el cubículo de Aarón, sonrió con cinismo y dijo:

—Quiero que hagas la nota y menciones los tatuajes que podrían ligar a las víctimas. No digas otra cosa, déjalos con ganas de más. Investiga, ya iremos añadiendo el resto. Podría ser un buen libro de suspenso, ¿no crees?

Aarón asintió resignado.

—Y las fotografías, ¿puedes publicarlas?

—Unas sí, otras no. Aunque quería usarlas para un libro, ya sabe, donde pueda extender mejor la información del caso.

—Bien, podríamos disponer de unas cuantas, no de todas. Deja que las demás sean una sorpresa.

—De acuerdo.

Graciani movió la cabeza, y después se dio vuelta para macharse.

Aarón se dejó caer en su asiento, se frotó el rostro, y volvió a mirar por encima del cubículo. Graciani se había ido, pero ahora una mujer caminaba hacia él.

Aarón entrecerró los ojos, se relamió los labios, y no tardó en reconocer aquel rostro.

Fernanda avanzó por el corredor. Movía las caderas con elegancia, mientras sujetaba su bolso y mantenía la mirada al frente. Estaba aterrada, con miles de dudas nublando su mente, sin embargo nada la detuvo de haber ido a aquel sitio. Se lo había pensado mucho, pero una vez en el estacionamiento de las oficinas del diario, no tuvo otra opción más que la de encontrar a Aarón.

El cabello de ella ondeaba en una coleta; su nariz era respingada; sus pómulos, afilados, y ostentaba unos ojos grandes y lapislázuli. Lucía tan hermosa como siempre, aunque ahora en sus ojos se reflejaba un agobiante dilema.

—Fernanda —pronunció.

—Hola —dijo en tono bajo.

—¿Qué haces aquí? Hace tanto tiempo que…

—Lo sé.

El silencio reinó entre ambos. Él la recordaba, pero el recuerdo era tan lejano y confuso que, por un instante parecieron dos desconocidos en la misma habitación.

—¿Qué sucede? —indagó él.

—Aarón… —se mordió los labios, y con inseguridad continuó— No sé cómo empezar.

—Lamento lo de tu esposo —expuso inmediatamente.

—Sí… fue algo lamentable —inclinó el rostro.

—Si te parece, podemos ir a la sala de proyección.

—Claro.

Aarón salió del cubículo y caminó con ella por el corredor hasta llegar a la oficina de Juntas y Proyecciones.

La gran mesa empresarial les recibió. Aarón ocupó sitio en la primera silla junto a la puerta, y Fernanda se sentó a un extremo de él.

—¿Y bien? —dijo elevando las cejas.

La mujer suspiró, colocó el bolso sobre su regazo, y jugueteando con el cordón de éste intentó encontrar las palabras para iniciar.

—¿Qué pasa, Fernanda? —formuló.

—Siempre creí que lo conocía, ¿sabes?

—¿A Itsván?

—Sí. Es decir, no hablábamos todo el tiempo, pero dormíamos juntos… mas un día te das cuenta de que la persona a tu lado, la persona con la que despertabas… no es quien creías. Y todo se vuelve

confuso.

—¿Qué pasó? ¿Encontraron al asesino?

—Aarón… no quiero darle este material a la policía, no quiero que empiecen a preguntarme cosas… solo quiero saber, y podré vivir con ello.

Aarón negó confundido, pero Fernanda extrajo de su bolso una videocinta, la asentó sobre la mesa y la deslizó hasta él.

—Ayúdame a saber por qué demonios estaba esto en mi casa.

Aarón sujetó el videocasete y lo observó con recelo.

—Hay un vídeo después del nuestro… la cinta se corta a la mitad, y da inicio un vídeo que no sé de dónde provino.

—¿Qué clase de vídeo?

—Una chica… —Fernanda se detuvo, sintió un apretón en el pecho y las lágrimas inundaron sus ojos.

—¿Qué pasa? —insistió, quiso colocarle una mano el hombro, mas se contuvo de tocarla.

—Yo la vi morir frente a la cámara. Es aterrador… todo es tan real.

—¿Segura que no se trata de un montaje?

—No, no lo es. Parece demasiado real… es grotesco. Ni siquiera quise terminar de verlo.

—Si eso es cierto, se trataría de un vídeo *Snuff*, pero esos vídeos son solo un mito. Jamás he visto uno real, ni conozco a nadie que lo haya hecho.

—Éste es real.

—Voy a revisarlo, lo prometo.

—Sé que no debería haber recurrido a ti, pero… no sabía con quién ir.

—Descuida.

—Sé que tenemos años sin hablar… lo siento tanto.

—No pasa nada, fue hace mucho tiempo.

Fernanda movió la cabeza, se levantó de la silla y caminó hacia la puerta.

Aarón la miró una última vez, y luego la vio partir.

En su mente se materializaron los detalles de la primera vez que ambos se habían visto, y de los años estudiados durante la carrera de periodismo, y de cómo se habían conocido en aquella cafetería a unas calles de la universidad. Ella sentada leyendo *El monstruo de Frankenstein*, y él recogiendo de la barra un café cargado previamente ordenado.

Sentados a tan solo una mesa de distancia, bastaría un accidente de auto para captar la atención de ambos, para que ambos se encontraran, para que el destino manifestase que lo había decidido de esa forma.

—Vaya, ¿quién habrá tenido la culpa? —inquirió ella.

El rostro jovial de Aarón se iluminó con astucia, para luego aportar:

—El sujeto de camisa verde se ha pasado el alto.

—En verdad parece un golpe feo.

Ambos se miraron y sonrieron, y él posó los ojos sobre el libro que ella cargaba consigo. Luego mencionó:

—Mary Shelley. La leí hace un par de años.

—¿De verdad?

—Sí, el final es muy trágico.

—Voy por la mitad, te agradecería que no me estropees el final —bromeó.

Ambos rieron, y aquella tarde compartieron más de una taza de café. Conversaron hasta que el sol cayó y la luna los iluminó.

La charla había resultado tan amena, que Aarón solo pudo comparar su sentir a los momentos vividos con Abraham y a esas conversaciones que solo con él conseguía tener.

Pero las cosas bellas no duraban lo suficiente en la vida, siempre terminaban marchitándose, dejando que otras surgieran en su lugar. Las cosas hermosas nunca vivían tanto, y eso lo sabía Aarón a la perfección.

Aquel julio de 1985, él despertaría para encontrarse con la cama que Fernanda había dejado vacía para no volver jamás.

Aarón se colocó frente al televisor y dio *reproducir* a la videocinta. Corrió la película hasta el punto en que se cortaba la filmación para dar lugar al vídeo que había aterrado a Fernanda.

El hombre miró atento, sentía cómo su estómago se revolvía ante cada situación presenciada. El ambiente se cargó de desasosiego y aversión. El mazo contra el cráneo de la chica le resultó tan cruel que el dolor le penetró el cuerpo, aun cuando nunca había sentido algo de tal magnitud. Las risas le parecieron tan repulsivas, que una sensación de náuseas se acrecentó.

Pensó en apagar el televisor, pero se detuvo en cuanto alguien en escena cogió la videocámara y la acercó al rostro de la joven.

Aarón se aproximó a la pantalla, pausó la imagen, y la cara ensangrentada de la chica se develó ante él. Aarón salió apresuradamente de la oficina, corrió hasta su cubículo, cogió el sobre con las fotografías y regresó a la sala de proyecciones.

Frenético, regó en la superficie de la mesa todas las imágenes del sobre, rebuscó entre ellas, y el rostro de una le aprisionó. Giró sobre sí, regresó a la pantalla con la fotografía en la mano, colocó la imagen junto a la pantalla y comparó ambas.

El rostro de la joven del vídeo era el mismo que el de la chica de la

fotografía. Aarón respiró profundamente. Desconcertado, se dirigió al teléfono que se hallaba en una esquina de la sala y marcó el número de Andrés, orando en silencio para que él respondiera.

—¿Sí? —se escuchó del otro lado.

Aarón dio una bocanada de aire antes de poder contestar, no encontraba su propia voz. Su mente se había quedado atrapada en las imágenes de aquella videocinta y en el hallazgo que había hecho.

—¿Quién es?

—Andrés… encontré algo.

—¿Aarón?

—Lamento hablar a esta hora.

—¿Qué demonios? ¿De dónde me has llamado?

—Del trabajo.

—¿Sigues allí? Son las dos de la madrugada.

La voz adormilada del sujeto hizo a Aarón salir de sus pensamientos y mirar la realidad. Observó el reloj adherido a la pared y supo que Samanta le esperaría furiosa.

—Lo siento. Es que descubrí algo.

—¿Qué cosa?

—Un vídeo, una de las chicas es asesinada en él.

—¿Qué mierda?

—Necesito que me ayudes a investigar sobre Penélope, el restaurante en el que trabajaba. Su madre dice que un joven solía ir a visitarla allí.

—Aarón, ¿hay un puto vídeo?

—Hazlo, por favor.

—Aarón, ve a casa a dormir. Ya es tarde, mi hermana está sola. ¡Mierda!

—Por favor, dime que vas a investigar —el tono angustiado de su voz no tardó en ocasionar desconcierto en Andrés.

—Lo haré, pero ya vete a casa.

Aarón finalizó la llamada, y cuando se viró hacia la pantalla del televisor, el rostro de la chica todavía estaba ahí.

Las fotografías estaban regadas sobre la mesa, y las ideas de Aarón estaban empezando a torturarlo.

10

Andrés se hallaba en el interior de la oficina del Departamento de Homicidios, había decidido quedarse hasta tarde aquel día. La llamada con Aarón la noche anterior le había causado insomnio. No había visto el vídeo y no deseaba hacerlo, sin embargo, tampoco podía evitar imaginarlo a detalle.

Paseó por toda la oficina hasta percatarse del último trabajador saliendo del lugar, luego abandonó el sitio y avanzó por el corredor hasta salir del edificio. Un extenso pasillo a la intemperie conectaba los dos edificios de la policía. La noche se sentía fría, y el viento se colaba por debajo de la camisa de Andrés.

El hombre avanzó por el pasillo iluminado con luces mortecinas, esperando que nadie lo viese. Miraba nervioso hacia cada lado, aun cuando el silencio imperaba en la noche.

Llegó al otro edificio y el cambio de luces le cegó, estaba muchísimo más iluminado, y el aire acondicionado resultaba agradable. Empujó las puertas de cristal, y acto seguido entró sin más.

Avanzó unos cuantos pasillos: derecha, derecha una vez más, e izquierda antes de llegar. No se detuvo en ningún momento, llevaba consigo una lámpara y en la cintura su arma enfundada.

Pronto atajó frente a la bodega donde se hallaba el archivo muerto resguardado. A un costado de la puerta podía verse el pequeño recibidor que generalmente ocupaba un guardia de seguridad, pero que aquella noche estaba ausente de presencia alguna.

En la mesa se encontraba una botella de *CocaCola* justo por la mitad; un pedazo de hamburguesa, ya fría; una arrugada caja de chicles; unos cuantos papeles acomodados, y tres bolígrafos alineados junto a un pequeño televisor portátil a blanco y negro que proyectaba el canal local.

El guardia había ido al baño acompañado de una revista *Playboy*. Dentro de su cubículo no podía escuchar nada del exterior, pero ni eso ni el haber abandonado su puesto parecían importarle mucho, pues para aquellas horas, sabía que era muy extraño encontrarse con alguien en esa parte de la fiscalía.

Andrés sacó un juego de llaves de su bolsillo, y probó dos antes de escoger la correcta y conseguir abrir la bodega. La llave hizo clic, el hombre miró el otro extremo del pasillo para asegurarse de que nadie se acercase, luego la giró y abrió.

Empujó y entró.

La bodega era inmensa y olía a polvo y papeles viejos. Una serie de cajones de metal escondían información que por años se había

acumulado. A tientas, auxiliado por su débil lámpara, encontró el interruptor y encendió la luz opaca, que bien o mal ayudó a sus ojos a adaptarse y retomar la visibilidad.

Andrés recorrió los angostos pasillos que se encontraban entre archivero y archivero. Avanzó leyendo fechas hasta dar con el año *1997*.

—Bien, aquí vamos… —se dijo a sí mismo.

Se aproximó al cajón metálico de un tono olivo casi desgastado. Cuidadosamente lo abrió, ocasionando un leve chirrido por el metal corroído.

Empezó a revisar entre las carpetas foliadas en orden alfabético. Extrajo la letra «C», y después examinó hasta encontrar el nombre… «Cárdenas Cruz, Penélope».

Separó el archivo del resto de documentos, abrió la carpeta y comenzó a leer las declaraciones.

Una serie de fotografías cayeron al suelo, extendiéndose a los pies de Andrés. Desesperado, se inclinó a recolectarlas y las guardó nuevamente, no sin antes encontrarse con el rostro de Penélope, y justamente en una imagen, observó aquel tatuaje en la parte baja de la delgada espalda de la chica.

Andrés frunció el ceño, no recordaba haberla visto a ella entre las chicas tatuadas, pero ahora que podía confirmarlo, su inquietud se acrecentó.

Guardó las fotografías entre los papeles que armaban el expediente de Penélope. Después empezó a leer apresuradamente unos cuantos testimonios, enfocándose en dar con el nombre del chico del restaurante.

«Ella nunca habló de tener un novio», atestiguó una compañera de la universidad.

«Penélope nunca había tenido novio… creo que era virgen», proporcionaría otra.

Los ojos de Andrés se movieron hábilmente por todas las letras, pasando las hojas una a una. Algunos testimonios parecían repetitivos, otros simplemente no mencionaban nada útil, hasta que llegó a uno que lo hizo detenerse.

«Un chico venía a visitarla todo el tiempo. No era de por aquí, creo que se llamaba Kyle. Ella no lo dijo, pero al parecer salían juntos», las palabras del dueño del restaurante.

Andrés unió el entrecejo, revisó de nuevo todo el expediente, mas no encontró más información con respecto a Kyle. Pero ahora tenía un nombre, «un maldito nombre» pensó.

Andrés guardó las carpetas dentro del archivero, excepto por el expediente de Penélope Cárdenas. Se lo pensó un fragmento de minuto, pero, decidido, lo guardó bajo su camisa.

Cerró el archivero, y luego salió de la bodega. A su paso, se encontró con el miembro de seguridad ocupando nuevamente su puesto. Exaltado le miró, y de forma apresurada aseguró el cuarto.

—Buenas noches, sargento —saludó el hombre regordete encargado de cuidar la bodega de archivo muerto.

—Buenas noches, buena lectura, ¿eh? —dijo señalando la revista bajo el brazo del hombre.

—¿Ah? ¡Oh, sí! Me entretuve en el baño.

—Descuida, solo vine a revisar unos archivos.

—De acuerdo.

—Nos vemos, que te sea leve la noche.

Andrés dio la espalda al hombre, y se alejó rápidamente del sitio. Tocó su pecho y sintió la carpeta junto a su piel; un nombre, solo eso necesitaba, y ya lo tenía.

11

—Lamento la demora —dijo Aarón al momento que se acercaba a Fernanda.

—Descuida, en realidad tiene pocos minutos que llegué.

Ambos se miraron durante unos segundos sin decirse nada.

Se habían citado aquella tarde en el parque cercano a las oficinas de El Buscador. Fernanda parecía nerviosa, y Aarón no distaba mucho de su sentir; las imágenes de aquel vídeo no habían dejado de atormentarlo las últimas noches. Una y otra vez, el golpe del mazo contra el cráneo de la chica. Una y otra vez, las risas que rompían con la escalofriante escena de una manera grotesca.

—¿Lo viste? —preguntó ella.

—Sí, y desearía no haberlo hecho. Parece real.

Fernanda inclinó la cabeza, pasó saliva y luego formuló:

—¿Qué tan real es?

—Muy real, demasiado. Es aberrante lo que le hacen a la chica… no tengo palabras para describir lo que sentí. No he podido dormir… no dejo de pensar de ello.

—Ahora imagina cómo me siento yo, ese maldito vídeo estaba en la misma cinta donde aparezco con quien fue mi esposo… no he podido ver sus fotografías en paz, siento escalofríos cada que ese maldito cuadro sobre las escaleras me mira. No sé qué creer de todo esto.

—¿Qué tan segura estás de que el vídeo le pertenecía a Itsván?

—¿Qué otra explicación le encuentras? Estaba en nuestra cinta, una cinta que solo estaba destinada para nosotros. No puedo imaginarme que haya sido alguien más.

—¿Y por qué crees que estaba ese vídeo allí?

—No lo sé. Pero quiero que me ayudes a averiguarlo.

Aarón comenzó a avanzar unos cuantos pasos. Ambos recorrieron el angosto camino del apacible parque.

Fernanda extrajo una caja de cigarrillos de su bolso, y no tardó en empezar a fumarse uno.

—Fernanda, yo he iniciado con una investigación para el periódico, tiene relación con las chicas que han sido encontradas en la laguna. La chica del vídeo… es una de las jóvenes muertas.

—¿Qué carajos estás diciendo? —se detuvo con desconcierto, dejando los labios entreabiertos.

—Que ese podría ser solo uno de una infinidad de vídeos, pues ahora, con todo esto, pienso que filman las muertes. Quizá las torturas y las violaciones también… y no creo que solo se trate una chica, esa

cinta que encontraste solo es una de muchas. Quizás Itsván formaba parte de algo, algo que ni tú misma lograrías comprender.

—¿Me estás diciendo que mi esposo asesinó a muchas jóvenes?

—No, no quiero afirmarlo. Pero pienso que, de ser así, él no actuaba solo.

Fernanda inhaló el humo del cigarrillo y después lo expulsó. Sus manos estaban temblorosas, llevaba días sin probar bocado. Claramente Aarón no sabía de eso.

—¿Sabes lo que esto significa para mí? Me siento asqueada, aterrada… estuve durmiendo durante doce años con un sujeto al que no conocía. No puedo ni pensar en qué hubiese pasado su hubiéramos tenido hijos… hijas.

—Fernanda, tienes que pensar con la cabeza fría. Sé que esto resulta doloroso y espeluznante, pero si vas a apoyarme, necesito que te mantengas firme.

Fernanda resopló y sonrió con mesura. Pensó en la forma tan extraña en la que habían retomado comunicación, y no pudo evitar recordar al Aarón de años atrás. Aquella taimada sonrisa, vivaces ojos marrones y cabello rebelde que jamás conseguía asentarse con nada (cosa que poco había cambiado en el Aarón de este momento).

—Tú siempre fuiste más sensato que yo —soltó.

Aarón correspondió a la sonrisa, aunque de una manera más discreta. Ella clavó los ojos en su sortija, la miró a detalle y luego externó:

—Ella tiene suerte.

Aarón se frotó la mano y después giró el anillo alrededor de su dedo anular. Asintió con la cabeza y siguió caminando a paso lento.

—Realmente nunca lo amé, pero debo decir que le tenía cierto afecto. Pero ahora con todo esto, ya no sé ni lo que siento.

—Lo único que creo, es que no podemos adelantarnos a los hechos.

—El vídeo dice mucho.

—Sí, pero también nos deja ciertas dudas y cabos que tenemos que ir amarrando. No podemos sacar conclusiones apresuradas. No voy a defender la memoria de Itsván, pero no puedo prejuzgar el por qué ese vídeo estaba en esa cinta. Lo único que sé, es que quiero descubrirlo.

Aarón extrajo el cuaderno del interior del bolsillo de su saco, se hizo de la fotografía que guardaba dentro, y entonces se la pasó a Fernanda.

—¿Has visto este tatuaje en alguna parte?

Fernanda observó detenidamente la imagen, frunció el ceño y respondió:

—No, es decir, no como un tatuaje… pero francamente se me hace muy familiar el símbolo.

—¿En serio? —inquirió con sorpresa.

—Sí, pero no sé de dónde.

—Recuérdalo por favor, ¿dónde lo has visto?

—No lo sé… —paseó los dedos por el tatuaje, tratando de buscar algún relieve en la imagen lisa.

—¿Fernanda?

—Lo siento, Aarón. No recuerdo el tatuaje, pero trataré de hacerlo.

Aarón agarró la fotografía y la regresó al interior del cuaderno. Avanzaron unos cuantos metros más antes de llegar nuevamente al inicio del camino que habían tomado.

—Debo volver a la oficina —indicó.

—Sí… gracias.

—Descuida, está bien.

—Si recuerdo algo te llamaré.

—Vale.

Aarón dio vuelta para tomar rumbo al edificio de El Buscador, mas antes de verlo partir, Fernanda exteriorizó:

—Nunca quise irme.

Aarón se detuvo, y sin embargo no se regresó a mirar a la mujer.

—Mi padre quería que me casara con un *hombre importante*, como él decía. Ese día él me llamó por teléfono… y tuve que irme… lo siento tanto, Aarón. Nunca pude decirte cuánto lo sentía.

—Fue hace muchos años… —dijo dándose la vuelta— No tienes que disculparte ahora, lo digo en serio.

La lejanía de él era tan fría que Fernanda pudo sentir su corazón congelándose. En el fondo había deseado un reencuentro diferente, mas ese era el peso insufrible de la realidad.

—Solo quería que lo supieras, que nunca quise dejarte. Y que en verdad yo te… —pensó mucho en aquella palabra, pero solo se resignó a dejar la oración incompleta.

—Debo irme —señaló rompiendo el silencio.

—Hoy veré a Oskar Schwetz. Mi esposo tenía una estrecha relación con él, más allá de los negocios que mantenían. Veré si sabe algo, quizás Itsván llegó a comentarle alguna situación.

—No le digas nada del vídeo, es mejor que nadie sepa.

—No lo haré. Será un secreto entre nosotros dos.

Aarón asintió sin decir más, se dio la vuelta y cruzó la avenida hasta llegar al edificio de El Buscador. Fernanda le miró partir antes de abordar su auto y alejarse de allí.

12

Andrés había ocupado un lugar en una de las mesas más apartadas de aquel pequeño restaurante al sur de la ciudad.

«El parrillero» podía leerse con letras rosa neón en la entrada. Un taco brillaba justo debajo de la última letra, contorneado de naranja, con un círculo verde alrededor con la luz a punto de extinguirse.

Años atrás ese había sido el sitio de trabajo de Penélope Cárdenas. Para aquellas horas de la tarde, ella ya habría llegado a ocupar su puesto, dejando su mochila en la oficina del amable y regordete dueño del lugar, para luego colocarse el delantal, sujetar una pequeña libreta y tomar la orden de los clientes.

Andrés se la imaginó a *ella* caminando hasta él. Casi podía verla, con una coleta que seguramente dejaría unos cuantos cabellos sueltos, después de haber bajado apresuradamente del autobús, y con una sonrisa genuina, llena de juventud y vida.

Andrés pensó en lo curioso que era llegar a un sitio como ese, y en cómo ese tipo de situaciones podían modificar el ambiente de los lugares, dejando cierto estrago de nostalgia e intriga.

—Buenas tardes, ¿le dejo el menú? —dijo amablemente un hombre de mediana edad, de manos gordas y abdomen abultado.

—Sí, gracias —contestó Andrés.

El hombre asentó sobre la mesa una carta forrada en plástico. Andrés la deslizó hacia sí con el dedo índice, al momento que extraía su placa de policía del interior de su bolsillo.

—¿Es usted oficial?

—Sí. Soy el sargento Andrés Barón.

—¿Y sucede algo? —inquirió preocupado.

—En realidad… solo quería poder hablar con usted, y probar un poco de la comida de aquí.

El regordete hombre hizo una mueca, asintió con la cabeza y luego formuló:

—¿Es por Penélope?

Andrés titubeó antes de proseguir, pero finalmente dijo:

—Supongo que ya han venido a verlo muchas veces por lo mismo.

—Algo así. La policía se hizo insistente por un tiempo, pero después desapareció. Los que sí vienen son los compañeros de la chica, creo que lo hacen para recordarla. A veces se quedan a hablar de ella, y yo me termino uniendo a la conversación.

—Pues me temo que mi charla de hoy no será tan diferente a lo habitual. Solo quiero que refresque un poco su memoria.

—Bien, entonces la casa invita.

El hombre se aproximó a la barra y vociferó al cocinero:

—¡Una orden de seis tacos al pastor, por favor!

—*Enseguida*…

El individuo regresó a la mesa con Andrés y se situó frente a él, ocasionando que la silla crujiera; por un momento Andrés temió que la silla fuese a partirse en dos, mas ésta soportó todo el peso sin problema.

—Dígame, sargento, ¿qué desea saber? —entrelazó las manos sobre la mesa— ¿Acaso se ha reabierto el caso de Penélope?

—No precisamente, solo quiero aclarar unas cosas que quedaron a la deriva. Me gustaría que me hablara un poco sobre Kyle.

—¿Kyle?

—Sí, hace unos años usted declaró que Kyle solía visitar a Penélope. Un joven que venía por aquí a menudo.

—Kyle… —volvió a pronunciar— Sí, claro. Era un chico pelirrojo, solía venir a comer todas las tardes. Al inicio no me pareció tan extraño, pero después se hizo bastante evidente que solo venía para ver a Penélope.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

Los tacos llegaron a la mesa, de manos de un jovenzuelo que había estado tomando las órdenes de los pocos clientes presentes.

Dejó el plato junto a las manos de Andrés, a lo que éste dijo:

—Gracias.

—Como le decía, la primera vez que Kyle llegó, seguramente lo hizo para probar los tacos de aquí. Pero después empezó a venir de forma habitual, cada tres días, cada dos días, y finalmente todos los días. Se quedaba hasta tarde en la mesa del fondo, y esperaba a que Penélope terminase el turno. Después se iban juntos.

—¿Eran novios?

—No lo sé, quizá solo eran amigos cariñosos —bromeó.

—¿Ella nunca comentó nada?

—No, la chica era muy tímida y medio ingenua. Bastante inocentona, a decir verdad. Creo que nunca había tenido novio. Pero Kyle no parecía mal tipo, no se veía de por aquí.

—¿A qué se refiere con eso?

—Tenía un acento medio extraño, el español no parecía ser su idioma natal. Le traía rosas a Penélope, era un chico bien parecido, vestía bien.

Andrés frunció el ceño con recelo, asintió con la cabeza y continuó con las interrogantes.

—¿Qué más sabía de él?

—¿Cree que él pudo llevársela?

—No lo sé, señor.

—Con confianza, puede llamarme Manuel —extendió la mano.

Andrés la sujetó y sonrió.

—No lo sé, Manuel. Pero tengo mis sospechas, me resulta extraña la forma tan repentina en la que Penélope desapareció. Sumado a ello, su cuerpo fue encontrado en el lago, el mismo en el que muchas otras chicas han sido halladas.

—¿Sabe? También me pareció rara la forma en la que Kyle empezó a frecuentarla. Es decir, Penélope no era una jovencita fea… pero no dejaba de ser una simple mesera, y el jodido muchacho conducía una HUMMER, además de llevar un costoso ROLEX. ¿Me entiende? Ese tipo de críos no suelen poner los ojos en chicas como Penélope.

—No podría decir lo mismo, Manuel. Creo que algo vio en ella que en las demás no.

—¿Y qué cree que haya sido?

—Ingenuidad —concluyó.

—Es el platillo preferido de esa clase de tipos, ¿no cree, sargento?

—Sí. Dice que él conducía una HUMMER, ¿de qué color era?

—Amarilla, nunca olvidaría ese auto. A decir verdad, me gustaba mucho.

—Y Kyle… ¿regresó por aquí?

—No, curiosamente no volvió después de la desaparición de Penélope… —especuló.

—¿Le llegó a decir esto a la policía?

—Sí, pero no volvieron a preguntar más sobre él.

—Bien…

Andrés movió el plato de tacos hacia él y después encajó los dientes en uno. Masticó el primer bocado y pensó en cómo las respuestas habían estado por años frente a la policía, si tan solo hubiesen querido buscarlas.

Cuando Aarón llegó a casa, Samanta le esperaba en la sala con el televisor encendido y un periódico sobre la mesa de centro.

—¿Qué sucede? —preguntó Aarón.

—¿Vas a decirme lo que ocurre, o piensas seguir ocultándome todo?

Samanta levantó el periódico y enojada lo dejó caer nuevamente en la superficie de la mesa.

—Sam… no sé qué quieres saber.

—Leí la nota, Aarón. ¿Tatuajes? ¿De qué se trata todo esto? Supongo que por lo turbio podría ser una especie de organización de trata de blancas. ¿De verdad estás investigando algo así?

—Sam, es parte de lo que Graciani quiere. Cuidé cada palabra escrita ahí.

—No me interesa —externó levantándose del sillón—. ¡Dijiste que nos cuidarías! ¡Dijiste que protegerías nuestra seguridad! ¿Y qué

haces? ¿Escribes sobre una organización de trata de personas?

—Samanta, no es así. No sabemos si realmente es una organización, podría incluso ser un asesino serial. Yo solo mencioné que las víctimas tienen un tatuaje en común.

—¿Y por qué no me habías contado nada al respecto? Por días has estado actuando extraño, me ocultas cosas, y no llegas a dormir. Antes me contabas todo acerca de lo que escribías… ahora nada… ¿qué sucede, Aarón? No son solo los tatuajes, ¿verdad? ¿Hay algo más?

La mirada de ella penetró de forma acusatoria en los ojos de Aarón, mas el hombre apartó el rostro y se dejó caer sobre el sillón.

—Samanta, Graciani me pidió no publicarlo; yo no quería segmentar la información, quería publicar todo, quería que la verdad se expusiera sin fragmentarla ni alterarla.

—¿Qué verdad?

—Todo esto, es algo muy gordo. Y quiero escribir sobre ello.

—Aarón, ¿te estás escuchando? ¡Por Dios! —se mesó el cabello— Solo tuve que leer ese pedazo de tu nota para darme cuenta de que estás jugando con fuego, y todo porque el maldito gordo de Graciani te lo pidió.

—Samanta, con esto podría mejorar nuestra economía. Te lo dije, podré publicar en una editorial. Sabes lo que eso significa para mí…

—¿Y dónde queda nuestra seguridad como familia? ¿Y si lo que publicas más adelante ocasiona conflictos grandes?

—Estoy cuidando lo que escribo. Nada de amarillismo, nada de nombres, tú misma lo viste —señaló.

—No me lo creo. Y lo que más me duele es que, cuando te he preguntado, nunca me has querido decir nada… me ocultas cosas. Dime algo, ¿qué más sabes de esto?

Aarón se rascó la cabeza. Samanta lo observó con insistencia.

—Dime, ¿qué más sabes? ¿Qué no me has dicho aún?

—¿Por qué carajo quieres saber?

—Porque soy tu esposa, ¡maldita sea!

—¿Qué pensabas? ¿que toda la puta vida iba a escribir sobre ridículos festivales? ¡Estoy pensando en nosotros!

Los ojos de la mujer se anegaron, frunció los labios y negó con la cabeza.

—¿Qué te sucede, Aarón? Antes nos contábamos todo.

El hombre pasó saliva, se sintió culpable. Quería llorar en sus brazos y decirle sobre los vídeos, sobre las dudas y conjeturas que afloraban ante cada información que recibía… Sin embargo el silencio lo dominó, y no fue capaz de contestarle a la ansiosa mujer que tenía frente a él.

—Esta noche dormiré con Valeria.

Samanta se dio la vuelta y se alejó de la sala.

Aarón se quedó de pie en el centro del apartamento, escuchando el ulular de unas sirenas a lo lejos del vecindario. Descendió la mirada lentamente, y leyó el titular de la nota que había escrito para El Buscador:

«La extraña marca de Las sirenas de Champayán».

13

Con una botella de vino en una mano y en la otra una copa a medio llenar, Fernanda se encontraba sentada en el suelo de la habitación de huéspedes, con la caja de videocintas a un lado.

Bebió el último resto de vino que se hallaba en la botella. Sentía que los párpados le pesaban; estaba totalmente adormilada y embriagada por el alcohol. Se había bebido dos botellas de vino y una de Whisky, sin embargo nada de eso había sido suficiente para hacerla olvidar el infierno que estaba viviendo.

Tambaleándose, la mujer se levantó de la alfombra, dejó la botella sobre la cama y salió de la habitación.

Paseó por el corredor hasta bajar las escaleras, caminó rumbo a la cocina, y en la alacena rebuscó hasta dar con una botella BUCHANAN'S de lujo. La sujetó con ambas manos, cogió un vaso de cristal y regresó por el corredor. A su paso, se detuvo frente al estudio de esposo. La puerta de roble estaba cerrada, tenía tanto tiempo sin entrar a ese sitio. Incluso había preferido charlar con Oskar en la sala. Le había ofrecido un poco de Whisky hacía dos días, aunque el hombre no había parecido interesarse en tal oferta; únicamente se había limitado a brindarle una breve visita para darle el pésame, a lo cual ella, con un *gracias*, se había resignado a no obtener más información sobre su esposo.

Tal parecía que la amistad entre Oskar e Itsván era casi tan superficial como el matrimonio de ella con él.

Fernanda abrió la puerta del estudio e ingresó. Caminando danzante sobre el alfombrado del lugar, depositó la botella de Whisky y la copa sobre la mesa de caoba.

Recordó haber estado allí muy pocas veces. Itsván era celoso con su espacio y prefería mantener en privado todo aquel sitio. Eran contadas las personas que habían estado ahí, y una de esas justamente había sido Oskar; pero Oskar era un hombre de negocios, e Itsván amaba los negocios.

Fernanda se sentó en la gran silla que solía ocupar su esposo, y con una risa estúpida se impulsó con los pies y comenzó a girar en ella.

Se detuvo, y con recelo observó la caja fuerte que se encontraba al pie de la estantería (la cual era ocupada por libros y unos cuantos reconocimientos en el área de hotelería). Se levantó, y luego se sentó en el suelo.

Giró la perilla de la caja de metal, mas ninguna serie le ayudó a abrirla. Probó con la fecha de aniversario de ambos, demasiado predecible tal vez, pero de igual manera no funcionó.

—Estúpido Itsván… —externó con voz pastosa.

Contempló la pintura que se hallaba encima de aquel librero repleto de clásicos literarios. Era la madre de Itsván, a quien el hombre había rendido una gran devoción; tanta, que Fernanda, en silencio, había llegado a celar a la anciana en más de una ocasión. No porque estuviese enamorada de su esposo, sino porque no podía creerse tanto amor de su parte, pues eso a veces le resultaba algo enfermizo.

La fijación que Itsván había sentido hacia su madre no había sido del todo normal. Tras morir la anciana, había sido cremada, y posteriormente Itsván había guardado sus restos en una pequeña caja de madera. En ocasiones solía dormir abrazado a ella, pero con el tiempo dejó de hacerlo y simplemente se limitó a dejar los restos de su madre en la mesita de noche, siempre mirándolos, y besando la caja antes de dormir.

A Fernanda aquello le resultaba algo perturbador, mas nunca dijo nada al respecto, y todo el tiempo prefirió guardarse sus opiniones.

Los restos de la anciana continuaron en la habitación aun después de la muerte de Itsván, pero a Fernanda ya no le importaba aquella situación, pues ella ya había dejado de dormir en ese lugar.

Fernanda caviló un momento y volvió a girar la perilla de la caja fuerte, esta vez probando suerte con la fecha de nacimiento de la madre de Itsván. La caja no se abrió. La mujer empezó a resignarse, pensando que quizá sería mejor llamar a un cerrajero que pudiese auxiliarla, pero sabía que eso también la expondría a lo que pudiese encontrarse dentro.

Se mordió los labios e intentó con una serie de números más. Fue la fecha de muerte de la madre de Itsván lo que hizo que finalmente la caja fuerte se abriera. Fernanda echó la cabeza hacia atrás, sonrió nerviosa y luego comenzó a revisar dentro.

Dinero y más dinero; una fotografía del hombre con su madre cuando tenía tan solo diez años; una bolsita de gamuza con pequeños diamantes, y un sobre sellado con el mismo símbolo del tatuaje.

Fernanda cogió el sobre, detallando cada aspecto de éste. El papel se veía algo gastado, era evidente que llevaba años dentro de la caja fuerte, y tenía el símbolo marcado en lacre color carmín.

Fernanda desprendió el sellado, cuidadosamente desplegó la carta, y acto seguido dio inicio con la lectura.

Estimado Itsván Faragó:

Siempre hemos sido muy cuidadosos con la selección de nuevos miembros de la hermandad. Por eso hoy nos complace decirte que el Dios del Sol te ha elegido para ser uno de sus hijos.

Por ese motivo, nos honraría contar con tu presencia para el ritual de iniciación, el día 11 de junio a las 22:00 hrs. en la mansión Beltrán.

Sangre, pureza y sabiduría. Eterna vida a Los hijos del Sol.

El corazón de la mujer azotó contra su pecho, las lágrimas inundaron sus ojos, y por primera vez en mucho tiempo volvió a

llorar. Se acurrucó junto a la caja fuerte con la carta en la mano, observando la fotografía en el escritorio de Itsván, aquella en la que ellos dos sonreían ante la cámara después de haber salido de la iglesia como recién casados.

—¿Quién eras? —murmuró la mujer a la abismal soledad del recinto.

Segunda parte

Iniciación

1

Altamira, Tamaulipas, 31 de octubre de 1999

Del impecable cielo raso colgaban unas cadenas, con unos brazaletes de acero justamente en el extremo que pendía.

Una jovenzuela de rasgos asiáticos entró al recinto, siendo arrastrada por el cabello por un hombre corpulento que le llevaba más de cinco cabezas de estatura. La chica tenía unas pantaletas rosadas con manchas de orín; su cuerpo estaba cubierto de laceraciones, costras y una que otra herida que ya comenzaba a cicatrizar por completo. Su torso estaba totalmente desnudo y sus pequeños senos redondos se balanceaban levemente ante cada movimiento de sus pies.

El hombre la soltó, tomó las cadenas, y a cada mano de la chica le colocó un brazalete. Con ayuda de un carrete que se encontraba a un extremo de la habitación, comenzó a subirla hasta que sus pies quedaron casi suspendidos sobre el suelo.

La joven emitió un quejido. Sus brazos crujieron al recibir todo el peso de su cuerpo, y sus axilas se tornaron en dos hoyos profundos, dejando ver que no había comido en días. Aunque, ante semejantes vejaciones recibidas, el hambre había pasado a ser el menor de sus males.

El escenario era fatídico y cruel. Los presentes en la habitación se encontraban sentados en sillas forradas de terciopelo rojo. Todos y cada uno de los espectadores lucían una máscara o antifaz que asemejaba algún animal.

De un lado, con las piernas cruzadas, se encontraba sentado un sujeto con máscara de gato; al lado de él, un hombre cuervo, y a continuación, una mujer de vestido rojo con cabeza de león. Cubiertos de esa forma, los rostros evidentemente permanecían desconocidos, pero las risas y las charlas podían seguirse interpretando suficientemente bien.

—Es hora de comenzar —habló el hombre cuervo.

—*Eterna vida a Los hijos del Sol* —oraron en unísono.

—Mis queridos hermanos —dijo levantándose de su asiento el hombre cuervo—. Hoy purificaremos nuestras almas con la sangre de esta joven. Esto traerá sabiduría y grandeza a nuestras vidas. Así que les deseo goce ante este magnánimo espectáculo.

El hombre cuervo ocupó su lugar al centro mientras unas veinte personas observaban en silencio a la chica que pendía de las cadenas.

La joven murmuró algo en un idioma diferente. Algunos sabían de su origen tailandés, otros no, aunque poco les importaba su proceder. Ella estaba allí únicamente para formar parte de la ceremonia como el

platillo principal, uno que disfrutaban y saboreaban hasta dejarlo vacío, solo para ser desechado a la mañana siguiente. Así de insignificante resultaba la vida de aquella joven para los presentes.

Se pavoneaban de su grandeza y poder. Disfrutaban de aquellos festines como si lo más importante fuese complacer sus caprichos y necesidades.

El hombre de gran tamaño golpeó a la chica con un látigo, a lo que ella gritó con poca fuerza. Hizo un gesto de dolor, y se meneó tratando de sostenerse con las puntas de los dedos pulgares de sus pies. Apenas podía sentir el frío de las losetas que recorría su cuerpo como electricidad.

Sus pezones estaban duros, y su piel, erizada por doquier. Apretó los ojos, y se mordió los labios tan fuerte que empezaron a sangrar.

El hombre de gran tamaño volvió a azotarla, como si en ello se le fuese la vida. Ante cada golpe, el impulso era mayor.

El ardor en la piel de Pakpao (el cual era su nombre, porque debía tener uno, al igual que todas) se hizo latente; los golpes quemaban y dejaban un rastro de calor que incendiaba cada centímetro de su cuerpo, como si atravesaran mil agujas todas sus ramificaciones nerviosas. Aún podía sentir el dolor en su entrepierna, ante la serie de violaciones que había recibido durante su estancia en aquella siniestra mansión.

Parecía un palacio, pero era un infierno. Sin embargo, no era el fuego lo que quemaba a Pakpao, era el frío de la nauseabunda indiferencia por parte de los presentes.

Mientras el hombre de gran tamaño continuaba golpeándola, dos sirvientes ingresaron al salón, trayendo carritos metálicos con diversos bocadillos afrodisiacos y costosos.

Cada invitado probó de los alimentos, bebió del vino tinto y continuó disfrutando del escenario, como si de una obra de teatro se tratase. El fin de la vida de Pakpao, retratada de la forma más vil y sombría que podría haber sido posible.

Los golpes cesaron, y el hombre cuervo levantó su copa en señal de brindis.

Pakpao sangraba por todas partes, a nivel de las costillas, en las piernas, y de su rostro corrían líneas escarlatas que recorrían sus labios y chorreaban por su cuello hasta dejar gotas y gotas en el suelo.

—Mis queridos hermanos, he aquí la sangre derramada, de lo que una vez llegó a esta casa representando la vida y femineidad.

Los presentes elevaron sus copas, y cuando el hombre cuervo bebió el primer trago del vino, los demás le siguieron en el acto.

—Sangre, pureza y sabiduría —recitaron todos al unísono.

Sus voces se acoplaban como coros, y dichos coros se atrapaban en las cuatro paredes del gran salón que relucía ante su pulcritud.

Las paredes eran blancas, y las losetas también, por lo que el pequeño charco de sangre a los pies de Pakpao se hacía notorio a la vista de todos.

El hombre de gran tamaño cogió un hacha. Pakpao hizo el intento por abrir los ojos, pero la letargia era envolvente; aunado a que uno de sus ojos había quedado sellado después de tantos golpes. Despegó el párpado de uno con pesadez, y lo último que pudo ver fue el filo del hacha dirigiéndose a ella.

El hombre de gran tamaño asestó un golpe al costado de Pakpao; el cuerpo de ella se sacudió. Un segundo golpe asestó en una de las piernas de la chica, a lo que ésta se desprendió quedando únicamente unida por unos hilillos de piel y fibras musculares. Para el tercer golpe, Pakpao ya estaba muerta, y la lenta agonía había terminado.

Cuando el espectáculo concluyó, los presentes se levantaron de sus asientos. Se despidieron como si de una reciente convención finalizada se tratase. La servidumbre se llevó los carritos de bocadillos, con charolas vacías y copas con residuos de vino.

Un grupo de hombres se aproximó a recoger el cadáver, lo bajaron, soltaron las cadenas y comenzaron a limpiar hasta dejar las losetas relucientes como si nunca hubiese estado presente la sangre.

—¿Qué les pareció? —inquirió Oskar Schwetz, tras haberse quitado la máscara de cuervo.

—Fascinante, como siempre —comentó Erika Sullivan, aquella mujer de vestido rojo y mascara de león. Originaria como era de Canadá, la distinguía un acento peculiar al hablar español.

—Me alegra que haya sido de su agrado, mi señora. No siempre podemos verla por aquí —comentó Oskar.

—Los negocios me tienen ocupada, pero cuando usted se convierta en el gran maestro de esta sociedad, me verá muy seguido por acá.

—Me alegra saber eso.

—¿El gran maestro? —cuestionó Itsván al momento de retirarse una máscara de cerdo.

—Sí, las elecciones serán pronto. El nombre de Oskar es uno de los más presentes —externó Erika.

—Me parece precipitado, siendo que más de uno deseamos ocupar dicho cargo, ¿o no, Oskar? —dijo Itsván.

—Tranquilo, mi hermano. Todavía no son las elecciones, y si bien debo decir que me favorece la simpatía de la hermandad, todos tenemos derecho a postularnos —dijo dando unas palmadas en la espalda de Itsván.

Itsván lo miró con recelo, frunció los labios y habló nuevamente.

—Me postularé.

—¡Oh! Eso me parece maravilloso, una sana competencia entre

amigos y hermanos. Aunque si me lo permiten, mi voto será para el hermano Oskar —opinó Benjamín Lora, con la máscara de gato entre sus manos, y su elegante traje perfectamente confeccionado.

—¿Y por qué no tendré la suerte de contar con su voto, señor procurador? —preguntó Itsván.

—Sin devaluar sus logros por aquí, me temo que la preparación de Oskar lo opaca, señor Faragó. No es que yo considere que no está a la altura, pero debemos ser conscientes de quiénes están más capacitados para ocupar el puesto del gran maestro. Como sabemos, nuestro gran maestro Liam está hospitalizado, y pronto morirá. Debemos elegir.

—Primero dejemos que se enfríe su cuerpo, ¿no le parece? —externó Itsván con cierta indignación.

—No le veo sentido a defender a los moribundos, solo hice un comentario al aire —puntualizó Benjamín.

—No defiendo a los moribundos, pero tampoco apruebo su postura.

—¡Ay, por favor! No sea ridículo, Faragó. No es mi postura con respecto a la enfermedad de Liam lo que le incomoda, es mi falta de fe en que usted se convierta en el gran maestro.

—Caballeros, por favor. Hoy es un día de fiesta, no nos amarguemos de esta forma —expuso Oskar.

—¿Ahora ve, señor Faragó? Por eso Oskar es quien mejor está preparado —dijo Benjamín guiñándole el ojo a Itsván.

El descaro ante la situación hizo que Itsván dejara de hablar. Se contuvo de soltar de más, y prefirió apurar su copa de vino.

Oskar abrazó a Benjamín Lora, y juntos se alejaron de Itsván, conversando sobre posibles negocios de ambos, cosa que terminó por ofender a Itsván.

Cuando la mayoría abandonó la mansión Beltrán, Itsván caminó por el extenso corredor alfombrado hasta perderse en la última habitación, donde se encontraba la videoteca.

En aquel sitio, la hermandad del Sol resguardaba los vídeos que filmaban ante cada ceremonia. Claro estaba que para ellos eran tesoros, pero para cualquier humano con cordura aquello solo podía representar muertes grotescas filmadas sin ninguna piedad.

Itsván cogió una cinta, la escondió bajo su saco, y luego abandonó sigilosamente el lugar. Al llegar a su casa, la copiaría en la videocinta del día de pesca con Fernanda, para regresar la cinta original al día siguiente en una casual visita.

Eso terminaría por condenarlo ante los ojos de sus hermanos, donde extraer cualquier cinta era visto como un completo sacrilegio.

2

Altamira, Tamaulipas, 25 de noviembre de 1999
LAURA

Eran las 8:00 p.m. cuando la clase de ballet de Laura Madrigal concluyó. Se había despedido de su profesora, la señorita Amalia. Cogió su mochila, y bebió varios tragos de su botella de agua. Se quitó las zapatillas de ballet, y se colocó las botas de peluche que su madre le había comprado en uno de sus viajes a Madrid. Tras guardar las zapatillas dentro de la mochila, extrajo unos pants que después se puso, al igual que una sudadera con estampado de *La guerra de las Galaxias*. Finalmente, abandonó el gimnasio, descendió por las escaleras y atravesó las puertas de cristal que la llevaron al exterior.

Justamente bajo el colegio de danza se encontraba aquella cafetería (*Cindy Danés*) donde solía pedirse todos los días un café latte de vainilla, mientras esperaba pacientemente al chofer de su madre.

—Nos vemos mañana, Lau —despidió una de sus compañeras de clase, al momento que pasaba por la cafetería rumbo a la salida de la plaza.

—Adiós, Cris —respondió la chica con una sonrisa.

Laura Madrigal tenía los enormes ojos color miel de su madre y los risos castaños que había heredado de su padre, dos hoyuelos que se le formaban en cada mejilla al sonreír, y unas espesas y oscuras pestañas. Media 1.53m, y pesaba alrededor de 44 kilos. Algunos chicos de su clase la consideraban guapa, aunque no estaba tan desarrollada como otras jóvenes de la misma edad.

A los catorce años, la mayoría de los chicos buscaban chicas de caderas anchas y busto grande. «Son las hormonas» repetía su madre, aunque eso a Laura no le ayudaba del todo, pues seguía teniendo complejos con respecto a su escaso busto y estrechas caderas.

En más de una ocasión había intentado rellenar sus sostenes, pero solo conseguía sentirse incómoda y cohibida ante los demás. A veces odiaba tanto su cuerpo que prefería cubrir con una sábana el espejo de su habitación.

En varios momentos se había sorprendido a sí misma mirando con especial interés a Leticia, una compañera de su clase de ballet, a quien admiraba por sus redondos senos, piernas bien torneadas, caderas voluminosas y nalgas que levantaban con elegancia y sensualidad su leotardo. Era en esos momentos donde pensaba que Dios se tenía algo en su contra, pues a ella no la había dotado de aquellos encantos.

—¡Café latte de vainilla! —vociferó la chica de la barra.

Laura se levantó de la mesa junto a la ventana, donde se había detenido a pensar en Leticia mientras esperaba al chofer.

Caminó hacia a la barra, y al mismo tiempo que un chico, cogió el vaso de café.

—Lo siento, es que yo también ordené lo mismo —externó con una sonrisa encantadora el joven.

—Eh… supongo que, si ordenaste antes debe de ser tuyo —respondió Laura.

—No, para nada, primero las damas.

—No, descuida, yo puedo esperar —apretó los labios.

Laura nunca había encontrado la forma de hablar con los chicos, pues siempre terminaba por apartar la mirada y sonrojarse.

Eran las 8:47 p.m. cuando Laura conoció a César, el joven de cabello oscuro, sonrisa seductora y mirada profunda.

Laura cogió el café latte de vainilla y lo llevó hasta su mesa, sentándose nuevamente junto a la ventana. Había comenzado a llover otra vez. Por la mañana la ciudad había despertado con el cielo gris y el sol escondido tras la nubosidad. Toda la tarde de ese día había transcurrido en medio de paulatinas lluvias.

El cristal estaba empañado y en la carretera se veía el reflejo de las luces de los autos. Las ruedas patinaban sobre el pavimento, y el petricor era penetrante.

Laura colocó una mano bajo su mentón, movió la cucharilla dentro del café, ladeó el rostro, y leyó la cartelera del cine que se encontraba cruzando la calle.

«*El club de la pelea*».

Recordó cómo todos en su clase habían estado hablando de aquella película. Un sujeto harto de su vida terminaba involucrado en un club de pelea clandestina. El final había flipado a todos. Muchos lo consideraban algo inesperado, pero, pese a ello a Laura nunca le habían interesado ese tipo de películas. Solían aburrirla y casi siempre terminaba dormida a media función.

Ella amaba las comedias, pero no la clase de comedia romántica, era más de disfrutar sus tardes viendo por milésima vez *La máscara* con *Jim Carrey*, a quien consideraba su actor preferido, además de un hombre muy atractivo. Tanto era su amor platónico hacia él, que había terminado por colocar un póster de Carrey en el techo de su habitación (imagen que veía todas las noches antes de quedarse dormida en su cama).

—¿Está ocupada? —inquirió César al momento de tocar la silla.

Laura viró el rostro y negó con la cabeza.

—¿Te importa si me siento?

La chica echó un rápido vistazo por toda la cafetería. Muchos lugares estaban vacíos. Su mirada de confusión la delató, sin embargo negó nuevamente sin decir nada.

—Espero no incomodarte, para ser franco no me gusta tomar el café solo.

—Descuida —externó con timidez.

César se sentó frente a ella, miró la cartelera de cine, y comentó:

—¿Ya has visto *El club de la pelea*?

—No.

—El final es…

—*Sorprendente*, eso dicen los chicos de mi clase.

—Lo es, no te lo esperas para nada —extendió con una sonrisa.

El joven bebió de su café, y Laura delimitó su rostro mientras lo hacía. Sus manos eran grandes, delgadas y muy varoniles; tenía el cabello ondulado y un rostro que le recordó a *James Dean*. Por un momento se lo imaginó fumando un cigarrillo, y no pudo contener la sonrisa.

—¿Y cómo te llamas? —curioseó César.

—Laura.

—Laura —repitió—. Me gusta.

—Gracias, así se llamaba mi abuela. Mi madre no era muy creativa con los nombres.

—¿Sabes lo que significa? —ladeó la cabeza.

—No.

—Procede de la palabra *Laurus* en latín, lo que se traduce como *Laurel*. Pero no solo se limita a ser el nombre de una planta, tiene un significado más profundo: “triunfo” o “victoria“.

La chica entreabrió los labios extasiada. Por un momento se sintió como en una de las cátedras de literatura de su profesor Gilberto.

Evidentemente César era mayor que Laura. A simple vista no parecía diferir tanto la edad de ambos. El rostro de ella era angelical, y el de él era todo un enigma.

—¿Cómo te llamas tú?

—César —extendió la mano.

Laura la sujetó y le regaló una inocente sonrisa.

—¿Practicas ballet aquí?

—Sí. ¿Y tú?

—¿Que si practico ballet? —bromeó.

—No —dijo con gracia—. Me refiero a que, ¿qué clase llevas aquí? En la plaza hay muchos talleres.

—Ninguna, aunque me interesa pintura… quiero inscribirme al curso.

—¿De verdad? ¿Desde qué edad pintas?

—Desde los siete años. Empecé con los clásicos garabatos que todo niño hace. Conforme fui creciendo, encontré la verdadera esencia del arte.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es la *verdadera esencia del arte*?

—¿Has leído Teleny?

—No, ¿qué es eso?

—Es una novela de Oscar Wilde. Antes de iniciar con la historia hay una nostálgica carta dirigida a Lord Alfred Douglas, un amigo suyo que lo traicionó de todas las formas existentes y por existir en las que podría un ser humano dañar a otro. Allí, Wilde habla sobre el dolor y el sufrimiento, y sobre cómo eso le resultaba ser la verdadera esencia del arte. De la melancolía y la oscuridad surge la mayor de las inspiraciones de un artista.

Laura lo contempló atónita; la clase de literatura nunca había sido su preferida, sin embargo aquella noche de lluvia, César le había dado un contexto distinto a las palabras.

—Eso suena… ¡vaya! No sé qué decir.

—Suena trágico, ¿no?

Laura lo observó en silencio sin poder encontrar su voz. César le sonrió y bebió otro sorbo de café.

De pronto se escuchó el claxon de un auto aparcado en el estacionamiento de la plaza. Laura giró el rostro, apuró su café y cogió su mochila del suelo.

—Debo irme.

—Bien, fue un placer conocerte, Laura.

—Lo mismo digo, César.

El joven se levantó de la silla, le extendió la mano en un apretón y ella le correspondió. La conducta tan propia de César deleitó a la chica; en el fondo deseaba quedarse y escucharlo hablar por horas. Pero debía marcharse y atenerse a la idea de que su encuentro solo había sido una simple coincidencia, y que quizá no volvería a verle.

El claxon sonó de nuevo. Desde su interior Laura maldijo al chofer de su madre por ser tan inoportuno. Entornó los ojos y se echó la mochila a los hombros.

—Adiós —dijo ella.

César le sonrió y se despidió con un viene y va.

Laura salió de la cafetería y lo miró una última vez. Con naturalidad se mordió los labios, quería conservar la imagen del chico en su memoria.

Al otro día les contaría a sus compañeras del instituto de aquel curioso encuentro, y de aquella deleitante y extraña charla que había tenido con un completo desconocido.

Las demás lo lanzarían a la suerte, pero Laura lo atribuyó al destino, aun cuando ella no creyese en esas cosas.

3

Ciudad Madero, Tamaulipas, 11 de diciembre de 1994
PAULA

El olor a mariguana impregnaba las ropas de Paula y Úrsula. Se habían pasado la tarde del domingo encerradas en su habitación fumando hierba.

Las instalaciones del Internado Santa Mónica, al este de la ciudad, estaban vacías casi en su totalidad, pues las estudiantes que residían allí habían tomado el fin de semana libre para visitar a sus familias.

Paula se hallaba sentada sobre la cama, con la espalda apoyada en la cabecera; Úrsula, por su parte, estaba situada en el suelo de la habitación. A ratos aspiraba un poco del cigarrillo de mariguana, y después recargaba la cabeza contra el colchón.

Los dedos de Paula dibujaron la frente de Úrsula, y en medio de caricias se perdieron entre el cabello de ella.

—Quiero coger contigo… —expresó Paula.

—Eso lo dices porque nunca te has tirado a un hombre.

—No, lo digo porque tú me gustas.

Paula sujetó del cuello a Úrsula, e hizo que la mirase directamente. Úrsula elevó la cabeza y se encontró con los ojos de Paula.

—¿Yo te gusto? —susurró Paula.

La distancia entre los labios de ambas era cada vez más escasa, sus narices rozaron, y la frente de Úrsula tocó el mentón de Paula.

—Eres hermosa, podrías excitar a cualquiera —sonrió Úrsula.

—No me interesa cualquiera, me interesas tú. ¿Te excito a ti?

Úrsula sujetó con fuerza la nuca de Paula y aproximó sus labios a los de ella. Ambas comenzaron a besarse. Sus lenguas se enredaron una con la otra, sus dientes emitieron leves golpecillos y el sabor les resultó embriagante.

Úrsula tiró con los dientes del labio inferior de Paula, a lo que ella soltó un suave gemido.

Úrsula se apartó de su compañera de habitación, llevó su cuerpo hacia adelante y luego lo balanceó hacia atrás.

—La hierba debe estarme volviendo loca —expresó con una risa estúpida.

—¿Te arrepientes de haberme besado? —inquirió Paula regresando a su posición inicial (con la espalda recargada en la cabecera de la cama).

—No… pero tengo unas malditas ganas de coger contigo en este preciso momento.

—Soy toda tuya.

—No, Pau… no podemos hacer eso.

—¿Por qué? Nadie está mirando, nadie lo sabrá.

—Dime una cosa, ¿has siquiera tenido sexo alguna vez?

Paula permaneció en silencio por un momento, luego se levantó de la cama y caminó hacia la ventana.

—¿A qué viene esa mierda? —expuso.

—Solo pregunto por curiosidad.

Era el quinto piso del segundo y último edificio que formaba parte del internado. Desde allí podía contemplarse la cancha, donde por las tardes se practicaba tenis y basquetbol. Y más a la distancia, escondido entre algunos árboles no tan altos, se localizaba el primer edificio, en donde se impartían las clases y se llevaba a cabo todo el rollo de papeleo para inscripciones, bajas, egresados y demás.

—Nunca he tenido sexo, ¿ya?

—Eso es interesante —dijo Úrsula levantándose.

—Pero estoy segura de que… no quiero lamer un pene para pasarla bien.

—Yo tampoco.

Úrsula se colocó a las espaldas de Paula, le rodeó la cintura, y apoyó su rostro sobre el hombro de su compañera.

—Me gustas… —le murmuró al oído.

—Demuéstralo.

Paula se viró. Los ojos verdes de Úrsula le parecieron hipnóticos. No importaba cuánto se resistiese, ella siempre conseguía atraparla como un vórtice que devora todo a su paso.

—Puedes tocarme… —pronunció en tono bajo.

Paula llevó una mano bajo la blusa de Úrsula, y lentamente comenzó a subirla hasta llegar a uno de sus senos; frotó en círculos por encima de su sostén, hasta decidirse a introducirla por debajo.

El pezón derecho de Úrsula se endureció, su respiración se aceleró, y sin poder contenerla por mucho tiempo, la soltó en un alargado suspiro.

Paula se relamió los labios, y detalló como la expresión de su compañera se hacía cada vez más placentera.

—Hasta allí… —dijo Úrsula apartándose de Paula.

—¿Qué sucede? ¿No te gustó?

Úrsula le sonrió y después le dio un beso que, a diferencia del primero, resultó ser suave e inocente.

Paula abrió los ojos de par en par cuando Úrsula se alejó. No podía contener esa energía que estaba fluyendo, y quería explotar hasta tocar el cielo raso de la habitación; pero Úrsula parecía estarlo llevando todo con calma, como si el papel de ella fuese la cordura y el de su compañera la necedad.

—Acompáñame el próximo fin de semana —Úrsula se sentó sobre

la cama, y Paula se acomodó a su lado.

—¿A dónde?

—Será el cumpleaños de un amigo, me gustaría que fueras conmigo.

—¿Amigo? —arqueó la ceja.

—No empecemos con celos estúpidos, eso es para la gente de afuera. Nosotras somos diferentes.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué? —inquirió Paula.

—Pronto lo sabrás —externó acariciando la mejilla de su compañera.

4

Altamira, Tamaulipas, 07 de enero de 1997
PENÉLOPE

La chica de la coleta y aretes en forma de corazones se encontraba limpiando una de las mesas en aquel restaurante llamado El parrillero. Las letras rosa neón de la entrada brillaban tenuemente, y la luz del círculo verde que rodeaba el taco todavía no conseguía extinguirse.

—Penélope, hay un cliente —señaló Manuel con un movimiento de cabeza.

La chica viró el rostro y observó, en una de las mesas más apartadas, a un joven de cabello rojizo pasando de mano en mano el servilletero.

Don't Answer Me de *The Alan Parson's Project* era emitida por la radio de la estación principal. Eran las 7:23 p.m. y a Penélope todavía le quedaban unas horas más del turno de la noche.

Penélope caminó hacia la mesa del final con un bolígrafo en una mano y una pequeña libreta en la otra.

—Buenas noches, ¿le tomo su orden?

El chico de cabello color zanahoria levantó la vista y clavó los ojos en Penélope. Su rostro estaba cubierto de sutiles pecas, tenía los ojos oscuros de un color indistinguible, un mentón cuadrado y firme, una nariz recta y un flequillo cubriéndole parcialmente la frente.

—Buenas noches —respondió con un acento que a Penélope le pareció gracioso.

—¿Le tomo su orden? —preguntó de nuevo.

—Sí, ¿qué venden aquí? —inquirió.

Penélope observó el taco brillante de la entrada y con una sonrisa divertida obvió:

—Tacos.

—¿Tacos? México parece un sitio donde aman los tacos.

—Sí, es algo muy clásico del país.

—México es lindo —externó con una sonrisa.

Penélope asintió con la cabeza, y preguntó:

—¿De dónde es usted?

—Dinamarca. Pero me gusta aquí.

—¿Dinamarca? ¡Vaya! Eso es increíble, debe ser un país muy chulo.

—¿*Chulo*? ¿Qué es chulo? —curioseó moviendo los ojos como péndulos.

—¡Oh! —expresó con una sonrisa— Es una forma de decir bonito.

—Bonito, sí, Dinamarca lo es, ¿te gustaría visitarlo?

—Sí… por supuesto, nunca he salido de México, pero sería bueno ir algún día para allá.

—¿Nunca tú has salido de aquí?

—No… solo he ido al pueblo de mi mamá un par de veces. Pero de allí en fuera, nunca he salido del país.

—Entonces te gustará Dinamarca.

—Sí… yo creo que sí.

—¡Penélope! ¡Hay otra mesa! —exclamó Manuel a lo lejos.

—¡Sí, ya voy! —respondió mirando al regordete hombre, luego regresó al pelirrojo— Disculpa, no te he tomado la orden, ¿qué te gustaría pedir? Tenemos tacos de pastor, de res, de seso y de chorizo.

—Eh… —divagó— ¿qué sugieres tú?

—Yo amo los de pastor, son deliciosos.

—Entonces quiero cuatro de esos.

—Muy bien, cuatro de pastor —confirmó al momento de escribir en el pequeño cuaderno.

—Gracias, Penélope, así te llamas, ¿no? —expresó subrayando el nombre de la chica.

Penélope le regaló una tímida sonrisa, entonces dijo:

—Sí.

—Gracias.

—Bien, te traeré el pedido.

La chica se alejó del joven. Éste la miró irse al otro lado del restaurante.

—No te me distraigas, por favor —murmuró Manuel en cuando Penélope le entregó el papel con la orden del chico.

—Lo siento, es que no se decidía a ordenar.

—Seguramente —la miró incrédulo.

Penélope se sonrojó nerviosa, mas prosiguió a tomar las demás órdenes.

Manuel, por su parte, se paró junto a la barra a esperar a que le entregasen los pedidos, y justo en ese momento pudo percatarse de cómo el pelirrojo miraba con insistencia a la joven mesera.

—¡Cuatro de pastor para la mesa siete! —vociferó el parrillero desde la barra.

Penélope se encaminó hasta el sitio, mas Manuel cogió el plato con la orden y dijo:

—Yo los llevo.

—¿Por qué? —frunció el ceño con extrañeza.

—Porque hay más mesas por atender.

—Bien —exteriorizó resignada.

Manuel siguió hasta la mesa del pelirrojo y dejó los tacos en ésta.

—¿Le agrada la vista, joven? —preguntó con ironía.

El chico miró al regordete hombre, y con una cínica sonrisa

respondió:

—La estoy disfrutando.

—Espero le gusten los tacos.

—Gracias —se relamió los labios.

Manuel se dio la vuelta, y el chico echó un sutil vistazo a Penélope, quien ahora se había colocado junto a la barra.

—Nos vemos mañana, Manu —dijo Penélope mientras se retiraba el delantal, lo doblaba y colocaba junto a la caja.

—Nos vemos, Peny. Por favor, ten cuidado.

—¿Por qué? —preguntó riéndose con gracia.

—Chica, yo sé que tú eres muy ingenua. No dejes que cualquier extranjero te endulce el oído.

—¿De qué hablas, Manu?

—Vi cómo te miraba el güerito de hace rato.

Penélope se rió, y algo apenada comentó:

—Para nada, Manu. Solo era un cliente.

—¿Qué tanto te decía?

—Solo me dijo que venía de Dinamarca, debe ser un turista.

—Los tipos así no están ligando nada más porque sí, son mañosos.

—Descuida, Manu. No soy tan ingenua cómo crees, de verdad.

Penélope colocó una mano sobre el hombro de Manuel, a lo que éste le sonrió con franqueza.

—Sabes que te conozco a ti y a tu madre desde hace unos años, de verdad te aprecio, hija. *Cuídate mucho*.

—Lo haré, no tienes por qué temer.

—Yo digo que te tranquilices, Manu. ¿Y qué? Si el güerillo ese quería mirar a la Penélope, no por eso le va a arrancar un pedazo —bromeó Elías mientras salía de la cocina.

Elías había trabajado como parrillero desde los diecinueve años junto a Manuel. En aquel momento tenía veinticinco, era un chico esquelético, con barba de chivo, y un rostro que a Penélope le recordaba a Homero de *Los Locos Addams*.

—Cállate, lagartija. Yo solo le digo a ella que se cuide —soltó Manuel.

—Sí, pero la *morrita* no es tonta, ya sabrá cuidarse sola.

—El mundo es peligroso, y yo solo la estoy advirtiendo —entornó los ojos.

—Manu, Elías tiene razón, estaré bien. Además solo fue un güerito que me saludó, no va a pasarme nada.

—Bien, pues cuídate. Ya mejor vete antes de que sea más tarde.

—Sí.

Penélope caminó hacia la salida, y se despidió con un viene y va.

Elías no tardó en salir del restaurante, dejando a Manu contar el

dinero, con las puertas del local totalmente cerradas.

—No le hagas caso al gordo, ya sabes que es medio dramático. Pero el sujeto te aprecia —comentó Elías mientras se subía a su motocicleta.

—Sí, lo sé. Pero es buena gente, así que no me molesta que lo haga, aunque sí exagera en ocasiones.

—No pasa nada. ¿A dónde vas? ¿Quieres que te acerque a la parada del autobús?

—No, está aquí en la esquina.

—Bien, pues ya me voy. Si se enfrían los tacos que llevo, Magda va a encabronarse.

—Sí, cuídate mucho. Me saludas Magda.

—Sí, Peny, nos vemos mañana.

Elías encendió la motocicleta, y tras acelerar desapareció del estacionamiento.

Eran las 10:34 p.m. cuando Penélope salió de su turno, ya los restaurantes de los alrededores se hallaban cerrados. El taco y las letras neón de El parrillero estaban apagadas, y el pequeño estacionamiento totalmente vacío. Algunos pocos vehículos todavía circulaban por la zona. El alumbrado no era del todo escaso, aunque el camino hacia la parada de autobuses tenía algunos tramos algo desérticos, que solían causarle desconfianza a Penélope, por lo que siempre terminaba por acelerar sus pasos.

Penélope avanzó por la acera, y a poca distancia de la parada de autobuses se detuvo a atarse las agujetas.

A su lado se aparcó una HUMMER amarilla, y cuando el cristal del copiloto descendió, la chica se encontró con la sonrisa de aquel pelirrojo de las 7:00 p.m.

—Hola, señorita.

—Hola… —externó sorprendida.

—Espero no asustarte. No quiero que pienses que yo podría estar acosándote.

—No, para nada. Aunque si me tomas de sorpresa —dijo al colocarse un cabello tras la oreja.

—¿Recién sales del trabajo?

—Sí, iré a casa.

—¿Dónde?

—Es una colonia a media hora de aquí. Por lo general tomo el autobús. ¿Y tú? ¿Qué haces por aquí?

—Esperaba encontrarte, y decirte que tienes la sonrisa más bonita que he visto.

Penélope se sonrojó, y los ojos del chico terminaron por devorar sus pensamientos. La joven bajó el rostro, apenas y conseguía no

sentirse cohibida por él.

—¿Puedo llevarte?

—No lo sé, no te conozco.

El pelirrojo se liberó del cinturón de seguridad, abrió la puertezuela y bajó del auto. Rodeó el vehículo y caminó hasta ella. Cuando las lámparas de la avenida alumbraron a las espaldas del chico, su cabello naranja asemejó el sol a pleno amanecer.

Sus 1.87 de estatura hicieron sentir a Penélope la cosa más insignificante del mundo. Pequeña, escuálida y de rostro inocente.

—Soy Kyle —extendió la mano.

—Hola, Kyle —contestó y correspondió al apretón.

—Ahora no soy un desconocido.

—No, ya no.

—¿Puedo llevarte a casa?

Penélope se lo pensó por unos momentos. En su mente estaban presentes las palabras de Manuel, pero frente a ella los tentadores ojos de Kyle.

—Es media hora de camino a mi casa.

—¿Eso importa?

—No, creo que no.

Kyle le abrió la puerta del copiloto, Penélope abordó, y antes de que pasará más, ambos desaparecieron de la zona, dejando como única evidencia la marca de los neumáticos de aquella HUMMER amarilla.

5

LAURA

—Entonces, ¿no comeremos juntas? Siempre tienes algo más importante que yo… —se quejaba Laura al teléfono.

La chica de risos castaños se encontraba de pie en una caseta telefónica a unos cuantos metros de la cafetería Cindy Danés. Llevaba descubierta la parte de arriba del leotardo, unos jeans, y su enorme bolsa de gimnasio.

—Sabes de mis compromisos, amor. No puedo hoy, pero voy a compensártelo —se disculpó una mujer al otro lado de la línea.

—No me interesa que quieras compensarlo, seguramente después saldrás con otra excusa.

—Sabes cómo es esto, tengo llamado. Surgió de imprevisto, y si no voy, no comemos, así de fácil. De eso vivimos, de eso sale para pagar el colegio al que vas y tus clases de ballet.

—Ahora me lo echas en cara, pues nadie te pidió que me tuvieras. ¡Debiste abortarme!

—Deja de decir tantas tonterías, ¡solo es una maldita comida, por el amor de Dios!

—¿Una *maldita comida*? ¿Sabes qué? No tienes que comer conmigo, ya estoy cansada.

—Por favor, Laura… no seas tan exagerada…

La chica colgó el teléfono antes de dejar que su madre continuase hablando. Sujetó con fuerza su bolsa y caminó rumbo a la cafetería.

Ingresó a Cindy Danés, y se ordenó un café latte de vainilla. Se quedó junto a la barra por unos minutos, hasta que la chica de la caja procedió a cobrarle. Laura sacó un billete de sus jeans, pero antes de siquiera haberlo entregado a la cajera, otro billete se interpuso ante sus ojos.

—Yo pago —dijo César.

La cajera miró con confusión a Laura y luego al chico.

—No, ¿cómo crees? —expresó Laura con seriedad.

—Cóbratelo —indicó a la cajera.

La joven tomó la palabra de César, y prosiguió a cobrar dos cafés latte de vainilla.

—Aquí tiene, joven.

—Gracias —sonrió con encanto.

Laura cogió el café, y con desgano avanzó hasta una de las mesas próximas.

—No pensé verte de nuevo, aunque siendo honesto estaba deseándolo.

—Gracias por el café —dijo una vez que había ocupado asiento.

—Descuida, es un placer.

Laura sopló el café antes de darle un sorbo, escondió las manos bajo la mesa, y detalló las ondas que se formaban en el café (mezclas del blanco de la espuma con el líquido marrón).

—No quiero parecer entrometido, pero… ¿estás bien?

—Sí… es solo que, estoy algo cansada. Presentaremos *El lago de los cisnes*, y… había audicionado para ser Odette. Evidentemente no me quedé con el papel… lo obtuvo Leticia.

—¿Y quién es Leticia?

—Una chica de mi clase, bonita… de buen cuerpo, y demás atributos que básicamente yo no tengo.

César sonrió y se relamió los labios. Bebió un poco de su café, y dejó que éste pasara con calidez por su garganta.

—Quisiera saber por qué los chicos solo se fijan en *esas cosas*.

—¿En qué nos fijamos los chicos? —entrelazó las manos sobre la mesa.

—Ya sabes, buen busto, caderas y nalgas grandes. Solo ven eso.

—Ah, ¿sí? Lamento decepcionarte, pero a mí no me importan esas cosas.

—Eso dices, pero realmente así es siempre.

—¡Ja! ¿Qué edad tienes, Laura?

—Catorce años. Pero, ¿a qué viene eso?

—Bien, pues es normal que a tu edad los chicos seamos algo idiotas, eso sucede. Pero cuando creces, las cosas cambian, te empiezas a fijar en otras cualidades. El físico deja de ser importante, y lo único que deseas es conectarte con esa persona. Todo es diferente, créeme. Quizás ahora no lo ves así, pero un día, todo será distinto.

—¿De verdad lo crees?

—Claro.

—Tú no pareces ser un idiota.

César rio divertido, luego dijo:

—Gracias, pero también en ocasiones he sido algo idiota.

—¿Qué edad tienes? —dio un sorbo al café.

—Veinticinco.

—Ya quiero tener veinticinco —expresó con desaliento.

—Disfruta los catorce, no son tan malos. Además, si quieres saber… creo que eres una jovencita hermosa. No dejes que nada te desmotive.

Laura le sonrió con timidez, y por un momento se le olvidó que su madre había cancelado la comida, y que Leticia se había quedado con el personaje protagónico de la obra.

César la miró con interés. Sus labios se curvaron en una sonrisa, con delicadeza extendió una mano y acarició el dorso de la mano de

Laura. La chica sintió la energía corriendo por todo su cuerpo, su corazón se apresuró con los latidos, y de su interior surgieron unas inmensas ganas de besarlo.

—Tengo una idea —dijo César quebrantando el silencio.

—¿Cuál?

—Seguramente conoces la laguna.

—Ajá…

—Por allí hay una heladería. Podríamos irnos de aquí, y pasar un rato allá —comentó con una sonrisa y un discreto guiño.

Laura apartó la mirada y observó hacia la ventana. El chofer de su madre llegaría en cualquier momento, mas estaba segura que no deseaba subir al auto. Quería olvidarse de su madre, y pensar que por un día las cosas podrían ser diferentes a cenar sola en el extenso comedor de la casa.

—Parece una buena idea.

—¿Entonces…?

—Vamos.

César la sujetó de la mano, la ayudó con el enorme bolso que llevaba, y al poco rato ambos salieron de Cindy Danés.

Laura sacó la mano por la ventanilla. Aquel MUSTANG color escarlata recorría la carretera en medio de la oscuridad. Los árboles se perfilaban a los lados, y únicamente las luces del auto y la luz de la luna se fundían para alumbrar tenuemente el pavimento.

El aire era gélido, y la noche se percibía como algo distinto y atractivo para Laura.

César la miró de reojo, y después siguió concentrado en el camino. Sus manos estaban firmes al volante, y sus ojos fijos en la carretera.

—¿Desde cuándo vives aquí? —preguntó la chica, mientras su frágil mano navegaba entre la brisa del viento.

—No hace mucho.

—¿Eso qué significa? ¿Estás de paso o algo así?

—Algo así —sonrió.

—No me convence, cuéntame más de ti.

—Yo preferiría saber de ti, tu vida me parece más interesante que la mía.

—Pero tú has vivido más que yo. Seguro tienes más de una historia buena que contar.

Laura se acomodó en el asiento del copiloto con el cuerpo en dirección a César.

—¿Entonces? Estoy esperando, ¿qué hay de ti? —inquirió la chica.

—Eh… bien, ¿qué quieres saber?

—¿De dónde eres?

—Soy del centro del país.

—¿De qué parte?

—Querétaro.

—¿Y tienes hermanos?

—No, no tengo hermanos.

—¿Y tienes novia?

—Haces muchas preguntas, ¿no crees? —dijo echando a reír.

—¡Ja! Es verdad, lo siento, es solo que me pareces muy interesante —expresó al momento que se sonrojaba.

—Gracias, Laura. Aunque te aseguro que no lo soy. Es más, quizá mientras más me conozcas, descubras lo común que puedo llegar a ser.

—No lo creo.

—Sin embargo, tú sí me pareces muy interesante.

—Ah, ¿sí? Soy una chica como cualquier otra.

—Lo dudo, tienes algo especial. Aunque estoy seguro que ni tú eres consciente de ello.

Laura apretó los labios, y tímidamente regresó la mirada hacia la ventana.

César aparcó el auto justo en el estacionamiento que daba vista a la laguna. Acto seguido se retiró el cinturón de seguridad, y después bajó del vehículo. Caminó del lado del copiloto, y abrió la puerta a Laura.

—Venga, vamos.

Laura descendió y luego le siguió.

Ambos ocuparon un sitio en unas coloridas sillas junto a una heladería.

Una joven mesera no tardó en acercarse a tomarles la orden. Minutos después se retiró, para después regresar con dos copas de helado.

—¿Sabes? Por lo general no suelo comer helado de chocolate, pero esta noche quiero hacer algo diferente. Estoy harta de seguir reglas —expresó Laura.

—¿Y a qué se debe que el comer chocolate sea un riesgo? —bromeó.

—¡Ja! Debes pensar que soy una niña tonta por decir eso, ¿no? —comentó apenada.

—Jamás creería eso.

—Bien, en ballet no suelen dejarnos comer este tipo de cosas. Y mi madre… bien, pues ella controla mucho mi dieta, nada de dulces, carbohidratos, frituras… nada de nada.

—Eso suena a tortura.

—Algo así —dio una gran bocado al helado.

—Pues aquí no está tu madre, así que por esta noche puedes

disfrutar del helado que quieras… —entonces añadió a modo de susurro:— yo no diré nada.

Laura sonrió, y continuó saboreando el chocolate.

—Me agradas, César.

—Y tú a mí, Laura.

Los dos intercambiaron miradas. La brisa de la laguna acarició el agua, y después inundó el rostro de ambos.

La noche estaba plagada de nuevas sensaciones para Laura, todas ellas desconocidas. Pese a ello estaba segura de algo, y era lo mucho que le gustaba estar con César.

Eran las 11:57 p.m. cuando Laura llegó a casa. Bajó del auto de César, y se encontró con Alfredo en la entrada. El hombre tenía una cara de consternación, y estaba recargado contra el auto de su madre.

—Señorita, ¿dónde estaba? Estoy vuelto loco, quería localizarla pero no sabía cómo, y para colmo su madre está en una fiesta y no contesta.

—¿Ella no ha llegado? —preguntó la chica.

—No, lo siento. Pero, ¿dónde estaba usted? Pasé a recogerla hace horas a la plaza, incluso pregunté a su profesora de ballet, pregunté en la cafetería. Ya iba ir a la delegación a reportar su desaparición.

—Tranquilo, Alfredo. Estoy bien, solo fui por allá.

—¿Por allá? ¿Qué clase respuesta es esa? ¿Con quién? —se apresuró a decir.

—Estoy bien, ahora solo quiero ir a dormir.

—Pero…

—Ya, Alfredo, ve a descansar.

—Pero, señorita, no debe desaparecer así, es peligroso.

—Buenas noches, Alfredo.

Laura entró a la casa, dejando al hombre con las palabras preocupadas y atadas a su boca.

Cuando Laura llegó a su habitación, se colocó el pijama y luego se aproximó a la casa de muñecas que tenía en un rincón. Estaba hecha a mano y pintada de tonos pasteles; había sido un obsequio de su madre en su cumpleaños número once.

La chica observó detenidamente todas las habitaciones, las pequeñas muñecas que vivían dentro, y los muebles que detalladamente complementaban la casita.

Laura levantó la casa con ambas manos, y luego la arrojó fuera de su habitación. La casa de muñecas golpeó contra la pared de frente, y terminó por caer en pedazos al suelo.

La joven cerró la puerta de su dormitorio, se lanzó sobre la cama y cerró los ojos hasta quedarse profundamente dormida.

6

PAULA

Paula descendió del vehículo de Úrsula, ambas se colocaron de pie a una enorme casona a las afueras de la ciudad. La música estridente hizo palpitar el pecho de Paula, las luces estroboscópicas brillaban a través de las ventanas y unos cuantos gritos de emoción eran persistentes en el exterior.

—Aquí es, seguro te gustará —anunció Úrsula.

Paula se abrazó a sí misma, odiaba pensarlo, pero de cierta forma podía sentirse intimidada.

Úrsula la sujetó de la mano, luego la llevó hasta el interior de la casa.

Por dentro la oscuridad se mezclaba con luces rojas, verdes y azuladas, un efecto óptico que al inicio incomodó a Paula, pero conforme fue escabulléndose sus ojos terminaron por adaptarse al cambio de colores.

—¡Sígueme! —vociferó Úrsula, aunque su voz se perdió por completo entre el ruido de la música.

Paula la miró, y con el movimiento de cabeza que Úrsula hizo, entendió que debía acompañarla.

Ambas se dirigieron hacia las escaleras y subieron paso a paso. Paula observó todo a su alrededor: jóvenes besándose, compartiendo tabletas de éxtasis, y perdiéndose en un baile que parecía haberse apoderado de sus cuerpos.

Úrsula continuó camino arriba, Paula le siguió el paso, y poco después ambas se introdujeron hacia una habitación al final del corredor.

—Aquí nadie va a molestarnos.

—¿Qué es este sitio? —preguntó Paula.

—Es una fiesta de unos conocidos.

—¿Conocidos? —plegó la frente.

—Sí, hijos de los amigos de mis padres. Pero la verdadera razón por la que te he traído no ha sido precisamente por la fiesta.

—Ah, ¿no?

—No, quiero hacerte una pregunta.

Úrsula se aproximó a Paula acortando el espacio existente entre ambas. Su voz se hizo más melódica y pausada, y sus manos se situaron en las caderas de Paula.

—¿Hasta dónde sería el límite del dolor para ti?

—¿Qué? —ladeó la cabeza ante la pregunta que le causó cierta gracia y desconcierto.

—¿Cuál es tu límite de dolor?

—No entiendo… ¿por qué quieres saber eso?

—Quiero saber qué estarías dispuesta a hacer por mí.

Los ojos de Úrsula persuadieron a Paula, ella intimidada se apartó de la chica y negó una vez más.

—No entiendo, ¿por qué la pregunta?

—Quiero hacerte un tatuaje. Sería como nuestro símbolo.

—¿Un tatuaje? ¿Dónde?

—Aquí mismo —señaló, develando con ello una pequeña caja de madera, que se encontraba sobre la cama a sus espaldas.

—¿Un tatuaje? ¿Para qué?

Úrsula volvió a acercarse sigilosamente a Paula, y con los dedos recorrió su espalda hasta detenerse en la parte baja.

—Lo haría aquí, ¿te imaginas?

—No lo sé, nunca me he tatuado. Eso debe de doler mucho.

—Es un dolor distinto, Pau. Se siente rico cuando la aguja penetra la piel, y cuando la tinta se esparce por debajo hasta dar una forma a algo que no existía.

—¿Y tú me lo harías?

—Por supuesto, es parte de nuestro pacto.

—¿Nuestro pacto?

—Seremos una sola.

Úrsula dejó un beso en los labios de Paula, ésta cerró los ojos al momento, y los abrió de nuevo cuando su compañera se alejó.

—¿Qué dices? ¿Me dejarías tatuarte?

—¿Qué vas a tatuarme?

—Dejemos que sea una sorpresa.

—Una sorpresa —remarcó.

—Recuéstate en la cama.

Paula asintió con la cabeza, y dócil ante las palabras de Úrsula, se dejó guiar.

Cuando la fina aguja atravesó las fibras de su piel, Paula apretó los ojos y mordió la almohada. No podía imaginarse con claridad que estaría dibujando Úrsula, pero podía sentir un círculo y unas ramas surgiendo de las manos de su amada.

El dolor le pareció una mezcla de agonía y goce, incluso llegó a compararlo con un primer orgasmo, con una primera penetración, algo que no deseaba sentir, pues su fijación siempre se había inclinado hacia otros horizontes.

Los cabellos de Úrsula rozaron la línea ascendente de la espalda de Paula, sentía las delicadas manos de ella masajeando cada que terminaba un trazo; quería que acabase, pero a la vez anhelaba más tiempo para ambas. Más tiempo para besarla, y más tiempo para

poder contemplarla. No eran solos los ojos verdes de Úrsula, era algo que ella tenía que las demás no, ese contraste entre el pecado y la inocencia.

—Ya está listo… —dijo Úrsula.

Paula rodó con cuidado sobre la cama, caminó lentamente hacia el espejo, aún podía sentir las punzadas en su espalda y un ardor latente.

—Interesante… ¿qué es? —preguntó al mirarse al espejo.

—Pureza, sabiduría… sangre.

Paula unió el entrecejo y se palpó el tatuaje; el roce de su mano le ocasionó un hormigueó molesto, a lo que inmediatamente la retiró.

—Es un significado bastante extraño —expresó Paula.

—Es más profundo de lo que crees, un día lo entenderás —dijo al momento que le besaba la mejilla.

Ambas se miraron a través del espejo, quedándose de esa forma durante varios minutos, hasta que sus reflejos comenzaron a distorsionarse.

7

PENÉLOPE

El turno de Penélope había finalizado. La chica dejó el restaurante y avanzó por la acera. La noche era húmeda, había llovido desde la mañana. El viento se sentía gélido; eran los estragos que había dejado aquel día nublado.

—Buenas noches, señorita —se escuchó una voz a sus espaldas.

El corazón de Penélope se estremeció por un fragmento de segundo, pero luego se giró sobre sí y observó los oscuros e inconfundibles ojos de Kyle.

—¿Acaso me espías? Empezaré a creer que sí —bromeó.

—De ser así, ¿te molestaría? —inquirió con su acento tan característico, que pese a causarle gracia en un inicio a Penélope, ya se había adaptado a su forma de hablar, e incluso esa misma manera de hacerlo parecía estarle empezando a gustar.

—Para nada —dijo sonrojada.

—¿Ya has comido algo?

—No, apenas iré a casa.

—¿Te gustaría comer algo conmigo? Vi que venden aquí cerca, unos… ¿cómo le dicen ustedes a esto? —pensó por un momento antes de seguir:— Burritos.

—¿Burritos? —sonrió divertida.

—Sí, es un tipo de taco… creo —comentó apenado ante tal muestra de ignorancia.

—Sí, algo así.

—¿Quieres ir?

La sonrisa se borró del rostro de Penélope, luego miró hacia los pocos metros que aún tenía por caminar para llegar hasta la parada de autobuses. Pensó en su madre con la cena preparada, esperándola. *Mole de olla*, eso había dicho por teléfono aquella mañana que había llamado a El Parrillero, para pedirle que no llegara muy tarde.

—No lo sé, Kyle. Debo llegar a casa, no me gusta preocupar a mi madre.

—Entiendo… —inclinó el rostro.

Penélope sintió un rastro de culpa ante tal situación, y pronto un arduo silencio ensombreció el momento.

—¿Por qué no vienes a casa conmigo? Podrías unirte a la cena —propuso la chica.

—No, para nada. Me daría mucha vergüenza con tu madre. Soy un desconocido para ella.

—¿Por qué? Sería divertido… ¿qué dices? —ladeó la cabeza.

—No, señorita. Pero le agradezco la invitación. Ya me iré, es tarde, no quiero demorar tu llegada.

Penélope asintió, y lo vio alejarse hasta llegar a la HUMMER amarilla.

La chica se mordió los labios e, indecisa, avanzó unos cuantos pasos, mas no tardó en retroceder y alcanzar a Kyle.

—¡Espera! —vociferó ante las solitarias calles de la noche.

—¿Sí? —se detuvo con la puertezuela a medio abrir.

—Iré contigo —externó sin más.

—¿Segura? No quiero que te castiguen por mi culpa.

—No, descuida. Está bien, quiero ir contigo.

Kyle le sonrió, ella estaba a poca distancia suya y antes de que pudiera decir algo, el chico la sujetó de la cintura y la besó con dulzura.

Una ráfaga empujó los cabellos de Penélope, hizo ondear los pequeños charcos de agua que se habían acumulado a las orillas del pavimento, removió las hojas de los árboles e hizo que sus vellos se erizaran por completo.

Kyle tenía las orejas frías, la nariz helada, pero los labios tan cálidos como el sol en medio del invierno.

8

LAURA

El suspiro del viento era arrastrado hasta la punta más alta de un edificio marrón al norte de la ciudad.

Laura se encontraba junto a César en la azotea de aquel conjunto de apartamentos, mirando hacia el horizonte, y perfilando a la lejanía unas cuantas casas y edificios.

El humo del cigarrillo de César se extendía como si el viento lo estirara cada vez más, hasta hacerlo tan delgado que terminaba por perderse entre los colores de la puesta de sol.

César expulsó el humo de sus labios, y por último arrojó el cigarrillo desde la azotea. Laura, con una mano bajo el mentón y mirando los pocos rayos que quedaban del sol, observó el cigarrillo descender hasta desaparecer.

—Quiero quedarme aquí… contigo —externó la chica.

César posó las manos sobre el barandal de piedra que rodeaba la azotea, luego respiró profundamente.

—¿Y qué hay de tu madre?

—La odio… —murmuró Laura.

César se reservó sus palabras, asomó el rostro entre las pilastras, y miró hacia abajo la distancia que los separaba del suelo. Metros y metros, una caída podría matarlos.

El joven se mordió los labios, volvió a su posición inicial, descansó las manos sobre el barandal y luego detalló el rostro de Laura.

Apenas se conocían de unas cuantas semanas, pero la conexión era tal que parecían haberse encontrado en una vida antigua. Sin embargo, a veces Laura era como un remolino ansioso por probar cosas nuevas, mientras que César era tan ambiguo que parecía contar cada paso dado, cada minuto recorrido, y cada pensamiento estructurado.

—Laura, no deberías decir eso.

—Tú sabes porque lo digo. Ella jamás está, y cuando está, solo me jode la existencia. Quiero irme lejos, no quiero vivir con ella… —pausó, observó a César y pronunció:— Quiero vivir contigo.

—No es tan fácil —alargó un suspiro.

—¿Por qué? Tú me quieres, ¿no es así?

—Sí, Lau… pero soy mucho mayor que tú.

—¿Y eso qué? —protestó.

—Podría meterme en líos… y ocasionarte problemas a ti.

La mirada de César se suavizó, pero la expresión de Laura mostró molestia e incomprensión ante la situación.

—Entonces tendré que encontrar un sitio al cual irme.

—No digas eso, Laura.

—Tú no me quieres aquí. Podría vivir contigo en tu apartamento, pero tú no quieres.

—Laura, no he dicho eso. Es solo que… necesitamos tiempo.

—Tiempo, ¿tiempo para qué?

César le sujetó una mano, y con la otra comenzó a acariciar el mentón de la chica.

—Yo te quiero, pero necesito saber que si doy un paso contigo, no me caeré por el precipicio.

—¿A qué te refieres? —inquirió confundida.

—Hay cosas que no puedo decirte ni mostrarte en este momento. A veces siento que no estás lista para ello.

—¿Crees que soy inmadura? ¿Es eso? No por ser mayor eres más maduro que yo.

—Laura… —refunfuñó. —No he dicho eso.

—¿Entonces?

César se rascó la cabeza, soltó la mano de Laura, y luego volvió a apoyarse en el barandal.

—Podemos acelerar el tiempo —susurró ella.

César se relamió los labios, la miró una vez más, e impulsado por sus deseos la tomó de la nuca y la atrajo para sí mismo. Sus labios rozaron los de Laura, y lentamente la envolvió en beso húmedo, que con el pasar de los segundos fue haciéndose más feroz.

Laura nunca había besado a nadie, y aun así estaba segura de que nadie después de César podría volver a besarla de esa manera.

El chico se detuvo, su frente descansó sobre la de Laura; su respiración era acelerada, y su mente parecía haberse nublado. Una parte de él deseaba poder seguir y seguir hasta donde el tiempo no los alcanzara, pero debía controlar todo impulso. Apoyó las manos sobre el barandal, y después se frotó la cabeza.

—No somos dueños del tiempo, Laura. Nadie lo es, el tiempo impera en nuestras vidas, y no necesita de aprobación alguna.

—No me importa el tiempo… —pasó saliva, y alargó:— Yo te quiero.

César se quedó en silencio durante unos minutos, después continuó:

—¿Estás segura de lo que dices?

—Sí.

—Tú serás parte de algo tan grande, que dudo que puedas siquiera imaginarlo.

—Ah, ¿sí?

—Tú solo confía en mí.

Con una sonrisa el chico apagó los pensamientos de Laura. Las

luces de la ciudad se encendieron, como miles de luciérnagas alumbrando en medio de la oscuridad.

El tiempo corrió su curso de manera normal, pero para Laura fue como si alguien hubiese reiniciado su reloj.

9

PAULA

Aquella tarde de enero, cuando el mes casi se consumía para dar paso a uno nuevo, el cielo nublado anunciaba lluvia, como si algo más allá deseara llorar pero no terminara de consumar su llanto para dar lugar a la tormenta.

Paula descendió del vehículo y se sacudió los jeans con las manos, quitándose de encima unos residuos de las frituras que había estado comiendo durante el camino. Úrsula no demoró mucho en bajar el poco equipaje que llevaban, para los pocos días que se quedarían en aquel sitio.

Paula avanzó unos cuantos pasos, y miró la casona que se encontraba frente a ella: enorme, elegante y algo olvidada del mundo. Pensó que ese sería su rincón con Úrsula, un rincón solo para ellas, donde nadie más las molestaría; donde podrían esconderse del mundo y dar fuego al amor que ambas sentían.

Lejos de los ojos prejuiciosos, de las palabras soeces, de los oídos necios y de las expresiones nauseabundas que solo juzgaban sin razón.

Úrsula se colocó junto a Paula, perfilando el rostro asombrado de ésta.

—¿Y bien? —inquirió Úrsula.

—Es hermosa, ¿aquí vives?

—Algo así, es como… mi casa de verano, o más bien la casa de mis padres.

—Está bastante aislada, ¿no crees?

—Eso es bueno, ¿no?

Paula sonrió con complicidad. Úrsula le besó la mejilla antes de avanzar con un poco del equipaje.

—Trae el resto, hay que instalarnos —indicó Úrsula.

Paula cogió la maleta que se encontraba a sus pies, y después siguió a Úrsula al interior de la casa.

En la entrada podía leerse: «Familia Beltrán».

Paula plegó la frente, el apellido de Úrsula era Lora, mas poca importancia le dio y siguió su camino.

—¿Traes la hierba? —preguntó Paula.

Úrsula depositó las maletas a un costado de un gran sillón, y luego se dejó caer sobre éste.

—Sí.

—Me encanta este sitio —expresó Paula maravillada.

Caminó lentamente lado a lado, mirando extasiada las pinturas colgadas en la pared, los acabados de la casa y los muebles antiguos

con cierta elegancia sombría.

—Si las paredes pudieran hablar… —murmuró Úrsula.

—¿Qué dirían? —preguntó curiosa Paula.

—Contarían historias, eso harían.

—¿Qué tipo de historias?

Úrsula se mordió los labios, y de un impulso se levantó del sillón.

—Ven, vayamos arriba, te enseñaré tu habitación.

—Me parece bien.

Úrsula caminó hacia las escaleras, y en cuando empezó a subirlas, Paula dijo:

—Aún no me puedo creer que te dejen estar sola aquí.

—Es un buen sitio para alejarse de todos, siempre nos viene bien un poco de privacidad.

—Desearía tener un sitio así para poder escapar de vez en cuando.

—Pues este es mi lugar, te lo comparto cada que lo necesites — esbozó una sonrisa.

—Gracias.

—Bien, sigamos. De verdad quiero darme un baño, el viaje me ha dejado exhausta, además… quizá más tarde lleguen algunos invitados.

—¿Invitados? —arqueó la ceja.

—Sí, en algunas ocasiones mis padres dan prestada parte de la casa para ciertas fiestas.

—Vaya, me imagino las grandes fiestas que pueden hacerse aquí.

—No tienes idea, eso te lo aseguro.

Úrsula delimitó la expresión de Paula por unos minutos, le acarició el rostro, y después enredó uno de sus dedos en el cabello de ésta.

—Realmente eres muy hermosa.

—No tanto como tú.

Úrsula sonrió sin dar respuesta alguna, después continuó subiendo las escaleras.

Paula se detuvo a cada paso, deleitada por las distintas pinturas que adornaban las paredes del corredor que conducía a las habitaciones. Intrigada observó los detalles de una obra en específico, aquella en la que una mujer se encontraba desnuda, arrodillada ante un sujeto con su gran miembro expuesto, dispuesto a azotarla con un látigo lleno de púas.

Todas las pinturas representaban distintas posiciones sexuales, desde las más comunes, hasta las más sádicas e inverosímiles. Eran como una mezcla de erotismo y dolor, un placer entre lo oscuro y lo fantasioso. Parecían cuadros representando escenas de alguna de las novelas del *Marqués de Sade*, aquel hombre condenado por retratar el libertinaje y el sadismo de una manera grotesca, pero en extremo atractiva.

—Tus padres sí que disfrutan tirar duro —expresó Paula.

Úrsula lanzó una risilla, luego abrió una de las puertas del pasillo.

—Aquí dormirás.

—¿Qué? ¿No dormirás conmigo?

—Mierda, Paula. Estaremos juntas todo el jodido fin de semana, no seas tan posesiva —bromeó.

—Lo siento, es solo que creí que…

Úrsula dio un paso más cerca de Paula, le besó la mejilla y después añadió:

—Tranquila, no tienes nada que temer. Mi habitación está junto a la tuya. Solo instálate, deja tus cosas y date un baño. Más tarde cenaremos juntas.

Paula asintió con una mueca, Úrsula hizo un guiño, y acto seguido se dirigió a su recámara.

La noche transcurrió de manera elegante y sigilosa, dos sombras danzaban en la pared al ritmo de *Summer Wine* (de *Nancy Sinatra* y *Lee Hazlewood*). Paula movió las caderas, y elevó las manos por encima de su cabeza, embriagándose con la música y perdiéndose ante los efectos de la mariguana. Úrsula bebió un tragó de vino tinto, y después dio un giro sobre sí.

El sonido resultaba envolvente, las luces de la habitación parecían danzar junto a ambas chicas. Los puntos amarillentos convergían y divergían casi al mismo tiempo, por momentos se alargaban, y después se hacían tan diminutos que casi se volvían imperceptibles.

Cuando la canción finalizó, Paula cayó sobre la cama con los brazos extendidos y las piernas colgando.

—Podría morirme ahora mismo, y sería muy feliz… —balbuceó Paula.

Úrsula se sentó junto a ella, y pronto comenzó a acariciar los cabellos de la chica. Paula cerró los ojos hasta quedarse completamente dormida.

Úrsula paseó la mano frente a Paula, y tras ver que ésta no despertaría, abandonó la habitación.

Los ojos de Paula se abrieron de par en par, la cabeza le dolía, los párpados le pesaban, y sin duda le costaba mantenerse de pie. Se incorporó en la cama, se mantuvo sentada durante unos minutos. La tenue luz de la luna se coló por las cortinas de la habitación. Era una noche algo fría; el viento gélido y susurrante recorrió el cuerpo de Paula, a lo que los vellos de la nuca se le erizaron.

Unas voces provenientes del corredor hicieron que la chica terminara de despertarse. Pronto se levantó, y a traspiés se dirigió a la puerta de la habitación. Se asomó por los solitarios pasillos, miró a ambos lados y las risas le indicaron que había gente en la planta baja de la casa.

—¿Úrsula? —nombró con recelo.

La chica se aproximó a la habitación de al lado, solo para percatarse de que estaba vacía.

Las voces y las carcajadas la fueron conduciendo a través de las escaleras, paso a paso, hasta llegar a la planta baja de la sala.

La noche afuera era silenciosa, oscura y con un halo de cierta incertidumbre. A los alrededores de la casona no había absolutamente nada más que árboles, maleza y penumbra.

La elegancia del sonido de una melodiosa sinfonía tocada a piano hizo finalmente llegar a Paula hasta las personas reunidas en el salón principal de la casa.

La chica se detuvo a pocos metros de la reunión. La tela roja de cada una de las capas atrajo su atención, al mismo tiempo que una sensación de inquietud comenzaba a apoderarse de ella.

—Ya has despertado, dormilona —dijo una voz conocida.

Paula se giró sobre sí para terminar por encontrarse con Úrsula, que al igual que los demás presentes, llevaba una capa de color carmín.

—Que fiesta más extraña, ¿eh? —comentó nerviosa Paula.

—Bienvenida, querida —habló un hombre que llevaba una copa en la mano, y un bigote bien cortado.

—Eh… gracias.

—Supongo que nuestra querida Úrsula ya se ha encargado del primer paso.

—¿Primer paso? —inquirió al momento que miraba a quien juraba era su amiga.

—Así es, señor, la marca ya está en el cuerpo de mi hermosa Paula.

—No entiendo… —expresó con una sonrisa dubitativa.

—Ya lo entenderás, porque hoy, mi querida niña, Los hijos del Sol te hemos elegido a ti.

—¿Elegirme? ¿De qué hablan, Úrsula?

—Eres mi regalo hacia ellos —sonrió de forma modesta y maquiavélica.

—¿Qué?

Úrsula se alejó de Paula, y dos hombres se aproximaron deprisa para tomarla de ambos brazos. Paula, asustada, comenzó a luchar por liberarse, pero las manos de aquellos individuos eran más fuertes. No tenía a donde huir, mil cosas pasaron por su cabeza, el miedo la invadió y, sin saber cómo ni por qué, pudo estar segura de una cosa: no saldría viva de allí.

Los periódicos del 15 de febrero de 1995 hablarían de cómo encontraron el cuerpo de Paula en la laguna de Champayán; una sirena más, una presa más olvidada en el abismo del agua. Las leyendas continuarían surgiendo, y ella terminaría como solo un

recuerdo más, escrito en un papel que tarde o temprano se consumiría a través de los años.

10

PENÉLOPE

El Motel La Barca había sido muy popular durante los años 80's, sin embargo, con el tiempo dicha popularidad había disminuido por diversas razones. La competencia con otros sitios le había eclipsado totalmente. Pese a que sus precios eran bajos, su solitaria y lejana ubicación del resto de la ciudad le convertían en blanco fácil para la delincuencia, lo cual resultaba poco atractivo para aquellos que buscaban tranquilidad y discreción.

En aquel letrero neón desgastado podía leerse de arriba a abajo, letra por letra, el nombre del motel. Dicho letrero había formado parte de la construcción desde sus inicios, por lo cual algunas letras de la palabra «Motel» se encontraban tintineantes, salvo la «M» que ya se hallaba completamente apagada.

En el estacionamiento se encontraban dos autos aparcados, uno perteneciente al dueño del establecimiento (Saúl Estrada) quien, por falta de ingresos, había tenido que tomar el rol de recepcionista, ya que los pocos ingresos del sitio no daban para pagar a dos personas y cubrir ambos turnos. Pronto tendría que cerrar el motel, y de eso no tenía duda.

El otro vehículo le pertenecía a Kyle, aquella HUMMER de color amarillo, la cual podía verse estacionada justo frente a la habitación número 13.

En el interior del cuarto se encontraban recostados sobre la cama Kyle y Penélope, con las piernas entrelazadas y completamente desnudos, cubiertos únicamente con una sábana color magenta, la cual hacía juego con algunos adornos de la habitación.

En el televisor se podía ver un documental acerca de los Delfines. El narrador comenzó a hablar sobre la particular manera de cazar de dichos animales, y justo en ese momento la imagen cambió: un grupo de delfines se perfiló en la pantalla, los cuales, de forma estratégica y elegante, acorralaron a su presa para después devorarla.

Kyle se recargó sobre la cabecera de la cama, encendió un cigarrillo, lo agitó suavemente para dejar caer un poco de la ceniza y entonces se lo llevó a la boca.

—Ha sido una noche increíble —expresó Penélope.

La chica estaba cautivada por Kyle, nunca había amado a nadie, y aun así lo amaba a él.

—Sí, lo ha sido —comentó el joven.

—¿Qué quieres hacer mañana?

—¿Mañana?

—Sí, será mi día de descanso. Pensé que tal vez… podríamos ir a algún lugar.

Kyle sonrió, aspiró el cigarrillo, contuvo el humo en su boca por unos segundos, y después lo dejó escapar poco a poco. Entreabrió los labios, y una sonrisa se dibujó en estos.

—Penélope… espero no recibas un castigo por parte de tu madre. Ya pronto amanecerá.

La chica miró el reloj de Kyle, y justamente un minuto se añadió a las 5:48 de la madrugada.

—Yo también, aunque estoy segura, va a enfadarse.

Kyle caviló, y al cabo de unos minutos dijo:

—Cumpliré años la semana entrante, no conozco mucha gente por aquí. ¿Quieres ser mi invitada especial?

—¡Seguro! —exclamó con una sonrisa genuina.

—Entonces… solo queda planear a donde ir ese día.

—Mientras esté contigo, me siento más que contenta.

La chica se aproximó a Kyle, y depositó sus labios sobre los de él.

«Tabaco» pensó en cuanto lo besó. El sabor resultaba penetrante, tanto que, incluso minutos después de haberse alejado de él, todavía podía sentirlo en el paladar.

En el televisor, mientras tanto, el narrador explicaba una de las conductas más siniestras de los delfines. A su vez, en la pantalla podía apreciarse un grupo de delfines hostigando a un solo delfín.

«Y aquí vemos como el delfín hembra intenta huir sin éxito alguno. Los delfines machos buscarán por todos los medios violar al delfín hembra, esto resulta ser una práctica muy común en la especie. ¿Se trata de crueldad, o mero instinto? Realmente este no es un comportamiento necesario para la supervivencia del delfín. Es meramente placer lo que el mamífero busca obtener.»

Los delfines machos golpeaban al mismo tiempo contra el delfín hembra, para finalmente violarla y asesinarla.

La HUMMER amarilla aparcó a un costado de la humilde casa de Penélope. La chica se despidió con un beso, a lo que Kyle correspondió.

Tras las cortinas de la ventana que daba a la calle, se asomó la madre de Penélope, con el ceño fruncido y el rostro lleno de preocupación.

Penélope descendió del vehículo, y sin más entró a la casa.

—Me quieres explicar, ¡¿en dónde demonios estabas?! ¡¿Quién carajos te trajo?! —exclamó furiosa la mujer.

—¿Estabas espiando? —inquirió indignada.

—No quieras jugármela en contra. ¡Mira nada más la hora! ¡¿Te parece que es una hora decente de llegar para una señorita?!

¡Penélope, yo no te eduque así!

—¡Por dios, mamá! Ya no soy una niña para que me estés vigilando. Abre los ojos: trabajo, gano mi propio dinero.

—Te desconozco, Penélope. Y sí, sé que ganas tu propio dinero, me queda muy claro que eres independiente. Sin embargo, vives bajo este techo, y eso significa que no puedes llegar a la hora que quieras. ¡Mi casa no es un jodido motel! —soltó mientras hacía ademán tras ademán.

—¡Por favor, madre! ¿Qué quieres que te diga? Salí con alguien, pero eso no es asunto tuyo.

—Pensé que tú y yo no teníamos secretos.

—Por favor, ya no soy una niña, entiéndelo de una puta vez.

—¡No me hables así! ¡Merezco respeto! —gritó hasta el punto de rasparse la garganta.

—Entonces deja de hostigarme.

—¿Dónde estabas? ¿De dónde vienes? —cuestionó consternada.

—¿Eso qué importa?

—A mí me importa.

—Tuve sexo, ¿eso quieres saber?

—Te estás comportando como una ramera, ¿qué te pasa?

—¡Mierda! ¿Por tener sexo? No me vengas con esas pendejadas.

—¡Ya basta! No me obligues a… —el cuerpo le temblaba, su rostro estaba enrojecido, y no podía seguir conteniéndose las lágrimas.

—¿A qué? ¿Piensas golpearme? —externó de forma desafiante— No seas ridícula.

Penélope se dio vuelta y caminó a su habitación.

La mujer se dejó caer en una de las sillas de la pequeña cocina, y acto seguido comenzó a sollozar.

Tras la nubosidad de sus ojos, la mujer pudo ver a su hija quitándose la blusa al otro extremo de la casa.

Penélope dejó al descubierto algo nuevo, un tatuaje, justo en la parte baja de su espalda. Era el símbolo de un árbol encerrado por las llamas del sol.

En la mente de Penélope se reproducían imágenes eróticas de su cuerpo contra el cuerpo de Kyle, del sabor de sus labios, de la textura de su piel y de cómo se sentía ser penetrada una y otra vez por él.

La mujer solo podía llorar y preguntarse en qué había fallado, mientras observaba a la distancia a aquella joven que desconocía, pues de quien había sido su hija parecía no quedar rastro alguno.

11

LAURA

—¿Y bien? ¿No piensas decirme nada? Me he hecho de un tiempo para comer contigo… —dijo Rebeca.

Aunque Rebeca Madrigal era para muchos una figura de la cultura regional en Tamaulipas, para Laura era su madre, aquella mujer ausente, preocupada más por su trabajo que por su familia.

Su matrimonio había fracasado porque el trabajo siempre había sido su prioridad. Claro que eso no lo había desaprovechado su exmarido, quien sin pensarlo dos veces, se había enredado en un idilio con una de las asistentes de Rebeca.

Laura recordaba la última vez que había visto a su padre, al pie del escritorio de su madre, en aquel estudio donde ella solía practicar las líneas para su actuación en el teatro. El hombre había firmado los papeles de divorcio, y tras una larga discusión, los había lanzado contra la mesa antes de salir indignado. Laura apretó un oso de peluche y miró a su padre con los ojos empañados, a lo que él solo le acarició la cabeza como quien mima a una mascota, salió por la puerta y no volvió a ser visto por ella jamás.

—¿Laura? —arqueó la ceja Rebeca.

La joven levantó el rostro, llevaba una sudadera y unas pantuflas, recién había llegado de sus clases de ballet. Le dolía el vientre, había estado menstruando desde un día antes. Le había pedido a Juana que le preparara un té y una compresa caliente, sin embargo poco había conseguido para aminorar el malestar.

La chica paseó la cuchara por todo el plato, mas continuó sin probar bocado.

—¿Laura? ¿Acaso me estás ignorando apropósito?

—No… solo no me siento bien.

—¿Por qué?

—No tengo hambre.

—Seguro comiste alguna porquería en la cafetería.

—No. No he comido nada.

—¿Y cómo van las clases? No he podido estar al pendiente de tus calificaciones, pero espero que hayas mejorado en matemáticas.

—Quizá si te tomarás la molestia de ir de vez en cuando a las juntas de la escuela, lo sabrías.

—Sabes que no puedo, el trabajo me consume mucho tiempo. Y es importante que no lo descuide, de eso se paga todo lo que ves aquí.

Laura entornó los ojos, a lo que Rebeca siguió hablando.

—No me hagas esa cara, sabes perfectamente que es así.

—Siempre es más importante el trabajo, no tienes que recordarme que yo solo ocupo un pedazo en tu vida, un pedazo muy pequeño.

—Por favor, Laura, no seas dramática.

—¿Te parece que soy dramática? Jamás estás aquí, y cuando estás solo te la vives quejándote del poco tiempo que me das…. —diciendo esto se levantó de la silla.

—Laura, siéntate. No estoy de humor para tus tonterías. Mañana tengo que viajar a la Ciudad de México, quiero comer en paz.

—¡Qué sorpresa, madre! Tú jamás estás de humor para nada. Pero, ¿sabes algo? No tienes que darme tiempo, no tienes que soportar mis *tonterías* como bien dices…

—Laura… —colocó una mano bajo el mentón y se frotó la sien.

—No sabes nada de mí, y lo peor de todo es que ni siquiera te importa.

La chica salió del comedor mientras Rebeca la observaba con cierto fastidio, pues inevitablemente, a veces se sorprendía a sí misma deseando que su hija creciera y dejara de consumirle tanto tiempo.

Laura se dejó caer sobre la cama de su habitación. Las paredes rosadas, los peluches sobre el colchón, las cortinas con dibujos de princesas; comenzaba a odiarlo todo. Empezó a sentir cierta repulsión por esas cosas y por sí misma, no podía creer lo ridícula que había sido por tanto tiempo.

Se levantó, caminó hacia su armario y removió de entre sus cosas todos los vestidos floreados, prendas infantiles, que desprendieron al agitarse aromas que mezclaban su infancia y su inocencia en una sola esencia. Enojada, lanzó un golpe contra la pared y sintió una punzada recorrerle desde la punta de los dedos hasta la base del hombro derecho. Cerró los ojos y apretó los labios.

Salió de la habitación y caminó hacia la recámara de su madre, asegurándose de que ella ya no estuviese en casa. Se dirigió a los cajones y los revisó uno a uno.

Cogió un vestido rojo que pocas veces había usado Rebeca, y unos tacones que la mujer únicamente había comprado, mas Laura jamás le había visto con ellos.

Laura salió de esa habitación para regresar a la suya. Se desnudó y después se vistió con las prendas de su madre. Le quedaban algo holgadas, aunque comparado a su ropa, la chica pensaba que era mejor usar aquellas.

Se colocó frente al espejo, se observó detenidamente; destapó el labial y llenó sus labios de color carmín. Recordó las veces en las que se había sentido intimidada en las clases de ballet, siempre insegura de su cuerpo, de su rostro y de cada centímetro que la formaba como persona.

Se apartó del espejo, cogió un poco de dinero que había estado guardando en una alcancía con forma de hada, lo escondió dentro de su abrigo y finalmente abandonó la casa.

A las 2:00 de la tarde, Laura llegó a la cuartería donde César vivía. Subió hasta la azotea y tocó la puerta del chico.

Laura se mordió las mejillas, cada segundo se sentía como horas transcurriendo. Llevaba dinero en el bolsillo izquierdo de su abrigo, lo suficiente como para huir unos días, sin embargo, estaba segura de que tendría que encontrar un empleo, proponer la loca idea a César, y esperar a que este aceptase tal propuesta.

La chica volvió a tocar la puerta, se frotó las manos con ansiedad, y golpeteó un pie contra el suelo.

—¿Qué haces aquí? —escuchó a sus espaldas.

—¡César! —exclamó al momento que lo abrazaba.

—Laura, ¿qué sucede?

—Estoy harta de todo, de mi madre, de su falta de tiempo… de todas las cosas que hace. Todos los días echándome en cara las migajas de tiempo que me da… estoy cansada, César. No quiero regresar.

César contuvo la respiración, apretó los labios y permaneció callado por unos minutos.

—Laura, yo no sé si sea buena idea todo esto.

—¿Entonces? ¿Quieres que me vaya? Porque si es así, créeme que no regresaré a esa casa. Me iré a donde sea… prefiero vivir en la calle.

—No. Yo no quiero… —se detuvo, pasó saliva y prosiguió:— Bien, nos iremos esta noche. Pero tenemos que dejar la ciudad, no quiero meterme en problemas y seguro no tardarán en buscarte. Si tu madre se entera que estás conmigo, yo podría ir a prisión, ¿entiendes eso?

—No dejaré que te alejen de mí.

Laura se lanzó a los brazos de César, y sin esperar más lo besó.

—Quiero estar contigo —murmuró la chica.

—Está bien, estaremos juntos.

César acarició los cabellos de Laura, mientras el rostro de ella reposaba sobre su pecho.

Ya eran las 10:37 de la noche cuando César y Laura se alejaron de Altamira en aquel MUSTANG color escarlata. Ella finalmente dejaría atrás todos los recuerdos de sus padres, los colores pasteles de su habitación y aquella tristeza que se ahondaba más y más cada vez que se encontraba a sí misma comiendo sola en un gran comedor.

—Gracias… —pronunció Laura.

—Descuida —externó con cierta seriedad.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy… es solo que, todo esto me pone un poco nervioso.

—Lo lamento.

—Está bien, no pasa nada —le otorgó una sonrisa reconfortante.

El vehículo siguió su curso en medio de la solitaria y oscura carretera, hasta que se desvió en una terracería que, en el transcurso de poco más de treinta minutos, los condujo hasta una finca en la cual podía verse una casona de gran tamaño y elegancia: las paredes recientemente teñidas color mostaza, con tejas color granate y varias ventanas cubiertas de cortinas blancas. La puerta parecía estar hecha de caoba, donde varios escalones conducían a la entrada principal, y justo enfrente se hallaba un gran pino, que Laura se imaginó siendo iluminado en las próximas vísperas de Navidad.

—¡Vaya! —expresó la chica, una vez que habían bajado del auto. Ni siquiera la propia casa de su madre se asemejaba en tamaño. Aquella mansión era majestuosa, y no disimulaba la riqueza de los dueños.

En la entrada podía leerse: «Familia Beltrán».

—¿Qué es este lugar?

—Es una finca, es de unos amigos de mis padres.

—¿De verdad? —levantó las cejas con sorpresa.

—Sí, aquí pasaremos unos días, mientras vemos a donde ir.

—Pero… ¿ellos no se enojarán de que estemos aquí?

—Para nada, Laura. Ellos son muy buenos amigos de la familia.

—¿Tú…? —pausó, no muy segura de lo que diría:— Disculpa que lo pregunte, pero, ¿tú eres rico?

César soltó una carcajada, y caminó en dirección a la entrada.

—Es complicado.

—No entiendo, ¿por qué complicado? —dijo siguiéndole el paso.

—Digamos que mi familia es la que tiene dinero, no yo. Yo todavía no he amasado mi fortuna.

—Pero seguro vas a heredarlo.

—Claro, seguramente. Hay muchas cosas que voy a heredar de ellos, Laura —sonrió de manera ambigua.

—A veces eres un misterio —se detuvo tras de él.

César unió el entrecejo sin dejar de sonreír disimuladamente, se aproximó a Laura y le acarició el cabello.

—Conmigo estás a salvo.

—Lo sé.

César le tomó la mano, y ambos ingresaron a la mansión Beltrán.

Laura extendió los brazos, y después se dejó caer sobre una enorme cama en medio de la habitación más grande de la mansión. César se sentó junto a ella sin dejar de contemplarla.

—¿Qué? —inquirió ella con una sonrisa traviesa.

—Eres hermosa.

—Gracias.

—Quiero proponerte algo —comenzó de manera pausada—. Quiero protegerte, y quiero que los míos lo hagan también. Pero para ello, necesito que tú me lo permitas.

—No te estoy entendiendo —ladeó la cabeza.

—Vale, te explico entonces. Laura, por muchas generaciones, mi familia ha pertenecido a una hermandad, una de las hermandades más antiguas no solo de este país, sino del mundo entero.

La chica se incorporó y, con extrañeza, continuó escuchando a César.

—Nos cuidamos entre nosotros. Nos protegemos de cualquier cosa, y mantenemos códigos que nos hacen permanecer en anonimato.

—¿Algo así como un club secreto? —indagó con inocencia.

—Si quieres llamarlo de esa manera, tal vez sí lo sea. Aunque digamos que hay mucha gente importante en esto, personas de las cuales tal vez has oído hablar… personas de todas partes.

—Eso suena complicado.

—Lo es.

—De igual manera parece algo *cool*.

César se relamió los labios, se acercó más a Laura, y siguió hablando.

—Yo necesito de ti, una sola cosa.

—¿Qué?

—Que me permitas, marcarte con nuestro símbolo. Ese mismo te hará formar parte de nosotros, y con ello podremos protegerte de todo y de todos.

—¿Marcarme? ¿Cómo?

—Un tatuaje.

Laura se levantó de la cama, y comenzó a caminar por toda la habitación.

—¿Un tatuaje?

—Sí, es parte de nosotros.

—¿Tú también lo tienes?

—Bueno, yo no. Porque mi caso es diferente.

—¿Por qué? —plegó la frente.

—Porque solo se lo hacemos a los nuevos miembros. Como te dije, mi familia lleva muchas generaciones aquí, pero tú serías la primera de tu familia en pertenecer a nosotros.

—Vaya… eso suena genial, ser la primera en mi familia en iniciar con algo tan grande… aunque ahora que estoy lejos de mi madre, es como si no tuviera familia.

—Pero seguro tendrás descendencia.

Laura le sonrió a César, y después asintió con la cabeza.

—Sí, quiero hacerlo.

—Perfecto.

—Aunque seguro va a dolerme, ¿cierto?

—Descuida, solo será un pequeño dolor. Pasará rápido.

Laura se aproximó al chico, le dio una abrazo, y después colocó su mentón sobre el hombro de este.

César sujetó con firmeza la aguja. En un pequeño godete de cristal, se encontraba la tinta negra que fue ocupando para dejar un rastro que, lenta y tortuosamente, fue marcando la piel de Laura.

El trazo se delineó con diminutas gotas de sangre, que brotaban ante cada fibra de piel que era rasgada; la sangre se mezcló con la tinta y el color rojo se hizo cada vez más oscuro.

Laura apretó la almohada con los dientes, las lágrimas en sus ojos le empañaron la visión. Su rostro estaba enrojecido y sus nudillos blancos presionaban con fuerza las sábanas de la cama.

César limpió la sangre y el exceso de tinta con un pañuelo. Con pequeños toquecitos, fue recorriendo el tatuaje ya finalizado. Guardó el material dentro de una cajita de madera, después se aproximó hacia Laura, quien aún se encontraba recostada boca abajo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Creo que sí… aunque todavía puedo sentir la aguja. Me arde y me duele.

—Estarás bien, fuiste muy valiente, Laura.

—¿De verdad lo crees?

—Por supuesto.

Laura se limpió las lágrimas, continuó recostada en la misma posición, mientras César le acariciaba la frente.

—Estoy seguro que serás capaz de tolerar cualquier dolor, por inmenso que éste sea. Y eso te hace muy especial, mi querida Laura.

Laura cerró los ojos. La voz de César era susurrante como una canción de cuna. Sus manos fueron enredándose en los cabellos de ella, y mientras más continuaba moviendo los dedos de esa manera, Laura fue arrojándose a los brazos de Morfeo.

Antes de caer profundamente dormida, pensó en las manos de César recorriendo su cuerpo, en sus labios tocando cada parte de su piel. Y mientras más pensaba en él, más lejana se hacía a ella misma. César se esfumó, dejando una esencia etérea, y Laura cayó en un agujero oscuro de sueños.

Pronto se vio a sí misma, parada como una pequeña muñeca, en medio de la casa de madera que había arrojado contra la pared días atrás. La única diferencia era que la casa lucía colores apagados, y la muñeca sentada en la silla mecedora ya no era tan diminuta como

para poder sostenerla con la palma de su mano, sino que era de su mismo tamaño.

12

ITSVÁN FARAGÓ

—¡Me importa una mierda lo que digas! Habíamos hecho un jodido acuerdo y no lo cumpliste.

La voz de Itsván Faragó brotó como un estruendo que llenó los rincones de todo el recinto. El hombre golpeó el puño contra su fino escritorio de madera, dejando caer al suelo aquel bote lleno de bolígrafos.

Del otro lado de la línea podía escucharse la voz de Adam Beltrán, aquel hombre de origen español, dueño de la finca y la mansión donde la hermandad solía darse sus festines.

La voz de Adam parecía serena a comparación de la de Itsván, sin embargo, eso no significaba que no estuviese enfadado, simplemente sabía ocultarlo mejor.

Adam se caracterizaba por ser un hombre calculador y estratégico, nunca daba un paso sin antes haber observado cada centímetro del terreno.

—Itsván, los dos sabíamos que Oskar terminaría por ser el gran maestro. Lo intentaste, eso se admira, pero no tenías lo suficiente para ganarle a Oskar.

—¡Por supuesto que sí! Tengo tanto poder y dinero como él.

—Pero no tienes la astucia suficiente. Además, pensé que Oskar Schwetz y tú eran grandes amigos, deberías alegrarte —dijo a tono de burla.

—¿Alegrarme? Ese hijo de puta no es amigo de nadie, solo nos relacionamos por negocios.

—Más a mi favor… —dijo encendiendo un puro dentro de su propia oficina— Entonces, si ambos son hombres de negocios, debes saber que no todos los negocios prosperan. Así que, mi estimado, no te tocó ser el elegido esta vez… quizá la próxima puedas ser considerado.

—Escúchame bien, Adam: sé muchas cosas. Y no creo que a nadie le convenga que esas cosas se filtren… y tengo otras en mi poder.

Adam apretó el mango del teléfono, y presionó el auricular contra su oreja; su tono se hizo más profundo y serio.

—¿De qué hablas? ¿Acaso es una amenaza?

—Es una advertencia, no dejaré que se burlen de mí. Tú hiciste un trato conmigo, ofreciste votos a cambio de esos millones. No cumpliste tu parte, perdí por una diferencia mayor a la mitad de los presentes.

—Los donativos son caritativos, mi buen hermano. Pensé que los dabas por gusto, no para sobornarme a mí o a la hermandad —apretó

los dientes.

—El dinero debe moverse solo si hay algo a cambio. Así funcionamos los hombres de negocios, tú también sabes eso. Conoces cómo se maneja el dinero, y sabes perfectamente cómo nos regimos nosotros.

—Escucha una cosa, Itsván. Mi voto lo tuviste, e intenté conseguir el de los demás. Pero yo no puedo obligar a nadie. La realidad es que Schwetz será el gran maestro, y no hay nada que pueda impedirlo.

—Bien, pues yo tengo algo que puede hacerte cambiar de opinión. Algo que tomé de tu videoteca y que seguramente no te gustará ver filtrado. Es más, estoy seguro que a ninguno de los hermanos le gustaría ver su nombre plasmado en alguna nota de algún periódico. Y más aún, verse envueltos en líos legales una vez que toda la mierda se filtre.

—Hijo de pu... —murmuró, mientras apretaba el puño.

—¿Ves cómo sí pueden cambiar de opinión todavía? Quiero ser el próximo gran maestro de Los hijos del Sol. Si no me dan lo que quiero, haré que cada persona en este maldito mundo sepa quiénes son ustedes, aunque la mierda termine por llegarme a mí.

—Nunca te diste a conocer por ser muy inteligente, Itsván, ¿en verdad crees que tener uno de los vídeos, va a hacernos cambiar de opinión? Nunca amenaces a la hermandad. La traición entre hermanos no se perdona.

—¡Ponme a prueba! Te demostraré que tan hijo de perra puedo llegar a ser.

—Bien, hablaré con los hermanos. Veré qué puedo hacer, no es necesario llegar a esos extremos. Por respeto a tu apellido, a tu madre, quien fue la primera en entrar aquí… yo me haré cargo de cambiar algunas cosas, ¿de acuerdo?

—Tienes hasta la última hora del día de hoy para solucionarlo.

—De acuerdo. Lo haré.

Adam finalizó la llamada, se mantuvo serio durante unos minutos, y finalmente marcó el número de Oskar Schwetz.

Aquella tarde lluviosa, cinco hombres con pasamontañas de color negro bajaron de una VAN color blanco y, portando armas, ingresaron a la mansión de Itsván, no sin antes asesinar a cuanto empleado se atravesase en el camino. No había discriminación alguna cuando de matar se trataba.

La sangre inocente teñía sus manos, y ellos parecían insensibles ante tales actos.

Dos hombres se quedaron custodiando la entrada, mientras el resto terminaba de recorrer los rincones de la casona.

Fernanda había salido desde esa misma mañana, había pasado el

día realizando las compras del supermercado y, aprovechando un tiempo a solas, se había quedado después en una cafetería de la zona, leyendo una edición especial de *Jane Austen*.

—Necesito que busquen esa maldita cinta de vídeo —dio la orden uno de ellos.

Otros dos hombres se movieron por todos lados, uno caminó hacia el estudio, y otro se dirigió a la parte de arriba.

El que aparentemente tenía el mando de la operación subió por las escaleras y tomó dirección a la habitación de Itsván. Sigilosamente entró al lugar, en el que el hombre aún dormía con placidez, mientras las cortinas se mecían por el viento y el rocío apenas perceptible de la lluvia mojaba las losetas de la recámara.

El hombre presionó el arma contra la frente de Itsván, a lo que éste no tardó en abrir los ojos y quedar pasmado.

—¿Qué… qué…? ¿Qué hacen aquí?

—Tú sabes perfectamente lo que hacemos aquí.

En medio del terror, Itsván pudo reconocer la voz jovial del hombre tras el pasamontañas.

—¿Dónde está el vídeo?

—No… no tengo ningún vídeo.

—Claro que sí, no nos creas estúpidos. Sabemos que tienes en tu poder una copia de uno de los vídeos. ¿Dónde carajos está?

—César… por favor. Yo te vi crecer… no hagas esto —tartajeó.

—La traición entre hermanos no se perdona. Pero tienes una oportunidad, si me dices dónde está el vídeo.

César Martin, era el hijo mayor del diputado Aleksei Martin, que más allá de solo la política, había amasado su fortuna mediante una serie de negocios poco claros, y una pequeña cadena de hotelería.

Itsván lo había conocido cuando tan solo tenía diez años, durante una de las reuniones con la hermandad. Para aquel entonces, César ya demostraba aptitudes que pocos niños de su edad poseían, siendo lo bastante inteligente y persuasivo para comprender cosas que ningún otro niño de su clase llegaba siquiera a imaginar.

Itsván lo miró, tratando de encontrar compasión en aquel joven, mas esos ojos inexpresivos solo le devolvieron la mirada de manera turbia.

—No tengo tal vídeo.

—Bien, entonces tendré que encontrarlo yo mismo.

Diciendo esto, César presionó el gatillo, y la bala atravesó el cráneo de Itsván.

Alrededor de dos horas estuvieron buscando por toda la casa, sin embargo, dicho vídeo nunca apareció. César intentó abrir la caja fuerte un par de veces, pero ésta no cedió. Por último, tuvieron que

marcharse, dejando a la muerte como única acompañante de aquel macabro escenario.

13

PENÉLOPE

Era una tarde calurosa de mediados de Julio. Penélope se encontraba mirando por una de las ventanas de aquella casona color mostaza.

Los rayos del sol iluminaban toda la sala a través de las cortinas blancas. Los árboles de afuera se veían frondosos, y el jardín de la finca lucía lleno de vida.

Kyle se aproximó con dos copas de cristal y le entregó una a Penélope. La chica meneó el vino antes de beberlo, luego dijo:

—No me apetece.

—Por favor. Seguro te gustará —insistió Kyle—. Además, dije que te traería aquí para que pudiéramos relajarnos.

—Lo sé… —bebió un trago.

—¿Te gusta? —señaló observando toda la casa.

—Es preciosa. ¿Es tuya?

—No. Solo ha sido un préstamo.

—Entiendo.

Kyle bebió más vino, y Penélope le siguió el paso.

—Gracias por traerme.

—Ha sido un placer —sonrió el joven.

Con el pasar de unos minutos, la chica comenzó a sentirse mareada, y tomó asiento en uno de los sillones del salón.

—¿Estás bien? —inquirió Kyle.

—Sí… bueno, no estoy segura.

Los párpados le pesaban demasiado, todo a su alrededor daba vueltas, como si estuviese dentro de un juego mecánico. Sus piernas habían dejado de responderle, y su cabeza estaba comenzando a tener dificultad para sostenerse.

—¿Qué pasa? —preguntó Kyle.

Su voz se escuchaba lejana para Penélope, y su rostro se veía distorsionado (como un alargado manchón blanco).

—Tengo… mucho… sueño.

Kyle no dijo nada. Y pronto Penélope cayó inconsciente.

Los ojos de Penélope se abrieron de par en par. Todo estaba oscuro a su alrededor, la escasa luz proveniente de un pasillo apenas conseguía alumbrar el sitio. El suelo se sentía rasposo, al igual que las paredes de aquel extraño lugar.

Asemejaba la boca de una caverna, olía a humedad y a tierra mojada.

El cuerpo de Penélope estaba completamente desnudo, sus piernas temblaban, y los vellos de su piel estaban erizados. Confundida y asustada, trató de levantarse, pero el peso de algo que apretaba alrededor de su cuello le impidió mantener el equilibro.

La chica cayó sentada, se llevó las manos al cuello y sintió el frío metal de lo que parecía ser un collar unido a una cadena. Penélope empezó a sollozar, no sabía qué estaba ocurriendo, estaba aterrada; lo único que deseaba era poder estar en casa. Intentó despertar de aquella pesadilla, sin embargo le fue imposible hacerlo pues aquella era su realidad y no un simple sueño.

Trató de levantarse varias veces más hasta que consiguió quedarse de pie. Observó su entorno, a lo que solo pudo ver dos celdas frente a ella. Eran como pequeños cuartos rocosos con barrotes cubriendo la entrada. Ambos parecían ser exactamente iguales a la celda en la que se encontraba Penélope.

La chica intentó acercarse a los barrotes para poder ver qué había más allá del corredor que separaba la celda de ella de las de enfrente. Sin embargo, apenas pudo avanzar unos cinco pasos antes de que la cadena se estirara y la regresara a su lugar.

Llena de desesperación y angustia, Penélope empezó a gritar, mas el eco de su voz fue el único sonido que la acompañó durante varios minutos. Fue hasta entonces que pudo ver un bulto moviéndose en una de las celdas. Penélope se calló por un instante, y luego abrió la boca para decir:

—¿Hola? ¿hola? ¿quién eres?

La masa de la celda adquirió la forma de una jovenzuela de aspecto demacrado, con el cuerpo huesudo y los cabellos revueltos. Al igual que Penélope, estaba desnuda. La diferencia era que su cuerpo se encontraba maltratado y lleno de moretones.

—¡Oye! ¿estás bien? —preguntó Penélope.

La chica de la celda vecina no dio respuesta alguna. Sus manos parecían aferrarse al suelo en el que estaba, intentando levantarse. Sin embargo, sus temblorosos brazos se lo impedían, y cansada de sostener su propio peso, cayó recostada de nuevo.

—¿Me escuchas?

Penélope se mesó los cabellos y apretó sus labios, pensando desesperadamente en un plan para salir de allí. Minutos más tarde, escuchó como si una puerta se abriese desde lo lejos. Quiso nuevamente asomarse por el corredor, pero lo que consiguió ver desde donde estaba fue muy poco. Solo la lámpara colgando del techo con luz amarillenta, el suelo rocoso, algunas cuantas grietas, y más oscuridad que parecía expandirse de manera eterna.

Unos pasos se escucharon a varios metros de distancia, acercándose cada vez más. En ese sitio todo se convertía en un eco

constante lleno de una intriga cada vez más siniestra.

Un hombre de estatura considerable se aproximó a la celda que estaba frente a Penélope. Llevaba dos platos de comida en una mano, y en la otra, una serie de llaves.

Penélope intentó reconocer al sujeto, mas le fue imposible, no solo porque el lugar estuviera muy oscuro, sino porque aquél llevaba el rostro cubierto con una especie de pasamontañas.

—Aquí tienes la cena, gatita —dijo en tono bajo.

Penélope pudo escuchar gracias al eco, y supo que muy posiblemente sería de noche.

La chica de enfrente ladeó la cabeza, y con lentitud comenzó a tomar un poco de comida del tazón que le habían dejado a un lado.

El hombre salió de la celda de enfrente, y se dirigió hacia Penélope.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Come algo. Lo necesitarás —advirtió.

La voz del sujeto era totalmente ajena a Penélope. Mas eso era lo menos importante, ella solo quería salir de allí.

—Por favor, dime dónde estoy. ¿Dónde está Kyle? Déjame ir… te lo suplico.

El hombre se limitó a dejarle un plato de comida en el suelo, como si de un perro se tratase. Se dirigió a la reja, a lo que Penélope levantó el plato y lo lanzó contra él.

—¡Carajo! ¡Déjame ir, maldito enfermo!

El hombre se dio la vuelta, se quedó de pie frente a Penélope, y luego externó:

—Tienes suerte de ser la nueva, por ahora no puedo tocarte. Pero no te durará mucho esa suerte, mañana por la noche estarás suplicando, perra.

La respiración de Penélope era pesada, y su pulso estaba acelerado.

El hombre, a diferencia de la joven, parecía sereno. Se dio nuevamente vuelta y salió de la celda. Apretó el candado que aseguraba los barrotes, y luego abandonó el sitio.

—¡Déjame ir! ¡Desgraciado! —gritó Penélope.

Hasta que escuchó la puerta cerrándose otra vez.

Penélope se deslizó hasta caer al suelo, encogió sus piernas contra su pecho y se abrazó a sí misma. Escondió su rostro entre sus brazos, y después comenzó a llorar desconsoladamente.

Pasaron horas, o quizá minutos. Era difícil saberlo porque en aquel lugar no existía el tiempo, la luz, ni la alegría; era un infierno, donde todos los sueños quedaban sepultados en medio de la penumbra.

La puerta volvió a abrirse. Penélope despertó del cansancio y abrió los ojos justo a tiempo para observar cómo otro hombre se llevaba a la

chica de la celda de enfrente.

La llevaron a rastras por el pasillo. Los tobillos de la joven estaban debilitados, y claramente podía verse que, aunque hiciese un esfuerzo por caminar, su cuerpo ya estaba agotado de vivir.

Penélope observó intrigada toda la escena. La celda frente a ella se cerró. El hombre y la chica desaparecieron del escenario, dejando a Penélope acompañada por la soledad y la obscuridad que habitaban aquel lugar.

Por un instante, Penélope deseó saber el nombre de aquella muchacha, deseó que ella supiese que por lo menos una persona sabía que seguía con vida, porque quizás, afuera, todos ya la daban por muerta.

Con el pasar del tiempo, el cansancio de nuevo venció a Penélope. Empezó a cabecear. Estaba aceptando la idea de que no saldría de allí. Sin embargo, por momentos todavía se despertaba teniendo un plan en mente, solo para llevarlo a cabo y fracasar en el intento.

Al inicio quiso abrir el collar de metal con una piedra, mas eso resultó imposible. Trató de jalar la cadena hasta desprenderla de la pared, pero solo consiguió lastimarse el cuello. Con las uñas empezó a escarbar en el suelo, no obstante, la tierra se hallaba tan apelmazada, que las piedras que fueron desprendiéndose se le enterraron entre las uñas ocasionándole heridas.

Finalmente, solo se quedó dormida.

Había pasado un día completo, aunque Penélope claramente no podía llevar una cuenta de eso.

Un hombre abrió la celda de Penélope, a lo que el ruido terminó por despertarla.

El sujetó le quitó el collar a la chica, la tomó con fuerza de ambos brazos y le colocó unas esposas. Penélope suplicó:

—Déjame ir, no sé si seas el mismo de hace días, pero déjame ir… por favor.

El hombre permaneció en un espectral silencio, y únicamente comenzó a empujarla hacia el pasillo.

Penélope caminó lentamente. Estaba decidida a hacerle creer que cooperaría, pero en mente ya tenía planes para fugarse. Justo cuando terminó de caminar por el rocoso pasillo, frente a ella se encontró con cuatro escalones que conducían a una puerta.

—Avanza —ordenó el sujeto.

Penélope pasó saliva, y subió poco a poco.

La puerta se abrió desde el otro lado. Otro hombre del mismo alto que su verdugo la agarró de las esposas.

Ambos hombres la custodiaron por otro corredor que, a diferencia del anterior, estaba completamente iluminado y pulcro.

Losetas y paredes blancas, luces cegadoras; el corredor era tan estrecho, que apenas podían caminar en una sola línea los dos hombres y Penélope. No habían ventanas, no habían ventilas. Todo parecía tan aislado que Penélope solo pensó que no había salida.

Después de caminar unos cuantos metros, los tres se detuvieron frente a una puerta, la única puerta al final del corredor (la cual también era de color blanco).

Uno de los hombres se apresuró a abrirla. El segundo hombre empujó a Penélope hacia dentro, y lo primero que ella pudo visualizar del otro lado fue un enorme salón lleno de luz que resplandecía por el color blanquecino que le matizaba.

Las losetas estaban heladas, la habitación era como un invierno eterno. Penélope avanzó a paso lento, mientras los dos hombres se acomodaban tras ella.

Una serie de personas con abrigos costosos, trajes elegantes y unas máscaras de animales, se encontraban rodeando el salón. Había varias sillas de terciopelo rojo, donde se sentarían los presentes para disfrutar de la función.

Penélope estaba aterrorizada, apenas podía entender lo que estaba ocurriendo. Era un escenario lleno de misterio, con un halo siniestro envolviéndolos a todos.

Las máscaras inexpresivas, de rostros no humanos, solo conseguían inquietar más el ambiente.

Uno de los hombres llevó a Penélope al centro del salón y la colocó justo debajo de unas cadenas que pendían del techo. Penélope observó detenidamente a los presentes, después miró el cielo raso de la habitación, y supo que no podría escapar, que nadie en ese lugar la ayudaría. Estaban allí precisamente para disfrutar de todas las vejaciones que le harían.

Entre todos los invitados, y escondido detrás de una máscara de lobo, yacía el rostro de Kyle, quien, con una sonrisa discreta, se había sentado en la segunda fila para contemplar el espectáculo.

Cogió un pequeño emparedado triangular de una charola de plata y se lo llevó a la boca, sin dejar al descubierto su rostro.

Cuando empezaron las torturas a Penélope, Kyle sonrió complacido, esperando que el gran maestro y el resto de los presentes disfrutasen de su regalo.

Penélope nunca sabría que aquella habitación blanca se encontraba escondida detrás de las paredes de la mansión Beltrán; un lugar al que exclusivamente podían acceder los miembros de la hermandad. Tal como ese, Penélope no se enteraría jamás de muchos otros secretos, y morirían junto a ella todas las preguntas sin respuesta.

Los días pasaron, y la fotografía de Penélope llenó las calles, junto

con las imágenes de otras chicas desaparecidas. No sería sino hasta el 23 de agosto de 1997 que los periódicos la mencionarían como una de las sirenas encontradas en la laguna de Champayán. Una sirena más por hundirse en el olvido, naufragada en aguas donde nadaban el dolor y la incertidumbre.

14

LAURA

Laura se incorporó en la amplia y suave cama. Los rayos de luz que se colaban por el ventanal de la habitación la habían despertado.

La noche anterior César había decidido que ambos dormirían en habitaciones separadas. Pese a que Laura al inicio estaba en negativa, terminó por entender e incluso agradecerle la decisión.

Temprano por la mañana, mientras Laura aún dormía, César había dejado un jugo de naranja junto a la cama de la chica. Ahora que se despertaba, ella pudo percatarse de eso. Cogió el vaso, y bebió un sorbo del refrescante zumo.

Pasados unos minutos, Laura se frotó los ojos y se levantó de la cama. Caminó hacia la ventana, apreciando deleitada los alrededores de la finca. El sitio era maravilloso, estaba tan lleno de vida que asemejaba un paraíso aislado de toda la humanidad.

La habitación en la cual se encontraba Laura estaba en un tercer piso, por lo que observar un poco más allá de los árboles no resultaba tan complicado.

Poco había podido explorar Laura, tenía tanta curiosidad de conocer todos los rincones de aquel lugar que se sentía como Alicia en el país de las maravillas. Estaba deslumbrada por todo, habían demasiadas habitaciones dentro de la mansión, mas ella solo conocía la suya y la de César.

Había visto la cocina, y un pequeño comedor en ella que dejaba a la vista un establo, donde a lo lejos solo podían apreciarse dos caballos de pelaje negro.

En cuanto al comedor más grande, tenía alrededor de veinte sillas a ocupar, con una mesa inmensa hecha de caoba, y varios cuadros que llenaban las paredes de la mansión.

El salón principal, con sillones estilo victoriano, un gran librero en uno de los rincones, y una que otra estatua con simbología sexual (decoraciones comunes de ver en la mansión Beltrán).

Laura había visto todo eso, y aun así sentía que todavía le faltaba mucho por recorrer.

Le gustaba la habitación en la que estaba, tenía tanto espacio como para albergar a docenas de personas; ostentaba además un encanto colonial que le recordaba a la época de la conquista.

La chica caminó un poco por toda la alcoba, se aproximó a la mesita junto a su cama y sujetó el vaso con jugo de naranja; se acercó a la ventana nuevamente, y en aquel momento pudo ver a César hablando con un peculiar hombre, vestido de manera informal con un

sombrero de paja.

Laura frunció el ceño con extrañeza, mas pensó que quizá se trataría de algún velador de la finca. La chica apresuró el jugo y después salió de la habitación.

Al llegar al jardín, vio a César despedirse del hombre del sombrero. Laura se acercó al joven y preguntó con curiosidad:

—¿Sucede algo?

—No, para nada. Solo estaba hablándome de los caballos.

—Son preciosos. Quisiera verlos de cerca.

—Por supuesto, ¿quieres ir ahora?

—Sí, me encantaría.

—¿No quieres cambiarte de ropa primero? —elevó la ceja.

Laura miró el pijama que llevaba encima y se percató del porqué de la expresión de César.

—Está bien, como sea no pienso cabalgar. No sé cómo hacerlo.

—Vale. Entonces ven conmigo.

César y Laura caminaron varios metros hasta llegar al establo, el cual se encontraba rodeado por un corral recién pintado de blanco.

—¡Qué hermosos están! —expresó la chica con entusiasmo, y corrió hasta llegar a los caballos.

—Te presento a *Bonnie* y *Clyde* —comentó César.

Laura frunció el ceño, y sonrió sin entenderlo del todo.

—¿En serio?

—Sí.

—Es curioso, creo haber leído esos nombres en una lista de asesinos famosos.

—Sí, de hecho eso fueron —dijo despreocupadamente, mientras metía sus manos a los bolsillos de su pantalón.

Laura extendió una mano y comenzó a acariciar el pelaje de Bonnie. César, por su parte, esperó pacientemente parado tras ella (a pocos centímetros de distancia).

—¿Te gustan los caballos a ti? —preguntó la chica.

—Un poco, para ser honesto no he montado desde que tengo trece años.

—Es decir que, ¿sabes cabalgar?

—Lo intenté, pero me caí del caballo. Por suerte solo me fracturé el brazo. Desde entonces prefiero solo observarlos de lejos.

—Me parecen preciosos, aunque creo que no me atrevería a montarlos. Les tengo mucho respeto, y cierto temor… aunque su pelaje es muy suave.

—Sí, son criaturas temperamentales. Si no sabes cómo tratarlas, es difícil poder acercarte.

Laura sintió como sus dedos se perdían entre el oscuro pelaje de aquel animal. Se lo pudo imaginar corriendo por pastizales, siendo

perseguido y finalmente domado por el humano.

—Gracias por traerme aquí. Es un sitio en verdad increíble.

—Descuida, gracias a ti por ser mi invitada de honor.

La sonrisa complaciente de César se hizo amplia, y continuó contemplando la inocencia de Laura ante la magnificencia de aquellos equinos.

Una ráfaga de viento sopló hacia ellos, movió todo el pasto que les rodeaba, y dibujó una escena que podría haberse quedado plasmada fácilmente en una antigua fotografía.

Laura primero dejó ir a Bonnie, quien corrió por todo el corral, y luego se dio vuelta hacia César, regalándole una sonrisa llena de confianza.

El chico apretó los labios. El aroma del perfume de Laura ahora impregnaba el ambiente, llevado por el viento que le mecía los cabellos.

Era el 8 de diciembre de 1999 cuando la fiesta de la hermandad dio inicio para recibir el obsequio de César.

Laura llegó al jardín sin saber absolutamente nada de su destino; tenía una sonrisa inocente y una mente profundizada en ilusiones y sueños, mismos que terminarían rotos entre las cenizas del olvido.

Llevaba un vestido blanco, asemejando la pureza de un ángel. César iba de la mano con ella, a punto de entregarla a la sociedad a la que había pertenecido desde el primer día que había dado un respiro en este mundo.

Todos los hijos del Sol estaban vestidos de blanco aquella mañana de diciembre. Como siempre, llevaban las máscaras de animales, cubriendo la perversidad de sus rostros.

Al llegar Laura a la escena y observar a los presentes (quienes eran alrededor de cincuenta personas), un sentimiento de incertidumbre se apoderó de su interior; era una sensación que difícilmente habría podido describir, pero que la hacía sentir inquieta y temerosa.

—¿Es una fiesta? —preguntó a César.

—Sí, es una celebración —sonrió el joven (quien vestía del mismo color que el resto).

Laura apretó la mano de César, el corazón comenzó a latirle con más fuerza.

—¡Bienvenida! —extendió los brazos a ambos lados el gran maestro, Oskar Schwetz.

Laura pasó saliva y sonrió, no muy segura de la situación.

—Gracias. Que curiosa fiesta, señor.

—Eres de las más jóvenes que hemos tenido por aquí —comentó la mujer tras la máscara de león (Erika Sullivan).

—Es preciosa —externó Adam Beltrán (quien llevaba una máscara

de buitre).

Laura se fue escondiendo tras de César, pero éste tiró de ella con delicadeza, para regresarla a su lado.

—¿Qué sucede, Laura? ¿Nos tienes miedo? —indagó Oskar.

—No… ¿por… qué? —tartamudeó.

—No deberías temernos —habló Aleksei Martin.

El hombre se inclinó hacia la chica, y con mesura depositó un beso en la mano de ésta.

—Es el mejor de los obsequios, César, estoy orgulloso de ti —susurró al oído de su hijo.

César sin dar respuesta, sonrió satisfecho.

—¡Bien, hermanos! ¡Es hora del festín! ¡Nuestro pequeño hermano, César, nos ha traído un regalo!

Laura soltó la mano de César, a lo que éste dio vuelta para recuperarla.

Se aproximó a la chica, le sujetó las mejillas, y dándole un beso en la frente, externó:

—Todo estará bien, ellos te amarán como te amo yo.

El corazón de Laura siguió golpeando contra su pecho cada vez más rápido.

Dos hombres más altos que César, se colocaron a las espaldas de Laura. La sujetaron de los brazos y la elevaron por el suelo hasta llevarla al centro del festejo.

—¡¿Qué hacen?! ¡Suéltenme!

En medio de patadas y gritos, Laura trató de defenderse, pero su cuerpo era tan menudo y pequeño, que luchar resultaba imposible.

Oskar se colocó frente a todos los invitados y, acto seguido, levantó una copa de champagne a modo de brindis.

—Quiero darle la bienvenida como miembro oficial de Los hijos del Sol a nuestro querido César. Como saben, es importante que nuestros descendientes entreguen presentes, pues de esa manera podrán finalizar su proceso de iniciación. Ahora, disfrutemos de la función.

Los hombres de gran tamaño ataron a Laura con unas cuerdas en medio del jardín, abriéndola de manos y piernas, elevándola por encima del suelo, mientras la chica continuaba sollozando y suplicando.

Oskar se aproximó a Laura, se subió en un banquillo y, acercándose a su rostro, se retiró la máscara que le cubría.

—Puedo sentir tu pureza, y eso me provoca toda clase de sensaciones. Despiertas en mí, tantos deseos… creo que hasta ahora, tú serás mi favorita sin duda.

Las lágrimas de Laura inundaron sus ojos, empañaron sus rosadas mejillas, al mismo tiempo que intentaba soltarse de las cuerdas. Sus

muñecas comenzaron a dolerle por el peso de su propio cuerpo, y cada vez sentía menos sus tobillos, de tan apretados que estaban.

—Por favor… —suplicó.

Oskar lamió de manera lasciva la mejilla de Laura, saboreando el sufrimiento del mar salado de su dolor.

—¡Hermanos! —vociferó— ¡Demos inicio a lo que nos ha traído aquí!

Oskar descendió del banquillo.

Y los dos hombres comenzaron la función, proporcionando palizas, mordidas y toda clase de torturas a la joven.

Laura pasaría dos semanas enfrentándose al dolor y a los suplicios que la llevarían a vivir aquel infierno. Recorrería las mismas paredes que Penélope y Paula habían visto, lloraría en los mismos rincones en los que aquellas dos chicas habían sufrido, y moriría, con preguntas sin respuesta, en medio de la agonía y la súplica a los hombres sin rostro. Y todo quedaría guardado dentro de la misma videoteca donde se guardaban los sueños de aquellas sirenas muertas.

César contempló a la distancia, y un par de minutos después frunció los labios, para finalmente cerrar los ojos.

Tercera parte

Abismo

1

Altamira, Tamaulipas, 13 de enero del 2000

Marcos Godoy descendió de la canoa y colocó los pies sobre el fango del islote en la laguna. Unos cuantos policías se encontraban ya en la escena del crimen. El cuerpo inerte de Laura se convertiría en noticia de primera plana, y no porque fuese una novedad la muerte de una chica, sino por tratarse de la hija de una figura de tal importancia en Tamaulipas.

—La prensa está como loca del otro lado de la laguna —señaló Marcos —. ¿Qué es lo que tienen?

Un policía de bajo rango se apresuró a responder:

—Laura Madrigal, hija de Rebeca Madrigal, despareció el 6 de diciembre del año pasado.

—¿Rebeca Madrigal? —frunció el entrecejo Godoy.

—Sí, señor. Me temo que va a desatarse un problema por aquí.

—Mierda… —se frotó el rostro.

Santiago se aproximó a Marcos; tenía los zapatos llenos de lodo, y un periódico en las manos.

—Toma, la reportaron a inicios de diciembre —entregó el periódico a Godoy.

—Ya lo sé. ¿Ya sabes quién es?

—Sí, la hija de Rebeca. Esa mujer hará un escándalo, prepárate para la mierda que va a llovernos.

Marcos Godoy hizo una mueca. En solo cuestión de minutos había empalidecido.

Se encaminó hacia el cuerpo de la chica. Estaba desnuda y llena de golpes. Tenía los cabellos revueltos, y la sangre lavada de su cuerpo apenas había dejado rastros.

El cuerpo se encontraba hinchado por la permanencia que había tenido en el agua. Sus mejillas parecían las de un hámster, su rostro apenas resultaba reconocible, uno de sus ojos estaba cerrado y completamente morado, mientras que el otro parecía inyectado de sangre.

Santiago se frotó la nuca, y después de pensarlo unos minutos, regresó al sitio donde se encontraba el cuerpo de Laura.

—¿Qué edad tenía? —inquirió Godoy.

—Catorce años.

—Carajo… era tan solo una niña.

—Lo sé, ha sido una de las más jóvenes que ha aparecido aquí… o quizá la más joven.

Uno de los médicos forenses tomó la fotografía final del cadáver, y

posteriormente lo cubrió.

Marcos Godoy observó al horizonte donde se perfilaba la prensa hambrienta por la información. El hombre, consternado, miró a su compañero e indagó:

—¿Ya le avisaron a Rebeca?

—No, todavía no está enterada —respondió Santiago.

La seriedad de ambos era tal, que ni siquiera ante situaciones aparentemente más complicadas se habían visto varados frente a una incógnita como esa.

—Déjame que yo le informe. Solo espero que esto no se salga de mis manos.

—Si me lo permites, puedo tratar de apaciguar a la prensa. Veré qué les invento, lo que menos queremos es que todo esto salga a la luz pública. La población terminaría por entrar en pánico.

—Pronto tendremos que decir algo, no podemos ocultar la verdad por mucho tiempo. Los cuerpos de las otras víctimas, y ahora este… la prensa no va a quedarse conforme. Querrán saber qué pasó.

—¿Estás seguro de eso, Marcos? ¿Vas a decirles? Eso podría poner tu cabeza en juego.

El hombre se mantuvo en silencio, y solo asintió.

—¿Quién estará detrás de todo esto? ¿Qué clase de enfermo haría algo así? —cuestionó Santiago.

Los médicos levantaron el cuerpo de Laura, y lo colocaron dentro de una canoa.

—No lo sé, pero por más que odie aceptarlo, sé que volverá a repetirse más pronto de lo que pensamos —concluyó Godoy, sumergiendo sus palabras en un halo de oscuridad.

2

A las afueras del palacio municipal de Altamira se encontraban alrededor de cien personas protestando con carteles, donde podía leerse el nombre de Laura, acompañado de mensajes pidiendo justicia para que su muerte no quedase impune. Por su parte, otras personas llevaban fotografías de la chica.

La mayoría de los presentes eran padres y madres de familia, así como mujeres jóvenes. Todos y cada uno de ellos, indignados ante la situación, no dejarían pasar la oportunidad de expresar su enfado a la presidencia.

La protesta había iniciado a manos de Rebeca Madrigal, quien, con ayuda de sus contactos, se dedicaba ahora a instigar la cacería de todos aquellos involucrados en el homicidio de su hija. Por su parte, tampoco pretendía dejar de pedir la cabeza de Marcos Godoy, acusándolo de incompetencia para manejar la situación.

A las afueras de la presidencia, en lo alto de una grúa, se encontraba de pie Rebeca Madrigal, acompañada a los lados de dos mujeres más, quienes con un megáfono en mano gritaban al unísono:

—¡Justicia para Laura! ¡Justicia para Laura!

Incluso antes del mismo inicio de la protesta, ya habían arribado al lugar infinidad de periodistas. La prensa se había enterado un día antes gracias a rumores que, a grandes voces, anunciaban el lugar, la fecha y la hora.

La prensa nunca desaprovechaba ninguna oportunidad, y Pablo Quintanar era la prensa. El hombre bajó de una furgoneta, preparó una cámara fotográfica LEICA, que solía llevar siempre consigo, y sacó su grabadora de voz. Se aproximó al sitio y encendió la grabadora, y de inmediato empezó a hablar:

—Nos encontramos aquí a las afueras del palacio municipal, han pasado ya tres días desde que se encontró el cuerpo de la joven de catorce años, Laura Madrigal, hija de la reconocida actriz de teatro, Rebeca Madrigal. El presidente, Adelino Rioja, no ha salido a dar la cara ante este suceso; se espera que pronto nos dé los informes necesarios del caso. De igual manera, el comandante Marcos Godoy tendrá una rueda de prensa el día de mañana, por lo que esperamos que por fin se aclare todo este caso. Podemos ver como la indignación está llenando a los padres de familia, a las madres angustiadas ante la idea de que sus hijas pasen por lo mismo…

Pablo Quintanar hizo una pausa tan pronto como vio que la grúa empezaba a descender, y se adelantó para poder hablar con Rebeca:

—Señora Madrigal, díganos, ¿ya le han dado respuesta de algo?

Rebeca miró a Quintanar, se humedeció los labios, y habló:

—No, el presidente al parecer está escondido, mientras que el comandante no ha servido para un carajo. Mi hija está muerta, y nada va a regresarle la vida, sin embargo, voy a pedir justicia. Y no voy a descansar hasta que él o los culpables, paguen por lo que hicieron… espero que Marcos Godoy me dé la cara, porque desde que me dijo que mi Laura estaba muerta, el muy cobarde solo ha evitado toda clase de preguntas directas conmigo.

—Entonces, ¿no ha tenido comunicación con el comandante desde hace tres días?

—Así es, el tipejo solo me entregó el cuerpo de mi niña… —Rebeca paró unos segundos, mientras se le hacía un nudo en la garganta impidiéndole hablar—. Parece que ha dejado el caso a cargo de un tal Santiago Bustamante, un pelele que trabaja para él.

—Lamentamos mucho su pérdida, la muerte de Laura nos ha dejado en luto a todos en Tamaulipas. Sin embargo, hablo por todos cuando digo que la apoyaremos hasta que esto se resuelva.

—Gracias.

Rebeca bajó finalmente de la grúa y se encaminó a otro grupo de reporteros que sin demora alguna comenzaron a llenarla de preguntas. La mujer se notaba agobiada; pese a ello, no tenía intenciones de rendirse, y de una u otra forma, sabía que la prensa la ayudaría a propagar más la noticia de su hija.

Aarón aparcó su auto a varios metros del palacio municipal. Se colgó la cámara al cuello, y caminó rumbo a la protesta.

Comenzó a tomar unas cuantas fotografías sin acercarse demasiado, se relamió los labios; apenas podía ver a Rebeca a lo lejos. Una parte de él quería correr hacia la mujer y decirle que él pronto encontraría a los asesinos de su hija, pero ante todo debía mantener la mesura y la cordura.

Aarón guardó la cámara y, sorpresivamente, Pablo Quintanar lo abordó.

—Interesante, ¿no?

—No tengo ganas de entrar en conflicto contigo —espetó Aarón.

—Yo tampoco. Para ser honesto, creo que lo que pinta aquí no es nada bueno. Leí tu nota, *La extraña marca de Las sirenas de Champayán*. Fue arriesgada, y he de decir que, tienes agallas.

Aarón frunció el ceño, las alas de su nariz se abrieron, respiró profundo y permaneció en silencio.

—Esto se pondrá peor, y tú y yo lo sabemos mejor que nadie.

—¿De qué hablas? —averiguó Aarón.

—Si lo que escribiste es totalmente verídico, seguramente hay algo muy gordo detrás de las muertes de todas esas chicas. Y si Laura fue

una de esas víctimas, su madre no va a parar hasta que alguien le dé santo y seña de lo que pasó realmente.

—Esperemos una respuesta pronta de Godoy. Quizá ya haya averiguado algo.

—Por favor, Aarón. Ese imbécil, no sirve para nada, todos sabemos que está allí por lamerle los huevos al procurador. En fin… tengo que irme. Disfruta del revuelo.

Pablo se alejó de Aarón, y éste simplemente se quedó de pie a poca distancia de donde estaba la protesta. Continuó observando su entorno, mientras pensaba en Laura y veía la fotografía de la chica a la distancia… Un rostro lleno de inocencia y vida, vida que le había sido arrebatada, y que poco importaba si se encontraba o no al asesino: ella, al igual que las demás chicas, ya jamás volvería a casa.

3

Marcos Godoy se colocó frente a los micrófonos. Las cámaras y videocámaras apuntaron en su dirección. La tensión era lo suficiente como para hacerlo sudar; la frente le perlaba y cada gota de sudor se deslizaba hasta su barbilla.

El hombre se limpió el rostro con un pañuelo, y luego dio inicio con la rueda de prensa.

—Comandante, ¿ya se sabe quién es el asesino de Laura Madrigal? —preguntó Natalia Guerra (la periodista del canal local de noticiarios).

—No, por el momento estamos analizando las pruebas. Todavía no tenemos al culpable —respondió Godoy.

A su izquierda se encontraba sentado Santiago, y a su derecha el doctor Luis Villalobos (el médico encargado de la necropsia de Laura, quién además había presenciado la escena del crimen). Junto a éste, se hallaba uno de los principales criminólogos en el caso.

Por su parte, el procurador Benjamín Lora, únicamente brillaba por su ausencia.

—En ese caso, ¿cuáles se creen que fueron las causas exactas de su muerte? —preguntó otro reportero.

—Bien, se ha determinado que la causa de muerte fue un traumatismo craneoencefálico, ocasionado posiblemente por algún objeto contundente. Algún un mazo o… algún martillo.

Aarón Alarcón ingresó a la sala de prensa, se acomodó el gafete que llevaba colgando, se abrió paso a empujones hasta la parte de enfrente, cogió su grabadora de voz con fuerza, y una vez encendida, intervino en el interrogatorio.

—Comandante Godoy, ¿cree que exista alguna conexión entre las víctimas anteriores y la ahora víctima Laura Madrigal?

La sala se quedó en silencio para esperar la respuesta de Marcos. El hombre pasó saliva, y discretamente, miró a su colega Santiago. Éste le esquivó la mirada y continuó con la cabeza al frente.

A pocos metros de la mesa donde se encontraban sentados los entrevistados, se hallaba de pie Pablo Quintanar, quien, al igual que los demás, esperaba ansioso la respuesta de Godoy.

—Por ahora es difícil determinarlo. No hemos encontrado prueba alguna que conecte los crímenes —contestó Luis Villalobos.

Marcos Godoy lo observó. Momentos antes de la rueda de prensa, habían estado de acuerdo con que el que respondería la mayoría de las preguntas sería Marcos, y que los demás únicamente se limitarían a responder en caso de que el cuestionamiento fuese directo con ellos.

Pese a ello, Godoy sintió un gran alivio al escuchar la voz de Villalobos.

—Ese supuesto doctorcito, seguro está comprado… —murmuró uno de los reporteros de la televisora nacional, lo que Aarón, al estar parado frente a él, pudo escuchar.

—Gracias, doctor Villalobos —expresó Aarón con cierta ironía (lanzando una mirada acusatoria a Godoy).

—Comandante, ¿saben con exactitud cuántos cuerpos han aparecido en la laguna de Champayán, desde 1990 a la fecha actual? —interrogó Pablo Quintanar.

Marcos entreabrió la boca, se mordió los labios, y luego dijo:

—No tenemos una cantidad exacta. Pero les aseguro que no está en los planes que se sumen más números.

—¿Cree que esto se trate de un asesino serial, o quizá son más involucrados? Pues han sido ya muchos años apareciendo cuerpos. Es difícil pensar que se trate de una sola persona —externó Leonardo Negrón, un joven periodista perteneciente a el diario El patriota. Era nuevo en el mundo de la prensa, y tenía mucha agresividad y osadía para captar notas.

—No sabemos si se trata de una sola persona, o hay más involucrados. Por las lesiones que presenta el cuerpo de la víctima, podríamos pensar que quizá se trata de varias personas.

—¿Varias? ¿Cuántas personas? —insistió Leonardo.

—Su turno ya acabó, siguiente pregunta —sentenció Godoy.

—Noto cierta resistencia a responder las preguntas, comandante, tanto las mías como las de mis compañeros, ¿acaso hay algo que no nos esté diciendo? —contratacó Leonardo.

Aarón abrió los ojos con sorpresa, y miró a detalle la expresión de Marcos.

—No, pero tenemos que ser condescendientes con los demás. Tenemos poco tiempo, y estoy tratando de responder las dudas de todos. Usted ya había hecho su pregunta.

—Me parece una excusa muy vaga, y me parece que hay demasiada ineptitud en las autoridades, con respecto al manejo de este caso.

—Entonces si considera que somos ineptos, no sé qué hace usted aquí —hizo un mohín con las manos.

—Solo pensé que nos encontraríamos con respuestas a este caso tan mediático. Pero al parecer… les quedan muy grandes los cargos que ocupan, porque ya pasaron tres días, y han pasado más de diez años, desde el primer cuerpo que se encontró en esa laguna. Es estúpido que aún no hayan encontrado responsables… o quizá ya saben quiénes son, pero igual no harán nada.

—Puede retirarse, ¿por favor? —recomendó de manera desafiante

Marcos Godoy.

Minutos después se acercaron a Leonardo un par de oficiales, y a modo de intimidación se colocaron junto a él.

Todos los periodistas presentes, se quedaron silenciados ante tal escena, observando boquiabiertos a Leonardo y a Marcos Godoy.

—No se preocupe, comandante. Ya no tengo más preguntas — sonrió forzosamente.

Leonardo Negrón salió de la sala.

Aarón detalló toda expresión corporal de Godoy; sabía poco del tema, pero lo suficiente como para percatarse de que el hombre estaba acobardado por dentro.

4

Aarón miraba obsesivamente las fotografías adheridas a las paredes de su cubículo. De manera frustrante, anotaba y borraba cosas de forma repetitiva. Se había creado teorías de lo que posiblemente uniría a las víctimas, sin embargo, ninguna le convencía del todo, por lo que siempre terminaba por descartar lo escrito.

Revisó periódicos una y otra vez, su cubículo estaba hecho un desastre, aunque no más de lo que su mente lo estaba.

Respiró, y recargó su peso sobre el respaldo de la silla.

Eran las cuatro de la tarde, los demás empleados ya comenzaban a recoger sus cosas para marcharse a casa. Aarón se había tomado varios cafés aquella jornada, y esperaba poder tomarse otros cuantos antes de decidir ir a casa.

Había transcurrido una semana desde la rueda de prensa con Marcos Godoy, y lo poco que había obtenido, lo había publicado en una breve nota. Graciani cada vez presionaba más. Pese a ello, Aarón prefería esperar y analizar bien cada cosa que sería publicada a su nombre.

—¿Te quedarás hasta tarde otra vez? —inquirió Graciani, al instante que se acercaba al cubículo.

—No lo sé, quizá solo me quede un par de horas más —respondió frotándose el rostro.

—Si tu empeño me hará vender más periódicos, te pondré una cama aquí mismo —bromeó.

—No creo que mi esposa apruebe eso —sonrió sin mucho ánimo.

—Lo que obtuviste durante la rueda de prensa, fue bueno. Al parecer llamó la atención, aunque fue una pregunta arriesgada.

—Creo que no me arriesgué tanto como Negrón. A ese hombre casi lo sacan a golpes de allí.

—Ese comandante Godoy es un cabrón. Siempre ha sido así, nunca quiere dar entrevistas, y menos cuando se trata de casos turbios… y este es un caso muy turbio.

—Lo de Laura solo es la punta del iceberg, hay más cosas… lo que tengo es todavía nada.

—¿Ya sabes de donde es el tatuaje?

—No… no tengo idea.

—Estuve buscando un poco, y recordé algo que podría ser útil pero, es una locura.

—¿Por qué? —enserió.

Graciani agarró una de las sillas que se encontraba en el cubículo de junto y la acercó hacia al sitio de Aarón, tomó asiento y comenzó:

—Hace mucho tiempo, recuerdo que leí en una revista un artículo donde hablaban acerca de hermandades y sectas. Cosas que uno escucha a diario, quizá, pero pocas veces le presta atención. Mencionaban una en específico, no recuerdo el nombre, lo que sí recuerdo es haber visto ese símbolo.

Aarón frunció el ceño, y cada vez más absorto en la información, inquirió:

—¿Recuerdas el nombre de la revista?

—Sí, creo que era… algo así como *Investigación Paranormal*, una tontería de esas. Es de esas cosas que no tienen base científica, el tipo de revista que compra la gente que cree en esa clase de situaciones absurdas. A lo que voy es que, quizás un loco esté usando ese símbolo para marcar a sus víctimas.

—Sería de gran ayuda saber el nombre de la hermandad.

—Aarón, seguramente se trata de una cosa inexistente. Son leyendas a lo largo de los tiempos, tú mejor que nadie sabe que esa clase de cosas surgen; la gente se crea historias, creyendo en hermandades que tienen secretos oscuros, misterios sin resolver… no lo sé, ideas conspirativas. Nosotros no podemos basarnos en eso, y estoy seguro que ese símbolo lo están utilizando para cometer crímenes. La verdad es que, no creo honestamente que esa hermandad exista.

—Si hubiese gente con mucho poder involucrada, podría ser un factor por el cual nadie sabe, y creen que se trata justamente de una teoría conspirativa.

—Aarón… tenemos que ser objetivos, y no dejar que nuestra imaginación vuele. Lo que tienes en manos es grande, pero quizá sí se trate de un solo asesino.

—Incluso siendo así, ese tipo sigue libre en la calle, y seguro volverá a asesinar.

—Entonces tendremos que confiarnos de Godoy —sonrió disimuladamente.

Aarón se quedó mirando los periódicos sobre su escritorio. Graciani se levantó de la silla y luego se despidió.

Cuando Graciani dejó la oficina, Aarón volvió a los expedientes, a las fotografías, y a todo aquello que parecía mantenerlo absorto de su entorno.

Odiaba aceptarlo, pero se estaba obsesionando con aquellos casos. Se había aprendido de memoria cada detalle de las víctimas, incluso el tatuaje que las caracterizaba a todas.

Cuando el reloj marcó las 5:18 de la tarde, Fernanda Araujo llegó al cubículo de Aarón.

El hombre se había quedado dormitando con la cabeza recargada

en la silla, en medio de los papeles y el desorden.

—¿Aarón? —dijo en voz baja.

El hombre abrió lentamente los ojos, y tras verla se incorporó en su asiento, se frotó el rostro y habló:

—Lo siento… yo… estoy algo cansado —justificó mientras se relamía los labios.

Fernanda estaba tan metida en sus pensamientos que apenas y podía encontrar las palabras para decir lo que la había llevado hasta allí.

—Aarón, tengo algo importante que darte.

Su mirada llena de temor, sus ojos humedecidos, y sus marcadas ojeras pusieron en alerta a Aarón.

—¿Qué pasa?

La mujer se rascó el brazo de manera nerviosa y miró a ambos lados como si estuviese a punto de entrar en alguna especie de crisis de paranoia.

Aarón se percató de ello, a lo que rápidamente se levantó de su silla para cedérsela, y le ofreció un poco de agua para conseguir apaciguarla.

—¿Qué sucede, Fernanda? —insistió.

La mujer se colocó la mano sobre la frente, y comenzó a sollozar.

—No puedo… no sé qué hacer… no quiero volver a esa casa —expresó consternada.

—¿Encontraste más vídeos?

Fernanda negó con la cabeza, sintiéndose incapaz de hablar.

—¿Qué fue entonces?

Aarón comenzaba a sentirse agobiado, quería respuestas, y la paciencia no se estaba convirtiendo en su mejor aliada.

—Yo… logré abrir su caja fuerte —tartamudeó.

Fernanda, con las manos temblorosas, consiguió extraer de su bolso un sobre sellado. El mismo con la carta de invitación a Los hijos del Sol. El mismo sobre que no la había dejado dormir en días, pensando en mil atrocidades que su marido había cometido en vida.

—Esto… creo que esto puede responder a todas tus preguntas.

Aarón sujetó la carta (unió el entrecejo), y dio vuelta al sobre, para encontrarse con el sello de lacre apenas desprendido.

—Es el mismo símbolo… el sello tiene el mismo símbolo.

Sus palabras pausadas pusieron de nervios a Fernanda. Ella lo miró atemorizada, y entonces apretó los ojos dejando escurrir más lágrimas.

—¿Era de…?

—Sí, era de Itsván. Puedes quedártela.

Aarón abrió el sobre y comenzó a leer la carta que, pese a ser breve, se convirtió en lo más aterrador que hubiese podido leer en su vida.

—¿Lo ves? Aarón, te estás enfrentando a algo realmente peligroso. Si la gente que conocía Itsván está involucrada en esa maldita… no sé cómo decirle… en esa maldita secta, son gente muy poderosa.

—No pueden quedarse impunes esos crímenes. Eran niñas, Fernanda… solo niñas.

La voz de Aarón se quebró; se pasó la mano por toda la cara. Fernanda únicamente lo miró, quiso decir muchas más cosas, pero el miedo la había convertido en su prisionera.

—Creo que me iré a casa de mis padres, al menos un tiempo. Solo hazme un favor.

—Dime.

—Hazme saber que estarás bien, no te desaparezcas. Y lo que necesites, dímelo.

Aarón asintió con la cabeza. Fernanda se levantó y se marchó.

El vacío que ella dejó se hizo eterno. La charla tan fría de ambos pareció tan ajena a todo aquello que alguna vez habían vivido. Se trataba de un total contraste, entre lo que alguna vez fue un sueño, uno que se había convertido en pesadilla.

Aarón guardó el sobre dentro de la gruesa carpeta donde llevaba las fotografías y demás información recopilada. Tomó lápiz, papel, y anotó:

«Vídeos Snuff (Hermandad Los hijos del Sol)».

Ahora sabía de dónde provenía aquella marca. La hermandad era real, y de ello no tenía duda.

5

Rebeca cogió la fotografía de su hija que se hallaba junto al sillón de la sala, y luego se la entregó a Pablo Quintanar, a quien tenía sentado frente a ella.

Aquella mañana, Quintanar había llegado a la casa Madrigal con la intención de entrevistar a Rebeca y recopilar un poco de información con respecto al caso de Laura. Tras varias charlas previas al teléfono, Pablo Quintanar por fin había convencido a Rebeca de responderle unas cuantas preguntas en persona.

—A veces quisiera entender, cómo alguien puede ser capaz de hacerle tanto daño a una niña de catorce años —dijo Rebeca con tono melancólico.

—Por desgracia, hay muchos enfermos sueltos por allí… —hizo una pausa larga, apreció la fotografía de Laura, y entonces siguió:— En verdad lo siento.

Rebeca respiró profundo, asintió con la cabeza, y acto seguido, indicó:

—Puedes empezar.

Pablo Quintanar sacó la grabadora de voz, y una pequeña agenda donde había anotado todas las preguntas. Minutos después, dio comienzo con la entrevista.

—Con todo lo que la policía ha dicho y ha hecho, ¿tienes alguna idea de quién pudo ser el culpable?

—No… realmente no lo sé. Yo… —su voz se detuvo, y un nudo en su garganta apretó con fuerza debilitándola al hablar.

—Está bien, tomate tu tiempo.

—Ella siempre… —relamió sus comisuras— Ella siempre… decía que yo no le dedicaba tiempo, que mis compromisos eran más importantes que hablar con ella…. Siendo sincera, yo me embaracé de Laura cuando tenía dieciséis años, su padre y yo intentamos formar una familia, pero poco a poco todo se fue derrumbando. Muchas veces pensé, en cómo habría sido mi vida si ella no hubiera nacido…

Un dolor en el pecho atravesó a Rebeca, mientras las lágrimas en sus ojos humedecían su rostro.

La mujer se enjugó la humedad de su nariz, no podía contener el sufrimiento. Pablo Quintanar permaneció en silencio, respetando los tiempos de ella.

—Yo la amaba. Te juro que la amaba, pero no sabía cómo ser su madre… nadie nos enseña. Solo creía que con darle todo sería suficiente. Durante el funeral… llegaron amigos suyos, que yo no conocía… y entonces me di cuenta de que, no sabía nada de mi hija…

no sabía nada de ella.

Rebeca se mordió la uña del pulgar, y se quedó pensando durante varios minutos.

—¿Nunca supiste si tuvo algún novio o pretendiente?

—No. Aunque una de sus amigas dijo que ella hablaba mucho de un chico que había conocido en la cafetería. No sé su nombre, al parecer ni ellas lo sabían… a veces Laura era muy ensimismada.

—¿Sabes el nombre de la cafetería?

—*Cindy Danés*. Se encuentra dentro de la misma plaza donde tomaba clases de ballet.

—Rebeca, ¿alguna vez le viste alguna marca o tatuaje a Laura?

La mujer frunció el ceño, y negó con la cabeza.

—No, ella tenía catorce años. Siendo menor de edad, dudo que haya habido alguien que se hubiese atrevido a tatuarla sin un permiso.

—Bien. Entre algunas de las fotografías que pude obtener, se aprecia que ella tenía un tatuaje en la parte baja de la espalda. No sé mucho al respecto, porque me las dio alguien que prefiere mantenerse en anonimato. Lo que sí sé, es que, es un símbolo demasiado parecido al que tenían las otras chicas encontradas allí… además de estar ubicado justamente en la parte baja de la espalda.

Pablo Quintanar había obtenido la fotografía de mano de uno de los criminólogos que había estado presente durante el descubrimiento del cuerpo de Laura.

Hablando con él, habían llegado a un acuerdo donde ambos saldrían beneficiados, lo cual, a favor de Pablo Quintanar, había significado el proporcionarle una copia de las fotografías.

—¿Qué quieres decir con todo eso? Nadie me dijo nada del tatuaje… —inquirió Rebeca.

—Hace varias semanas, el periodista Aarón Alarcón inició con una línea de publicaciones, donde se ha mencionado justamente este hecho. Los tatuajes de las víctimas que aparecen en esa laguna. Con todo eso, aunado a lo que ahora sé de Laura… pienso yo, que quizá se trate del mismo perpetrador.

—¿Mi hija fue víctima de un asesino serial?

—Muy probablemente sí… —externó Pablo Quintanar.

—Pero… ¿cómo es posible que las autoridades no hayan hecho nada? ¿Cuántas víctimas ya van?

—No hay cifras exactas al parecer, sin embargo, los que hemos estado detrás de este caso, hemos notado mucha falta de interés por parte de la policía. Tal pareciera que lo han dejado pasar, y eso es muy riesgoso.

—Él podría volver a asesinar.

—Sí —acortó.

Rebeca se acomodó el cabello, y al mismo tiempo resopló.

—Yo quiero, proponerte algo —dijo Quintanar.

—¿Qué cosa?

—Que juntemos fuerzas. Yo quiero que se haga justicia por Laura. Y necesito que no te rindas, continúa con las protestas, exige y no te calles. Yo haré mi parte. Al menos te aseguro que el diario El Mundo no dejará de publicar cada avance, y no dejaré que Laura muera en el silencio como las otras víctimas.

—Gracias… gracias en verdad.

Pablo Quintanar apagó la grabadora de voz, cerró la agenda, y besó las manos de Rebeca a modo de consuelo.

—Estaremos contigo… —pausó, miró la fotografía de Laura, y finalizó:— Y con ella.

6

Graciani caminó en dirección al cubículo de Aarón. Este, por su parte, se encontraba sentado revisando unas nuevas fotografías que Andrés le había mandado el día anterior.

Entre ellas, se encontraban imágenes parciales del cuerpo de Laura, una de ellas muy parecida a la que Quintanar había obtenido (justo la misma en la que se podía ver el tatuaje en la chica).

Una vez que Graciani llegó al escritorio donde se hallaba Aarón, dejó caer un periódico frente a los ojos de él.

—Mira la nota, al parecer ese sujeto está dispuesto a sabotear todo lo que hagas. Se ha tomado créditos que no le corresponden. Salió astuto, ¿no crees?

En la primera plana del diario El Mundo, se encontraba escrita la entrevista que Pablo Quintanar le había realizado a Rebeca Madrigal.

Aarón leyó parte de la nota, y pudo percatarse de cómo Quintanar afirmaba que todo se trataba de un asesino serial. El hombre hizo una mueca, y luego se dirigió a Graciani.

—Mentiras como siempre, ese tipo no sabe de lo que habla.

—¿Tú crees? ¿Ya tienes algo nuevo para publicar?

—No, de hecho, hay algo que debes saber.

—¿Qué cosa?

—La hermandad, lo que me decías la otra vez… es cierto.

—¡Ja! ¿Estás jodiendo? ¡Vamos, Aarón! Lo dije de broma, era algo que leí cuando yo era tan solo un mocoso de nueve años.

—Hablo en serio, quiero que mires esto.

Las palabras de Aarón terminaron por intrigar a Graciani, a lo que con extrañeza optó por prestarle toda su atención.

Aarón extrajo de una carpeta el sobre que días antes le había llevado Fernanda, lo extendió a Graciani, y éste, en medio de dudas lo sujetó.

—Quiero que leas atentamente.

Graciani observó el sello de lacre, disimuladamente pasó saliva, arqueó la ceja y abrió la carta.

Federico Graciani releyó la carta alrededor de cinco veces, trató de poder hilar toda palabra escrita, y por más que algo en él se negase a creerlo, la mayor parte de sus pensamientos comenzaron a figurarse los peores escenarios detrás de aquella hermandad.

—Debe tratarse de una broma… —musitó.

—No, la persona que me la entregó no bromeaba. Es alguien de confianza… y sé que es real.

—Aarón… —hizo una mueca de incredulidad.

—Lo sé, yo tampoco quería creerlo. Pero allí está la prueba que hacía falta. Tenía razón, cuando te dije que había algo más grande… y allí está.

Graciani respiró profundo, y observó nuevamente la primera plana del diario El Mundo, solo que en aquel momento, pudo darse cuenta de algo que había dejado pasar por alto. Una muy breve nota, un obituario que daba condolencias a la familia Negrón, tras la turbia muerte de Leonardo.

—Murió ayer por la noche… —dijo en voz baja.

Aarón vio de reojo el periódico y recordó.

—Según estaba huyendo de la policía por posesión de drogas. Dime tú si crees que eso sea cierto —opinó suspicaz.

Graciani se quedó pensativo por un momento y, tras un breve silencio, habló con total seriedad.

—La carta iba dirigida a Itsván Faragó, el empresario que fue asesinado hace semanas. Aarón, si esta hermandad existe, todos aquí estamos en peligro… hay gente muy poderosa detrás de todo eso. Debemos dejar de publicar.

Aarón, boquiabierto, negó con la cabeza y respondió rotundamente:

—¡No! Por supuesto que no, no pienso dejar de publicar. Y menos ahora… sería como darle la espalda a todas las víctimas. Lo has visto, has visto lo mismo que yo, los cuerpos que han encontrado en esa laguna.... Todo esto debe salir a la luz.

—Aarón, no tienes ni idea de lo que dices. Es un terreno peligroso, ¿no lo entiendes?

—Tú mismo dijiste que debíamos seguir publicando. ¿Qué cambia ahora?

—Esto… —señaló la carta— Esto cambia todo. Después de leer esta carta, ver el sello… el nombre de Faragó. Seguir publicando sería un acto suicida.

—Pues lo lamento, y con todo el respeto que te mereces como mi jefe, te digo que no pienso dejar de escribir. Voy a llegar hasta donde tenga que llegar, ¡y voy a desenmascarar toda esta mierda!

—No sé dónde pienses publicarlo, pero ya no será en mi periódico… —el hombre se detuvo, y apuntando hacia las fotografías y demás información, sentenció:— Y no quiero ver nada de esto por aquí.

Graciani se dio la vuelta y abandonó el cubículo de Aarón. Él, por su parte, se dejó caer sentado sobre la silla, y a modo de ira, empujó de un manotazo el portalápiz que se hallaba sobre su escritorio.

Aquellos compañeros que habían presenciado tal escena, se mantuvieron en un profundo e incómodo silencio. Lo poco que habían logrado escuchar había servido para que sus mentes echaran a volar la

imaginación, pensando en una serie de diferentes situaciones, que podrían estar relacionadas a toda la investigación y los recientes artículos de Aarón.

Aarón comenzó a recoger todas sus pertenencias, guardó las fotografías, la carta y toda la información que había obtenido en aquellas últimas semanas. Salió con una caja de cartón entre las manos, tomó rumbo al estacionamiento, abrió la cajuela de su auto, y sin más guardó las cosas. Acto seguido, regresó a la oficina, caminó nuevamente a su cubículo, y terminó por encontrarse con otra caja de cartón encima del escritorio.

El hombre frunció el ceño extrañado ante tal cosa. Un olor un poco molesto llegó a sus fosas nasales, mas poca atención le prestó al momento.

—Señor Alarcón, le han mandado esto de paquetería —dijo un joven de seguridad mientras se aproximaba a Aarón.

—¿La caja? —inquirió Aarón.

Su expresión tenía un marcado estrés, la línea en su frente se había hecho demasiado visible aquellos últimos días. La angustia y la ansiedad eran sus nuevas compañías.

—Sí, la dejaron hace un rato en la caseta de seguridad, lamento haberla traído hasta ahora, pero tenía unos pendientes; aproveché que vine por unas firmas para traérsela.

—¿Sabes quién la dejó?

—No, señor. Únicamente un hombre vino y la entregó en la entrada, dijo que venía de paquetería y que era para usted.

—Seguro es de una admiradora secreta —bromeó Alicia desde el cubículo de junto.

Aarón no parecía tener humor para chistes, por lo cual Alicia apenas y había asomado el rostro por encima de los paneles que le separaban.

—Bien, gracias.

Aarón continuó guardando el resto de sus pertenencias, ignorando la presencia de todos. No obstante, pronto el extraño olor se hizo presente de nuevo. Aarón se detuvo, y procedió a abrir la caja.

Poco a poco fue retirando la cinta que se encontraba sellando las solapas, hasta que finalmente pudo abrirla y ver el contenido.

Cuando llegó a ese punto, los ojos del hombre se abrieron de par en par. Su rostro se horrorizó ante aquel presente, sus labios comenzaron a temblar y, por más que lo intentó, no pudo articular palabra alguna.

Por su parte, Alicia se asomó con curiosidad para ver qué había dentro de la caja. Solo fue cuestión de una milésima de segundo para que la mujer emitiera un grito despavorido que erizó a todos a su

alrededor.

El joven de seguridad, al verlo, se desmayó a poca distancia del lugar, resonando con un sonido sordo en cuanto su cuerpo tocó el suelo.

El ambiente se tornó siniestro. De pronto Aarón sintió que se sofocaba, y tuvo la sensación de que las paredes del edificio se cerrarían hasta conseguir aplastarlo.

Dentro de la caja se encontraba la cabeza de Andrés Barón. Con un corte limpio, se la habían arrancado del cuerpo; sus ojos estaban entreabiertos, y su boca sellada con una cinta gris. Tenía unos cuantos moretones, que seguramente habrían sido ocasionados ese mismo día, pocas horas antes de terminar con su vida.

En la cara interna de una de las solapas de la caja, se encontraba un sobre adherido. Aarón, en medio de náuseas y repulsión, despegó el sobre y lo abrió. Al igual que la carta de invitación a Itsván, el sobre en la caja tenía un sello de lacre con el símbolo de la hermandad.

Aarón rompió el sello y desplegó la carta. Respiró profundamente; con las manos temblorosas, y la visión que parecía nublársele a cada momento, intentó leer.

No te acerques tanto al sol, o podrías quemarte, querido Aarón.

Sin firma alguna, no hizo falta más, para que Aarón supiese que la carta había sido enviada por los hijos del Sol, y que claramente ellos habían asesinado sin piedad alguna al hermano de su esposa.

Aarón estrujó la carta, apretó los ojos, y presionó los puños.

Sabía que pronto llegaría la policía a las oficinas del diario El Buscador, y que posiblemente interrogaría a todos. Mas la carta que él había recibido aquel día, nadie más que él la vería.

Guardó el papel arrugado dentro del bolsillo de su saco, y petrificado por el tiempo, las circunstancias y las sensaciones de pavor, se quedó a metros de su cubículo esperando lo peor.

La caja siguió abierta el resto de la hora, emanando el olor de la sangre y la muerte que acabaron mezclándose como hermanas.

7

Aarón posó un ramillete de flores sobre la tumba de Andrés. Su mirada parecía extraviada, y su mente estaba fragmentada entre un sinfín de situaciones que se avecinaban. Trató de visualizarse en otro lugar que no fuese el cementerio, pero aquello era difícil, sobre todo cuando su mirada terminaba por encontrarse con el nombre de Andrés escrito en la lápida.

A cierta distancia, podía ver a Samanta consolando a Carla; ambas mujeres devastadas por la muerte de un ser querido, con distinto significado para las dos, pero compartiendo un mismo dolor.

El viento gélido golpeó el rostro de Aarón. El hombre pensó en lo impredecible e injusta que podía llegar a ser la vida. Se remontó a un par de días antes, cuando Andrés había charlado con él, una charla tan amena que por un momento Aarón pensó en los buenos amigos que podrían llegar a convertirse.

Y entonces atravesaron sus recuerdos las imágenes de Abraham, la sonrisa de aquel niño lleno de dulzura y luz. Cerró los ojos, y por primera vez en mucho tiempo, sintió como empezaba a llorar profundamente.

Aarón se mantuvo a metros de distancia de Samanta y Carla; se quedó en medio del cementerio, en el corazón de la soledad absoluta que había envuelto con frialdad cada centímetro del lugar.

—Lo lamento —dijo alguien a sus espaldas.

Aarón se apresuró a enjugarse los ojos con las mangas de su saco. Miró de reojo, y pudo notar la presencia de Pablo Quintanar.

—Siento… todo esto —expresó entre pausas—. Honestamente me desagradan los cementerios… solo he venido aquí porque sé quién era este hombre.

Aarón solo asintió con la cabeza, y siguió mirando la tumba a sus pies.

—He leído lo que los periódicos han dicho de Andrés. Me parecen puras mentiras, y quiero decirte que… mi periódico se ha encargado de desmentir muchas cosas.

Aarón continuó en silencio. Pablo Quintanar se relamió los labios, y volvió a hablar:

—Todo esto… quizá no debería decirlo, pero… ¿crees que tenga relación con los artículos que has publicado?

—Dijeron que vendía drogas, y que por eso lo asesinaron, lo llamaron un *ajuste de cuentas*.

La voz de Aarón estaba llena de ira contenida; el hombre presionó los puños hasta dejar sus nudillos blancos.

Pablo solo lo escuchó sin interrupciones.

—Han manchado su nombre. Y nada de lo que publiques va a borrar eso… la duda ya está sembrada.

—Tal vez, aunque no pierdo la esperanza de que mis palabras puedan influir. Con convencer a una sola persona me conformo.

—¿Por qué quieres ayudarme ahora?

—Aarón, esto ya no se trata solo de ti, o de nuestras diferencias. Va más allá de eso. Hace unos días asesinaron a Leonardo Negrón, y ahora a tu cuñado. ¿Sabes qué relación tienen ambos homicidios? Seguro que sí. Son las muertes de todas esas chicas, son esos malditos secretos que están ocultando las autoridades. No quiero más periodistas muertos, o desapariciones de gente que solo quiere descubrir la verdad. El siguiente podrías ser tú, o podría ser yo… o tu hija, o mi hijo. No quiero un mundo así para mi hijo.

Aarón caviló un momento, y después añadió:

—Graciani no va a publicarme nada más.

—Pero yo sí, y pienso llegar hasta el fondo de esto. Y si decides seguirme, podremos trabajar como un equipo, y llegar hasta lo más profundo de este iceberg.

Aarón lo observó de reojo, y por primera vez pudo ver esa rabia por develar la verdad, algo que nunca había visto antes en Quintanar, y que le sedujo para continuar con lo que apenas había iniciado.

Era momento de sacar a las sirenas de la oscuridad, y hacer que todos los secretos flotasen de una vez por todas sobre la laguna.

8

En medio de la tristeza y el dolor, Aarón y Samanta llegaron al apartamento número 9. El hombre abrió la puerta, provocando aquel característico chirrido.

Aarón llevaba a la pequeña Valeria entre brazos, puesto que la niña se había quedado dormida tras irla a recoger a casa de Dalia, aquella vecina que solía cuidarla durante las tardes que Aarón y Samanta trabajaban.

Aunque, claro estaba, aquel día había sido por un motivo distinto al trabajo, y por desgracia sería un motivo que ambos recordarían por el resto de sus vidas.

—La llevaré a su habitación… —dijo Aarón en voz baja.

Samanta no dio respuesta, y únicamente se quedó de pie en la sala.

Aarón ingresó al dormitorio de Valeria, con delicadeza la recostó sobre la cama, la cubrió con un edredón de *Baby Sinclair*, y después depositó un beso en su frente.

Era como ver a un ángel con los ojos cerrados; la niña no se inmutó en ningún momento, su rostro estaba relajado y dormía profundamente. En medio de sus sueños, la inocencia de aquella pequeña e indefensa criatura no podía siquiera imaginar la oscuridad que había empezado a rodear a su familia.

Aarón contempló a su hija durante varios minutos. Presionó los labios, tratando de pensar en cómo le explicaría que su tío Andrés jamás regresaría a visitarlos. Hacerse a la simple idea le revolvía el estómago. Valeria tendría muchas preguntas, y Aarón no podría ser capaz de dar con las respuestas.

El hombre sintió un nudo en el pecho comprimiéndolo cada vez más. Ahora no tenía idea de cómo enfrentarse a Samanta, quien le había mirado de reojo todo el camino con angustia y decepción. Aarón sentía culpa, y no podía hablarlo con nadie; se sentía prisionero de sus propias palabras, pensamientos e ideas. El peso de las cosas caía con más fuerza cada día, y poco a poco todo parecía hacerse más negro a su alrededor.

Aarón salió de la habitación de Valeria, dejando la puerta entreabierta, permitiendo el paso de un delgado brillo de luz que apenas podía iluminar parte del rostro de su pequeña hija.

Al llegar a la sala, pudo ver a Samanta sentada en el sofá, mirando hacia la mesita de centro, con la mano bajo el mentón.

Aarón avanzó lento hasta llegar a ella, se sentó al otro extremo del sofá, y tras un silencio que reinó entre los dos durante varios minutos, habló con mesura y estragos de dolor.

—Lo lamento… en verdad lo siento, Sam.

La mujer no dijo nada, no se movió ni un poco, y ni siquiera se sintió capaz de mirarlo.

Cada día que pasaba, su esposo se convertía en un desconocido para ella. Con cada día que pasaba, se fracturaba más la relación, y como si de frágiles cristales se tratara, aquel amor que por tanto tiempo los había unido se cuarteaba un poco más.

—Entiendo que no quieras hablar conmigo. Y sé que debes pensar que yo sabía algo de esto… pero créeme que jamás me imaginé que algo así pasaría… de haberlo sabido, yo… —se detuvo sin saber cómo continuar.

«En realidad, ¿habría cambiado algo?», pensó Aarón, y aquella pregunta se repitió en su mente durante varios segundos; se quedó como un eco constante, y continuó nadando con rumbo a aquel sitio donde todas las ideas que alguna vez albergaba terminaban por ser silenciadas.

Se sentía culpable por creer que, de haberlo evitado, no hubiese podido obtener toda la información que Andrés le había otorgado.

—Samanta… hay muchas cosas que quisiera decirte, pero no es fácil. Terminaría por embarrarte en toda esta mierda. Es por ello que quiero que te vayas con Valeria.

Samanta salió abruptamente de sus pensamientos, miró a Aarón y frunció el ceño.

—¿Irme? —musitó.

—Sí, pienso que sería lo mejor. Al menos hasta que todo esto se calme.

—¿A dónde carajos piensas que voy a irme? Aarón, ¿no te das cuenta? Nada va a calmarse, abriste la caja de Pandora. ¿Crees que no sé por qué mi hermano está muerto? Sé que él te ayudaba, no sé totalmente en qué, pero sé que lo hacía. Y me imagino que descubrieron cosas que no debían, y ahora estamos envueltos en toda esta porquería. No importa a dónde me vaya, no va a parar esto.

—Quiero protegerlas.

—Eso debiste pensarlo antes, ahora ya es muy tarde.

Aarón se frotó la cabeza con ambas manos, se levantó del sofá y comenzó a caminar por la casa.

—¡¿Qué quieres que haga entonces?! —expresó de manera explosiva.

—No lo sé, debiste alejarte de todo eso cuando te lo dije. Te dije lo peligroso que era, te dije que nos estabas arriesgando a todos. Pero de pronto te volviste ambicioso, y dejaron de importarte los demás, solo querías material para tus malditos artículos.

—¡Lo hice por nosotros! Para que pudiéramos tener dinero.

—¡No fue por nosotros! ¡Fue por ti! —gritó la mujer.

Aarón negó con la cabeza al sentir la ingratitud de quien era su esposa. Samanta lo miró con rabia, mientras sus ojos se anegaban de lágrimas.

—No digas que fue por nosotros, porque es mentira —externó en medio de ademanes.

—Lo hice por ti… lo hice por Valeria, aunque digas lo contrario —expresó resignado.

Samanta negó con la cabeza y bajó la mirada.

—Dime, ¿qué fue lo que encontraste? ¿Qué tanto sabes?

—¿Para qué quieres saberlo? No va a cambiar en nada las cosas.

—Quiero saberlo, Aarón.

—No puedo, no puedo decirte…

—Si me voy con Valeria, te juro que no volverás a vernos.

—Samanta, no hagas esto.

—¡Entonces dime! ¡¿Qué fue lo que hizo que asesinaran a mi hermano?!

Aarón se jugó los cabellos, y no dio respuesta.

—Eres igual a ellos, y por tu culpa está muerto Andrés.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Era mi hermano… no tienes ni idea de cómo me siento.

Aarón unió el entrecejo indignado, y soltó sin más:

—¿De verdad crees que no sé cómo te sientes? Yo también perdí a un hermano, Samanta, ¿ya lo olvidaste?

Samanta lo observó sin dar respuesta. Sus labios se sellaron, la distancia entre ella y Aarón se hizo inmensa, el ambiente se tornó gélido y el silenció imperó sobre el reloj.

Valeria se asomó por la puerta de su habitación.

La pequeña niña se frotó los ojos, caminó hacia sus padres, e inocentemente, preguntó:

—¿Por qué pelean?

—Princesa, ¿qué haces despierta? —inquirió Aarón con tono de preocupación.

—Papi, no me gusta que griten.

—Solo estábamos hablando mamá y yo. Siento que te despertáramos.

Samanta se limpió las lágrimas, y asintió con la cabeza.

—Vamos, princesa. Te cantaré una canción para que puedas volver a dormir.

Aarón cargó a su hija. La niña rodeó el cuello de su padre con sus pequeños brazos y luego recostó la cabeza en el hombro de él.

Las miradas de Aarón y Samanta se cruzaron, la decepción de ella marcó el pecho de Aarón como una daga fría al corazón. La mujer le dio la espalda y caminó hacia la cocina.

Aarón respiró profundo y llevó a su hija de vuelta a la habitación.

Sabía que su matrimonio se estaba hundiendo, y que pronto las promesas hechas en el altar no tendrían significado alguno.

Esa noche, la melancolía reinó sin piedad alguna en aquella familia.

9

Eran inicios de febrero, el sol había comenzado a caer y el viento soplaba con mesura. Aarón abrió la cajuela del auto y comenzó a guardar unos cuantos papeles, que por respeto a Samanta había preferido tener ocultos.

A pocos metros de distancia, Fernanda aparcó su vehículo. No se hizo esperar mucho y descendió de este. A paso apresurado se aproximó a Aarón, quien en medio de su distracción no se percató de la presencia de ella hasta que la escuchó hablar.

—Hola…

Aarón se dio vuelta con unas carpetas en mano, y después ladeó la cabeza con cierta extrañeza.

—Qué sorpresa verte aquí.

—Lamento interrumpir, fui a buscarte a el diario, pero me dijeron que ya no trabajabas allí. ¿Está todo bien?

Aarón suspiró, y dejó las carpetas nuevamente dentro de la cajuela.

—No del todo. Como ya sabes, me despidieron —frunció los labios.

—Lo siento… supongo que fue por lo de Andrés Barón, era el hermano de tu esposa, ¿no es así?

Aarón relamió sus labios, y luego asintió con la cabeza.

—Siento mucho lo que ha pasado. Desearía saber qué decirte.

—Descuida… —se detuvo, apartó la mirada y se metió las manos a los bolsillos.

—¿Cómo está tu esposa? —inquirió con prudencia.

—Tenemos días sin poder hablar. Tal pareciera que todo se ha resumido en darnos únicamente los buenos días… ella está muy dolida conmigo. Aunque prefiero no hablar de ello.

Fernanda guardó silencio durante un fragmento de minuto, entonces continuó:

—Aarón, yo vine porque necesito decirte algo importante. No quiero que renuncies a la investigación, quiero que continúes con ella.

Aarón arqueó una ceja, lanzando un sonido que asemejó el de una risa frustrada. Después cerró la cajuela de su auto.

—¿Estás hablando en serio? Fernanda, lo he intentado todo, y solo mira lo que ha pasado. Mi cuñado está muerto, y mi matrimonio se está yendo al caño.

—No entiendes, Aarón. Esto es importante, yo vi ese vídeo… y no he podido dormir desde entonces. Dejarlo a medias, sería como sepultar a todas esas chicas en el olvido.

La voz de Fernanda se quebró. Aarón pudo jurar que en cualquier momento la mujer lloraría hasta crear un río lleno de lágrimas y

sufrimiento.

—No quiero perder a mi familia.

—Y yo me aseguraré de que estén bien. Tengo el dinero suficiente como para que puedas mandarlas a otro sitio, en lo que toda esta situación se termina. Pero no abandones algo que a más de una familia les traerá paz… imagina cuántas muertes podrías evitar si llegarás al final de esto.

—No será fácil.

—Aarón, desde que te conozco sé lo mucho que te apasiona el periodismo. Sé lo tenaz que eres, y sé que no estarías renunciando a esto si no fuera porque sientes culpa por lo de Andrés, ¿o me equivoco?

El hombre escondió el rostro, no pudo negar el hecho de que cada palabra dicha por ella estaba haciéndolo confrontarse consigo mismo.

—No sé que pase por tu mente en estos momentos, pero estoy segura de una cosa, la muerte de Andrés no fue tu culpa.

—Pero yo le pedí que me ayudara, aun cuando yo era consciente de que estaba arriesgando el pellejo por mí.

—Y si él no se negó, es porque de igual forma confiaba en ti, en que descubrirías la verdad. No dejes que todo lo que has avanzado termine en la basura. No renuncies a esto… sé que es peligroso. Pero si puedo ayudarte lo haré. Mientras estuve con mis padres, me di cuenta de lo importante que era tomar valor y regresar aquí. Quería renunciar a todo, quería huir y olvidarme de quién había sido Itsván. Pero mientras estuve allí, pensé en ti… y en ese momento recordé que no todo en este mundo está podrido.

Aarón sintió un hormigueo en el rostro que lentamente recorrió su nuca y cuello.

—No quiero fallarles a ellas. No quiero hacer nada que las dañe.

—Entonces sigue escribiendo, porque independientemente de lo que te hayan dicho los demás, tienes la verdad en tus manos. No la dejes ir.

Aarón endureció la mandíbula y abrió de nuevo la cajuela del auto. Miró detenidamente todos los papeles que tenía en cajas, las carpetas con las fotografías dentro, y pensó en toda la información que poseía, y que en efecto podría cambiarlo todo. Ya no era por el libro, por el dinero, o incluso por el reconocimiento; había una motivación más profunda que todo eso junto, era la justicia que debía existir para todas aquellas jóvenes inocentes.

Los ojos se le humedecieron al hombre, cuando vio el rostro de su pequeña reflejado en lo más profundo de sus pensamientos. Cuando recordó la primera vez que la tuvo entre sus brazos, y le juró que la protegería de todo. Podía hacerlo, podía protegerla de aquellos monstruos que, más allá de las criaturas oscuras de los cuentos que

solía leerle, esta vez se trataba de humanos perversos, temibles y reales.

—Quiero que este mundo sea seguro para Valeria. Y lo haré por ella.

—Te daré una cantidad, aléjalas de aquí, mantenlas a salvo.

Fernanda sacó una tarjeta de su bolsillo y se la extendió a Aarón.

—Es mi número, llámame, te haré llegar el dinero que necesites. No dejes que pase más tiempo.

La mujer se dio la vuelta y se marchó. Aarón vio una vez más a la mujer firme y decidida que siempre había sido, sonrió con disimulo, y volvió a aferrarse a los documentos que las últimas semanas habían cogido un poco de polvo.

10

Tampico, Tamaulipas, 20 de febrero del 2000

Por encima de las casas y edificios podía verse una enorme capa nubosa devorando la ciudad entera. Llovía a cantaros aquella madrugada, el nirvana estaba oculto tras las nubes grises, y a momentos se perfilaban en el cielo unos rayos zigzagueantes, consiguiendo que éste tomara unas tonalidades violetas hasta llegar a tonos más claros.

Aarón condujo por la carretera con destino a Tampico. Jamás habían pasado tanto tiempo en silencio él y Samanta. Sin embargo, el día anterior también habían hablado poco, y las horas próximas no pintaban a ser diferentes.

Valeria dormía en el asiento trasero. Los limpiaparabrisas se movían para despejar la vista a Aarón. Los árboles se mecían a ambos lados de la carretera y los primeros destellos del sol comenzaban a hacerse presentes reflejándose en la humedad del pavimento.

Una semana atrás Aarón había conseguido convencer a Samanta de abandonar el lugar. En medio de discusiones y repetidos silencios, habían llegado a un acuerdo. Samanta comenzó a empacar, y durante la semana resolvió pendientes tanto del colegio de Valeria como de su empleo.

Por otro lado, Aarón dejó pasar los días, perdido entre papeles y fotografías.

El hombre condujo durante cuarenta minutos antes de llegar a la ciudad. Cuando por fin empezó a ver los primeros pueblos cercanos y las casas perfilándose, tomó rumbo al aeropuerto.

Aarón aparcó el vehículo, bajó de este y, dirigiéndose a la cajuela, sacó el equipaje para luego dejarlo en la entrada de la terminal.

Samanta cargó a Valeria, la cubrió con un abrigo y un impermeable, luego corrió con ella hasta donde se encontraba Aarón.

El hombre acarició el cabello de la pequeña, se sentía tan fino y suave al tacto. Aquel día vestía con un suéter rosa, y llevaba abrazado a *Baby Sinclair*. Aarón la amaba como a nada en el mundo, sintió el corazón dándole un vuelco cuando las horas comenzaron a correr para que despegara el vuelo a Tijuana.

Sentía que debía dejarlas ir, aunque eso le quemara el alma. Sostuvo a Valeria durante las horas que esperó el despegue, la contempló al dormir, y aspiró en más de una ocasión el aroma de su cabello (cerezas, aquel champú con el dibujo de *Hello Kitty* en una botella color rosa).

—Lo lamento… —musitó a Samanta.

La mujer asintió con la cabeza, y miró sus manos.

—Solo quiero que estén bien.

—Cuidaré de ella… —dijo Samanta mirando a la pequeña.

—Lo sé, no tengo duda en ello.

—Aarón, ten cuidado. Por favor.

El vuelo se anunció, Samanta se levantó, Aarón le entregó a Valeria entre sus brazos.

La mujer se aproximó a su esposo y depositó un beso en los labios de éste.

—Te amo… —susurró.

Aarón apretó los ojos, y al abrirlos nuevamente se percató de que unas lágrimas se le habían escapado.

—Yo también te amo… las amo a las dos.

Aarón besó la cabeza de Valeria, y sin más demora las vio partir.

Al volver a casa ese día, dio de comer a Robbie (el pequeño gato de Valeria), se durmió en el sillón el resto de la mañana, y entre sueños, la risa de su hija resonó como el sonido de un canto que a la lejanía pronto se dejó de escuchar, para terminar sumergido en un mar de sueños inquietantes e inexplicables.

11

Altamira, Tamaulipas, 27 de febrero del 2000

Aquella mañana de domingo las calles se encontraban humedecidas y algo solitarias, las hojas de algunos árboles estaban caídas, y podía sentirse la frescura del viento soplando por doquier.

Pablo Quintanar se aparcó en el estacionamiento del complejo de edificios en el que vivía Aarón. Al bajar de su vehículo se detuvo a mirar a dos niños que brincaban en un charco de agua, mientras un tercero se columpiaba a lo alto. Pablo continuó el camino, y subió las escaleras hasta llegar al apartamento número 9. Cuando llegó a éste, tocó un par de veces antes de que Aarón atendiera, y mientras esto ocurría, se mordió los carrillos y movió los pies con impaciencia.

—Buenos días… —saludó en cuanto vio a Aarón.

—Buenos días —respondió, dándole paso para entrar al apartamento.

Una vez adentro, Aarón comenzó a levantar unos cuantos platos que se hallaban sobre la mesita de centro de la sala. Había una caja de pizza tirada a un costado del sillón, así como varias latas vacías de *CocaCola*, unas cuantas gomitas enchiladas regadas por la mesa, y varios papeles y fotografías que lo habían estado acompañando durante meses enteros.

—Disculpa el desorden.

—Descuida, mi casa queda igual cuando mi esposa se ausenta —externó Pablo, tratando de parecer amable.

—¿Te ofrezco algo de tomar? —se colocó las manos dentro los bolsillos.

Aarón lucía desalineado, sus marcadas ojeras eran un claro indicio de que había pasado noches sin poder dormir, pegado a los informes de la policía (aquellos que había logrado obtener de Andrés), leyendo una y otra vez declaraciones y dictámenes forenses, entre otras tantas cosas que más allá de resolver sus dudas, solo las acrecentaban más.

Estaba nervioso, tenía el dedo pulgar de la mano derecha enredado en una gasa ya que, en medio de la ansiedad, se había estado mordiendo la uña hasta dejarla casi por la mitad. Sin embargo, el hecho de estar exhausto hacía que terminara por olvidar el dolor o el cansancio.

—Con agua es suficiente.

—Vale… entonces agua será.

Aarón caminó a la cocina, mientras que Pablo se sentó en el sillón y observó discretamente las fotografías sobre la mesa. Cada una tenía una nota adhesiva color amarillo, con el respectivo nombre de la

víctima, así como la fecha en la que había desaparecido y la fecha en la que el cuerpo había sido encontrado.

—Se ve que has investigado bastante —expresó Pablo.

Aarón regresó a la sala con un vaso de agua, se lo entregó al hombre y se sentó frente a este, entrelazando las manos.

—Tuve que detenerme en más de una ocasión por falta de información. No ha sido fácil desde que… —pasó saliva y, dudoso, siguió:— La muerte de Andrés ha marcado muchas cosas en todo esto.

—Lo imagino.

—Ha sido más complicado que antes.

—Lo sé… por eso estoy aquí.

Aarón frunció el ceño y miró a Pablo de manera incrédula.

—¿Qué sucede? —preguntó Aarón.

—Quiero ayudarte.

—¿Bromeas? ¿De qué hablas? ¿Por qué querrías ayudarme?

—Porque puedo hacerlo. Tengo los medios necesarios para hacerlo, puedo publicar todos los artículos que tienes. Incluso podría contactarte con una editorial, con televisoras y otros medios con los que tengo contacto.

—¿Por qué? ¿Por qué quieres hacer esto?

Pablo se relamió los labios, respiró profundo y continuó.

—Creo que, en medio de todo, entre periodistas debe existir algún tipo de lealtad.

Aarón se rio de manera irónica, se frotó el rostro y luego procedió a hablar.

—¿Es en serio? Por favor, Pablo. Todo el tiempo, desde que inicié en esto, me has detestado. ¿Qué cambió ahora? Solo son unos artículos más del montón que he escrito.

—No son iguales al montón… esto es diferente y lo sabes.

—¿Qué pretendes? ¿Por qué me publicarías? ¿Planeas quedarte con los créditos de todo? Porque te diré algo, no quiero ningún reconocimiento de esto. Sigo aquí porque quiero saber la verdad. Ya no me importa ni una mierda lo que puedan decir los demás… solo quiero justicia.

La saliva de Aarón se hizo más espesa y se fue acumulando en sus comisuras. Sus ojos se tornaron llorosos, mientras su cuerpo se tensaba.

—No busco quedarme con reconocimiento alguno de esto —aseguró Pablo.

—¿Entonces? No entiendo.

—Al igual que tú, quiero saber la verdad. Y la razón es que… hace un par de años, la hija de mi hermana fue encontrada en un lote baldío. Estaba regresando de la universidad cuando fue violada y asesinada. Cuando examinaron el cuerpo, dijeron que había muerto

por estrangulamiento. Un par de meses la policía mostró su interés, pero pronto dejaron el caso y nunca supimos quién la asesinó. Tenía tan solo diecinueve años.

—¿Ella? ¿Tenía algún…?

—¿Tatuaje? —frunció el ceño— No, en realidad no creo que haya sido una de las víctimas de la laguna.

—Lo siento mucho, no sabía nada de eso.

—No tendrías por qué saberlo. Siendo honesto, fue antes de empezar como periodista. Los periódicos casi no la nombraron, y la televisión mostró únicamente un corto de tres minutos para después dejarlo pasar.

Aarón asintió con la cabeza y permaneció en silencio por un momento.

—Tengo algunos conocidos dentro de la policía, sé con quienes acudir.

—¿Son de confianza? —indagó Aarón.

—Los conozco lo suficiente como para saber que no dirán nada. Puedo contactarlos y podremos retomar esto.

—Es necesario descartar información e ir seleccionando todo aquello que parece estar relacionado a las víctimas. He estado leyendo testimonios. Algunos son muy vagos, sin embargo, hay unos que parecen tener ciertas pistas que conectan —explicó Aarón.

Aarón fue mostrando los escritos a Pablo, quien interesado en cada detalle comenzó a leer con detenimiento.

—Estuve leyendo este caso en particular. El de Paula Méndez, quien apareció en la laguna en febrero de 1995. Lo interesante de esto es que su madre contó que su hija había estado en un internado para mujeres, y que allí conoció a una chica con la que entabló una amistad, al parecer muy cercana. Lo curioso de eso es que no se investigó a tal chica, y mucho menos se supo exactamente quién era. No hay nombres, no hay más registros… no hay nada acerca de esa relación.

—¿Ella es relevante en el caso? —indagó Pablo con cierto recelo.

—Muy posiblemente. He notado algo que comparten todas las víctimas.

—¿Qué cosa?

—Todas las chicas, antes de morir, suelen conocer a una persona que puede ser de sexo indistinto, y que por alguna razón siempre termina desapareciendo cuando ellas lo hacen.

—Entiendo, funciona como una red —plegó la frente.

—Sí, muy parecido a la trata de blancas. Hay una persona que ejerce como el gancho, y es quien al parecer seduce o convence a las chicas —dedujo Aarón.

Pablo se quedó analizando a detalle cada información escrita, y

después observó cada fotografía.

—Yo he visto este símbolo antes —externó Quintanar.

—Sí, en la carta.

Aarón se levantó del sillón y caminó hacia la alacena, sacó un JACK DANIEL'S que se encontraba por la mitad y cogió dos vasos de whisky.

—He visto esto antes… —continuó murmurando para sí mismo Pablo.

Aarón le entregó un vaso y le sirvió un poco de whisky, justo al momento que comenzaba a dialogar.

—Pensemos a detalle; más allá de los tatuajes, ¿qué las une? No veo que exista un prototipo físico, son muy diferentes entre sí. Las edades se mantienen en cierto rango, sin embargo, no siempre comparten la misma edad… he tratado de buscar entre todo esto qué más puede estarlas vinculando, pero…

—¡Sé donde lo he visto! —exclamó Pablo.

—¿Dónde?

—Dame un momento, ahora regreso.

Aarón arrugó el entrecejo. Pablo Quintanar se levantó de un brinco y salió del apartamento.

El hombre bajó corriendo las escaleras, mientras Aarón se quedaba en la sala bebiendo whisky y leyendo una vez más el testimonio de la madre de Paula.

Pablo abrió la cajuela de su auto, y de una caja de cartón, comenzó a sacar infinidad de revistas. Fue pasando una a una con rapidez, hasta llegar a una en específico, aquella en la que podía verse la fotografía de Oskar Schwetz portando un anillo bastante peculiar.

Pablo abrazó la revista, cerró la cajuela, y en ese instante regresó con Aarón.

—¡Esto! Tienes que ver esto —insistió, y dejó caer la revista frente a los ojos de Aarón.

—No entiendo.

—Observa el anillo.

Aarón sujetó una lupa que tenía entre los papeles de la mesa, y con detenimiento la colocó justo sobre el anillo de Oskar.

Oskar Schwetz había sido nombrado uno de los hombres más ricos en el mundo. En aquella fotografía estaba vestido con un traje de millones de dólares, sentado en una silla que asemejaba un trono, y con una sonrisa bastante discreta y ambigua.

—Carajo… —murmuró Aarón.

—Es el mismo símbolo —remarcó Pablo.

—No solo eso… pareciera tener el mismo tamaño que el sello de la carta.

Pablo rebuscó entre los papeles y asió la carta para mirar una vez

más el sello de lacre.

—Si este hombre es quien sella las cartas, quiere decir que es como si estuviera fungiendo una función de líder dentro de la hermandad —concluyó Aarón.

—Es un empresario con mucho poder, y evidentemente dinero. Enfrentarse a él será como tratar de ganarle a un tiburón siendo apenas un pececillo.

—¿Eso te hará rendirte ahora?

Pablo sonrió con mesura, luego externó:

—Creo que no me conoces, Aarón.

—Me alegra escucharlo —sonrió con complicidad.

—Hay una cosa que observo aquí. Si Oskar forma parte de esto, seguramente muchos otros de gran poder están dentro… lo cual nos dice que aquellos rumores que se han ido formando con los años, son ciertos.

—Sí, hay gente de mucho poder involucrada en todo esto. Al parecer es una hermandad muy antigua. Años de estar asesinando chicas; generaciones enteras que seguramente pasaron por Los hijos del Sol. Es imposible tener un número exacto, y aun teniéndolo, quedan infinidad de cosas ocultas.

—Pero, ¿qué son las chicas para ellos? ¿Forman parte de una especie de retorcido juego? No las tienen solo un día bajo su dominio, son víctimas que muestran señas de haber estado sometidas a torturas durante semanas… algunas de ellas hasta meses, ¿por qué? ¿Cuál es el propósito?

Aarón caviló cada palabra de Pablo, mientras este sorbía un poco del whisky y continuaba analizando todo lo que iban recolectando.

—Alguna especie de iniciación o ritual, tal vez —añadió Aarón.

—Tendremos que empezar por los desaparecidos.

—¿Quiénes? —inquirió con extrañeza.

—Los que dices que parecen ser el gancho para las chicas.

—Podría conseguir la dirección de la familia de Paula Méndez, empezar por allí nos hará ganar tiempo.

—Bien, déjame ver qué otra información puedo obtener mediante los contactos que te dije.

—Tenemos que llegar a ese anillo —determinó Aarón.

—¿Hablas de Oskar?

—Sí… solo imagina las cosas terribles que ha hecho ese hombre. El hecho de que porte ese símbolo, y se engrandezca de ello, habla de cómo no tiene conciencia por todas las muertes de esas inocentes; las marcó como a animales… y las asesinó sin piedad.

Pablo sintió el resentimiento de Aarón ahogando la habitación y mermando cualquier indicio de piedad en él.

El hombre pasó saliva, y solo pudo decir:

—Aarón, recuerda, *la pluma es más poderosa que la espada*. Demuéstraselo a ellos.

12

Al entrar a la casa de Paula, Aarón recorrió con la mirada las fotografías que se encontraban en la sala, muchas de las cuales pertenecían a una Paula de corta edad, de rostro aniñado, dientes apiñados y mirada inocentona.

Dentro de la casa aún parecían guardarse los recuerdos de Paula. Algo podía percibirse en el entorno, un sentimiento difícil de entender, parecido a la desolación o quizá la melancolía.

Con una jarra llena de agua de jamaica, la señora Méndez llegó a la sala. Se quedó a poca distancia de Aarón y sirvió la bebida en dos vasos. Mientras Aarón continuaba apreciando las fotografías, la mujer se aproximó a él y le entregó uno de los vasos.

—Era preciosa, ¿no cree? —expresó la señora Méndez.

En la fotografía pegada a la pared, Paula se encontraba sosteniendo un reconocimiento por haber sido parte de la escolta de su primaria; tenía una coleta muy ajustada, con un moño que casi igualaba el tamaño de su cabeza.

Aarón se percató que la mujer no podía dejar de contemplar a su hija en aquella imagen, que solo había capturado los recuerdos para después dejarlos intactos en el tiempo.

—Lo siento mucho —expresó Aarón.

La señora Méndez bebió un poco de jamaica y luego dejó el vaso sobre una mesa junto al sillón.

—No han sido fáciles los años, pese al tiempo que pasa… aún siento que la veré entrar por esa puerta.

—Señora Méndez, estoy aquí porque quiero saber qué pasó con Paula. Quiero entender a partir de qué momento ella desapareció, y pienso que usted puede ayudarme.

—¿Por qué quiere saber eso? Sé que no es policía por el tipo de llamada que me hizo antes de venir a verme. Durante años traté con policías, quería que resolvieran el caso de mi hija… y usted no parece ser uno.

La mujer caminaba a paso lento de un rincón a otro. Aarón cruzó las manos tras su espalda y se quedó quieto justo bajo la fotografía de Paula.

—Es cierto, no soy policía, soy periodista. Y estoy interesado en los casos de todas las chicas aparecidas en la laguna.

—¿Por qué? ¿Por qué ahora? Han pasado muchos años, y sé que Paula no fue la única encontrada allí. ¿Por qué le interesa a usted todo esto?

—Porque creo que son casos que la policía ha dejado en el olvido, y

repercuten directamente sobre todos nosotros. Verá, yo también tengo una hija, y la amo más que a nada en este mundo. Quiero hacerlo por ella, y por todas aquellas víctimas que se quedaron sin voz.

—Señor Alarcón, no me crea tan ingenua. Usted sabe algo que yo ignoro, ¿acaso tiene información con respecto a mi hija?

Aarón se relamió los labios, sacó un periódico de su bolsillo y desdobló la sección en la que se encontraba su último artículo publicado para el diario El buscador.

—Puede leerlo si así lo desea.

La mujer frunció el ceño, y dudosa de tomar el periódico, permaneció inmóvil.

—No quiero saberlo. Lo que sea que haya ocurrido con Paula, prefiero dejarlo así. Hace mucho tiempo dejé de leer los diarios, dejé de cuestionarme, de culpar a Dios… sé que mi hija sufrió por días, pero prefiero no saber.

—Lo sé, por eso he cuidado las palabras que he escrito aquí. Lo único que he podido obtener de mis investigaciones son teorías con respecto a una especie de red que se lleva a las chicas.

—¿Red? Los policías no dijeron nada de eso.

—La policía se ha callado muchas cosas.

La señora Méndez se sentó en una silla mecedora, sus ojos se veían cansados al igual que su cuerpo entero.

—Paula está muerta… y nada va a regresarla a mí. Durante años mi esposo se obsesionó con encontrar al culpable, tiempo después enloqueció… él se suicidó hace dos años.

—Realmente lo lamento. Créame que yo solo quiero ayudar. Tal vez no desee saberlo, pero Paula no fue la única víctima de estas personas. Y si bien le dije que era una red… en realidad es más una especie de secta. No estoy seguro de muchas cosas aún, pero creo estar cerca de la verdad. Sin embargo, para ello… necesito de su ayuda.

La mujer le miró con los ojos anegados, suspiró profundamente, y luego habló.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Usted dio un testimonio hace un tiempo. Dijo que Paula conoció a una chica en el internado al que acudía. ¿Qué más sabe de esa joven?

—¿Por qué? —unió el entrecejo— ¿Cree que ella tenga relación con la muerte de Paula?

—No lo sé, señora. Solo es curioso que no haya más informes al respecto, solo su declaración. Nadie investigó más de esa amistad. En casos de este tipo, lo más normal es que se investiguen todos los vínculos cercanos a la víctima. Amigos, familia, etcétera. Solo llama mi atención que no se investigaran a más personas, y en especial a esa amiga tan cercana que dice usted que Paula tenía.

—Paula era algo cerrada, la verdad es que nos contaba muy poco de su vida. Durante un tiempo se le metió la idea de irse a estudiar a un internado en Ciudad Madero. Su padre decía que ella necesitaba su espacio, yo solo pensé que quizá quería alejarse de nosotros. Ese tiempo que estuvo allí, Paula se volvió más retraída, no siempre nos respondía las cartas, y cuando llamábamos al colegio, la que contestaba para darnos información era la directora, Paula casi nunca quería atender a nuestras llamadas… —dijo, haciendo una pausa; la mujer se quedó cavilando unos minutos, luego continuó:— Un día fui de visita, y la vi sentada junto a otra chica, muy bonita, por cierto. Tenía unos ojos enormes de color verde. Paula me dijo que era su amiga; yo no era tan tonta, ¿sabe? Creo que a mi hija le gustaba esa chica. La manera en la que la miraba, la cercanía que ambas tenían… era una amistad poco común. Pero yo amaba a mi hija… hubiera dado lo que fuese porque ella confiase en mí.

Aarón miró con atención a la mujer, respetando aquellos momentos en los que ésta se detenía, e imaginándose los escenarios dentro de su cabeza. Pinceladas trazando a Paula, sentada junto a la chica de ojos verdes, ambas compartiendo una charla, con las manos entrelazadas, vestidas con aquellos característicos uniformes de Santa Mónica.

—¿Sabe el nombre de la chica? —inquirió Aarón.

—No, nunca lo supe. Cuando Paula desapareció, la directora me negó toda información, alegó que no podía compartir datos personales de los estudiantes… pero yo creo que era más que eso.

—¿Por qué? —enserió.

—Siempre tuve la sospecha de que aquella amiga de Paula venía de una familia muy influyente.

—¿Qué le hizo pensar eso?

—Antes de desaparecer, Paula me dijo que pasaría las vacaciones con una amiga, nunca me dijo su nombre… solo recuerdo que se refirió a ella como *U*. Cuando las vacaciones finalizaron, no volví a saber nada de Paula. Me comuniqué al colegio, pero ellos dijeron que ella jamás volvió… fue cuando reporté su desaparición. La policía habló en una ocasión con esa chica, pero siempre la mantuvo en anonimato.

—En los reportes no hay nada acerca de la declaración de ella —aseguró Aarón.

En su mente recorrió todos los papeles que había leído, las declaraciones se repitieron una y otra vez dentro de su cabeza, mas ninguna coincidió con lo que en ese momento la señora Méndez estaba contando.

—No me sorprende, la policía no parecía querer agobiar a la chica. Aún la recuerdo, sentada en la dirección. La última vez que la vi fue a

través de una ventana. Su mirada… no podría olvidarla nunca, sentí escalofríos. Ella me sonrió cuando salió de la oficina, pasó de largo… y no volví a verla jamás.

—De ese interrogatorio, ¿la policía le dijo algo?

—No, solo empezaron a especular que quizá Paula se habría fugado con algún muchacho, fue indignante.

—¿Y qué sabe de esa chica?

—Nada, solo que sus padres la sacaron del internado días después de aquel interrogatorio.

Aarón respiró profundo, se recargó sobre el respaldo del sillón y echó un vistazo más a las fotografías de Paula. La sonrisa de la joven rodeaba el lugar del mismo modo en que el misterio de su muerte abrazaba a su dolida madre. En medio de recuerdos, de voces y de fantasmas del pasado, la señora Méndez sepultó sus palabras, y el silencio reinó entre ella y Aarón durante unos minutos.

Aquella tarde la señora Méndez invitó a Aarón a almorzar, ambos salieron al jardín y disfrutaron del agradable día.

El jardín de la señora Méndez estaba perfectamente cuidado. Tras sus pérdidas, la mujer había dedicado su tiempo a tener infinidad de plantas, incluso a la creación de un pequeño huerto, de donde cogió unos aguacates para acompañar el guiso que había hecho.

El viento sopló suavemente, y el sol se coló con delicadeza a través de los paneles que formaban parte del techo. Las sillas jardineras estaban recién pintadas de color menta, y justo a un lado de donde Aarón se había sentado, podía sentirse el aroma de los rosales.

Él prefirió no profundizar en el tema de Paula, sintiéndose conforme con lo que había obtenido de la primera charla. La señora Méndez, por el contrario, habló de Paula; sin embargo, en aquella ocasión las anécdotas no fueron nostálgicas. Las memorias que remontaron en el momento estuvieron llenas de los aspectos más significativos de Paula; recuerdos que enternecieron a Aarón, quien, sin interrumpir a la mujer, la dejó expresarse y sonreír, pues en más de una ocasión pudo notar que, quizá, la señora Méndez llevaba mucho tiempo sin poder hablar con alguien de todo aquello que era lo único que la hacía mantenerse aún con vida.

El internado de Santa Mónica era un edificio bastante antiguo, había estado funcionando desde inicios de los 80’s, por lo que la pintura grisácea ya estaba algo gastada. Había unos cuantos cúmulos de tierra junto a la entrada, debido a una construcción que había empezado a realizarse desde hacía poco.

Pablo Quintanar bajó de su vehículo, seguido de Aarón. Juntos, habían emprendido desde muy temprano el viaje rumbo a aquel apartado internado.

Caminaron hacia las instalaciones. Los alrededores eran bastante bonitos y estaban repletos de maleza que no dejaba ver más allá de los frondosos árboles.

—Espero nos den información. Hablé con la madre superiora, se escuchaba que deseaba colaborar —comentó Pablo.

—Ojalá sea así, la madre de Paula dice que no parecía querer decir mucho cuando la chica desapareció —aportó Aarón.

—Quizá la policía la intimidó.

Los dos hombres caminaron por el corredor, donde podía verse varios salones a los costados. En algunos se encontraban estudiantes tomando clases, quienes no dudaron en voltear a ver a sus visitantes.

El internado pocas veces recibía gente nueva, salvo a aquellas estudiantes que llegaban de vez en cuando.

Aarón y Pablo se dirigieron a la dirección, tocaron la puerta un par de veces, hasta que una voz cancina y femenina les respondió.

—Buenas tardes, madre Juliana… —saludó Aarón.

—Adelante… —dijo la mujer.

Los dos ingresaron a la habitación, y luego cerraron la puerta.

La oficina de la madre superiora Juliana olía a libros viejos, a humedad, y a aromas parecidos a la madera antigua.

Detrás de ella tenía un pequeño altar con un Cristo crucificado y una vela justo debajo de él, unos cuantos rosarios colgados y tres archiveros que rebosaban de carpetas y papeles.

—Tomen asiento, por favor.

Pablo fue el primero en sentarse y hacer crujir la silla. Segundos después, Aarón se dejó caer lentamente mientras miraba con curiosidad todo su entorno.

—¿Y bien? Me dijeron que querían hablar de Paula —inquirió la anciana.

Sus manos huesudas siguieron haciendo unas anotaciones, mientras esperaba a que alguno de los dos hombres empezase a hablar.

—Sí, madre. Antes que nada, le agradecemos su tiempo. Me imagino que durante meses la policía estuvo investigando este caso, seguro debe estar algo agobiada con todo ello, espero no le seamos de gran molestia —expresó Aarón.

—Algo así. Para ser sincera, la policía solo llegó a venir tres días… así que puede estar tranquilo, ¿señor…?

—Alarcón, mi nombre es Aarón Alarcón.

—Ya veo… entonces quien me llamó hace unos días fue, ¿usted? —señaló.

—Sí, yo, Pablo Quintanar —dijo moviendo la cabeza.

—Mucho gusto, señor Quintanar —sonrió con cierta falsedad.

—Bien, supongo que es importante empezar con esto, seguramente usted debe estar muy ocupada, así que…

Aarón fue interrumpido casi de inmediato, pese a estar viendo a la mujer escribir y escribir, creyendo que posiblemente los ignoraba. La anciana parecía estar prestando más atención de la mostrada.

—Sí, estoy algo ocupada. Ustedes disculparán, pero manejo un internado de más de cien señoritas, tengo que revisar que todo esté en orden.

—Lo sabemos —frunció los labios Aarón.

Ambos hombres intercambiaron miradas, el sonido del lápiz contra el papel comenzaba a causar tensión en el ambiente, aunado a ciertos silencios incómodos.

—¿Qué sabe acerca de la desaparición de Paula Méndez? —interrogó Aarón sin más.

La mujer dejó de escribir, suspiró y elevó la cabeza lentamente.

—No lo sé, simplemente después de las vacaciones no regresó. Una amiga suya dijo que se fue con un chico… y quizá tenga algo de cierto.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué piensa eso? —inquirió Aarón.

—Paula era una jovencita muy rebelde, todo el tiempo la reportaban las hermanas, por lo general se debía a su mala conducta, al hecho de que se saltara las clases… y pues, ella creía que no lo notábamos, pero fumaba mariguana constantemente.

—¿Tenían pruebas de ello? —siguió Pablo.

—Por supuesto, en más de una ocasión se le vio hacerlo, se solía esconder tras los baños…

—¿Ella sola? —abordó Aarón.

La madre superiora volvió a escribir en el papel, y sin mirarlos respondió:

—Con una amiga.

—¿Y qué hay de esa amiga? ¿Sigue aquí?

—¡Dios padre! Señor Alarcón, es usted muy curioso.

—Soy periodista, supongo que es algo normal en nosotros —intentó sonreír.

—La chica se llamaba Úrsula, y no, no sigue aquí. La policía la interrogó en dos ocasiones, los padres se cansaron, y terminaron por llevársela del instituto.

—Verá, madre. Sabemos muy poco de Úrsula, y es hasta ahora que podemos decir que ya tiene un nombre, la madre de Paula nunca supo de quién se trataba. Pienso que hablar con Úrsula sería importante, eso nos ayudaría a determinar que le sucedió a Paula.

—¿Y ustedes quieren que yo los contacte con Úrsula? —arqueó la ceja con una mirada suspicaz.

—¿Eso sería posible? —intervino Pablo.

—No, me temo que será mejor que no molesten a esa jovencita. La policía ya obtuvo de ella lo que necesitaba.

—Perdone la insistencia, pero, ¿a qué se debe que no podamos contactarla? —habló de nuevo Aarón.

La madre se levantó de su asiento, caminó alrededor del escritorio y sacó de un cajón una fotografía enmarcada. Se acercó a Aarón, e hizo entrega de ella.

—Ella era Paula, y la de su derecha… Úrsula.

En la fotografía se encontraban sentadas todas las compañeras de Paula; estaban vestidas con aquel uniforme gris, calcetas largas, zapatos negros y coleta alta. Algunas con mirada seria, y una que otra con una disimulada sonrisa.

Aarón observó todos los joviales rostros, identificó inmediatamente a Paula, y por fin le dio un rostro al nombre de Úrsula.

Pablo, por su parte, palideció, y permaneció en un gélido silencio.

—Yo preferí no intervenir y quedarme con la versión de Úrsula. No sé si Paula se fue con alguien, pero como le repito… la policía ya hizo lo que tenía que hacer.

—¿Quién es Úrsula? ¿Por qué le cree tanto? —insistió Aarón.

Pablo le miró con mesura; Aarón parecía estar cada vez más interesado en ahondar la verdad, pero la mujer se escabullía, y sus palabras vagas dejaban muchas preguntas sueltas en el aire.

—Señor Alarcón, creo que usted, mejor que nadie, sabe lo difícil que es manejar la verdad…. Le creí a Úrsula, porque muchas cosas dependían de ello —externó casi en un murmullo.

Aarón frunció el ceño sin poder comprender del todo. La mujer miró a la ventana y concluyó:

—Será mejor que se vayan, pueden llevarse la fotografía. Quizá les sirva de algo.

Pablo Quintanar se relamió los labios, pasó saliva nervioso, le dio las gracias, y después tiró de la solapa de Aarón (quien al parecer se había quedado adherido a la silla).

Cuando ambos salieron del internado, abordaron rápidamente el auto. Pablo se abrochó el cinturón de seguridad, y por algún motivo desconocido le temblaban las manos.

Aarón siguió observando con insistencia la fotografía de las alumnas de Santa Mónica. Detalló el rostro de Úrsula, tratando de encontrar las respuestas que se ocultaban en sus ojos.

—Quizá podríamos buscar a Úrsula mediante esta fotografía. Al menos ya tenemos un rostro —externó Aarón.

—Es la hija del procurador… —habló Pablo.

Sus manos estaban heladas, y sostenían con fuerza el volante. Sus labios temblaron apenas pronunció aquello, y Aarón lo miró incrédulo.

—¿Cómo lo sabes?

La mandíbula de Pablo se trabó al tratar de responder, por lo que lentamente comenzó a recuperar el habla.

—Conozco al procurador… he visto a su hija un par de veces… y creo que empiezo a recordar más cosas.

—¿Cosas? ¿A qué te refieres?

—Bien, en ese tiempo no le presté atención a ese detalle… pero, últimamente estuve pensando y… yo ya había visto ese símbolo no solo en el anillo de Oskar, sino que el procurador lo tenía grabado en un cenicero que estaba en el estudio de su casa.

—¿Qué? Entonces… él también sabe de todo esto —concluyó Aarón.

Pablo caviló, y luego añadió:

—Al parecer es un miembro más. Por eso protegieron tanto a Úrsula… ahora todo encaja, ¿no crees?

Aarón se sintió incapaz de dar una respuesta. Pablo puso en marcha el auto, y pronto dejaron detrás el internado de Santa Mónica.

13

—Me alegra que hayas podido venir —dijo Fernanda en cuanto vio a Aarón.

Aquella mañana había decido visitarla, tras la breve charla de la noche anterior.

—Sentí que era importante hablar en persona.

—Claro… —hizo una pausa tras notar la seriedad en éste— ¿Estás bien?

Aarón suspiró, caminó hacia el interior de la casa y comenzó a divagar un poco. Las pinturas de Itsván habían desaparecido, al igual que todas las demás pertenencias que durante un tiempo, habían adornado la casa a gusto personal del hombre.

Aarón había conocido por mucho tiempo a Fernanda, por lo cual el toque de ella en aquella casa le fue reconocible. Los colores, la decoración llena de flores, todo ello le daba un toque distinto al ambiente que incluso conseguía borrar aquel incidente que, a ratos, eclipsaba la calidez de la mansión.

—Convertí la alcoba en mi taller de pintura —comentó la mujer, tras ver a Aarón apreciando el lugar.

—Ah, ¿sí?

—La verdad, desde lo que pasó en ese lugar… no podía dormir allí. Preferí mudarme a la habitación de huéspedes. Después de regresar de casa de mis padres, empecé a hacerle cambios a este sitio. Al inicio pretendía venderlo, pero después… solo pensé en que lo mejor era conservarlo.

—Supongo que es bueno que pudieras rescatar el lado bueno de este lugar. La verdad es que es impresionante… y a ti siempre te gustó pintar, así que es bueno saber que volviste a ello —sonrió.

—Me gustaría enseñarte unas pinturas, ¿me sigues?

Aarón asintió con la cabeza y caminó tras ella. Fernanda subió las escaleras, la inmensidad de éstas era impresionante. Aunque la casa en sí era un sitio que dejaba a más de uno totalmente extasiado.

Tras recorrer los pasillos blancos y relucientes, llegaron a la alcoba que una vez estuvo profanada con la sangre de Itsván. Fernanda abrió la puerta, y tras ella Aarón se encontró con un sitio lleno de armonía, donde varios cuadros se hallaban acomodados por doquier, haciendo juego con una amplia mesa llena de pinturas de óleo, pinceles y paletas de colores.

—Sigo trabajando en esta… —dijo Fernanda, a la vez que se acercaba al caballete, donde reposaba un cuadro con ciertos trazos de algo que aparentaba ser una mujer desnuda descansando sobre una

roca.

—¡Impresionante! —expresó Aarón.

—Bienvenido a mi sitio de paz —comentó con una amplia sonrisa.

—Había olvidado lo talentosa que eras… —murmuró mientras recorría todo el espacio.

Aarón se fue dispersando entre los colores y efectos que estos provocaron en su cabeza. Se fue sumergiendo en el aroma de las pinturas, y en el forro de los lienzos, justo al momento en que sus dedos rozaban la superficie de la pintura de una mujer abrazándose a sí misma.

—Son increíbles, Fernanda. ¿Has pensado en llevarlos a alguna exhibición?

—Honestamente no, creo que solo prefiero pintar para mí. Y para ser sincera, no creo que pudieran entender el significado que tienen.

La mirada de ella se perdió, pero no en sus pinturas ni en la luz que iluminaba a través de las ventanas, sino en el rostro de Aarón, quien perfilándose junto al rayo del sol que apenas se escabullía por la cortina de gasa, podía dejar ver un aspecto más jovial y menos cansado, lo cual hizo recordar a Fernanda la primera vez que lo había visto en aquella cafetería.

Fernanda se humedeció los labios, pasó saliva y luego habló:

—¿Qué querías decirme anoche?

—¿Anoche? —inquirió confundido, como si no terminara de conectarse a la realidad.

—Sí, anoche llamaste. Dijiste que querías verme, era algo importante, supongo.

El hombre sacudió los colores y las figuras que rodeaban su mente, y entonces recordó la razón por la cual había ido hasta ese lugar.

—Sí… —se mordió los labios, se recargó contra un banquillo de madera, y luego siguió hablando:— Estos días he estado trabajando con otro periodista... y pues... he descubierto unas cosas que considero importante que sepas.

Fernanda caminó hacia el dispensador de agua, cogió dos vasos y los llenó uno a uno.

—¿Y bien? ¿De qué se trata? —preguntó, y acto seguido bebió un trago de agua.

Aarón sujetó uno de los vasos, recorrió con el dedo índice el borde de éste, mientras pensaba en cómo comenzar.

—¿Aarón? ¿Qué sucede? ¿Tu familia está bien?

—Sí… ellas están bien. Hablé con Samanta ayer, y todo parece estar en orden.

—¿Entonces? —frunció el ceño.

—Estuve trabajando con Pablo Quintanar hace unos días.

—¿Pablo Quintanar? ¿El dueño del diario El Mundo? Ese hombre

es demasiado amarillista.

—Tal vez, aunque últimamente parece tener un interés positivo en todo esto.

—¿A qué te refieres?

—Que, a diferencia de otras veces, está tomando una actitud colaboradora.

—¿Confías en él?

—Si te soy sincero, no confío ya en nadie. Solo quiero que esto acabe de una buena vez.

—¿Y entonces? ¿Qué averiguaste?

—Es acerca del símbolo, el mismo de la carta, el de los tatuajes de las chicas… —Aarón se detuvo, pensando y analizando cómo podría continuar abordando el tema.

Las ansias se acrecentaron en Fernanda, quien sin más insistió.

—¿Qué con eso?

—Oskar porta ese símbolo en el anillo que tiene.

—¿Qué? —inquirió con el rostro pasmado.

—Lo vi en una revista que Pablo me enseñó. Aún no sé que signifique el símbolo, aunque supongo que tiene una clara relación con el nombre de la hermandad. Pensé que tendrías que saberlo… sé que aún mantienes contacto con él, y es importante que tengas cuidado.

Fernanda se dejó caer sobre un banquillo a pocos metros de Aarón, apoyó el vaso fuertemente contra la mesa donde reposaban sus pinturas, y luego se mesó el cabello.

—¿Qué carajo? Yo sabía que había algo raro en él, pero no quería verlo… quise pensar que solo era cosa mía.

—Fer… lo siento, pero si lo pensamos bien, el sujeto era amigo de Itsván, supongo que algo debían tener en común.

—¡Son unos malditos enfermos! Eso tienen en común.

Fernanda se levantó del asiento, y comenzó a caminar nerviosa por todo el estudio.

—Me invitó a cenar con él —externó furiosa.

—¿Qué? ¿Oskar?

—Sí, el maldito tipejo eso hizo. Apenas ayer me llamó, me dijo que quería que me distrajera… y ahora no sé qué mierda pretende.

—¿Aceptaste salir con él?

—Le dije que hoy iba a confirmarle, y ahora pienso que quizá no sea tan mala idea.

—Fernanda, no puedes involucrarte con él. Es un sujeto peligroso, creo que todo lo que sé de él ahora me hace darme cuenta hasta donde es capaz de llegar.

—Quizá sea la única manera de poder llegar a él, y a toda esa maldita gente que está dentro de la hermandad. Solo piensa, que tal si

me invita a unirme a ellos, podría obtener información de todos los miembros.

Aarón abrió los ojos en grande, y pese a que la idea podía haberle parecido buena, el riesgo era tal, que prefería mantener al margen de todo a Fernanda.

—¡Jamás! Podrías correr peligro allí dentro. Si se enteran de que me conoces, y que solo estás con ellos para filtrarme información, podrían asesinarte.

—¿Entonces qué sugieres?

—Llévame a él.

La mujer plegó la frente con extrañeza, no podía entender las palabras claves de Aarón, le resultaban confusas. Pese a ello, quería ayudarlo y llegar con él al fondo de todo.

—¿Cómo?

—Ve a la cena con él, y dile que conoces a una persona que quiere hacerle una entrevista. Entonces, iré yo y veré qué puedo obtener.

—¿Y eso no sería como entregarte a una manada de lobos? ¡Estás loco, Aarón!

—Sería de mayor riesgo que tú estés allí.

—Aarón, toda mi vida he tratado con esa gente, sé como moverme entre tiburones… no necesito protección.

Aarón dejó los labios entreabiertos, asintió con la cabeza, y por un instante aquellas palabras le hicieron recordar los dolorosos momentos que ambos habían vivido tras separarse. Heridas que creía cerradas, pero parecían solo estar sepultadas, se abrieron por las palabras de Fernanda, que se convirtieron en la torrencial lluvia que deslavó la tierra que las cubría.

—Te conseguiré la entrevista. Él hará una fiesta dentro de una semana, es su cumpleaños, seguro irá muchísima gente. Ese podría ser el momento.

Tras notar la seriedad de Aarón, comenzó a suavizar el tono de su voz.

—Bien. Supongo que tendré que conseguirme un traje —dijo tratando de bromear.

Fernanda sonrió, y pronto la tensión se dispersó hasta desaparecer del ambiente.

Pasadas las horas, la noche no tardó en caer. Fernanda sirvió dos copas de vodka, y entregó una a Aarón. Ambos habían pasado la tarde en el estudio, recordando viejos tiempos que alguna vez compartieron.

Fernanda se quitó los zapatos y se sentó junto a la ventana, sobre un cojín que había dejado en el suelo. Aarón por su parte, trató de acomodarse un par de veces más en el banquillo que, con el pasar del tiempo, había comenzado a sentirse rígido e incómodo.

—¿Aún recuerdas ese día en la cafetería? —curioseó Fernanda.

—Cómo olvidarlo… es toda una historia —añadió él.

—¿Sabes? Aunque te sea difícil de creer, mi madre llegó a preguntar por ti un par de veces.

—Ah, ¿sí? —arqueó la ceja con interés.

—Sí, pienso que incluso llegó a sentir más curiosidad por ti, que yo misma. Ya sabes, después de que… termináramos.

—¿Termináramos? No recuerdo esa parte de la historia.

—¿Y qué recuerdas?

—No lo sé, un día simplemente desapareciste.

Fernanda se mordió los labios, y Aarón bebió un poco de vodka.

—Lo siento… —dijo ella en tono bajo.

—Descuida. No hay nada que disculpar.

Un rastro de melancolía se dibujó en la mirada de Fernanda, y aunque Aarón lo notó, pareció querer ignorarlo.

—¿No quieres sentarte aquí? —preguntó la mujer mientras palmeaba el otro extremo del cojín.

Aarón sonrió avergonzado ante tal hecho, que por un momento le pareció ser un inocente coqueteo.

Fernanda, con unas copas de más, ya había comenzado a decir una serie de incongruencias y a reírse por cualquier estupidez. Aarón había tratado de controlarse un poco más, sin embargo, el alcohol no tardó en surtir efecto.

Aarón se sentó junto a Fernanda, y un poco de vodka se derramó de la copa.

—Lo siento... —dijo entre risas.

—No pasa nada —expresó, riendo de forma exagerada—. Vaya... Cómo pasan los años, juraría que ya te estoy viendo unas cuantas canas.

Los dedos de Fernanda se introdujeron lentamente entre los cabellos de Aarón. Los ojos de él comenzaron a cerrarse de manera apacible, y una lucha por mantenerse lúcido dio inicio.

Fernanda aproximó sus labios a los de Aarón; el cuerpo de él se puso rígido, sin embargo, no opuso resistencia alguna a los besos de ella.

—Solo relájate… —susurró la mujer.

Lentamente el alcohol de sus labios se fue mezclando, sus lenguas se enredaron como si fueran una sola, y sin esperar más, dejaron que el tiempo los embriagara con el pasado. Los recuerdos se hicieron cada vez más vividos, la pasión incendió la habitación, y en solo cuestión de minutos ambos terminaron por deshacerse de sus ropas.

Aarón devoró los labios de Fernanda, apenas podía fragmentar la realidad de aquella fantasía que estaba viviendo. Cada parte en el cuerpo de ella tenía distintos colores al tacto. La música de su

alrededor se pintó como en un lienzo oscuro, y él continuó besándola como si aquella noche fuese la última de sus vidas.

Fernanda abrió los ojos cuando él la penetró, y juntos se unieron como una sola alma danzando en la habitación. Sus cuerpos desnudos se movían al ritmo de los sonidos del viento, y de la música suave que había empezado a sonar en la radio. Una explosión hizo que terminaran uno contra el otro, sus frentes se tocaron, cerraron los ojos, y se dejaron llevar por la luz de la luna que entraba por la ventana.

A la mañana siguiente, Aarón se había ido, dejando una nota sobre la mesa de pinturas.

Fernanda envolvió su cuerpo desnudo con una sábana, cogió la nota y leyó:

«Ojalá nunca te hubieras ido».

Nadie más que ella podría haber sabido lo que aquel escrito significaba.

Aarón llegó a casa, hizo una llamada a Tijuana, y en cuanto Samanta respondió, la voz de él pareció quebrarse.

—Hola… —saludó ella.

—Hola… —respondió él.

—¿Cómo está todo allá?

—No lo sé, complicado, supongo —la culpa comenzó a ocupar su sitio, sentada como una pequeña persona sobre su hombro derecho.

—Espero volver pronto. Vale te extraña, y yo también.

—Yo también las extraño.

El silencio entre los dos se convirtió en una brecha en su relación. Aarón respiró profundo, y poco antes de finalizar con la llamada, dijo:

—Te amo, Sam. Lamento todo esto.

—Yo también te amo —respondió extrañada. —¿Seguro que todo está bien?

—Sí, solo abraza a Valeria de mi parte.

—Lo haré, lo hago todos los días.

—Lo sé. Siempre has sido una grandiosa madre.

—Gracias.

—Debo revisar un par de cosas, hablamos más tarde.

Aarón cortó la llamada, y se dejó caer rendido a los pies del sillón. En cuanto comenzó a sollozar, el dolor se esparció por todo su cuerpo, un dolor que nada conseguiría calmar. Un dolor que la traición y la mentira, terminarían por convertir en su calvario.

14

La bala surcó el aire hasta llegar a la diana; las aves revolotearon asustadas, dejando como sombra de su presencia a las hojas de los árboles meciéndose.

César continuó lanzando disparos a las demás dianas del campo de tiro. Con precisión y total concentración, el chico mantuvo el ceño fruncido y un ojo cerrado; centró el punto de impacto de la bala una vez más, y entonces disparó.

Después de una hora de arduo entrenamiento, César no había fallado a un solo disparo, era en exceso metódico y calculador.

—¡Buen tiro! —aplaudió su padre.

César se dio vuelta, y quitándose una de las guanteletas que solía usar para su entrenamiento, saludó con un apretón a su padre.

—Llegaste temprano… —comentó.

—La junta terminó pronto, pensé que se prolongaría.

—¿Y bien? ¿Qué te parece? —preguntó, y justo en ese momento, mostró a su padre todas las dianas atravesadas por las balas.

—Veo que has progresado.

—De eso se trata, ¿no? —sonrió con arrogancia.

—Me siento orgulloso de ti, me has demostrado muchas cosas en tan poco tiempo. Me siento tranquilo al saber que las empresas estarán a tu cargo, y quizá podrías seguir mis pasos dentro de la política, sin duda alguna te será útil.

—Posiblemente, te agradezco que confíes en mí.

—No solo yo, todos confiamos en ti. Es por ello que, me han informado que te deje a cargo de un pendiente.

—¿De qué se trata?

Aleksei Martin observó con curiosidad el rostro de su hijo, se pensó unos minutos lo que diría, y finalmente externó:

—Nunca sé lo que estás pensando.

César presionó los labios en una sonrisa que resultó burlesca e intrigante.

—¿Y eso te preocupa, padre?

—No, creo que es bueno que sepas ocultar tus pensamientos. Las emociones suelen ser lo primero que delata a una persona, es lo que la hace vulnerable. En ti nunca sé nada de eso. Quizás algún día puedas llegar a ser el gran maestro de Los hijos del Sol.

—No nos adelantemos, padre.

—Correcto. Pero bien, continuando con lo anterior… tengo algo para ti.

—¿Qué es?

—Sabes que siempre nos hemos entregado a nuestras creencias, que hemos protegido nuestras ideas por encima de quien sea… aunque muchas veces eso nos lleve a tomar decisiones difíciles. Es por ello que, debemos defender todo de aquellos que amenacen con destruir nuestra hermandad.

—¿Es por el periodista?

—¿Qué sabes de eso?

—En la reunión de hace unos días escuché que lo mencionaba el procurador. Creí que después de la muerte de su familiar, el sujeto por fin entendería.

—Pues al parecer no le ha quedado claro todavía, y cada vez se acerca más a nosotros.

—Pero somos más fuertes que él.

—Cierto, mas no nos vamos a exponer.

—Entonces… supongo que, a los hermanos les apetece otro regalo —dijo de tal forma que el tono de su voz generó un ambiente escalofriante.

Aleksei podía entender cada aspecto de la conversación, la clave en aquellas palabras; solo Los hijos del Sol podrían descifrarlas. Era algo que en más de una ocasión se había hecho, para advertir a aquellos curiosos que deseaban ver al sol más de cerca.

—Posiblemente sería el mejor regalo de todos. ¿Qué tan capaz te sientes de poder conseguirlo?

—¿Qué edad tiene?

Aleksei extrajo una fotografía de su bolsillo, y posteriormente se la entregó a su hijo.

—Seis años. Se llama Valeria, y es la hija de Aarón Alarcón.

En la imagen podía verse el rostro de la pequeña niña durmiendo, una clara toma que había sido hecha en el aeropuerto. Aquel día, pese a creer que estaban solos, a lo lejos mientras se despedía Aarón de su familia, alguien los observaba, capturando cada momento con una cámara.

—Interesante. ¿Qué es lo que quieren exactamente?

—Es solo una advertencia para Aarón, solo queremos que nos deje continuar con nuestras ceremonias y que deje de estar husmeando por allí.

La frialdad en la voz de Aleksei hacía pensar que solo se trataba de una charla trivial. Era algo tan natural en ellos cometer tales actos, que era fácil confundir su charla con una plática sofisticada que se hubiese dado en una cafetería.

—Sé que no te había tocado hacer algo así, pero… yo te propuse, porque sé que puedo confiar en ti.

César levantó el arma, y sin más, disparó en dirección a una distraída paloma que se encontraba parada sobre una de las dianas.

Tras el seco impacto, la paloma cayó muerta, y la sangre fue brotando de su cuerpo, machando su blanco y suave plumaje.

Aleksei le sonrió, y en la sombría mirada de su hijo, se dibujó la muerte como algo sublime.

—Lo haré, padre.

—Sé que así será.

15

Tijuana, 27 de marzo del 2000

Aquella tarde de marzo la calidez de la brisa se escabulló entre los árboles, y los destellos del sol iluminaron las hojas otorgándoles un brillo muy particular.

Unas cuantas personas se encontraban en aquel pequeño parque, al norte de la ciudad, entre las cuales podía verse a un hombre regordete y solitario leyendo el periódico, un niño comiendo un helado sujetando la mano de su madre, una mujer paseando a su pequeño en una carriola, y un padre, aparentemente soltero, meciendo a su hija en uno de los columpios. Y claro, como no podía faltar, la típica pareja sentada en la banca del final besándose y tocándose discretamente.

Valeria corrió tras su colorida pelota; su madre se encontraba sentada junto a su tía Olga, quien, a muy temprana edad, se había mudado a Tijuana para forjarse camino en la vida.

Vale dio varios brincos, cogió la pelota, la lanzó hacia arriba y volvió a correr tras de ella.

—¡Vale! ¡Ten cuidado, no vayas tan deprisa! ¡Podrías tropezar! —exclamó Samanta.

—Tranquila, déjala divertirse, después de todo no había salido de la casa.

—Lo sé… y no sabes cómo me siento con eso.

—¿Con qué? —arqueó la ceja, y sin más, sacó unos cigarrillos del bolsillo de su pantalón.

Samanta al ver eso, hizo una expresión de desagrado, y comentó:

—Sabes que detesto que fumes.

—Eh… lo siento, *chula*. A mí me gusta —sonrió, y procedió a encender el cigarrillo.

—Me refería a que no me gusta tener a Valeria tanto tiempo encerrada. Ella necesita salir, y sin duda volver a la escuela; hace unos días hablé con su profesora, no sé cuanto más vayan a esperarla.

—¿Y entonces? Ya deberían regresar, digo, no me molesta tenerlas viviendo conmigo, pero… ¿en qué rayos está metido tu marido?

—Es complicado… —dijo mirando hacia el vacío.

—Entonces está metido en un lío muy gordo, ¿ah? —expresó con una sonrisa irónica.

Samanta se relamió los labios, se mordió el dedo pulgar, y continuó mirando a Valeria correr por todos lados.

—¿Ella ha preguntado? —inquirió Olga señalando con los ojos a la pequeña Valeria.

—Sí, todas las noches. Me pregunta cuándo regresaremos a casa

con su padre, y es algo de lo que no estoy segura.

—Pues, es hora de que hables con él de nuevo. Tienes que decirle, no pueden permanecer escondidas de por vida.

—Lo sé, pero también sé que lo hace por protegernos.

—Yo te lo advertí, te dije que su trabajo tarde o temprano te metería en líos. Así son los periodistas, de pronto salen de la universidad, empiezan a trabajar, y les gana la ambición por escribir cosas más y más arriesgadas.

—Aarón no es así. Él no es ambicioso.

—Y entonces, ¿por qué estás aquí? No creo que haya publicado un reportaje acerca de gatitos, ¿verdad?

Samanta permaneció en silencio. Olga aspiró el cigarrillo una vez más, y expulsó el humo de su boca hacia arriba.

Del otro lado del parque se encontraba Valeria, quien se había alejado varios metros de donde se hallaba su madre. Hizo rebotar la pelota tan alto, que pronto la perdió de vista, hasta que un destello llegó a sus ojos.

Detrás de uno de los árboles de aquella pequeña arboleda que rodeaba el parque se encontraba la colorida pelota. Valeria se aproximó, y sin querer hizo crujir unas cuantas ramas secas que se hallaban en el suelo.

La niña miró hacia atrás, y pudo percatarse de que su madre seguía charlando con su tía. Se fue introduciendo aún más al boscoso lugar, y llegó justo al sitio donde se encontraba la pelota; se inclinó para recogerla, mas alguien pronto le ganó en el acto.

—¿Es tuya? —preguntó un joven de gafas oscuras y sonrisa enigmática.

—Ajá—balbuceó nerviosa la niña.

—No quise asustarte, lo siento. Es solo que quería decirte algo importante.

Valeria le miró desconcertada, a lo que el joven le extendió la pelota.

—Aquí tienes, Valeria.

—¿Cómo sabes mi nombre? —frunció el ceño.

—Tu padre me lo dijo.

—¿Mi padre?

—Sí, somos amigos, Vale.

—¿Amigos? ¿Conoces a papá?

—¡Oh! Por supuesto que sí, de hecho, él me envió por ti.

—¿Por mí?

—Sí, me dijo que te extraña y que quiere que te lleve con él.

La pequeña niña, con cierta desconfianza, plegó la frente y abrazó la pelota con fuerza.

—Mamá dice que no debo hablar con extraños.

—Pero yo no soy ningún extraño. Me llamo César, y soy amigo de tu padre, él se llama Aarón, ¿no es así?

La blanca dentadura del muchacho resplandeció desafiantemente en una sonrisa.

Valeria retrocedió unos pasos, haciendo crujir un par de ramas más.

—Vamos, Vale, no te haré daño. Es más, sé que te gustan los dulces y *Baby Sinclair*, y por eso te he traído una sorpresa.

César sacó del bolsillo de su saco varios caramelos de chocolate con envoltorios de la familia de dinosaurios (Sinclair), los cuales mostró a Valeria en la palma de su mano.

Valeria echó un vistazo al sitio donde se encontraba su madre, quien había agachado la cabeza para ocultar su rostro lleno de lágrimas. Su tía Olga parecía estarla regañando, aunque poco podría entender Valeria de aquella conversación.

—Tu madre ya lo sabe, no se enojará contigo.

La niña lo miró con recelo; sin embargo, los dulces pronto parecieron convertirse en una apetitosa carnada, mientras ella jugaba el rol del inofensivo pececillo perdido en la inmensidad del lago.

—Quiero ver a papá.

—Entonces no hay tiempo que perder.

—Pero… ¿mamá irá?

—Sí, solo que ella llegará después, todavía no ha terminado de hablar con tu tía.

Valeria asintió con la cabeza. César le extendió la mano, y sin más, la niña lo sujetó.

Rápidamente ambos desaparecieron del lugar, dejando como huella un aciago vacío lleno incertidumbre.

16

Altamira, Tamaulipas, 27 de marzo del 2000

Aquella mañana de marzo, Aarón Alarcón aparcó su vehículo en el estacionamiento subterráneo del hotel The Tree House. Se quedó unos minutos dentro del auto, contemplando la cámara que sostenía entre manos, como si deseara aferrarse a algo totalmente metafórico y etéreo. Estaba nervioso, tenía los dedos helados y entumecidos, y podía sentir algunas gotas de sudor corriendo por detrás de sus orejas. Quizá solo se trataba de ansiedad, o quizás era algo más complejo que eso.

Aarón recordó varias entrevistas que anteriormente en su vida como periodista había realizado, entrevistas difíciles, con preguntas incómodas y complejas; algunas de ellas, hechas a personas del medio político, personas que pocas veces respondían con la verdad, y que en más de una ocasión solían evadir todo mediante respuestas largas y nada precisas. Pese a ello, ninguna de las entrevistas que divagaron por su mente pudo hacerlo sentir como aquella mañana. Una cosa en su interior parecía querer advertirle que algo grande sucedería. Sabía que era la primera vez que afrontaría una situación como esa, y era consciente de quién era Oskar.

Aarón suspiró profundamente, sujetó la grabadora de voz, la guardó dentro de su bolsillo, y sin más, salió del vehículo.

Avanzó por el estacionamiento, se percató de la cantidad de vehículos lujosos que se hallaban allí, era de imaginarse que la mayoría de éstos posiblemente pertenecían a los invitados del evento.

Cada paso que daba era decidido, sin embargo, los nervios se acrecentaron más y más. Aarón se detuvo un segundo frente a las escaleras que lo llevarían al salón del evento, y volvió a respirar profundamente. Era el momento preciso para continuar, quería la verdad, y la tendría frente a él en tan solo unos momentos más.

Por un instante, el estacionamiento pareció oscurecerse lentamente, parte por parte, hasta dejar a Aarón como un punto rojo encendido en medio de la oscuridad. Mas todo eso solo había sido producto de la mente de Aarón, un juego perverso que había sido originado por su mismo temor.

El hombre se sostuvo firmemente sobre sus piernas, y con decisión, subió los escalones uno a uno. Los segundos parecieron horas; solo deseaba llegar, encontrar a Oskar y acabar de una vez por todas con aquella agobiante situación.

Cuando Aarón llegó al siguiente piso, se encontró con dos enormes puertas que se abrían de par en par. A cada lado podía verse a

miembros del comité de bienvenida, vestidos de trajes color caoba, con sonrisas forzadas, tratando de parecer exageradamente amistosos, recibiendo a todos los invitados y guiándolos al salón principal, donde el banquete, la orquesta y las costosas decoraciones eran el atractivo principal del lugar.

—Bienvenido, señor…

Hizo una alargada pausa, aquel hombre de cabello castaño y traje caoba, quien, deteniendo a Aarón justo en la entrada, había puesto con discreción una mano frente a él, esperando que éste le diese su nombre.

—Aarón, soy Aarón Alarcón. Vengo como invitado especial, cubriré la nota del cumpleaños del señor Oskar Schwetz para el diario El Mundo.

—¿Diario El Mundo? —arqueó una ceja.

Aarón asintió con la cabeza. Por un momento pensó en las ironías de la vida, y en como había terminado en aquel sitio, parado en el mismo lugar donde se encontraba Oskar, que aun sin haberlo visto de frente, ya podía estar respirando el mismo aire que éste. Aunado al nombre que había dado de referencia, del diario que tanto había repudiado, de quien justamente Pablo Quintanar era el dueño.

—Si me permite, revisaré la lista. Como comprenderá, se trata de una fiesta privada —comentó con una falsa sonrisa.

—Adelante.

El hombre del traje caoba se dio vuelta, y cogió una tabla con los nombres de los invitados, que se hallaba justo en una pequeña mesa junto a la entrada. Echó un vistazo hoja por hoja, y mientras esto sucedía, Fernanda se aproximó a la entrada, y tras ver a Aarón, se acercó apresuradamente.

—¡Que bueno que llegaste! —exclamó la mujer.

—Hola, lamento la demora —expresó Aarón tratando de parecer casualmente apenado.

—¿Usted lo conoce? —indagó el hombre de traje.

—Por supuesto, es invitado mío. Yo me haré cargo.

—Está bien, adelante, señor Alarcón.

Aarón asintió con la cabeza y caminó junto a Fernanda por un ancho corredor alfombrado.

—Lamento que te detuvieran en la entrada, esa gente suele ser muy pesada —dijo Fernanda.

—Está bien, supongo que solo están haciendo su trabajo.

—¿Estás bien? —preguntó tras detenerse frente a otra puerta.

—Sí… algo nervioso. Para serte franco, esto no me será fácil. No sabiendo lo que sé… —se relamió los labios.

—Te entiendo, tener que saludar a Oskar de beso, después de haber visto ese vídeo… lo de la chica… fue algo asqueroso. Pero tengo

que fingir.

—Lo sé, yo tendré que hacerlo ahora.

Ambos se miraron seguros de lo que harían, entendiendo que no habría marcha atrás.

Fernanda abrió la puerta, y poco después entraron al salón principal.

El eco del teléfono llenó la casa vacía del apartamento de Aarón; su sonido se hizo repetitivo en una llamada insistente. Era un grito desesperado de Samanta por contactar con su esposo; sin embargo, todo intento resultó inútil.

Los minutos eran cruciales. El pecho de la mujer estaba comprimido; sus manos teclearon una y otra vez los números, hasta que finalmente se dio por vencida tras no recibir respuesta alguna. Dejó su rostro tocando la bocina del teléfono por un instante, se frotó la frente, sintió como su corazón se aceleraba, y en su interior se ahogaba la desesperación de no poder encontrar a su hija.

—¿Qué sucede? ¿Ya contestó? —inquirió Olga de manera apresurada.

Samanta, sin conseguir responder, únicamente movió la cabeza de lado a lado.

Olga sujetó su bolso, y arrojó sus llaves dentro, guardó unos cuantos papeles y se aproximó a la puerta.

—Entonces hay que irnos, no podemos dejar pasar más tiempo. Necesitamos denunciar su desaparición ya.

—Tengo tanto miedo… todo esto está mal.

—Samanta, tienes que enfocarte. No puedes sentarte a llorarle a Valeria sin antes hacer algo al respecto. Me dijiste que Aarón está metido en algo… ¿qué es exactamente ese *algo*? Suéltalo de una vez.

Samanta la miró con los ojos llorosos, se relamió los labios, y prosiguió:

—Es difícil decirlo… no sé cómo empezar. Pero tiene que ver con la muerte de nuestro hermano.

—¿Qué? —frunció el ceño— ¿Todo esto tiene relación con Andrés?

—Solo una parte, Andrés se involucró de más en los asuntos de Aarón… al parecer encontraron un vídeo de una chica siendo asesinada… además de fotografías que involucraban a otras víctimas.

—Mierda… —musitó.

—No sé tanto al respecto, solo lo que escuchaba que ellos comentaban. Entre otras cosas, las notas que Aarón escribió para el periódico en el cual trabajaba.

—¿Qué notas?

El rostro de Olga se fue empalideciendo conforme Samanta continuó hablando. Cada palabra se convirtió en una mancha de

sangre, que pronto tiñó por completo la vida de todos.

—Las chicas al parecer fueron asesinadas por una especie de secta o hermandad, no lo sé. Solo sé que hay gente muy poderosa involucrada en todo esto. No sé que tanto sepa Aarón, pero eso ya le ha costado la vida a alguien… cuando supe de la muerte de Andrés… te juro que traté de parar la situación pero, Aarón… él ya estaba muy involucrado en todo… no había forma de retroceder —la voz de Samanta se cortó, las lágrimas la inundaron por dentro impidiendo que siguiese hablando.

—Samanta, ¿estás consciente de todo esto que me estás diciendo?

—Sí.

—¡Carajo! ¿En qué mierda pensaba tu marido cuando los metió en este lío? Es decir, sabiendo esto, podrías deducir que las personas que se llevaron a Valeria son gente que está directamente relacionada a la muerte de esas chicas… Aarón es un imbécil, ¿qué no se pensó los riesgos en los que se estaba enredando?

—No lo sé, solo quiero volver a ver a mi pequeña. Y espero que no tenga nada que ver esa gente con su desaparición.

—Bien, eso no lo sabremos si seguimos aquí. Vamos ya.

—Aarón no contesta.

—¡Al carajo con Aarón! Tenemos que movernos ya.

Olga abrió la puerta de la residencia, acto seguido, Samanta le siguió cabizbaja, con el rostro consternado y las lágrimas llenándole los ojos.

Cuando Oskar ingresó al salón, la mirada de Aarón se clavó en el hombre. Era la primera vez que lo tendría de frente. Su aspecto resultaba más intimidante en persona que en fotografías, y no era porque Oskar fuese un hombre de gran tamaño y corpulencia, simplemente eran sus profundos ojos, desafiantes y carentes de emoción de alguna, como si no tuviese alma.

Fernanda sujetó del brazo a Aarón, y de manera gentil y elegante lo condujo hasta Oskar, y una vez frente a él, dijo:

—Señor Schwetz, le presento a Aarón Alarcón, hace no mucho contacté con él, es un viejo amigo mío, es periodista. Está muy interesado en su vida, y en saber cómo usted ha amasado su fortuna.

—Ah, ¿sí? —indagó Oskar, al momento que arqueaba la ceja.

—Sí, y no lo culpo, después de todo, es usted una persona que genera mucho interés en todos nosotros. Tiene gran inteligencia, astucia y carisma —remarcó Fernanda.

—Me halaga que piense eso, mi señora. Por otro lado, estaré encantado de charlar con el señor Alarcón. Mi relación con la prensa siempre ha sido cordial, estoy seguro que este día no será la excepción —sonrió con suspicacia y mesura.

—Le agradeceré su tiempo, es usted una figura muy importante dentro de la economía del país. Representa muy bien el sector del comercio, y nada me complacería más que poder charlar un rato —dijo Aarón, quien incluso cuidando sus palabras, no podía dejar de sonar indudablemente nervioso.

Oskar podía oler el miedo. Su mirada desafiante y agudeza instintiva, podían posicionarlo como un cazador muy fructífero dentro de cualquier situación.

Antes de que Aarón pudiera pensar o hacer algo, Oskar ya había avanzado más de un paso delante de él.

—Bien, pues si me permiten, pasaré a recibir a mis demás invitados. Con gusto, después podremos tener esa charla, señor Alarcón.

—Por supuesto, será un placer.

Oskar asintió con la cabeza, acto seguido se alejó de Fernanda y Aarón.

—¿Están todos aquí? —preguntó ella al oído de Aarón.

Aarón observó el entorno, y pudo percatarse del rostro de varios miembros de la hermandad.

Aquellas sonrisas falsas y sonoras carcajadas, provocaron que el hombre sintiera náuseas. Fernanda miró con recelo a todos los invitados, era difícil saber quiénes pertenecían a Los hijos del Sol, y quiénes simplemente estaban allí ignorantes de la situación. Todos tenían máscaras, y esas máscaras eran sus verdaderos rostros ocultando sus oscuros y siniestros placeres.

El desfile de los monstruos comprimió el pecho de Aarón conforme recordaba las fotografías de todas y cada una de las chicas asesinadas. La mente de Aarón divagó, repasando esos rostros joviales, llenos de vida, a los que el agua de la laguna había lavado para dejarles únicamente muerte y agonía, escondida entre los secretos de una mansión y una perversa hermandad.

—Sé que muchos de ellos pertenecen a Los hijos del Sol, aún puedo verlos con las máscaras que suelen usar en sus reuniones… —musitó Aarón.

—Es repugnante, es como estar en un nido de víboras.

—Creo que es peor que un nido de víboras. ¿Estás segura de que quieres continuar con esto? Puedo seguir yo solo.

Fernanda presionó el brazo de Aarón, se relamió los labios y le miró.

—Estoy segura, nunca estuve tan segura de algo como lo estoy hoy. No te dejaré solo.

El hombre se mordió las mejillas; podía sentir la energía que ella emanaba con solo tenerla cerca. La presencia de Fernanda se tiñó de un tono azul entremezclado con el púrpura, era su calor y su aroma, lo

que llenaba por completo esa aurora que rodeaba su cuerpo. Pero solo Aarón podía verla, solo su mente podía observar a través de sus ojos.

—Quiero que te mantengas al margen —formuló él.

—¿Cómo? —frunció el ceño.

—Cuando hable con Oskar, quiero que vayas a otra parte, que no se dé cuenta de que tú sabes lo que le estaré preguntando.

—Descuida, seré cautelosa.

Aarón asintió y continuó mirando a los presentes. Fernanda no pudo apartar los ojos de él, siguiendo la línea que contorneaba su perfil.

Oskar Schwetz levantó una copa de vino, la música se detuvo y los presentes se viraron hacía él.

Siempre con porte y presencia, imponiendo respeto y autoridad; no sin dejar de sonreír, con esos ojos ausentes de emociones, y regodeándose de que la gente lo aclamase.

—Quiero agradecer a todos por haber venido, espero estén disfrutando de la celebración. Han sido cincuenta y siete años de vida, rodeado de maravillas que me hacen sentir realmente pleno. Creo que pocos pueden decir que han disfrutado tanto de la vida como yo. Me siento afortunado… muchos aquí me conocen, saben que soy un hombre que no usa máscara, trato de dar siempre lo mejor de mí. Y espero poder ayudar a otros a alcanzar sus proyectos, les agradezco la amistad que me han brindado… y espero seguir con ustedes, por muchos años más. ¡Por más vida! —asió su copa en alto.

Los presentes dijeron al unisonó:

—¡Por más vida!

Aarón sintió que su estómago se revolvió, las imágenes de las chicas volvieron a su mente una vez más. Como si las fotografías se pasaran rápidamente una a una, cayendo una sobre otra. Cuerpos arrastrados en el fango, torturas inefables, grilletes manchados de sangre, losetas blancas teñidas de carmín, gritos ahogados en el silencio de los corredores de la mansión Beltrán. Y ojos llenos de agonía, suplicando misericordia ante Los hijos del Sol.

Fernanda se alejó de Aarón y caminó hacia el otro extremo del salón. El ruido se hizo sordo entre ambos, las voces de los presentes comenzaron a escucharse distantes, como si estuviesen hablando debajo del agua.

Fernanda cogió una copa de vino de una charola plateada y solitaria. Un hombre de estatura media y cabello rubio se aproximó hacia ella.

—¿Le gustaría acompañarme en la siguiente pieza? —preguntó al momento de extender una mano.

Fernanda miró de reojo a Aarón, quien parecía absorto observando

cada movimiento de Oskar.

—Claro, estaré encantada.

La mujer tomó de la mano al hombre.

Disimuladamente Aarón observó la escena, y fue en ese instante en el que Oskar se acercó hasta él.

—¿Y bien, señor Alarcón? Me parece que tenemos una charla pendiente.

—Claro… —dijo un tanto intimidado.

—¿Me acompaña? De ese otro lado la vista es mejor. Por si planea fotografiarme.

—Le sigo.

Oskar se relamió los labios y caminó hacia un pequeño diseño de sala, ubicado en uno de los rincones del salón justamente junto a un enorme ventanal.

La vista era impresionante, los sillones lucían costosos, y la decoración de aquel particular espacio estaba perfectamente detallado con un clásico diseño barroco.

Oskar se sentó frente a Aarón, colocó una pierna sobre otra, y dejó encima de una pequeña mesa de centro la copa de vino que le había estado acompañando desde el brindis.

—Y dígame, señor Alarcón, ¿qué le ha parecido el festejo?

Aarón miró rápidamente a su alrededor. Los rostros de Adam Beltrán y Benjamín Lora se fueron aclarando, ambos separados, conversando cada uno con un respectivo grupo de personas.

Erika Sullivan, la mujer de vestido color esmeralda, reía a carcajadas junto a Aleksei Martin y otro hombre que Aarón no pudo identificar.

Los segundos pasaron, Aarón sintió la cabeza dándole vueltas, preguntándose quiénes de allí seguirían escondidos tras las sombras, siendo parte de Los hijos del Sol, sin nombre y sin rostro.

—¿Señor Alarcón? —habló Oskar.

—Lo lamento, debo serle honesto. Creo que es la primera vez que estoy en una fiesta tan… distinguida.

—¡Vaya! —esbozó una amplia sonrisa.

—Sí, no estoy muy acostumbrado a este tipo de eventos. Antes cubría notas más… callejeras.

—Ya veo, ¿le intimida este mundo?

—Para nada.

Oskar cogió de nuevo la copa de vino, y paseó el dedo índice sobre el borde de ésta. Miró fijamente a Aarón, y luego dijo:

—Estuve esperando a que llegara.

—¿Cómo? —plegó la frente desconcertado.

—Vamos, señor Alarcón. Podemos ser honestos el uno con el otro. Lo conozco mejor que nadie, en este momento sé todo de usted. Puedo

mirar a través de usted, como nunca nadie lo ha hecho.

Aarón pasó saliva, los vellos de la nuca se le erizaron, respiró profundamente y se mantuvo en silencio.

—Ha estado siguiéndome de cerca, pero no tanto como yo lo he seguido a usted estos últimos días. Debo decir que al inicio, no lo consideré tan… significativo en mi vida. Pero después, todo tomó un giro distinto, y me pareció realmente abrumador que estuviese indagando demasiado.

—No sé de qué me habla, señor.

—¡Oh, por favor! Sin mentiras, entre usted y yo no hay secretos. No después de lo que hemos vivido. Es cierto, es la primera vez que estamos uno frente al otro… pero lo que nos une, es realmente revelador y excepcional, ¿no lo cree?

Aarón frunció el ceño y miró con desconfianza a Oskar. Este por su parte, mantuvo siempre la cordura, escondiendo por completo sus verdaderas intenciones.

—Sé que vino hasta aquí para que yo le responda todas sus dudas, y como soy muy complaciente, lo haré. Dejaré que usted empiece con las preguntas, después será mi turno, ¿le gusta la idea?

—Si dice que me conoce, supongo que sabe qué respuestas deseo obtener.

Aarón colocó firmemente los pies sobre el suelo, y miró fijamente a Oskar.

—¿Acaso intenta persuadirme de algo?

—No. Solo quiero saber qué tanto dice saber de mí.

—Señor Alarcón, esto no funciona así.

—¿Y entonces cómo funciona?

—¿Me está retando? Ya debería saber cómo me gustan los retos.

—Bien, entonces empecemos. ¿Qué hay del anillo que lleva en el dedo izquierdo? ¿Qué significa?

Oskar giró la argolla, dejando ver el símbolo de Los hijos del Sol grabado en él.

—Le podría explicar el profundo significado que esta pequeña joya tiene, pero estoy seguro que eso ya lo sabe usted.

—No del todo.

Oskar sonrió, bebió un poco de vino, y entonces continuó:

—Bien, es un sol rodeando el árbol de la vida, símbolos celtas unidos por el renacer de nuestro Dios. Somos hijos de un Dios, y nuestra unión se basa en la sangre, la pureza y la sabiduría. Es más lo que nos hace sentir, que lo que las palabras puedan describir por sí solas.

—¿Sangre, pureza y sabiduría?

—Sí, de esa manera inmortalizamos.

Aarón se mordió los labios, estaba seguro de su siguiente pregunta,

pero tenía miedo y no podía ocultarlo.

—¿Y las chicas? ¿Ellas qué tenían que ver en todo esto?

La sonrisa de Oskar se esfumó, el hombre se irguió y apoyó las manos sobre sus rodillas. Entonces, miró a Aarón de una forma que ni él pudo explicarse.

—Quizá nunca vaya a entenderlo, señor Alarcón. Ellas son esenciales para nosotros. Simbolizan todo lo que este mundo no puede darnos por sí solo… las mentes pequeñas como la suya, jamás entenderían lo complejo que es eso.

—¿Complejo? Asesinan niñas para saciar sus perversiones, eso es repugnante —escupió.

—Usted lo llama repugnante, yo diría más bien… enriquecedor.

—¿Enriquecedor? ¿Para quienes?

—¿Sabe? No creo que pueda entenderlo nunca. Usted se conforma con su mundana vida, se ha adaptado a lo que la sociedad le puede ofrecer, sin aspirar a más de lo que diariamente se ve obligado a ejercer. Trabajo, casa, esposa e hija… ¿usted es feliz así?

Aarón lo miró incrédulo, las palabras de Oskar carecieron de cualquier sentido humano. Y lo más enfermo de todo aquello, fue esa naturalidad con la que el hombre se encontró hablando.

—No me mire así, sé que si pudiera estar en mi lugar, lo haría con gusto y sin pensarlo tanto.

—¿De qué habla? Todo esto… es aberrante.

—Ah, ¿sí? ¿Qué hay del poder y el dinero? ¿Le parece aberrante?

—Jamás me vendería por algo así. Lo que le han hecho a esas jovencitas no tiene nombre.

—Si lo tiene, es placer. Ellas lo disfrutaron, ellas lo pidieron… nosotros solo les dimos lo que tanto anhelaban.

La mirada de Oskar se oscureció más de lo habitual.
Aarón endureció la mandíbula y se levantó del sillón.

—Antes de que se marche, me temo que usted tiene algo que me pertenece —externó Oskar.

—¿De qué habla?

—De cierto vídeo que tiene en su poder. Si me permite decirle, lo quiero de vuelta, señor Alarcón.

—Yo no tengo ningún vídeo —negó inmediatamente.

—No me mienta, creí que entre usted y yo ya había confianza suficiente como para ser totalmente honestos.

—No lo tengo, lo entregué a la policía —sostuvo tratando de aparentar seguridad en cada una de sus palabras.

—No le creo ni una sola palabra. Sin embargo, seré condescendiente, y esperaré ese vídeo hoy por la noche en mi casa. Seguro sabe donde vivo, daré indicaciones para que pueda entrar y dejarlo. De lo contrario, quizá no vuelva a ver a su preciosa Valeria.

Aarón palideció por completo, el mundo se detuvo a su alrededor. Y las palabras de Oskar volvieron a zumbar en su interior.

—La pequeña Valeria es muy bonita, aunque lamento haberles arruinado el viaje a ella y a su querida esposa… —Oskar se levantó y se colocó justo a un lado de Aarón, luego le susurró al oído:— creo que debería llamar a la señora Alarcón, debe estar preocupada.

El cuerpo de Aarón se quedó paralizado, y Oskar se alejó sin más del lugar.

Aarón presionó los puños, y pronto se sintió como una marioneta de papel enredada entre los hilos de su captor.

Los pasos de Aarón se hicieron veloces conforme se alejaba del festejo. El hombre solo podía escuchar sus pies golpeando contra el pavimento una y otra vez. Se aproximó a una caseta telefónica que se hallaba a pocos metros del estacionamiento, levantó la bocina, y con las manos temblorosas, insertó varias monedas dentro.

Hizo un par de movimientos, y enlazó una llamada a Tijuana.

—Contesta… por favor, contesta —suplicó con los dientes apretados.

El sol estaba apunto de esconderse, unas cuantas nubes grises habían nublado el día. El atardecer se llenó de incertidumbre, anunciando una tormenta que reclamaba en respuesta a la agonía del cielo.

La llamada finalizó sin lograr concretarse de manera favorable. Aarón se quedó pegado al teléfono sin concebir lo que estaba ocurriendo, su cuerpo estaba rígido y paralizado por el miedo, y sus nudillos habían emblanquecido mientras presionaba con fuerza el teléfono. Los sonidos se hicieron cada vez más insoportables, sonaban como una estática constante, dejando que los latidos de su corazón fueran lo único audible para Aarón, resonando como martillazos en su cabeza. Pronto la mente de Aarón terminó por encerrarlo en una prisión de angustia y duda.

El mundo se sacudió bruscamente a su alrededor, sin que nadie más que él pudiera presenciar tal situación. Entonces se dio cuenta de que no sabía si volvería a ver a su pequeña hija. La peor de sus pesadillas había cobrado vida, y él no tenía control alguno sobre ella.

17

—¿Podrías dejar de dar vueltas, por favor? Comienzas a marearme —externó Olga con cierto disgusto.

Samanta había estado inquieta desde hacía un par de horas. La fiscalía había comenzado a vaciarse. Entre cambios de turno, entradas y salidas de varias personas levantando denuncias y actas, las horas se hicieron eternas para ambas mujeres.

Olga sostuvo un vaso de café, mientras movía las piernas nerviosamente, y observaba a su hermana caminando de un lado a otro.

—Lo siento… me siento muy angustiada —dijo rascándose la cabeza y mordiéndose las uñas.

—Ya lo sé, dijeron que activarían la alerta. Confiemos en eso.

—¿Y por qué tardan tanto en darme información?

—Así es esto, Sam. Los papeleos son tardados, lo sabes.

—Llamaré a Aarón.

—Está bien, te espero aquí.

Samanta se alejó, caminó rumbo a un teléfono adherido a la pared que se encontraba junto a una maquina dispensadora de frituras, y sin más, se apresuró a marcar.

A solo segundos de espera, Aarón levantó la bocina y respondió. Samanta sintió un alivio y un rencor acumulado al escuchar la voz de su esposo, sin embargo, se abstuvo de reclamos, y únicamente pensó en decirle lo que estaba ocurriendo.

—¡Sam! ¡Gracias a Dios que eres tú! He estado tratando de contactarte, nadie respondía en casa de tu hermana. Tomaré un vuelo para ir por ti y Valeria.

—Aarón… —pronunció débilmente.

—Estoy empacando solo unas cuantas cosas. Tomaré el primer vuelo que salga a Tijuana.

—Aarón… —insistió.

—Dime.

—Valeria desapareció.

La respiración de Aarón se entrecortó, por un momento se había negado a creer en las palabras de Oskar, pero la verdad estaba frente a sus ojos, y debía verla aunque fuese difícil hacerlo.

—Lo sé… —dijo resignado.

—¿Lo sabes? ¿Cómo?

—No importa, pero justamente por eso iré para allá.

—Dime cómo lo sabías, ¿cómo sabías que Valeria no estaba conmigo? ¡Dime, Aarón!

—Sam, por favor, confía en mí, todo estará bien.

—Me importa poco lo que digas, quiero que me respondas. Estoy harta de los secretos… de todo esto que estás haciendo. ¡Estoy cansada! Se llevaron a nuestra hija, y tú lo sabías. ¡¿Qué más sabes?!

—Samanta, voy a recuperar a Valeria. Lo juro.

—¡No te creo! Seguro fueron ellos, ¿no es así? Esa gente con la que te has enemistado, por todos esos malditos artículos que has escrito. ¡Dime! ¡¿Fueron ellos?!

El silencio entre los dos se congeló, los sollozos de Samanta se apoderaron de la llamada, mientras que Aarón únicamente pudo decir:

—Iré para allá, llegaré hoy. Lo prometo.

Samanta finalizó la llamada.

Aarón se quedó absorto junto al teléfono, sentado en medio de la sala del apartamento, cayendo al abismo lentamente.

Mientras hacía las maletas para salir rumbo a Tijuana, se escucharon un golpes apresurados proviniendo de la puerta. Aarón se aproximó a abrir, y sin hacerse esperar de bienvenidas, Pablo Quintanar ingresó al apartamento.

—¿Qué obtuviste? —inquirió.

—Lo necesario para hundir a ese bastardo.

—¿En serio? ¿Lo grabaste?

—Sí… —pausó.

Después cogió del interior del bolsillo de su saco, la pequeña grabadora que había hecho funcionar discretamente momentos antes, durante la charla con Oskar.

—Excelente. Entonces ha llegado la hora de exhibir a esos malnacidos.

Aarón corrió el cierre de la maleta, se colocó las manos en la cintura, y dijo:

—Tienen a mi hija.

—¿Qué…?

—¡Esos hijos de perra secuestraron a mi hija! —exclamó.

Pablo Quintanar abrió los ojos como platos, sin poder encontrar las palabras correctas para externar.

—Quieren la maldita cinta de vídeo. Trataré de contactar a ese bastardo y se la entregaré, no sin antes recuperar a mi hija.

—Bien, dime, ¿qué quieres que haga?

—Haz pública la grabación. Destrúyelos.

Pablo asintió seguro de lo que haría. Aarón sujetó la maleta, y entregó una carpeta de papeles al hombre.

—Es lo último que escribí acerca de Los hijos del Sol, hay información detallada. Publícalo.

Diciendo aquello, Aarón abandonó el apartamento y salió rumbo al

aeropuerto.

Pablo Quintanar observó las anotaciones que Aarón había hecho, y justo en ese momento comenzó a reproducir la grabadora.

«Somos hijos de un Dios».

La voz de Oskar permaneció en su interior, incluso después de haber detenido la grabación.

18

Tijuana, 28 de marzo del 2000

Tras largas horas de viaje, Aarón arribó a Tijuana, y saliendo del aeropuerto, tomó un taxi rumbo a la fiscalía donde Samanta y Olga esperaban noticias de Valeria.

El recorrido fue tortuoso, sus pensamientos no lo dejaron solo ni un instante, era la sensación de culpa lo que cada segundo le consumía. Podía sentir lentamente la incertidumbre asfixiándolo, la lluvia no se hizo esperar más, y pronto mojó el pavimento de las calles. El viento se coló por la ventana del pasajero, moviendo los cabellos de Aarón, llenando su rostro de brisa y de un tenue rocío.

En cuanto llegó a la fiscalía, el hombre se apresuró a pagar al conductor, acto seguido entró sin más al edificio. Caminó velozmente por los pasillos, hasta ver a Samanta recostada sobre las piernas de Olga, mientras ésta le acariciaba los cabellos.

Olga miró a Aarón de manera acusatoria, más permaneció en la misma posición hasta que él se aproximó a ellas. Samanta tenía los ojos cerrados, tratando de sedarse ante la situación que estaba sucediéndole.

—¿Ya saben algo? —inquirió Aarón.

—No, todavía no nos dicen nada. Hace un par de horas iniciaron un operativo de búsqueda, pero todavía no hay respuesta. Nos dijeron que esperáramos aquí —comentó Olga.

Samanta despegó los párpados lentamente, sus ojos estaban enrojecidos y cansados. Tenía unas marcadas ojeras, que la hacían ver como si en solo cuestión de horas, hubiesen caído sobre ella cinco años de vida.

—Sam… lo lamento, lamento todo lo que está pasando. Te prometo que voy a resolverlo.

Aarón se arrodilló junto a ella, intentó tomarle las manos, mas la mujer le soltó de inmediato.

—Quiero a mi Valeria de vuelta, solo eso —externó con voz quebrada.

—Eso haré, la traeré de vuelta. Lo juro.

Aarón se viró hacia Olga, e inquirió:

—¿Dónde fue la última vez que la vieron?

—En el parque, cerca de mi casa. Estaba jugando con una pelota, nos distrajimos, y en solo cuestión de minutos desapareció.

—Bien… ¿y la policía? ¿ya fueron a revisar el parque?

—Sí, en la mañana estuve con ellos, pero no encontramos nada. Estuvimos preguntando a vecinos y conocidos, nadie la vio.

—Bien… necesito ir al baño. Ahora vuelvo.

La respiración de Aarón estaba entrecortada, sabía que debía ir hacia algún lugar, mas no sabía a dónde precisamente.

Aarón caminó hacia la maquina dispensadora de frituras, reposó la frente sobre el cristal, mientras respiraba profundo intentando mantenerse de pie. Las piernas le temblaban, las manos le sudaban, y cada vez era más difícil aplacar sus pensamientos.

Aarón cerró los ojos, y trató de controlar su respiración por un par de segundos. Fue entonces cuando el teléfono que se hallaba a un costado adherido a la pared, comenzó a timbrar.

Aarón ladeó la cabeza, y desconcertado miró a su alrededor; el teléfono siguió sonando insistente, esperando a que alguien respondiese.

El hombre pasó saliva, por un momento se sintió dentro de una película de terror, sus oídos comenzaron a zumbar y las luces de su entorno parecieron hacerse más tenues.

El teléfono continuó timbrando, y Aarón observó las gotas de lluvia deslizándose en los cristales de las ventanas de la fiscalía. A poca distancia, se escuchaban las voces proviniendo de los cubículos, de aquellos trabajadores que habían empezado su turno.

Aarón se acercó cautelosamente, levantó la bocina del teléfono, y esperó.

—Le estuve esperando, señor Alarcón… —la voz profunda de Oskar se escuchó del otro lado de la llamada.

Aarón presionó con fuerza el teléfono, y tratando de no parecer un completo neurótico, analizó su entorno.

—¿Cómo sabías que yo iba a responder?

—¿Qué no es evidente? No puede esconderse de nosotros, somos muchos los que estamos observando. Cada movimiento que haga, cada paso que dé, cada palabra que diga… yo la sabré. Me decepcionó no verlo anoche, pensé que sería más inteligente y que me traería lo que le pedí. Pero ya veo que no, supongo que dudó de mí.

—¿Dónde está mi hija?

—Todo a su tiempo, señor Alarcón. Primero quiero mi vídeo, y después, le daré lo que pide. Pero… espero esta vez sea más astuto, no quiero que trate de hacerse el héroe, porque si le dice a alguien o hace un escándalo de todo esto, yo lo sabré antes de que pueda siquiera parpadear una segunda vez.

—Le daré el vídeo, lo traigo conmigo. Se lo daré… solo dígame dónde está mi hija.

—Bien, quiero que preste mucha atención. Afuera de la fiscalía, hay un MERCEDESBENZ de color negro, aparcado a un costado de Pizzas Martínez, quiero que salgo muy tranquilamente y lo aborde. Lo traerá justamente al lugar en el que estaré esperándolo.

Aarón pasó saliva, la presión comenzó a aumentar, al igual que su ritmo cardiaco.

—¿Y cómo puedo fiarme de que no sucederá nada malo?

—No puede, solo le queda confiar en mí.

—¿Y mi hija? ¿Está allí?

—Claro, yo soy un hombre de palabra, señor Alarcón. Ahora, tráigame esa cinta.

La llamada finalizó, Aarón soltó el teléfono, a lo que éste quedó suspendido colgando únicamente del cordón.

El hombre caminó por el pasillo absorto en sus pensamientos, Olga le miró intrigada y se acercó a él.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Ahora vuelvo, espérenme aquí, por favor.

—Pero… ¿pasó algo? —insistió.

—No.

Aarón salió de la fiscalía tan rápido como pudo, ubicó el vehículo justamente en el sitio en el que Oskar había indicado. Caminó, prisionero de la angustia y el pánico. Se lo pensó un fragmento de minutos, y sin más, abrió la puerta del pasajero y abordó.

Un cristal dividía la parte del conductor y copiloto, de la parte trasera, por lo cual, a Aarón le resultó imposible ver el rostro de quien era el chofer en aquel fúnebre trayecto.

El auto dio marcha, recorrió parte de la ciudad, hasta que tomó rumbo a la carretera de Tijuana a Mexicali. Aarón podía ver los árboles rodeándole, y los pequeños letreros señalando los kilómetros faltantes. Comenzó a contar los minutos, mientras se aproximaba a su destino.

Un par de horas después, el auto se detuvo en una terracería. Aarón bajó del vehículo, y pudo ver a lo lejos una camioneta de gran tamaño con cristales polarizados.

Una de las puertas se abrió, y luego vio descender a Oskar, quien llevaba unos lentes oscuros y un traje de sastre bastante costoso.

—Señor Alarcón, me alegra que esta vez si haya seguido mis indicaciones.

—¿Dónde está mi hija?

—Tranquilo, primero quiero el vídeo —dijo extendiendo la mano.

Aarón caminó unos pasos, y entregó dentro de un sobre beige, la videocinta de aquella joven siendo torturada y asesinada frente a Los hijos del Sol.

El viento sopló, acariciando fríamente la fina tierra de aquel desértico lugar.

Aarón humedeció sus labios, Oskar sonrió disimuladamente.

—Perfecto… espero no haya ninguna sorpresa después de esto.

—No la habrá —aseveró Aarón.

Oskar se dio vuelta. Hizo un ademán con la mano, y unos hombres de gran tamaño descendieron de la camioneta.

Aarón frunció el ceño al notar la ausencia de Valeria, a lo que en un grito desesperado externó:

—¡Hijo de puta! ¡Me mentiste! ¡¿Dónde está mi hija?! ¡¿Dónde está?!

Oskar abordó el vehículo, y con una malévola sonrisa, se sentó en primera fila a contemplar lo que vendría a continuación.

Sus hombres cogieron de los brazos a Aarón, y sin más, comenzaron a golpearlo en los costados. Ante los primeros golpes, Aarón se quejó de dolor, apretó los ojos y respiró profundamente.

Cuando su cuerpo cayó secamente sobre la tierra, los hombres no se detuvieron, y continuaron pateándolo.

Tres hombres de gran tamaño sometieron a Aarón a una serie de agresiones, acompañadas de humillantes insultos. Le escupieron en el rostro, para finalmente abrirse la cremallera y orinarlo uno a uno.

Para aquel momento, Aarón estaba casi inconsciente, mirando hacia el cielo despejado de nubes, con los ojos entreabiertos, el rostro hinchado, y la mandíbula cortándole la circulación a su lengua.

Su cuerpo se disipó de su alma, una desconexión lo abrazó, dejándolo perdido en el silencio del agonizante dolor que cubrió cada parte de su ser. Fue entonces cuando pudo ver desde lo más alto, como los tres sujetos abordaban el vehículo, y se alejaban del sitio, dejándolo solo, recostado en la tierra bajo la brisa de aquella tarde de marzo. Sus ojos se cerraron, y lo último que pudo ver antes de quedar inconsciente, fue aquella inocente sonrisa de su pequeña Valeria.

—¿Dónde está Aarón? ¿A dónde se ha ido? —preguntó con desesperación Samanta.

—No lo sé, le vi salir hace varias horas. No dijo nada.

—¡Carajo!

Las dos mujeres se impacientaron y caminaron hacia uno de los cubículos, donde se encontraba uno de los policías que horas atrás les había estado pasando información.

Samanta se apresuró a hablar, mientras Olga se quedó al lado suyo esperando respuestas.

—¿Ya saben algo de mi hija? Mi esposo salió hace unas horas, creo que fue a buscarla… no ha regresado… temo que esté en peligro.

—¿Por qué lo dice? ¿Sucede algo?

Samanta tragó saliva, cerró los ojos, y meditó cada una de las palabras que diría. Quizá había llegado el momento de develar la verdad, pero no sabía ni por donde comenzar.

—¿Señora?

Samanta abrió la boca, pero antes de emitir palabra alguna, vio a Aarón entrar a la fiscalía. Estaba lleno de golpes, sangre y sudor. Y mientras cojeaba, se apoyaba en el hombro de un anciano.

—Le ofrecí ir al hospital, pero dijo que no. Yo lo veo muy mal —expresó el anciano con tono de preocupación.

—¿Qué te sucedió? —indagó Olga.

—No lo sé, lo encontré a mitad de la carretera. Me pidió que lo trajera aquí… lo siento.

—Aarón… ¿qué pasa? —soltó Samanta, con palabras ahogadas y los nervios hechos trizas.

Aarón se mantuvo en silencio, a lo que el anciano lo condujo cuidadosamente a una de las sillas en la sala de espera. El hombre cayó sentado torpemente, apenas podía mantenerse de pie, uno de sus ojos se había cerrado por completo, varios hilillos de sangre chorreaban del interior de su boca, y su cuerpo apestaba a orines y sudor.

—¿Qué le sucedió? —preguntó Olga una vez más.

—No lo sé… pero si hay algo en lo que pueda ayudar… solo díganme. Iré a pedir un botiquín —comentó el anciano antes de alejarse.

Samanta se restregó el rostro, y comenzó a pasearse en círculos.

A ellos no tardó en aproximarse el comandante, que había salido desde muy temprano a la búsqueda de Valeria.

Apretó los nudillos, se mordió las mejillas, y luego dijo:

—Señores, tengo una noticia que darles.

Samanta se detuvo, Aarón intentó levantar la cabeza, y Olga se colocó junto a su hermana.

—¿Qué pasa, comandante? —preguntó Olga.

—Hace unos momentos recibí una llamada de Tamaulipas, sabiendo que ustedes son de allí… —pausó, se rascó la cabeza, y después de un largo suspiro siguió:— Nos notificaron que hallaron un cuerpo en la laguna de Champayán, con las mismas características de la niña.

Samanta comenzó a tambalearse, a lo que Olga la sostuvo ayudándola a sentarse junto a Aarón.

—Es necesario que vayan con urgencia a reconocer el cuerpo —mencionó el comandante.

Aquellas últimas palabras se quedaron en el vacío, porque ni Aarón ni Samanta fueron capaces de procesarlas.

Un profundo y punzante dolor golpeó el pecho de Samanta, las lágrimas se anegaron en sus ojos, miró al exterior, y se desconectó de la realidad en solo cuestión de minutos.

Aarón relamió sus labios, el sabor a metal de la sangre le resultó penetrante. Intentó abrir ambos ojos, su visión era borrosa y escasa.

Levantó el rostro, y en la televisión de la sala de espera vio la cara de Pablo Quintanar en una imagen, donde el noticiero vespertino notificaba de la accidental muerte del hombre, quien había perdido el control de su auto, golpeando un árbol y estrellándose contra el parabrisas.

«Muere el propietario del diario El Mundo».

Esas fueron las palabras escritas debajo de la noticia, mientras ésta corría, difuminando imágenes del accidente, pero dejando en claro que nadie podría haber sido capaz de sobrevivir a algo así.

Una lágrima rodó por la mejilla de Aarón; estaba devastado, consumido por la oscuridad y atado por la tempestad. Había llegado el juicio final, siendo más doloroso de lo que cualquiera se hubiese podido esperar.

19

Altamira, Tamaulipas 02 de abril del 2000

En aquel solitario cementerio, Aarón se encontraba parado frente a una de las tumbas. A los pies de un ángel de piedra, podía leerse claramente:

«Valeria Alarcón Barón 19932000».

La mirada del hombre estaba abatida, su cuerpo y mente estaban resignados a la pérdida, y mientras el viento continuaba soplando, los recuerdos fueron llegando uno a uno.

Cada memoria se hizo presente de manera agonizante. El pequeño cuerpo de Valeria sobre la plancha fría de la morgue, aquella noche de marzo en la que habían tenido de volver a Tamaulipas para identificarla; esa había sido la experiencia más sombría y dolorosa que Aarón había tenido que vivir. Nunca había experimentado un dolor de tal magnitud, aquel día pensó que ni siquiera mil puñaladas frías en su cuerpo podrían asemejarse a aquella agonía.

El funeral había sido la peor parte de todo, el silencio abrumador, consumiendo las cenizas del amor que Samanta y Aarón alguna vez se habían tenido. Aquel día, ella no lo miró, pese a los intentos de él por encontrarse con aquellos ojos que, alguna vez le habían susurrado un «*te amo*».

Después del funeral, Aarón supo que no volvería a ver a Samanta, hasta el día del juicio por el divorcio. Aarón entendió que su familia había quedado destrozada, y que en su vida no habría ningún botón que pudiese *rebobinarlo* todo.

Aarón se inclinó, y dejó un ramo de flores sobre la tumba de su hija. Caminó con cierta dificultad hasta la salida del cementerio. Hacía pocas semanas que había dejado las muletas; aún le dolían los costados de su cuerpo, aunque comparado al dolor en su interior, poca importancia tenían unas cuantas punzadas que de pronto surgían al caminar.

La puerta emitió un chirrido al mismo tiempo que Aarón abrió para ingresar al apartamento. El vacío que se sintió dentro del lugar no se comparó a la ausencia tan grande que había dentro del hombre.

Avanzó a la sala y se dejó caer sobre el sillón. Los días difíciles parecían no tener un final. Uno tras otro llegaban, haciendo sentir a Aarón atrapado en un condenado bucle.

El pequeño gato de Valeria se acercó, comenzó a ronronear, y de un brinco subió al sillón donde se recostó junto a Aarón.

—Hola, Robbie —dijo sin ánimos el hombre.

Una frágil sonrisa se dibujó en sus labios, acarició al felino y lo contempló durante unos minutos.

—Yo también la extraño… —expresó, dejando que las palabras se perdieran entre el silencio de las paredes que le rodeaban.

Aarón agachó la mirada, y fue entonces cuando, bajo una pila de revistas, pudo vislumbrar lo que parecía ser un videocasete.

El hombre frunció el ceño con extrañeza, se inclinó, y vacilante sujetó la videocinta que, justamente en el lomo tenía escrito: «Copia».

En el frente, se encontraba adherida una pequeña nota, donde con marcador negro podía leerse: «De: P.Q. »

—P.Q. —repitió Aarón.

Las iniciales de Pablo Quintanar, lo hicieron hilar de inmediato el contenido de la cinta.

Aarón se aproximó a la videocasetera que tenía justo enfrente, insertó el casete, y empezó a ver como se reproducía una vez más el vídeo de aquella chica, que lo había llevado hasta ese punto de su vida.

El hombre se quedó pasmado por unos momentos. Jamás se había planteado la idea de que Pablo Quintanar hubiese hecho una copia de aquel vídeo antes de morir. Las conjeturas le golpearon directo en la cabeza; claro que el simple hecho de pensar que aquel accidente se tratara de eso, de solo *un accidente*, le resultaba molesto, puesto que nadie mejor que él sabía todo el riesgo que tanto Pablo Quintanar como él mismo estaban afrontando. Aunado a que la grabación de la charla con Oskar, que Pablo llevaba consigo aquel día, había desaparecido de la escena, tal como si nunca hubiese existido.

Aarón no descartaba la idea de que todo se hubiese tratado de un homicidio, sin embargo, la ausencia de pruebas lo había obligado a permanecer escondido entre las sombras de los secretos.

Todas las vidas perdidas en aquellos meses a manos de Los hijos del Sol acrecentaron la rabia y la sed de venganza en Aarón, pero se había sentido atado de manos, al menos hasta ese instante en el que aquella videocinta había aparecido justo debajo de sus pies.

Aarón miró de reojo el periódico, que se encontraba sobre la mesa llena de papeles y latas de bebidas energizantes. En la portada había una fotografía de Oskar Schwetz sosteniendo el premio al empresario del año. Justamente debajo de ella, se le reconocía la importancia que tenía dentro de la industria del comercio, así como la invitación especial que se le había hecho en el evento de entrega que se haría esa misma tarde.

Aarón echó un vistazo a su reloj de mano, se levantó del sillón, cogió la videocinta, el gafete que utilizaba como reportero, y una vieja cámara fotográfica NIKON F4, que había conseguido de segunda mano en una venta garaje (siendo esa su nueva herramienta de trabajo), y

así sin más, abandonó apresuradamente el apartamento.

Oskar Schwetz subió al escenario con una sonrisa, saludó a los presentes, y desfiló hasta llegar al estrado. Se posicionó detrás del micrófono, mientras se bañaba con el goce de los aplausos.

Docenas de reporteros, se encontraban cubriendo la noticia de aquella importante premiación al empresario del año. Claro estaba que ese año le tocaría pasar por el premio a Horacio Salazar, un magnate heredero de industrias dedicadas a la exportación de vinos y licores.

Oskar había sido elegido por la asociación de empresarios para dar entrega de aquel premio, pues por su larga y reconocida trayectoria, había sido acreedor de aquel reconocimiento durante tres años consecutivos.

El hombre esperó a que cesaran los aplausos, y después dio inicio con su discurso.

Aarón se aparcó a poca distancia del evento, y por unos minutos se quedó dentro del auto meditando. Finalmente abrió la guantera, y revisando entre las cosas, extrajo un SMITH & WESSON 38 que había pertenecido a Andrés. Recordó cuando éste se lo había entregado, después de anticipar que las cosas empezarían a ponerse difíciles.

Semanas atrás, Aarón había sujetado el revólver en más de una ocasión, mirándolo fijamente, y pensando en si debería o no disparar del gatillo hasta hacerse volar los sesos.

El hombre escondió el arma dentro de sus ropas, sujetó la videocinta, y se colgó la cámara fotográfica. Fue entonces que descendió del vehículo e ingresó al evento.

Oskar siguió hablando, haciendo ademanes y sonriéndole a todos.

Entre las personas, Aarón se fue moviendo como un cazador furtivo, observando a su presa como si estuviese a punto de dispararle.

Los flashes de las cámaras resultaban molestos, pese a ello, Aarón no permitió que nada le distrajera de su objetivo.

—¿Aún va a requerir el televisor y la videocasetera? —inquirió un jovenzuelo.

Aarón se viró hacia él, y asintió con la cabeza.

—Se lo estoy consiguiendo.

Momentos antes, Aarón había solicitado a aquel chico el equipo necesario para reproducir la videocinta; se había excusado de que todo se trataba de una sorpresa en reconocimiento a Oskar, no sin antes haberle mostrado su gafete de prensa. Claro estaba que era un día particularmente especial, por lo cual, no era difícil tragarse aquella mentira.

—Desde que era pequeño, mi padre fue mi gran ejemplo a seguir.

A él le debo el haber aprendido acerca del compromiso hacia las responsabilidades que se adquieren, el hecho de que una empresa crece si somos visionarios, audaces e inteligentes. Es importante tener ambición, siempre ponernos nuevos retos, que con perseverancia se van unificando a nuestros logros si nos esforzamos por ellos.

Oskar continuó hablando.

Aarón esperó paciente hasta que el joven se acercó de nuevo hacia él, con un pequeño carrito de servicio, donde un televisor y una videocasetera se encontraban encima.

—Aquí tiene, me comentó que son vídeos conmemorativos a la labor del señor Schwetz, ¿no es así?

—Sí, así es —dijo seriamente Aarón.

—Eso es grandioso, el señor Schwetz es muy importante dentro de la comunidad de empresarios. Seguro le gustará.

—Estoy seguro de que sí —sonrió forzosamente.

—¿Desea que le cedamos el micrófono?

—Claro, te lo agradeceré.

Tras decirle lo último, Aarón extrajo unos billetes de su bolsillo y se los entregó al chico en agradecimiento por sus servicios.

—Excelente, gracias, señor. Voy a conseguirle el micrófono. El gobernador ya está aquí, estoy seguro que le gustará presenciar el momento.

Aarón movió la cabeza en aceptación, y el jovenzuelo se alejó. No tardó en regresar a él, con un micrófono en mano, que había solicitado al equipo de audio de la ceremonia.

—Gracias a todos los presentes, y en especial, un agradecimiento a nuestro señor gobernador, por honrarnos con su presencia. Como siempre, es un placer tenerlo aquí —mencionó Oskar.

El gobernador Ulises Larios se levantó de su asiento, y con cortesía saludó a los invitados. La prensa le fotografió, y luego una lluvia de aplausos les acompañó.

Oskar sonrió complacido de la situación, y prontamente recobró la voz ante los presentes.

—Bien. Ahora, me complace presentarles al acreedor del premio al empresario del año…

—Señor Schwetz —pronunció Aarón.

Oskar hizo una abrupta pausa, y rápidamente buscó entre todos hasta encontrar al dueño de aquella voz. En cuanto lo supo, elevó una ceja con recelo, y permaneció en silencio.

—Lamento la interrupción, pero pedí el apoyo a los chicos encargados del sonido, quería darle un presente. Considero que su importancia dentro de este mundo requiere de un especial reconocimiento, es por ello que he traído algo para usted. Sé lo importante que esto será para usted, porque estuvo insistiendo en ello.

Así que… si me permite.

Aarón encendió el televisor, y el vídeo del homicidio de la chica comenzó a reproducirse sin censura alguna.

La cara de horror no tardó en hacerse notar entre todos los presentes. Unos cuantos curiosos tomaron fotografías, y otros plasmaron tanto la expresión de Oskar como la del gobernador Larios.

—¡¿Qué carajos es esto, Oskar?! —gritó Ulises.

Oskar negó con la cabeza sin conseguir dar una respuesta.

Las losetas blancas se llenaron con la sangre de la chica, al mismo tiempo que uno de los invitados se vomitaba.

Cada golpe que le era propiciado a aquella inocente joven, marcaba distintos rostros inundados de asombro, horror y asco.

—¿Es real? —inquirió una voz de mujer, que se confundió entre el resto de los invitados.

—Parece muy real —aportó alguien más.

—Señor, ¿quiere que quitemos la cinta? Esto va a generar un escándalo —murmuró uno de los asistentes del gobernador.

—¡Oskar! —gritó enfurecido Ulises Larios.

—Señor… —formuló ante el micrófono, luego prosiguió:— Hay un error en todo esto, claramente es un vídeo alterado. No veo que nos involucre en todo esto, más allá de lo desagradable que resulta, y claramente es falso.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué hay de los tatuajes? ¿Y de todas las chicas que han aparecido en la laguna de Champayán? Marcadas por el mismo símbolo que usted porta en su anillo. No tenemos que fingir, Oskar… yo sé quien eres. Te conozco, y puedo *ver a través de ti como nunca nadie lo ha hecho* —subrayó, utilizando sus mismas palabras.

Aarón dejó el micrófono, se aproximó al gobernador, e hizo entrega de las notas que había estado publicando en el periódico.

—Nada del vídeo es falso, y hay más de una prueba para confirmarlo. Su *querido* empresario del año, es el líder de una maldita secta llamada Los hijos del Sol. Asesinan niñas para saciar sus más bajos instintos, por años lo han hecho.

Ulises Larios se quedó sin aliento, cogió los papeles asqueado y consternado por la situación.

Aarón caminó hacia Oskar, quien se encontraba abstraído y de pie en el escenario. Lo miró con ira y externó:

—Esto es por mi hija. Hijo de puta.

Y en solo cuestión de segundos, sacó el revólver y le disparó en la cabeza.

La detonación ensordeció a todos, y los gritos no tardaron en desatarse. El pánico invadió a los presentes, quienes sin pensarlo salieron corriendo del lugar; salvo por unos cuantos valientes, que permanecieron en el recinto para cubrir la nota de lo que acababa de

ocurrir.

Aarón se quedó de pie inmóvil, mirando la sangre fluir de los orificios de Oskar.

Los hilos escarlata escurrieron de las orejas y la nariz de Schwetz, uno se alargó y siguió un recorrido maquiavélico hasta tocar su anillo, manchando de sangre el símbolo de Los hijos del Sol.

El gobernador permaneció paralizado junto a sus guardaespaldas. Estos de inmediato le pidieron abandonar el lugar, pero él solo alcanzó a decir:

—No quiero que nada de esto salga a la luz. ¡¿Entienden?!

Su gente le miró desconcertada, aunque finalmente sus órdenes serían la tierra que terminaría por cubrir toda la porquería que había mancillado tantas vidas.

Epílogo

1

Ensenada, Baja California 10 de agosto de 1971

—¡Atrápame si puedes! —exclamó un pequeño Aarón de ocho años.

Abraham corrió tras de él, mientras extendía los brazos asemejando ser un avión.

La cautivadora inocencia de los dos abrazó el verano de aquella tarde de agosto.

Aarón se detuvo frente a un roble de gran tamaño, y pronto comenzó a escalar rama por rama hasta lograr sentarse en una considerable altura.

—Ten cuidado… —dijo Abraham.

El niño le siguió el paso a su pequeño hermano, colocándose un par de centímetros más arriba de él.

—Me gusta aquí —expresó Aarón, meneando sus pequeños pies por encima del aire.

—Lo sé. Es como volar.

—¡Mira! —señaló con el dedo índice.

—¿Qué cosa? —trató de vislumbrar Abraham.

—Se ve como una caverna… ¿podemos ir a explorar?

—No lo creo, quizá eso pueda hacer enojar a los abuelos.

—Por favor, por favor, por favor —suplicó Aarón.

Abraham hizo una mueca, y comenzó a bajarse del árbol. Ansioso, su pequeño hermano le siguió hasta llegar nuevamente al suelo firme.

Los dos niños se encaminaron hasta llegar a la gran entrada de aquel escondido cenote.

—¡Hola! —gritó Aarón.

Su voz se expandió en un eco que inundó todos los rincones del lugar. La humedad los fue acompañando conforme fueron entrando. El aroma fresco del agua, de la piedra mojada, y de la naturaleza tomando su lugar, resultaban embriagadores.

—Si cierras los ojos, puedes escuchar todo más de cerca —murmuró Abraham.

Aarón apretó los párpados, y comenzó a deleitarse por los sonidos que inundaron su interior. El agua cayendo, el viento golpeando la piedra húmeda del cenote, y algunas aves produciendo con sus sonidos un maravillo eco.

El espectáculo de aquel lugar llenó de dicha y colores las vidas de aquellos dos niños, quienes pese a haberlo perdido todo prematuramente, habían encontrado consuelo en el cariño de hermanos que ambos se tenían.

—¿Podemos nadar? —preguntó con entusiasmo Aarón.

—No lo sé, se ve profundo —dijo Abraham mientras cuidadosamente se asomaba.

—Puedo permanecer en la orilla.

Abraham hizo una mueca no tan convencido, aunque finalmente terminó por acceder.

Aarón se sentó sobre un pedazo de roca, y remojó sus pequeños pies.

El agua estaba helada, sin embargo, se sentía agradable al tacto.

—¡Mira! Algo brilla en el interior —apuntó Aarón.

El agua era tan cristalina, que de inmediato Abraham pudo ver un pequeño destello adherido a una roca.

—¿Qué será? —preguntó el más pequeño de los dos.

—No lo sé… —respondió Abraham mientras intentaba observar más de cerca.

—Se ve tan bonito —chapoteó los pies contra el agua generando unas pequeñas ondas.

—Sí.

—Yo lo quiero —expresó Aarón.

Abraham, tras ver el rostro de ilusión en su pequeño hermano, se quitó la camisa y le dijo:

—Espérame aquí, iré por ello.

—¿En serio?

—Sí.

Abraham se lanzó al agua, y esa fue la última vez que Aarón lo vio con vida.

Los minutos pasaron, y el niño jamás salió. Las horas consumieron el día, hasta que Aarón corrió a la casa de los abuelos, para advertirles que su hermano se había perdido en aquellas profundas aguas de aquel hermoso cenote.

El día fue devorado por la noche, la policía y un grupo de rescatistas llegaron al lugar, y tras horas y horas de trabajo, consiguieron sacar el cuerpo del pequeño de doce años.

Su pie había quedado atrapado entre un par de rocas, tras haber intentado obtener un pequeño cristal de las profundidades.

Para aquel entonces, Aarón no había podido comprender del todo lo que había ocurrido, solo sabía que no volvería a ver a su hermano.

Con los años entendería, y sufriría en silencio aquella pérdida, llenándose de culpa, y repitiéndose una y otra vez el qué hubiera pasado si todo hubiese sido distinto. Si él no hubiera insistido, si él no hubiese señalado nada, y solo se hubiese quedado contemplando la tarde junto a su hermano, en lo alto de aquel hermoso roble.

2

Altamira, Tamaulipas 24 de octubre del 2003

La muerte de Oskar había quedado sin aclarar. El gobierno de Ulises Larios se había encargado de cubrir toda la evidencia, eximiendo incluso a Aarón de la situación, y dejando ver el homicidio como un *ajuste de cuentas*. La prensa se había vendido por cantidades exorbitantes, y la videocinta había desaparecido de la faz de la tierra. Sin pruebas, era como si nada de eso hubiese ocurrido. Tanto era el poder y la corrupción, que los recuerdos podían ser eliminados a voluntad del dinero y las amenazas.

Sin embargo, de repente surgían aquellos valientes, que sin temor alguno terminaban por publicar material prohibido, exhibiendo los oscuros secretos tanto de la muerte de Oskar, como de su relación con los crímenes de las sirenas del Champayán. Todo se había convertido en una turbia leyenda, llena de verdades a medias difíciles de esclarecer.

De pie sobre el muelle y con un dibujo de su pequeña hija en la mano, se encontraba Aarón Alarcón contemplando la laguna de Champayán. El viento se escabulló entre sus cabellos, y después erizó los vellos de sus brazos.

El hombre pudo sentir la frágil y etérea presencia de su princesa. Deseó con todas sus fuerzas poder abrazar al viento, mas tuvo que conformarse con las caricias de éste. Soltó el dibujo, y éste se fue deslizando por encima del agua hasta perderse entre los alrededores.

Habían pasado un par de años desde el divorcio con Samanta. No la había vuelto a ver, aunque lo último que recordaba era haberle confesado de aquella aventura con Fernanda. No quería más secretos en su vida, y aquel sin duda era uno.

Samanta estaba tan adolorida por la muerte de Valeria, que aquella confesión pareció solo generarle disgusto en el momento, para después terminar siendo solo un bulto de palabras sin sentido. Aquel día, la mujer se quitó el anillo de matrimonio, y lo último que hizo fue entregárselo a Aarón.

Fernanda, por su parte, se había ido de la ciudad, convirtiéndose totalmente en el pasado de Aarón, sin esperanza alguna de regresar.

La esposa de Pablo Quintanar se había mudado al norte de Tamaulipas con su pequeño hijo. Y pese a que Aarón nunca la había tratado en persona, le había enviado una carta, donde hacía mención de lo agradecido que se sentía por haber conocido a su esposo, de como éste había sido un hombre de gran valentía y honor, para

finalmente, añadir un cheque con varios ceros incluidos, considerándolo una manera de remunerar la pérdida de la mujer.

Aarón nunca lo vio, pero tras abrir y leer aquella carta, el rostro de la mujer se iluminó con una delicada sonrisa; observó la fotografía de su esposo, y pensó en lo orgullosa que se sentía de haberlo amado.

Un grupo de aves se apilaron en el islote que se encontraba frente al muelle. Aarón vislumbró a tres pescadores aproximándose al sitio, fue entonces cuando uno de ellos gritó:

—¡Hay un cuerpo en el agua!

Aarón negó con la cabeza, apretó la mandíbula, se dio vuelta y se marchó.

Las próximas horas condujo su auto hasta dejar la ciudad, se aparcó en una zona descampada en medio de la carretera, y del asiento trasero cogió una caja de cartón llena de fotografías, cintas de vídeo y archivos que habían formado parte de una extenuante investigación.

Colocó la caja sobre la tierra, y se dirigió al lado del copiloto. En el asiento podían verse dos ejemplares de su libro recién publicado: «El secreto detrás de las sirenas de Champayán», el cual había resultado un éxito de ventas, sobre todo entre aquellos curiosos con espíritu de investigador.

Sacó de la guantera unos cerillos, y de la cajuela asió un galón de gasolina. Depositó la caja a pocos metros de su vehículo, le vació el combustible encima, y sin más, le prendió fuego a todo.

Las cintas de vídeo se achicharraron con el calor, las imágenes de las fotografías se inflaron hasta consumirse por las llamas, y los papeles se convirtieron en pergaminos amarillentos que después se hicieron polvo.

Aarón apreció el atardecer durante un instante, luego abordó su auto, y condujo por la carretera alejándose de todo.

En la radio comenzó a sonar el tema de *One Headlinght* de *The Wallflowers*, con lo que Aarón no pudo evitar recordar como Samanta amaba esa canción. Por primera vez en mucho tiempo, pensó en ella como un recuerdo agradable, separado de la tragedia y el dolor de haber perdido a su pequeña hija.

Aarón aceleró los kilómetros en su pequeño CHEVY rojo, dejando atrás el pasado, los secretos y el miedo.

Agradecimientos

Para mi amado Ed, que quizá sin saberlo se fue convirtiendo en mi mayor fuente de inspiración, apoyo y sabiduría.

A mi pequeño, que en las últimas páginas fue mi eterno compañero, dando golpecitos ante cada capítulo que le iba leyendo.

Y a ti como lector, gracias por acompañarme en medio de esta travesía, que tras largas noches me dejó pensando en más de una ocasión…

¿Hacia dónde vamos como sociedad?